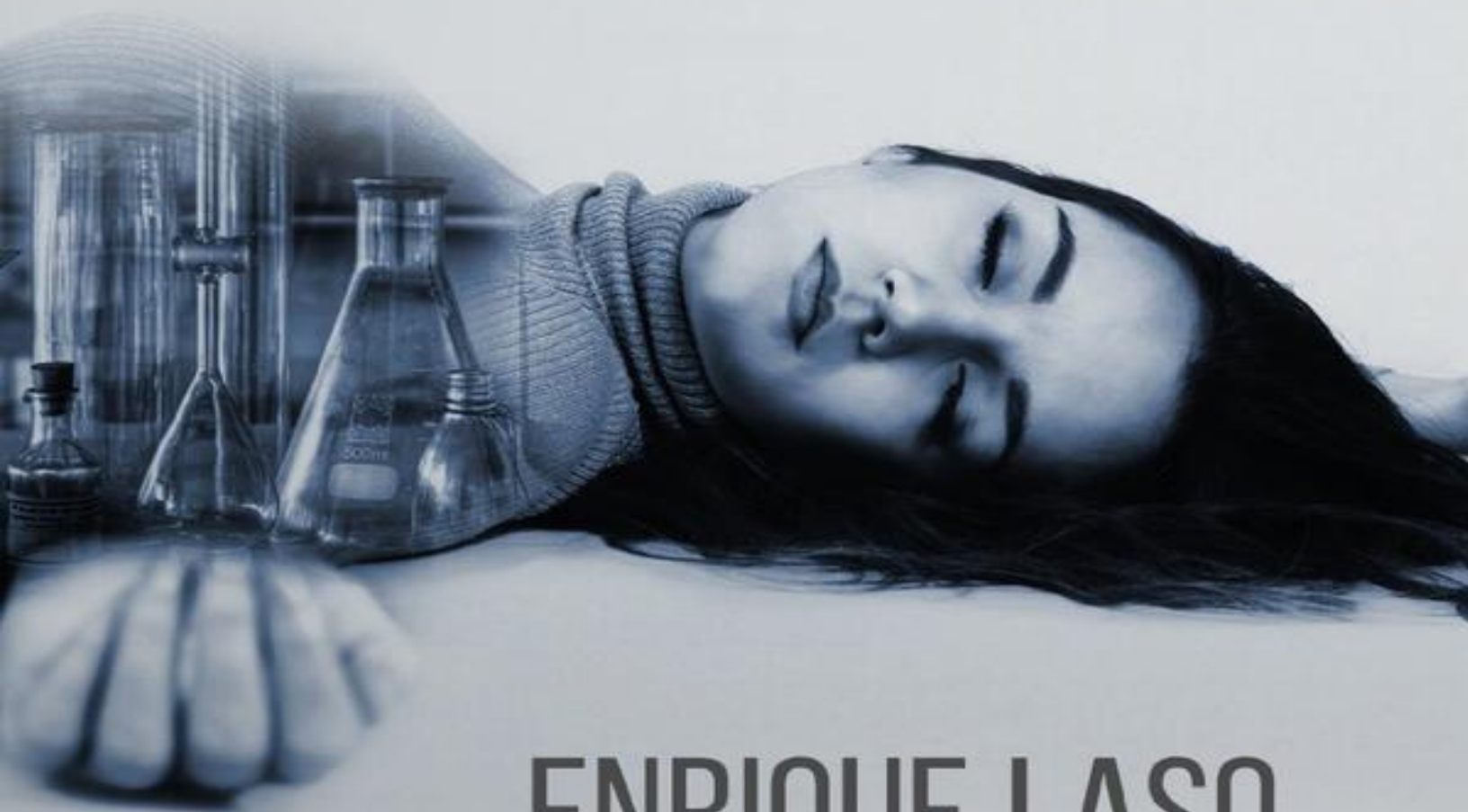


# LOS CRÍMENES AZULES

POR EL AUTOR DEL BEST SELLER  
"El Rumor de los Muertos"



**ENRIQUE LASO**

Escritor con más de  
200.000 copias vendidas



Los cadáveres de dos jóvenes hallados en la orilla de un lago de forma casi simultánea. Un condado cuyos habitantes guardan oscuros secretos. Un prometedor agente especial de la Unidad de Análisis de Conducta del FBI asignado al caso. Un crimen sin resolver similar acaecido casi dos décadas antes... Sumérgete en una intrincada investigación que hará las delicias de los amantes del género.

En ocasiones la victoria, el éxito, tiene un sabor amargo. Deja un regusto terrible en el paladar que se queda atrapado en la memoria durante años, y que impide disfrutar nunca jamás de la gloria. Esta es, pues, la historia de un enorme fracaso...

## I

Cuando me llamaron hacía ya una semana que habían encontrado el segundo de los cadáveres. Era un contratiempo porque muchas pruebas se habrían esfumado, y debería conformarme con las seguramente escasas evidencias que un equipo de policías poco acostumbrados a crímenes de semejantes características hubieran podido recoger. Por suerte me habían asignado una unidad de CSI bastante competente, aunque mientras volábamos de Washington al Aeropuerto Internacional de Kansas City imaginábamos, con bastante acierto, que las escenas ya habrían sido corrompidas por decenas de agentes bienintencionados pero algo torpes.

Liz, a la que ya conocía profesionalmente por el único caso del que me había ocupado hasta aquel entonces, me tendió una carpeta con algunas fotografías. Los cuerpos cianóticos de dos muchachas desnudas, abandonados en una laguna, como los restos de basura sin importancia de una tranquila mañana de picnic. Me quedé mirando fijamente los ojos abiertos de una de aquellas chiquillas, que seguramente no había cumplido los veinte años, y me pareció que trataba de suplicarme: « *tienes que encontrar al salvaje que me ha hecho esto*».

Aparté horrorizado las instantáneas y miré por la ventanilla de pequeño *Gulfstream III*, que sobrevolaba ya el estado de Illinois. Apenas había nubes en el cielo, y recuerdo ver con claridad, o soñar, la ciudad de Springfield y su famoso lago. Aquella estampa majestuosa y apacible contrastaba con la turbia tempestad que sabía se cernía sobre mi futuro más inmediato. Cerré los ojos y creí ver a mi padre, lanzándome con destreza una pelota de béisbol recién comprada para que yo la aferrase con mis manos. Y quise quedarme atrapado en esa imagen idílica, irreplicable, y vivir sumergido en ella para siempre.

Pronto regresé a la realidad. Tenía un nuevo reto que afrontar, y me jugaba mucho en el envite. Mi primer caso se había saldado con un triunfo atronador: había sido capaz de perfilar a un asesino en serie que llevaba meses atormentando a los ciudadanos de la decadente ciudad de Detroit. Al principio los detectives asignados a los distintos casos no habían sabido encontrar los nexos entre ellos, y los expedientes se confundieron entre los cientos que engrosaban los archivos de una ciudad con la tasa de homicidios más alta de los Estados Unidos. Y allí me mandó mi nuevo jefe, Peter Wharton, Director de la Unidad de Análisis de la Conducta en las oficinas centrales del FBI en Quántico. Confiaba en mí debido principalmente a dos razones: mi impecable expediente académico, que incluía haber sido número uno de mi promoción en el Grado de Psicología en la Universidad de Stanford; y mi notable capacidad deductiva, puesta a prueba decenas de veces por él mismo durante mi formación con intrincados casos basados en hechos reales. Y no le había decepcionado. Después de varias semanas de arduo trabajo no sólo conseguí crear un perfil criminal ajustado al 92% a la realidad, sino que además delimité sus áreas de actuación y concreté la zona en la que debía residir. En tres meses habíamos logrado cazar a un monstruo que se había llevado por delante a nada menos que 21 almas inocentes.

A mi regreso a Washington no sólo muchos de mis compañeros me recibieron como un héroe, también Peter comenzó a mirarme como la más firme promesa de la nueva generación de agentes especiales surgidos de la factoría de Quántico. Mi éxito, de alguna manera, y eso es algo innegable, se debía en buena parte a él, y por tanto también era suyo.

De eso había transcurrido apenas medio año. Medio año de vivir entre algodones, de disfrutar del edén ganado en el pretérito, observando los *toros desde la barrera*, ampliando mi formación y evaluando casos cuya solución ya conocía de antemano en la mayor parte de las ocasiones. Una vida cómoda y fácil. Pero nada es eterno.

El confortable *jet* me aproximaba a más de 600 millas por hora y a más de 40 000 pies de altitud a un destino incierto que marcaría mi futuro: un nuevo éxito me abriría todas las puertas de los ascensores más rápidos del FBI; un fracaso pondría en cuestión mis habilidades, y hasta otro nuevo desafío nadie tendría la certeza de si yo, Ethan Bush, era un genio que había tenido un

disculpable desliz o, por el contrario, era un completo inútil que por casualidad, como el burro, había hecho *sonar la flauta* una vez en la vida.

## II

Apenas tardamos una hora en llegar a la oficina del sheriff del condado de Jefferson, ubicada a las afueras de la pequeña ciudad de Oskaloosa, según se llegaba por la Ruta US-59. Nos habíamos trasladado en una confortable furgoneta conducida por un agente del condado, que más bien se había mostrado distante, aunque amable, e inferí de inmediato que debía de tratarse de instrucciones dadas por su jefe. En estos pequeños condados la llegada de agentes federales suele ser recibida con bastantes reservas.

La oficina era una modesta construcción de una sola altura, con fachadas recién enlucidas en un agradable y moderno tono gris. Cuando salí de la furgoneta sentí una ráfaga de aire fresco y húmedo.

—Hoy hace un buen día. El viento llega del oeste y lo refresca el lago —apuntó con sequedad el agente, mientras nos guiaba hacia el interior del edificio.

Clark Stevens, el sheriff del condado, nos esperaba en una amplia sala, con una mesa redonda en el centro, una pantalla de 50” en una pared y otra pared revestida de corcho sobre la que había sujetas con chinchetas decenas de fotografías, apuntes, hojas sueltas de algún informe...

—Buenos días. Usted debe de ser Ethan Bush, y este su formidable equipo —dijo Clark, tendiéndome la mano de manera afable, pese a que no supe bien cómo interpretar aquello de «*formidable equipo*».

—Exacto. Un placer conocerle, sheriff Stevens. Gracias por acogernos en su condado —manifesté con estudiada delicadeza.

Acto seguido le presenté a las tres personas que me acompañaban, y que en principio eran mi personal de apoyo en esta misión.

—Pedí ayuda al FBI porque un crimen en este pequeño condado es un

hecho inaudito, no digamos dos en apenas una semana —indicó Stevens, imagino que queriendo dejar claro que era él el *líder de la manada*, y que sin haber mediado su solicitud nosotros allí no pintábamos nada.

—Está claro sheriff, y desde ya puede contar con nuestra máxima colaboración —repliqué, aunque sabía que más pronto que tarde surgirían las tensiones entre nosotros.

—El condado de Jefferson no llega a los 20 000 habitantes, y Oskaloosa apenas supera los mil. Aquí el lugar más comfortable para alojarse se encuentra en el camping que hay en el lado suroeste del lago, pero no me parecía apropiado. De modo que les cederemos una residencia propiedad del ayuntamiento, que hemos adecentado, y en la que se sentirán como en casa. Todos los días pasará alguien a limpiar y prepararles algo de comida, con lo que tendrán las comodidades de un hotel, pero en un ambiente más acogedor.

—Perfecto —se adelantó a responder Liz, que hasta ese instante había guardado un expectante silencio.

Clark se incorporó y de un archivador sacó un par de carpetas que lanzó sobre la mesa.

—Es todo lo que tenemos del caso hasta la fecha. Adjunta la valoración del forense, historial de las dos chiquillas, fotografías y criminales que tenemos identificados en el condado.

Recogí uno de los expedientes y le eché un vistazo. A Quántico apenas nos habían llegado un par de folios y cuatro o cinco fotografías de las escenas del crimen.

—Sheriff, me gustaría que mi equipo hiciera una nueva autopsia a los dos cadáveres... —musité, conoedor de que aquella era la primera vez que iba a meter el dedo en la llaga.

Stevens se quedó de pie, aspirando profundamente una bocanada de aire. Era un hombre maduro, de apariencia juiciosa, que había solicitado de forma voluntaria nuestra colaboración, pero seguramente estaba convencido de que al final el asunto se le escaparía de las manos.

—Ni siquiera ha leído el informe de nuestro médico forense...

—Lo haremos. Pero Liz, Mark y Tom tienen mucha experiencia en autopsias de homicidios. Espero que lo comprenda.

—Claro, claro... Pero mire, Ethan... ¿puedo tutearlo?



—Sin duda. Me sentiré más cómodo —respondí, con absoluta sinceridad.

—Perfecto. Llámame Clark, y así todos felices y contentos. Como le decía, Ethan, yo en realidad les he llamado, les he pedido su colaboración...

El sheriff Stevens volvió a tomar otra bocanada de aire. Su presencia, toda su comunicación no verbal, facilitaban enormemente ponerse en su lugar, comprenderlo y sentir una empatía inmediata hacia su persona.

—¿Sí? —inquirí con deferencia, animándolo a continuar.

—Mire, aquí, como le decía al principio, no estamos acostumbrados a lidiar con asesinatos. Aunque alguno nos ha tocado, y lo hemos resuelto sin mayor problema. Pero esto es algo distinto. Enfrentarse a un asesino en serie, ya me entiende...

—Clark, creo que es pronto para hablar de un asesino en serie. Es cierto que dos cadáveres, en la misma zona, y con tan solo una semana de diferencia entre ambos crímenes, llevan de manera irremisible a pensar en una misma persona. Pero en Quántico nos enseñan a no precipitarnos en los juicios de valor. El segundo podría ser obra de un imitador, así de cruel y sencillo. Además, dos homicidios todavía no conforman una serie —argumenté, aunque en el fondo de mi ser estaba bastante de acuerdo con él. Pero también era verdad que me habían formado a conciencia para no apresurarme en cualquier evaluación inicial.

El sheriff se aproximó hasta el lugar en el que me hallaba sentado. Con parsimonia tomó el expediente que me había facilitado momentos antes y buscó una hoja marcada con un *post-it* de color azul.

—Y tres homicidios... ¿son una serie?

Miré la hoja que señalaba con su dedo índice. Era la fotografía de una joven, una diferente a las dos que ya había visto en el *jet* de camino a Kansas City. Se notaba por la calidad del color y el leve deterioro que era una instantánea antigua. Me quedé desconcertado.

—No comprendo... ¡Sólo nos habían hablado de dos muchachas! —exclamé, como si en Washington pudieran oír mi voz enrabiada.

—Tranquilo, Ethan. Nos habíamos reservado esa información para cuando llegasen, y esperaba comentarla con ustedes una vez hubieran leído el informe. Esa joven es Sharon Nichols, y no fue asesinada precisamente ayer. Su cuerpo sin vida apareció en el mismo lugar que los de las otras dos

desdichadas, pero en 1998, es decir... hace nada menos que 17 años. Fue un caso que quedó sin resolver y que finalmente se archivó, como tantos otros. Por eso les necesitamos. Nos tememos que nos enfrentamos a un asesino en serie que ha regresado a la zona... ¡Cualquiera sabe el número de víctimas que se habrá cobrado en estos casi veinte años!

### — III —

Esa noche soñé con mi padre. Estábamos los dos juntos, en un campo de béisbol completamente vacío. Seguramente era el de los *San Francisco Giants*, aunque no podría asegurarlo con certeza, pues mis ojos estaban completamente fijos en los de mi padre. Él hacía de pitcher y yo sujetaba un bate adaptado a mi edad y estatura. Mi padre me parecía enorme, invencible desde la distancia. Sus profundos ojos negros infundían respeto. Un respeto ganado con la autoridad del saber, no con la imposición de la fuerza.

—Llevas dos strikes, de modo que tienes que concentrarte bien en este lanzamiento —me dijo, como si en lugar de mi rival se tratase de mi entrenador.

—¡Entendido! —exclamé, enardecido por sus palabras.

Me concentré en la preciosa pelota de cuero lustroso que estábamos estrenando aquella misma mañana y me ajusté la gorra para que la visera protegiese bien mis pupilas del sol del mediodía. Mi padre lanzó la bola como sólo los profesionales sabían hacerlo, pero por fortuna yo conecté un golpe de regular ejecución que al menos me permitía abandonar la caja en busca de la primera base. Salí corriendo como alma que lleva el diablo y antes de que mi padre, que no se había esforzado demasiado, pudiera tan siquiera coger la bola yo ya había completado un *home run* en tiempo récord.

—¡Fabuloso, Ethan! Hoy te has ganado una *bud* bien fría.

Siendo yo todavía un adolescente, mi padre de cuando en cuando me premiaba con alguna cerveza. Por un lado era una manera de estar *entre hombres*; por otra me imagino que deseaba que mis primeros contactos con el alcohol, que tarde o temprano se producirían, fuesen en su presencia y de manera controlada.

En el sueño mi padre sacaba dos *Budweiser* de una nevera portátil atiborrada de hielo bien picado y me lanzaba una de ellas, con una sonrisa resplandeciente que casi iluminaba todo el estadio. Luego nos sentábamos juntos en el banquillo de los locales.

—No te gusta el béisbol... ¿verdad? —inquirió él, mirando al tendido, esquivando mis ojos, como para conferirme confianza en la respuesta.

Me quedé pensando un rato. Llevaba esperando esa pregunta desde hacía un par de años. Justo desde el momento que había abandonado el equipo de béisbol del colegio para pasarme al de atletismo. Era algo que mi madre sabía, pero que a él le había ocultado.

—Me encanta. Me gusta mucho ir al estadio contigo a ver a los *Giants* —respondí, tratando de eludir la verdadera cuestión.

—Sabes que no estoy hablando de eso. Sé que te gusta *ver* el béisbol, que disfrutas cada partido aunque se alargue más de cinco horas. Me estoy refiriendo a *jugar* al béisbol...

En los sueños el tiempo transcurre de un modo diferente al del mundo convencional. En ése creo que tardé dos o tres días en responder a mi padre, que aguardaba en estático y considerado silencio mi contestación.

—No, papá. No me gusta. Lo único que me gusta de jugar al béisbol es poder estar un rato a tu lado.

Mi padre me rodeó con su poderoso brazo y me atrajo hacia sí. Pude atisbar sus ojos humedecidos por la emoción. Era un tipo robusto y duro, pero el corazón lo tenía más grande que el resto del cuerpo.

—¿Sabes? Ahora, cuando te veía correr por la bases, me dejaste impresionado. Ni siquiera un guepardo hubiera sido capaz de alcanzarte.

—¡Eso es verdad! —exclamé, aliviado.

—¿Te gusta correr?

La pregunta me pilló desprevenido, y por un momento tuve la seguridad de que mi madre había revelado nuestro pequeño secreto.

—Sí, me gusta mucho. Papá, llevo dos años en el equipo de atletismo, en lugar de estar con los chavales del béisbol... —Me sinceré.

Mi padre me dio dos palmaditas suaves en la espalda, y me dirigió una mirada que casi parecía cargada de admiración.

—¿Y cómo se te da eso del atletismo?

—¡Soy de los mejores! —exclamé. Y no era del todo cierto: no era de los mejores... *era el mejor*. Uno de los mejores mediodondistas de toda California.

—Entonces está decidido. A partir de hoy se acabó el béisbol. Bueno, seguiremos yendo a ver jugar a los *Giants*, está claro. Pero iré contigo a verte entrenar a la pista. Quiero estar en el lugar en el que realmente seas feliz, hijo mío.

Me desperté empapado en sudor. Parecía que acabara de terminar el maratón de Boston, en un día de perros de principios de primavera. Tardé en recuperar la conciencia de hallarme en la casa que el sheriff del condado nos había cedido a modo de hotel.

El sueño había sido ciertamente curioso: se mezclaban hechos reales con escenarios totalmente imaginarios. No entendía la razón que había impulsado a mi mente a recuperar del pasado aquellos instantes remotos para ubicarlos en el presente. De forma instintiva, sin pensar, alargué la mano en busca de mi Smartphone y rastree en la agenda hasta encontrar la entrada deseada: *Papá*. Apenas pulsé el botón de llamada comprendí que nadie respondería. Su viejo teléfono móvil estaba guardado como un tesoro en un cajón de mi apartamento a las afueras de Washington. Yo seguía pagando puntualmente la cuota mensual de *AT&T*, aunque ya hacía casi diez años desde que mi padre fuera enterrado en el pequeño cementerio de Mariposa, California.

## — IV —

La misma furgoneta que nos había traído desde el aeropuerto de Kansas City nos trasladaba ahora a la laguna en la que habían sido encontrados los cuerpos. Esta vez era el ayudante del sheriff, Ryan Bowen, un joven seco y distante, aunque en apariencia bastante profesional, el que nos conducía.

—En verano esta es una zona más concurrida; pero en esta época del año, aunque ya empieza a hacer buen tiempo, es raro cruzarse con alguien —nos indicó, mientras señalaba un camino de tierra que se adentraba entre arbustos hacia el lago, que ya se atisbaba a lo lejos.

—Pero... ¿no estamos demasiado cerca de la carretera? —inquirió Tom, adelantándose a mis intenciones.

—Efectivamente. No deja de ser curioso, ¿verdad?

Avanzamos con cautela por el camino de tierra color caolín, siguiendo las huellas que otros vehículos, seguramente todoterreno, habían dejado anteriormente y que ahora se mostraban profundas y reseca. Ryan aparcó junto a unos arbustos y, tras bajar del automóvil, nos guio hacia una hondonada arcillosa con algo de vegetación aplastada.

—Aquí es donde se encontró a las dos —dijo con sequedad el ayudante del sheriff.

Liz, Mark y Tom no tardaron en ponerse a trabajar. Habían venido bien pertrechados. Apenas se habían traído ropa consigo, sin embargo no se habían olvidado de ninguno de sus *juguetes* más preciados para este tipo de retos. Yo me quedé junto a Ryan, pues no deseaba entorpecer el trabajo de mi competente equipo.

Rápidamente me di cuenta de que algo no encajaba. Nos hallábamos de espaldas a una de las orillas del lago Perry, una bastante apartada de los

lugares más concurridos, a escasos quince metros del agua. Pero la zona que el ayudante Bowen había delimitado con su índice no era más que un lodazal. Saqué las fotografías del supuesto lugar en el que habían sido halladas las víctimas y descubrí que sus cuerpos desnudos se encontraban levemente sumergidos en lo que aparentaba ser una poco profunda laguna.

—¿Está seguro de que es aquí el lugar en el que fueron descubiertos los cadáveres? —pregunté, desconcertado.

Ryan echó un rápido vistazo a las fotografías que sujetaba con mi mano derecha, y después me dirigió una mirada cargada de suficiencia.

—Pues claro. Esta zona se inunda cada vez que llueve. Luego, al cabo de un par de días, vuelve a transformarse en el barrizal que ahora tiene ahí delante.

—Entonces... ¿llovió todo esa semana? —insistí, tratando de mostrar que mis disquisiciones no habían acabado y llegaban a un lugar que él ni podía imaginar.

—No —respondió con rotundidad. Luego se frotó la barba de tres días y pateó algo molesto unas briznas de yerba fresca—. Ahora que lo dice me acabo de dar cuenta de que sólo llovió la noche anterior a cada uno de los asesinatos...

Me alejé del ayudante Bowen, dejándolo sumido en sus cavilaciones para yo poder concentrarme en las mías. Si el homicida era la misma persona, no se trataba desde luego de un imbécil. Aunque no podía descartarlo todavía, la idea de que fuese de un asesino desorganizado perdía fuerza. Más bien el perfil se ajustaba al de alguien que sabía que la lluvia era un serio obstáculo para los que nos dedicábamos a la investigación criminal. Hacía tiempo que había dejado de creer en las casualidades, pero todavía era demasiado joven como para descartarlas por completo. Seguí el recorrido natural, pero a la inversa, que desde la carretera habría conducido al sospechoso hasta allí. Pronto me topé con los surcos de todoterreno que habían servido de guía a la furgoneta.

—¡Tomaron huellas de neumáticos! —exclamé, para que Ryan pudiera escucharme y para sacarlo de su ensimismamiento.

—No, no... Creo que no había huellas de neumáticos.

—Entonces... ¿estas marcas?

—Deben de ser del *Ford Explorer Interceptor* de nuestra oficina — respondió con sencillez el ayudante del sheriff.

Un SUV de la policía. Cabía la posibilidad, aunque deseara desterrarla, de que dichas ruedas hubieran aplastado las marcas de neumático o pisadas preexistentes.

—Alguien se tomó la molestia de sacar algunas fotografías antes de que el *Ford* hiciese este recorrido... —musité, casi de forma condescendiente.

—La verdad es que no lo recuerdo. Todo eso debería estar en el expediente que le facilitó el sheriff Stevens.

Y Bowen tenían razón. Todo eso debería de estar allí, entre los papeles que yo llevaba apretados contra mi costado izquierdo. Pero apenas los había examinado. Sabía que de manera inconsciente estarían plagados de suposiciones a priori, que a la larga me acabarían influyendo. Lo había estudiado en decenas de casos. Esa circunstancia casi había tirado por tierra mi primer éxito en Detroit.

—Está bien. Me gusta tener diferente puntos de vista. Ya sabe cómo somos los sicólogos... el camino recto es para nosotros el más largo —traté de defenderme.

—No tenía la menor idea...

—¿Quiénes hallaron los cadáveres? —consulté, tratando de cambiar de asunto con rapidez.

—¿Quiénes? Sería más exacto decir *quién* —respondió con un deje de ofuscación el ayudante del sheriff.

Volví a abrir la carpeta del expediente, hojeándolo con celeridad, como si en realidad lo hubiera estudiado a fondo y en aquellos papeles algo no cuadrara con la información que acababa de recibir. De paso, ganaba algo de tiempo para poner en orden mi mente.

—¿La misma persona encontró los dos cuerpos?

—Sí. Fue Tim Nolan, un pescador medio furtivo de lobinas blancas y negras, que abundan en esta parte del lago. Créame —dijo, imagino que atisbando algo turbio en mis pupilas—, no es un mal tipo. Suele frecuentar esta zona.

—Ya, pero Ryan —le tuteé, tratando de resultar más cercano en mis valoraciones—, tiene que reconocer que resulta algo más que sospechoso que



ese pescador se topase con siete días de diferencia con dos cadáveres.

—Desde luego. Seguramente si lo conociese desde hace años, como yo, no pensaría lo mismo. Pero imagino que por eso Clark les habrá pedido ayuda. Ustedes están libres de prejuicios, ¿no es así?

—Más o menos —respondí, comprobando que en las poblaciones pequeñas la labor de la policía es más complicada de lo que pueda parecer desde una cómoda oficina a las afuera de Washington.

Desde mi posición, junto al lugar en el que estaba aparcada la furgoneta, podía ver a mi izquierda la orilla del lago y parte de la hondonada en la que habían sido descubiertas las víctimas; a mi derecha quedaba el serpenteante camino de tierra que daba acceso a la carretera. Miré varias veces a un lado y al otro.

—¿Pasan muchos coches por esa carretera?

—Realmente muy pocos al día.

—En cualquier caso, convendrá conmigo que es muy arriesgado deshacerse de un cuerpo precisamente en este lugar. Yo, desde luego, hubiera escogido uno bien distinto.

—No le falta razón —replicó Bowen, asintiendo con la cabeza al mismo tiempo.

—Sólo alguien que conoce muy bien este paraje, que lo frecuenta con asiduidad, tendría la certeza de que en realidad estaba corriendo muy pocos riesgos —sentencié.

## — V —

Liz ya me había informado de que del cadáver de Clara Rose, la primera víctima, apenas había podido obtener nada. Después de practicarle la autopsia la habían enterrado. Tras la exhumación, entre las horas que había pasado bajo la lluvia, las más de dos semanas transcurridas y los destrozos del primer examen forense, poco había podido hacerse.

Sin embargo, por suerte, con el segundo cuerpo, el de Donna Malick, habían podido tomar medidas para su correcta conservación. Lo habían mantenido en el depósito de cadáveres, y el sheriff Stevens había logrado que la familia aplazase el necesario sepelio para más adelante, pues un equipo del FBI estaba en camino y quizá fuera necesario practicarle un nuevo examen. La familia Malick había aceptado con dolor la situación, pero no había puesto objeciones, lo que sin duda había evitado la intervención de abogados, jueces y demás obstáculos.

Mientras Liz hacía su trabajo con la desventurada Donna, yo me había preocupado de alquilar un pequeño *Chevrolet Spark* de color lima para tener un poco más de libertad de movimientos, y cierta independencia de la oficina del sheriff del condado de Jefferson.

Pertrechado con un mapa y con el precario GPS de mi Smartphone dediqué la mañana a rodear el lago y visitar alguna de las poblaciones más cercanas al mismo. Mi ánimo no era otro que el de empezar a familiarizarme con un entorno que sabía me iba a acompañar a lo largo de varias semanas, incluso meses.

Así, dirigiéndome hacia el sur, desde Oskaloosa, pude visitar brevemente las pequeñas localidades de Perry, Grantville, Meriden y, finalmente, Valley Falls. Todas no eran más que pueblos que apenas llegaban al millar de

habitantes. No es que la gente de cada una de esas diminutas localidades se tuviese que conocer casi a la fuerza, es que casi seguro conocían al 90% de los habitantes de las de su alrededor. Había conducido poco más de 100 millas en total; es decir, estaban relativamente próximas unas de las otras, y más o menos bien comunicadas. Eran lugares agradables, en los que uno podía soñar con retirarse tras la jubilación. Aterrorizaba pensar en la idea de que la tranquilidad sosegada de aquella zona casi idílica se estuviese viendo perturbada por dos crímenes tan horrendos.

Cuando regresé a Oskaloosa Liz me recibió con una media sonrisa que de inmediato supuse que conllevaba que había sacado algo en claro de la segunda autopsia.

—¿Has comido ya? —le pregunté, antes de entrar en faena.

—No, y la verdad es que me siento como si no lo hubiera hecho en años.

—Está bien. Iremos a un lugar al centro del pueblo en el que parece que preparan buenas hamburguesas, como las que a ti te gustan.

—¡Genial!

Sentado en el *Chevrolet* junto a Liz recordé la breve etapa en la que habíamos salido juntos. De eso hacía ya unos meses, por lo que el recuerdo de aquella intentona todavía estaba patente. Había sido yo el que, después de un par de semanas de quedar por las noches casi a diario, y compartir las 48 horas de dos fines de semana, había dado por zanjada la relación. Liz era una mujer increíble: inteligente, locuaz, brillante, amable, dicharachera y, sí, además, muy bonita. Sus profundos ojos azules y su media melena de un castaño claro muy singular llamaban la atención de cualquiera. Pero había sentido que mientras en ella la llama del amor se acrecentaba cada día, en mi interior apenas unos rescoldos trataban de no apagarse. Era una situación muy incómoda, y no deseaba que se alargase. Si tras la ruptura comprendía que podía perder a la mujer de mi vida, habría tiempo para pedir perdón y para tratar de paliar los posibles daños ocasionados. Era lo más honesto que podía hacer. Me arriesgaba, desde luego, a perderla para siempre. No sólo perder a una más que efímera compañera, sino perder a una amiga que pensaba podía ser de las que uno desea tener a su lado toda la eternidad. Ahora ya había pasado el suficiente tiempo como para darme cuenta de que ella, por desgracia, parecía no ser la mujer de mi vida, pese a ser una chica

sensacional. Sin embargo, todavía notaba en ella que la esperanza de una segunda oportunidad seguía latiendo en su corazón.

—Sé que has descubierto algo. Te conozco, y esa sonrisa que me has lanzado al llegar te delata a millas de distancia —dije, mientras esperábamos a que un amable camarero nos trajese las hamburguesas de media libra con salsa barbacoa que habíamos pedido.

—No tengo secretos para ti... Bueno, aunque tanto el sheriff Stevens como el forense lo sospechaban, ya puedo confirmarte que la laguna no fue el lugar en el que asesinaron a Donna Malick. Sospecho que exactamente lo mismo sucedió en el caso de Clara Rose. El forense no grabó la autopsia, pero sí se molestó en tomar bastantes fotografías, lo que nos será de gran ayuda en adelante.

El camarero llegó con nuestras enormes hamburguesas. Yo no era un amante de aquella clase de comida, pero Liz se merecía que la invitase a comer en un lugar en el que se sintiese cómoda. Y además, adoraba las hamburguesas.

—Cómo tienes la certeza de que Donna no fue asesinada en la laguna...

—La mataron con cianuro de potasio. El estado cianótico del cadáver ya nos daba una pista, pero ese no era un dato determinante. También estaba la espuma que se había formado en su boca y la extraña dilatación de las pupilas. Incluso el forense detectó el peculiar olor a almendras amargas, que tan rápido identificamos los que nos dedicamos a esto. Pero el examen toxicológico, el contenido del estómago y el lamentable estado de sus pulmones no dejan lugar para la duda —manifestó Liz, un tanto excitada. Es complicado explicar esa clase de satisfacción. Un ciudadano convencional suele sentirse bloqueado emocionalmente por el horror del crimen. Los investigadores ya nos hemos curtido, y dejamos de lado la primera impresión, terrible, para centrarnos en lo que de verdad nos importa: encontrar pruebas y evidencias que nos conduzcan al desalmado capaz de realizar semejantes atrocidades.

—¿Cianuro de potasio? Es un veneno que ni es fácil de conseguir... ni de suministrar. Nadie se toma voluntariamente un trago de cianuro. Tampoco es sencillo camuflar su amargo sabor; no es como por ejemplo el arsénico, o el etilenglicol...

Miré a través de la ventana del bonito local. Una *pick-up* con dos ancianos pasaba por delante lentamente: una escena idílica que se congeló en mi retina. Luego regresé a mis reflexiones acerca de la información que me estaba facilitando Liz con tanta excitación. Yo, como cualquier agente del FBI, había recibido nociones de toxicología. Pero estaba lejos de ser un experto en la materia. Lo mío era los perfiles criminales. Aun así, sabía lo suficiente como para poder entablar un debate con mi compañera.

—Exactamente. Y eso ya nos da muchas pistas. Respecto a lo de la ingestión del cianuro de potasio: evidentemente no fue voluntaria. Donna estaba levemente sedada. Hemos encontrado también restos de diazepam, doxilamina y algún combinado a base de ron. Creemos que entraría en una especie de sopor, y que el homicida pudo suministrarle con facilidad el cianuro a través de una jeringuilla. En ese estado su capacidad para oponer resistencia debió de ser prácticamente nula. Fue una cantidad más que suficiente, desproporcionada, teniendo en cuenta que Donna tenía 19 años y sólo pesaba 51 kilos.

Recapacité durante algunos segundos. A mi mente acudieron los ojos de Donna, abiertos, casi todavía con vida, suplicantes, que había visto en una de las instantáneas que habían tomado de su cadáver en el lago. Efectivamente Liz tenía razón, sólo era una chiquilla. Fuese quien fuese el sujeto que estábamos buscando había querido asegurarse de que su víctima falleciera.

—Liz, ¿quién tiene acceso hoy en día al cianuro de potasio?

—Bueno, no es que puedas ir a la farmacia a comprarlo; pero todavía, pese a lo peligroso que es, pues no sólo su ingestión, como en este caso, sino especialmente la aspiración de sus vapores tiene consecuencias también fatales, es muy frecuente encontrarlo en la industria metalúrgica y farmacéutica —respondió Liz, antes de darle el último bocado a su hamburguesa, que había devorado en segundos. Mientras, la mía seguía prácticamente intacta sobre el plato.

—Tendremos que pedirle a Mark un listado de todos los negocios relacionados en un área de unas 100 millas, de momento.

—Espera. Aún hay más. Aunque ya no es tan habitual, algunos laboratorios fotográficos a la antigua usanza, joyeros e incluso entomólogos, también hacen uso del cianuro de potasio debido a alguna de sus

funcionalidades.

—Interesante. No es un espectro demasiado abierto. Una cosa... ¿podemos seguirle la pista a la partida de cianuro hallada en las vísceras de Donna? —Sondeé, esperanzado.

—Imposible, Ethan. Es un compuesto que se deteriora muy rápido. De cualquier modo, trataré de investigar, pero no veo demasiadas opciones por esa vía.

Me encontraba incómodo. Ya sentía todo el peso de un caso que sabía iba a resultar complejo sobre mis espaldas. Sentía también los ojos escrutadores de Peter Wharton desde su despacho en Quántico. Traté de recomponerme y seguir sacando algo en claro de la autopsia.

—¿Le habéis realizado el test de violación a la víctima?

—No has leído ni una sola página del expediente que te facilitó el sheriff Stevens, ¿verdad?

Liz se me quedó mirando con aquellos ojos azul oscuro tan seductores y penetrantes. Estaba leyendo mi mente desde el otro lado de la mesa de madera rústica que nos separaba.

—Bueno, ya me conoces. Lo he hojeado muy por encima. Sabes que considero que todo lo que ponga ahí podría intoxicarme de algún modo. Ya le ha sucedido a otros agentes en incontables ocasiones en el pasado...

—Creo que te equivocas. No menosprecies la labor de esta gente.

Yo me había criado en San Francisco, una gran ciudad, en el seno de una familia acomodada. Había podido estudiar en la prestigiosa Universidad de Stanford. Liz, sin embargo, no había tenido una vida tan plácida. Provenía de un pequeño pueblo de la *América profunda*, alguno muy similar al que ahora nos acogía, y se rebelaba ante la condescendencia que mostrábamos los que habíamos crecido en una gran urbe. Tenía toda la razón del mundo para censurarme.

—Está bien. Pero ya sabes que en Detroit casi me vuelven loco. Y aquellos eran *sabuesos* de ciudad —manifesté en mi descargo.

—Eso significa que no vas a cambiar...

—En fin, Liz, dejemos este asunto para otro momento —dije en tono conciliador—. ¿Le hiciste el test a Donna?

—Sí, pese a que lógicamente ya se lo habían practicado anteriormente. Y

creo que por ahí tampoco vamos a obtener nada. Aunque todavía tenemos que esperar a los resultados del material biológico hallado en la vagina, puedo asegurarte que no fue violada ni forzada sexualmente en ningún aspecto.

—¿Y Clara Rose, la primera víctima?

—Clara incluso conservaba intacto el himen. No parece que el móvil sea sexual...

—¡Joder! —exclamé, golpeando la mesa, para sorpresa mayúscula de los parroquianos que nos acompañaban en el coqueto local—. Es un tipo listo al que nos estamos enfrentando, Liz. Ya sabía que no era un imbécil de tres al cuarto, pero me temo que se trata de un criminal con un cociente intelectual muy alto, y con una muy sólida formación. Nos va a dificultar mucho las cosas.

Liz aguantó la respiración. Sabía que la siguiente información, aunque me permitiría seguir creando un perfil más atinado, no me iba a entusiasmar precisamente.

—Coincido contigo, Ethan. El sujeto que buscamos no sólo abandonó los cadáveres en una laguna olvidada de la mano de Dios, en ambas ocasiones en una noche de perros, lluviosa... justo lo que más detestamos. Es que además, el muy sagaz, por decirlo suavemente, limpió a conciencia la piel de los cuerpos.

## — VI —

La mesa de reuniones de la oficina del sheriff del condado de Jefferson estaba a reventar. Nos habíamos citado para compartir impresiones y fijar un calendario de actuaciones que estuviese más o menos coordinado. Allí se encontraba todo mi equipo, el sheriff, su ayudante, el primer forense y Jim Worth, el detective asignado al caso, y que había realizado las primeras pesquisas e interrogatorios. Clark Stevens hizo las consabidas presentaciones, para posteriormente ponernos a todos en antecedentes, aunque más o menos ya estábamos al día.

—Aquí está, sin resumir ni excluir nada, todo lo que he obtenido hasta la fecha —dijo el detective Worth, tendiéndome una gruesa carpeta llena de folios—. Incluye visitas a los pocos criminales que existen fichados en el condado y la transcripción de un interrogatorio de dos horas al principal sospechoso, Tim Nolan, el pescador que encontró los dos cuerpos.

Cogí el cartapacio con sumo interés, como si fuese a volcarme en su lectura de inmediato. Sabía perfectamente que seguiría sus pasos, y que volvería a visitar a cada una de las personas incluidas en el informe, especialmente a Tim Nolan, al que también indagaría. Pude sentir, de reojo, la mirada fija de Liz, que estaba sentada a mi derecha.

—Según han podido determinar las autopsias, ni Clara ni Donna fueron agredidas sexualmente. Aunque es verdad que las cosas pudieron torcerse, y el asesino acabó con sus vidas antes de lo previsto, en un principio descarto el móvil sexual. Además está el tema del cianuro de potasio y el lugar en el que fueron abandonadas las víctimas. Todo es demasiado... premeditado —apunté, orientando a los presentes, para que pudieran comenzar a hacerse una idea del sujeto al que estábamos buscando.



—Tiene usted razón, Ethan —dijo el sheriff Stevens—. En un principio nos hicimos con un listado de agresores sexuales, que aunque pocos algunos tenemos en el condado. Eso fue tras descubrir el cuerpo de Clara Rose. El detective Worth fue a visitarlos a todos en las primeras 48 horas, y tenían coartadas más o menos sólidas. Ya estábamos tentados de pedir la colaboración de otros condados. Topeka, la capital del estado, Lawrence, Leavenworth y no digamos ya Kansas City, son ciudades que multiplican los habitantes de todo nuestro condado, pero que quedan a una hora o menos en coche de Perry Lake. Por lo tanto no podíamos descartar que el agresor se hubiera desplazado desde alguno de esos lugares. Pero fue hallar a Donna Malick...

Clark Stevens se quedó mudo, como si algo hubiera paralizado todos los músculos de su cuerpo. Comprendí que no sólo se trataba de una reacción provocada por el recuerdo de haber encontrado una segunda víctima en su condado en apenas siete días, había algo que le unía afectivamente a Donna. Quizá fuese familia lejana, o la hija de alguno de sus mejores amigos. Para aplacar el incómodo silencio, Jim Worth intervino con agilidad:

—Enseguida nos dimos cuenta de que tenía que tratarse de alguien de la zona. Las víctimas escogidas, la primera residente en Grantville, la segunda afincada en Perry, y el lugar en el que fueron encontradas, requieren de un exhaustivo conocimiento del condado.

—Coincido plenamente con usted, Jim —apunté, usando adrede su nombre de pila, pues deseaba que el clima entre ambos fuese cuanto antes lo más cercano posible—. Aun así, usaremos la base de datos VICAP, por si nos pudiera arrojar algo de luz, ¿no, Mark?

Mark pareció despertar de un letargo cuando pronuncié su nombre. Lo conocía desde hacía tiempo y sabía que ese proceder no era debido a que estuviese distraído, más al contrario: solía ser indicio de una profunda concentración.

—Sí, desde luego. Aunque no lo creo probable, podemos hallarnos ante un *cazador furtivo* o ante un *pescador*. ¿Habéis usado ya algún SIG?

Esperé a ver la reacción del detective Worth, que me dio la impresión de encajar bien aquella jerga tan del FBI que acababa de usar Mark de modo natural e inconsciente. Por fortuna, estaba familiarizado con los términos. Un

*cazador furtivo* es un asesino en serie que busca a sus víctimas en una zona distinta a su lugar de residencia, lo cual lo distingue claramente del *cazador*, que suele moverse por lugares reconocibles y cercanos a su propia barriada, ciudad o condado, en función del tamaño de cada uno de ellos. Un *pescador* localiza a sus objetivos en un área alejada de su vivienda, pero con la que tiene alguna relación: lugar de trabajo, ciudad natal, hogar de familiares, zonas donde suele esparcirse, etc... Los SIG, o *sistemas de información geográfica*, son programas que permiten a los investigadores, en función de algunas variables, determinar el perfil del asesino en serie y su posible ubicación. En el mundo existen infinidad de SIG, alguno de ellos desarrollados incluso por aficionados, pero Mark solía utilizar RIGEL y PREDATOR. La mala noticia era que dos crímenes, por expresarlo de algún modo, y aunque suene horrible, era demasiado poco para cualquiera de estos potentes softwares.

—La verdad es que no. Tengo uno instalado desde hace tiempo en mi ordenador, que jamás he tenido que usar. Pero pensaba que hacían falta más datos para poder *alimentarlos* —manifestó el detective Jim, con buen juicio.

—Eso es verdad, pero muchas veces pueden ayudar. Por poco que nos faciliten la labor, al menos tendremos algo que *llevarnos a la boca* —replicó Mark.

—Bueno, de momento no descartaremos las grandes ciudades próximas al condado de Jefferson. Como bien ha señalado el sheriff Stevens están relativamente cerca del lago, y no sería completamente descabellado que alguien lo frecuente los fines de semana para ir a pescar, a salir en barco o, sencillamente, dar un largo paseo. Pero nos vamos a centrar en las poblaciones más próximas —dije, intentando infundir ánimos al equipo de trabajo que se había formado.

Ryan Bowen, el ayudante del Sheriff, se levantó y se dirigió hacia la pantalla de 50". La encendió y surgió un mapa del condado.

—Ya sé Ethan que se ha estado moviendo por la zona con un *Chevrolet*, pero creo que es bueno que le señalemos las particularidades de cada uno de los pueblos del condado. Ninguno es especialmente grande, y los hay realmente diminutos. Para un forastero todos pueden parecer idénticos, pero le aseguro que cada uno cuenta con su propia esencia. Nada tienen que ver,

por ejemplo, los ciudadanos del sur, en Grantville, con los del norte, en Valley Falls.

Creo que casi al unísono Mark, Tom, Liz y yo hicimos con la cabeza un gesto de asentimiento. No podíamos estar más conformes con lo que decía Bowen. A lo largo de unos treinta minutos fue señalando cada una de las poblaciones, indicando el número de habitantes, la tasa de criminalidad (casi nula en la mayoría), la industria y el comercio imperantes, la pirámide de población y las costumbres más reseñables. Un trabajo excelente que me dejó asombrado.

—Muchas gracias, Ryan. Ni en la academia de Quántico hubieran podido hacer una labor tan buena —dije, mostrando mi aprobación y mi contenido entusiasmo.

—Ya ve que no somos tan paletos —apuntó con malicia, aunque respaldada con un cómplice guiño que la descafeinaba, el sheriff Stevens.

—Todo esto está muy bien, pero yo, como ciudadano de a pie, estoy preocupado, como muchos de los vecinos con los que me cruzo cada día —expuso el forense, un hombre que ya merodeaba los sesenta, de aspecto amable y sencillo—. Ese monstruo, según su opinión, ¿volverá a actuar pronto?

La pregunta iba dirigida a mí, imagino que como experto en perfiles criminales. Me pilló por sorpresa, pues debo reconocer, por mucho que me duela el hacerlo, que hasta ese instante no había caído en la cuenta. Algo, desde luego, imperdonable, y que hubiera supuesto mi destitución inmediata de haberlo sabido Peter Wharton. Por suerte lo tenía a más de 1000 millas de distancia, y estaría ocupado contemplando el tranquilo discurrir del río Potomac.

—La verdad, siendo completamente sincero, es que no lo sé. Puede entrar en un letargo prolongado. Quizá ahora se sienta acosado y haya calmado el impulso que le lleva a matar. Quizá, como asesino organizado que pienso que es, esté meditando y aprendiendo de sus errores, de los fallos que él ya sabe ha cometido, y que más pronto que tarde nosotros descubriremos, y esté fantaseando con su siguiente atrocidad, perfeccionada.

—¿Hay ahora vigilancia en la zona de la laguna? —preguntó Liz, que hasta ese instante había permanecido en singular silencio, de sopetón.

—Tenemos una patrulla que pasa cada dos horas por allí. También hemos instalado dos cámaras normales y otra de infrarrojos para que podamos grabar lo que sucede durante la noche. Están bien camufladas entre la vegetación —respondió el ayudante Bowen.

Liz resopló y luego miró al techo de la estancia. Yo ya sabía qué era exactamente lo siguiente que iba a decir:

—Entonces no regresará a ese lugar en mucho tiempo. Puede que actué, y que mantenga el patrón, pero si lo hace buscará un lugar diferente. Es un engendro sin alma, pero no tiene un pelo de tonto.

Me quedé contemplando la pantalla en la que seguía fijo el mapa del condado de Jefferson. Imaginé a las madres y padres de jovencitas de 16 a 20 años de edad temblando en sus casas, pensando precisamente en si su hija sería la siguiente víctima. Nosotros asistíamos a la barbarie como meros espectadores, que fríamente analizan la representación casi como el que trata de resolver un complicado acertijo; pero en esas poblaciones, como bien había manifestado el forense, vivían personas normales, buenas gentes, que estaban completamente aterradas.

—Si llega ese tercer crimen, tendremos la certeza de que nos enfrentamos a un asesino en serie. Deseo con toda mi alma que nos estemos equivocando, que ambos sean episodios distintos producto de desalmados diferentes...

—Ethan, tenga la certeza de que estamos ante un asesino en serie. Ya se lo comenté, y usted parece echarlo en el olvido. Fue hace mucho tiempo, pero un crimen idéntico ya nos sacudió hace 17 años, y aún sigue sin resolver. En 1998 el cuerpo sin vida de Sharon Nichols apareció exactamente en la misma hondonada de la orilla este de Perry Lake.

## — VII —

Hablaba muy poco con mi madre. Ella seguía viviendo en California, en una bonita y pequeña ciudad llamada Los Banos, o Los Baños (conservando el nombre en castellano), a medio camino entre San Francisco, donde estaban casi todos sus amigos y conocidos, y Mariposa, en cuyo cementerio reposaban los restos de mi padre. Solía visitar cada quince días una de las dos localidades. Pese a que ya tenía 65 años, seguía viajando en su propio coche, una destartalada *Toyota Sienna* con tres lustros a sus espaldas y más de 100 000 millas.

Me encontré con cuatro llamadas perdidas suyas y, como en ella era habitual, no había dejado ningún mensaje. Me armé de valor y marqué su número.

—Ethan, ¿eres tú?

—Sí, mamá. He visto que me habías telefonado varias veces y he pensado que se trataba de algo urgente —respondí, pese a tener muy claro que ella a la última persona a la que acudiría, de las que conocía, en caso de necesidad, sería precisamente a mí.

Nuestras conversaciones eran extrañas. Hacía ya demasiado tiempo que no eran las propias de una madre amorosa y un hijo agradecido. Se habían vuelto frías, monótonas y, por momentos, casi esperpénticas.

—Pero de eso hace ya un buen rato...

—Sí, claro. Ya sabes, estoy muy ocupado. No he podido devolvarte antes la llamada —mentí.

Un doloroso silencio se apropió de la línea. Por un instante dudé si mi madre seguía al otro lado. Aparté el Smartphone de mi rostro y pude comprobar a través del indicativo en verde de la pantalla que estábamos

conectados.

—Te he llamado cuando me encontraba en el cementerio de Mariposa, junto a la tumba de papá, y me acordé de ti. Pensé que hacía mucho tiempo que no venías a visitarlo. Sólo quería decirte eso... No hace falta que vengas conmigo, pero creo que a papá le gustaría que fueses a verlo algún día...

Mi madre era una fervorosa creyente. Yo no. Jamás discutía con ella de ese asunto, no sólo porque resultara inútil, es que además pensaba firmemente que esas convicciones le ayudaban a sobrellevar la ausencia del que había sido durante años su marido. Seguía perdidamente enamorada de él.

—Ahora estoy metido de lleno en un caso. Te prometo que en cuanto lo resolvamos iré a visitarte, y nos acercaremos juntos a Mariposa —dije, sin mucha convicción.

—No sabes cuánto te lo agradezco, Ethan. Papá también se pondrá muy contento. ¿Te va a llevar mucho tiempo ese caso?

—No lo sé, mamá. Estas cosas nunca se saben. Lo mismo una semana que varios meses.

Regresó el silencio. Estaba deseando colgar. Para mí el meollo de la llamada ya estaba resuelto y había cumplido con mi deber como hijo. La muerte de mi padre, como les sucede a muchas personas con estrechos lazos familiares, nos había alejado. Quizá nos culpábamos, o la presencia del otro nos martirizaba porque nos recordaba que ya no éramos en verdad una familia, que siempre habíamos sido una especie de triunvirato, y que desde hacía una década el líder principal del mismo, el campo magnético que nos había mantenido fuertemente unidos, se había desvanecido por siempre jamás.

—¿Dónde te encuentras? —preguntó mi madre, imagino que para calcular la distancia física que nos separaba.

—En un pueblo llamado Oskaloosa, cerca de Kansas City —respondí, ya absolutamente desganado.

—¿Es bonito?

—Bueno, no está mal.

—¿Está Liz allí contigo?

La cuestión me pilló desprevenido. Había olvidado que las últimas

conversaciones con mi madre habían sido acerca de mi ruptura con Liz, que ella había aceptado de mal grado.

—Sí, está aquí.

—Eso está bien...

Mi madre deseaba que yo *sentara la cabeza*, según su propia terminología. Con treinta años recién cumplidos le parecía un disparate no sólo que todavía no me hubiese casado, sino que tampoco tuviera hijos. Insistía mucho en que se moriría sin tener a un nieto entre sus brazos, y que pocas cosas le podían hacer ya más ilusión que esa. Al principio todas mis parejas le parecían inapropiadas, plagadas de múltiples defectos, pese a que casi nunca llegara a conocerlas personalmente. Pero desde hacía aproximadamente cinco años su actitud había cambiado: ahora cualquier chica con la que me viese o saliese una temporada era la mujer ideal para compartir con ella el resto de mi vida. No había visto nunca a Liz, no había cruzado con ella ni una sola palabra, pero la había defendido a capa y espada cuando le comuniqué que nuestra relación se había roto. Como en tantas otras cosas, resultaba vano intentar razonar con ella. Mi madre había decidido que *el fin*, tener ya un nieto, justificaba *los medios*. Tampoco le valía observar que en su entorno inmediato, que los hijos de sus amigos de toda la vida, seguían en su mayoría tan solteros y sin hijos como yo. Eso estaba bien para el resto, pero no era algo válido en su mundo.

—Bueno mamá, te tengo que dejar. Me están esperando —volví a mentir miserablemente—. Espero que comprendas...

—Claro, hijo, claro. No te olvides de ir a Mariposa en cuanto termines con esos asuntos. Tu padre te espera.

—Mamá, iré a verte y visitaremos juntos la tumba de papá —concluí, dando por zanjada la conversación y colgando, para evitar que mi madre pudiera añadir un comentario más.

Nadie me esperaba. Me encontraba solo en la amplia casa que nos había conseguido el sheriff Stevens, y sobre mi cama yacía el cartapacio que el detective Worth me había facilitado el día anterior.

Pensé en lo sencillo que resultaba para un sicólogo tratar de reparar las profundas heridas que un hecho trágico, como por ejemplo lo era la pérdida de un hijo para un matrimonio, produce de manera irremediable. La distancia

emocional, el análisis pulcro y objetivo y las herramientas estudiadas y ensayadas hasta la saciedad habitualmente surtían efecto, y pronto el trabajo reparador cicatrizaba las lesiones. Pero cuando se trata de abordar una cuestión personal, y esta no es una debilidad exclusiva de los psicólogos, sino más bien de la mayoría de los profesionales de cualquier ámbito, los aparejos y mecanismos se tornan endebles, como metales que hubieran sido calentados hasta volverse maleables, y de nada sirven. Y así era el caso entre mi madre y yo. Un psicólogo que conocía el origen del mal que provocaba los terribles síntomas, pero que era absolutamente incapaz no sólo de resolverlo, sino tan siquiera de afrontarlo.

Abrí la carpeta de Jim por un punto al azar, y el destino quiso que me topase con la fotografía de un hombre de aspecto tosco, frente chata, sonrisa enigmática y ojos hundidos. Me provocó una repulsión inmediata. Anotado en uno de los laterales a bolígrafo pude leer un nombre: Tim Nolan.



## — VIII —

En cuerpo sin ropa de Sharon Nichols fue descubierto la primavera de 1998 por un par de excursionistas en una laguna que la lluvia había formado cerca de la orilla sudeste de Perry Lake, en un lugar poco frecuentado por los turistas, e incluso demasiado soso y apartado para los habitantes del condado de Jefferson. Llevaba desaparecida cinco días, y sus padres, que residían por entonces en Albion, justo a la otra orilla del lago, habían interpuesto una denuncia tras 24 horas sin tener noticias de la joven, que hacía unos meses había cumplido 18 años.

La autopsia pudo determinar que no había habido agresión sexual, que la piel de la víctima había sido limpiada con jabón de baño y una esponja, seguramente natural, y que había sido asesinada con cianuro de potasio. No había signos de violencia, y sí se encontraron en su estómago restos de alcohol y benzodiazepinas, lo que sugería que había sido sedada antes de administrarle por vía oral el veneno.

Las fotografías de la laguna mostraban su cuerpo medio sumergido en un lodazal. Su rostro y las extremidades revelaban la cianosis propia de una intoxicación por ingestión de cianuro en dosis muy altas. Tenía los ojos abiertos. Unos preciosos ojos color miel sin vida, que se habían quedado petrificados con una particular expresión de terror comedido. Quizá las convulsiones de las entrañas, tratando de expulsar el compuesto tóxico del estómago, habían provocado que el rigor mortis dejara para el infinito aquel rictus en un rostro por lo demás extremadamente bien proporcionado, de una belleza serena, casi arcaica.

Sharon estudiaba primer año del grado de Estudios Americanos en la Universidad de Kansas, en su sede en la cercana ciudad de Lawrence, a unas

30 millas de distancia de la casa de sus padres. Contaba con una beca parcial, por su excelente rendimiento deportivo en pruebas atléticas, especialmente en el medio fondo. Ostentaba el récord de la milla del estado de Kansas y tenía la 5ª mejor marca de todos los Estados Unidos. Aunque residía en Lawrence, donde compartía piso con otras dos estudiantes, visitaba con frecuencia a sus padres, pues los tenía a media hora en coche. Solía ir a verlos casi todos los fines de semana. Fue en una de esas visitas cuando desapareció. Había quedado la tarde del sábado con una vieja amiga de la infancia en la adyacente localidad de Meriden, a apenas 6 millas de distancia de Albion. Como parte de su entrenamiento habitual, había decidido, ya que sólo iba a estar un rato en casa de su amiga, ponerse un chándal ligero e ir trotando hasta el cercano pueblo y luego regresar antes de que se hiciese muy tarde del mismo modo. Vera Taylor, última persona que vio con vida a Sharon, se despidió de ella a las puertas de su casa sobre las 21:00 y la vio alejarse corriendo a buen ritmo, como en ella era habitual. Nadie, exceptuando obviamente a su asesino, se cruzó con la joven a lo largo del breve trayecto que separaba Meriden de Albion, por lo demás una carretera muy poco frecuentada, y menos un sábado por la noche.

El matrimonio Nichols se presentó muy nervioso y excitado la tarde del domingo en la oficina del sheriff del condado de Jefferson, en Oskaloosa. Como sabían que su hija era mayor de edad, y conocían algo de los procedimientos policiales, ya que la madre, Amanda, era experta en leyes, y por tanto asumían de que hasta pasadas 24 horas nadie movería un dedo, iniciaron sus propias pesquisas telefoneando a amigos y conocidos o recorriendo las carreteras en su propio vehículo. Pero nada más poner la denuncia por desaparición el equipo del sheriff Johnson, por entonces responsable de la oficina, se puso manos a la obra.

Estuvieron cuatro días peinando la zona. Equipos de buceadores expertos también la buscaron en la orilla oeste de Perry Lake. Voluntarios, la mayoría universitarios llegados de Lawrence y vecinos de Albion, Meriden y Ozawkie ayudaron en las tareas de búsqueda.

Finalmente un par de excursionistas, una pareja de ancianos en buena forma que se habían perdido paseando y que se hallaban pasando unos días en el Perry State Park, encontraron el cuerpo al otro lado del lago. El

matrimonio pronto fue descartado: eran ya setentones, no tenían ningún tipo de antecedentes y, lo más importante, habían llegado a la zona el día anterior, procedentes de Dallas. La chica llevaba en la laguna al menos tres días, y el momento de su muerte se fijó entre la última hora del sábado y las primeras horas del domingo anterior. Tenían coartadas más que sólidas para el fin de semana.

La oficina del sheriff Johnson volcó el 100% de sus recursos en la investigación de aquel crimen atroz. Se realizaron centenares de actuaciones, decenas de interrogatorios, incontables informes y pruebas forenses. Incluso se llegó a recurrir, en un momento de desesperación, a la colaboración de una médium. Nada dio resultado.

Poco a poco el caso se fue enfriando, fue cayendo en el olvido, para desesperación de la familia Nichols, que llegó a gastar una pequeña fortuna contratando los servicios de un detective privado que ya había colaborado con la policía con relativo éxito en varios casos sin resolver.

Finalmente la investigación fue archivada, ya que no había por donde seguir tirando del hilo. La muerte de Sharon Nichols iba a quedar, como desgraciadamente sucede en tantas ocasiones, sin que nadie le hiciera justicia.

Muchas de las personas relacionadas con el caso, incluidos el sheriff Johnson, el detective que contrató la familia y los principales sospechosos, amén la pareja que encontró el cadáver y muchos de los vecinos de la zona, habían muerto ya. También los restos de Amanda Nichols reposaban en un cementerio. En el décimo aniversario de la muerte de su hija se suicidó, volándose los sesos con una vieja pero efectiva *Smith & Wesson* que conservaba de sus tiempos como abogada, en los que sentía que necesitaba un extra de protección.

Había leído con rapidez un resumen de todo el expediente que me había preparado Tom. Sentí una fuerte comunión con aquella pobre chiquilla, a la que le habían cortado las alas en plena juventud. Puede parecer una estupidez, pero el hecho de que fuese una gran atleta, que estuviera parcialmente becada y que tuviese una de las mejores marcas de Estados Unidos en la milla eran para mí razones muy poderosas para sentir una empatía infinita con una persona que ya jamás podría demostrar su valía. Una persona que seguramente habría conseguido hacer cosas importantes, habría

incluso llegado a inscribir su nombre con letras de oro en los anales del atletismo, batiendo récords imposibles que harían que jamás fuese olvidada por nadie sobre la faz de la Tierra. Pero no: un engendro despiadado había cerrado todas las puertas del futuro a Sharon Nichols, y ya prácticamente nadie se acordaba de ella. Por crímenes como el de Sharon yo me había metido en el FBI.

Sentí, como si pudiera separarme de mi cuerpo durante algunos segundos y analizarme desde el exterior, que la vinculación emocional nublaba mi razón. Me di una ducha bien fría durante al menos veinte minutos antes de seguir reflexionando sobre aquella tragedia.

Cuando regresé a la mesa sobre la que había estado tomando notas me encontraba mucho mejor. Ahora ya podía pensar con lucidez. Las similitudes con los recientes crímenes eran extraordinarias. Pero 17 años de distancia entre los sucesos no era una cuestión baladí.

## — IX —

Tim Nolan parecía un tipo huraño, y su aspecto recordaba vagamente al de una especie de Neandertal, con sus ojos hundidos entre las diversas prominencias de los huesos del cráneo. Pero al verlo en persona la primera impresión que ocasionaba el retrato fotográfico que formaba parte del informe del detective Jim Worth se difuminaba rápidamente: su rostro se volvía más amable y el timbre de su voz hacía pensar, invariablemente, en que uno estaba delante de un buen hombre.

—Buenos días señor Nolan, disculpe que le molestemos otra vez, pero imagino que comprenderá la situación. Soy Ethan Bush, agente especial del FBI, y esta es mi compañera, Liz —dije, con una sonrisa amable.

Tim estaba sentado como agarrotado en la silla metálica de la pequeña sala de interrogatorios de la oficina del sheriff del condado de Jefferson. Movía rápidamente las pupilas, fijándolas alternativamente en Liz y en mí. Sólo muy de cuando en cuando se entretenía mirando la cámara que servía para grabar el interrogatorio.

—Lo entiendo. De verdad que lo entiendo. Pero mire, no me gusta todo este asunto —manifestó, con un leve temblor nervioso en la voz.

—A nosotros tampoco. Cuanto antes empecemos, antes acabaremos. Deseamos sinceramente no tener que incordiarle más, aunque eso es algo que no podemos garantizar de momento.

Se había acercado voluntariamente hasta la oficina, y lo había hecho sin abogado. Eran aspectos importantes, pues alguien que siente la amenaza de la ley no suele mostrarse tan colaborador. A menos que sea muy inteligente, y desde luego que el señor Nolan no lo parecía en absoluto. No había finalizado los estudios primarios, y aunque se relacionaba con sus vecinos del pequeño

pueblo de Ozawkie, donde vivía en una caravana, prácticamente todo el mundo lo consideraba un ser inofensivo muy corto de luces. Repasamos juntos el interrogatorio previo al que lo había sometido el detective Worth, para ver si caía en contradicciones. Liz repasaba atentamente cada una de las cuestiones, y estaba autorizada a intervenir en cualquier momento si detectaba alguna anomalía. Durante veinte minutos lo único que hizo fue dirigirme gestos aprobatorios, lo que significaba que todo era normal.

—¿A qué se dedica?

—Principalmente soy pescador. Pero también hago chapuzas aquí y allá. Me gano la vida como puedo, no tengo queja, aunque apenas me llega para salir adelante.

—¿Visita con frecuencia la zona de la laguna en la que encontró los cuerpos?

—No. Vamos, no todo el año. Sólo lo hago en esta época, a principios de la primavera. Es un lugar apartado y tranquilo, allí nadie me molesta.

El señor Nolan se iba poniendo cada vez más nervioso. Detecté un tic que le hacía pestañear con frecuencia, y el dedo índice de la mano izquierda le temblaba, mientras era capaz de mantener serenas el resto de las falanges. Tenía la sensación de estar delante de un crío de 12 o 13 años. Pese a todo se expresaba bien, mejor de lo que cabía esperar, y sus respuestas parecían siempre espontáneas y sinceras.

—¿Qué pensó al ver a las chicas muertas?

Tim se tapó el rostro con los antebrazos, y se quedó en silencio durante medio minuto. Creo que estaba recordando las horribles estampas. Pese a esa reacción, Liz, tal y como habíamos acordado, puso sobre la mesa las fotografías de Clara Rose y de Donna Malick. Él apenas pudo echarles un breve vistazo.

—Me asusté mucho. Era horrible. Yo nunca había visto a ningún muerto. Ni siquiera cuando murió mi padre o mi madre me acerqué hasta el ataúd para despedirme. Lo hice desde el fondo de la iglesia...

Liz recogió con rapidez las terribles instantáneas, y me dirigió una mirada buscando mi aprobación. Asentí. Estábamos en sintonía, y más o menos ya teníamos una idea del perfil de la persona que teníamos delante.

—¿Tocó los cuerpos? —inquirí, con la máxima naturalidad, como si eso

hubiera sido lo más normal.

—¡No! Salí de allí disparado. Casi me caigo de la bicicleta. Ni siquiera miré atrás, me fui directo a hablar con Ryan.

En ese instante pude ponerme mejor en la piel del ayudante del sheriff Bowen, que conocía desde que era un chaval a Nolan. Las relaciones interpersonales suelen ofuscar la razón, haciéndonos perder la objetividad, pero también hay que saber tenerlas en cuenta. Descartarlas de forma tajante puede hacer desperdiciar un tiempo precioso, y cuando están en juego vidas humanas cada minuto es decisivo.

—¿Recogió algo del lugar?

—No, claro que no. La primera vez llegué y me topé casi de inmediato con el cuerpo de Clara. No hice otra cosa que coger la bicicleta y marcharme directo hacia Oskaloosa.

Su respuesta no terminó de convencerme. El constante pestañeo me despistaba: no sabía si me estaba ocultando la verdad o si la ansiedad que mis preguntas le provocaba desquiciaban su sistema nervioso. El caso es que pensé que más adelante debía insistir más sobre ese aspecto, porque quizá se hubiera llevado consigo alguna prueba fundamental, como alguna prenda de ropa, y no quisiera reconocerlo ante nosotros por si eso le ocasionaba problemas con la justicia.

—¿Conocía a Clara?

—La había visto alguna vez. Trabajaba todos los veranos en el camping, y a mí me gusta pasarme por el camping de vez en cuando porque me hacen pequeños encargos. No soy muy listo, pero se me da bien arreglar cosas: tuberías, fachadas, sanitarios, enchufes...

El señor Nolan se había relajado un poco. La sonrisa afable de Liz y mi tono de voz cercano le estaban haciendo sentir cómodo. Además, creo que recordar a Clara Rose con vida apartó de sus retinas la imagen de la joven muerta cerca de la orilla del lago.

—Y a Donna, ¿también la conocía?

—No, a Donna no. Jamás la había visto antes —respondió, casi con contundencia.

—Tim... Se asustó mucho cuando encontró a Clara, ¿verdad?

—Sí. Mucho, ya se lo he dicho.

Dejé correr los segundos antes de formular mi siguiente pregunta. Era algo que me rondaba la cabeza casi desde el principio, nada más saber que ese hombre había hallado ambos cadáveres, y que se le había escapado al detective Worth en su interrogatorio.

—Entonces, ¿cómo es que se atrevió a volver a ese lugar?

—Me gustaba ese sitio. Iba allí casi a diario cada primavera. Es una zona perfecta para pescar lobinas con facilidad. Los forasteros no lo saben, y mucha gente de por aquí tampoco. Allí van a descansar tras desovar en el lago. Hay días en que las puedo ver a decenas desde la misma ribera.

—Y pese al miedo que sentía, ¿regresó?

—Lo hice justo a la semana. Se me había pasado un poco el susto. Necesitaba pescar, y allí era muy fácil hacerlo. Dejé la bicicleta junto a los arbustos y crucé la zona encharcada con los ojos cerrados. Luego estuve pescando un rato. Ya casi no me acordaba de lo de Clara cuando desde la orilla me giré, y entonces...

Tim se puso a sollozar. Nuevamente se cubrió el rostro con los antebrazos, como si sus manos fueran inútiles o hubieran perdido la fuerza, pues le caían hacia los lados flácidas. Liz y yo aguardamos. Sabíamos que en ese momento era mejor no interrumpir su discurso, dejar que su cerebro evocara de manera espontánea era lo más acertado.

—Al principio pensé —continuó— que era como una pesadilla. Pero luego me fijé un poco mejor. Tampoco mucho, estaba asustado de verdad. Salí corriendo, me dejé las lobinas olvidadas en una cesta y todo. Fui otra vez a ver a Ryan, pero esta vez se enfadó mucho conmigo. Me dijo que si era una broma no tenía ninguna gracia. Yo le dije que no, que era verdad, que se lo juraría con la mano sobre la Biblia. Y entonces se puso más serio, y se enfadó todavía más, y me preguntó si yo había matado a aquella chica. Y yo me eché a llorar, porque Ryan no podía pensar eso de mí. Si Ryan pensaba eso... todo el resto del mundo pensaría lo mismo. Y eso no era verdad.

El señor Nolan, que se expresaba con la voz de un adulto pero con la madurez de un adolescente temprano, no pudo contener los sollozos, que ahogaron su voz. Liz le tendió algunos pañuelos de papel y luego con sus dedos índice y corazón de la mano derecha me hizo el gesto de una tijera, para que diera por zanjado el interrogatorio. Para ella todo había terminado.



Pero no para mí.

—Está bien, Tim. Nadie le está acusando de nada, ¿me comprende?

—Sí —murmuró, mientras se secaba torpemente las lágrimas.

—Ahora necesito que se concentre. ¿Será capaz de hacerlo?

—Creo que sí —respondió, recomponiéndose. Mi voz serena y firme le transmitió seguridad.

—¿Recuerda algo extraño?

—¿Cómo? No le entiendo. Señor, yo no soy muy listo...

—No todo el mundo sabe pescar lobinas, y menos aún al mismo tiempo arreglar tantas cosas. Yo no sé hacer ninguna de esas cosas.

El señor Nolan me miró abriendo muchos los ojos. Para él seguramente aquel halago proferido por un tipo *importante* del FBI, que había venido nada menos que desde Washington, debió de significar mucho. Terminó de secarse la cara y se irguió.

—Le escucho, señor. Intentaré ayudarle.

—Me ha dicho que solía ir allí con frecuencia, ¿no?

—Sí, cada primavera. Casi todos los días. Pero ya no pienso volver nunca. Creo que si regreso otra chica del condado será asesinada. Tengo pesadillas casi todas las noches: estoy pescando en la orilla, con las piernas metidas en el agua, y entonces me doy la vuelta y hay otra muerta...

Liz me dio un puntapié por debajo de la mesa. Sabía que el hombre que teníamos delante estaba sufriendo mucho, y que nuestro interrogatorio lo único que estaba consiguiendo era incrementar considerablemente la tortura que ya le asfixiaba. La miré un segundo apenas, el tiempo suficiente para calmarla y transmitirle que confiase en mí. Sabía lo que me hacía.

—Ya no hará falta que vuelva nunca más —aventuré, sin tener claro del todo si su presencia en la laguna sería precisa en el futuro—. Pero, antes de estos terribles sucesos, lo hacía muy a menudo, ¿cierto?

Ya más tranquilo, Tim asintió con la cabeza. De alguna forma comprendía que eso era para mí muy importante, y deseaba sinceramente poder colaborar.

—Entonces, ¿conoce perfectamente ese lugar? —insistí.

—Como la palma de mi mano —respondió, profundamente emocionado. Se sentía útil, y muy agradecido al comprobar que mi rostro reflejaba una

enorme satisfacción ante sus respuestas.

—Había algo raro, algo extraño... ¿Había cambiado algo de ese lugar que tan bien conocía usted?

Tim Nolan se pasó un buen rato pensando. Apretó las pestañas un par de veces, rechinó fugazmente los dientes, se golpeó levemente la cabeza y luego se puso a morderse los padrastrós de uno de sus pulgares. Estaba esforzándose de verdad. Casi podía ver el interior de su cerebro viajando a un pasado espeluznante y que ahora se veía obligado a rescatar del lugar en el que trataba de enterrarlo para siempre.

—Bicicleta, libélulas... —musitó, en voz muy baja, como si hablase consigo mismo.

Liz me miró completamente desconcertada y se encogió de hombros. Yo le hice un gesto con la palma de la mano, para que mantuviésemos la calma. Estábamos en el camino, lo intuía.

—Tim, ¿ha dicho usted *bicicleta* y *libélulas*? —pregunté, pensando si no estaría errando mi estrategia al formularle la pregunta sin esperar.

—Sí.

El señor Nolan parecía satisfecho. En algún lugar de su memoria había encontrado *algo*. Ahora se trataba de descubrir si ese *algo* era importante para nosotros o no.

—¿Puede explicarnos qué significan esas dos palabras?

—Lo he recordado. Lo he recordado. La primera vez, cuando vi a Clara, no sé, no me acuerdo. Estoy casi seguro de que no. Pero la segunda vez, cuando encontré a esa chica, Donna, antes de llegar a la orilla y ponerme a pescar, al dejar la carretera y meterme en el camino de tierra vi unas huellas de bicicleta. Unas diferentes a las mías. Mi bicicleta es de carreras, sirve para competir y tiene las llantas muy finas. Pero esas marcas eran anchas. Había llovido la noche anterior y las huellas estaban algo tapadas por el agua, pero como me ha dicho si había notado algo raro...

Me froté la barbilla. Casi se me sale el estómago por la garganta. Yo no me había leído todos los informes, pero según Tom y Mark no se había recogido ninguna huella del camino de tierra. Tampoco se había tomado ninguna instantánea que las recogiese: eso era seguro porque sí que había revisado todas las fotografías.

—Muy bien, Tim. Nos está siendo de gran ayuda. Y... ¿las libélulas?

Guardó silencio y su rostro se enrojeció. Parecía como si hubiera hecho algo reprobable y le diese reparo reconocerlo ante nosotros. Al cabo de unos segundos se animó a responder:

—Pensaba que no era importante. Y ya lo había olvidado. Si no me llega a preguntar ni me acuerdo...

—No pasada nada, Tim, no ha hecho usted nada malo. Pero necesito que me lo cuente todo —dije, porque sabía que si se asustaba se cerraría en banda. Me estaba mintiendo, porque en su escala moral lo que había hecho no estaba bien. Lo mismo iba a soltarme una estupidez, lo mismo lo que sabía era una pista clave para pillar al asesino.

—Al final del camino, donde suelo dejar la bicicleta, encontré dos libélulas sobre el barro. Dos libélulas azules. Estaban muertas, y un poco mojadas, pero me parecieron muy bonitas y me las guardé en la chaqueta.

—¿Dos libélulas azules?

—Sí. Usted dijo que si había notado algo extraño. En esa zona del lago van las lobinas en primavera, pero no hay libélulas. Las libélulas están al otro lado. Alguien tuvo que dejarlas allí...

Liz volvió a mirarme, esta vez estupefacta. No supe bien cómo interpretar esa expresión de asombro infinito.

—¿Guarda usted esas libélulas? —pregunté, obviando que anteriormente me había mentido descaradamente al decir que no había recogido nada del lugar.

—Sí, ¡las tengo metidas en un frasco cerrado con algodón empapado en alcohol! No he hecho nada malo, ¿verdad?

Sonreí y me quedé mirando el rostro de aquel hombre. El ayudante del sheriff, Ryan Bowen, tenía toda la razón del mundo: bastaba entablar una conversación de una hora con Tim para saber que aquellos crímenes no podían ser obra suya.

—En absoluto. Nos ha sido de gran ayuda, de verdad. Le estamos muy agradecidos. Pero necesitaremos que nos deje esas libélulas para poder examinarlas.

El señor Nolan nos regaló su mejor sonrisa y accedió de inmediato a mi solicitud, afirmando con su singular cabeza. Finalmente resultaba que no era

tan estúpido, y que acababa de echar una mano nada menos que al FBI.

A Clara Rose le quedaba un mes para cumplir 20 años el día que desapareció. Era una chica menuda y, según todos sus conocidos, algo atolondrada. Había abandonado los estudios de secundaria, porque se aburría. Durante el otoño y el invierno solía trabajar de camarera en diversos locales de la ciudad de Topeka, no muy lejos de la casa de sus padres, en Grantville, donde seguía residiendo. Desde finales de primavera hasta septiembre tenía un empleo temporal desde hacía 4 años en el camping ubicado en el Perry State Park. Ese abril se hallaba como casi siempre por esas fechas: en el paro. Dedicaba la mayor parte del día a perder el tiempo: por las mañanas viendo seriales en la televisión y por las tardes visitando a sus amigas más íntimas.

Clara no tenía novio cuando fue asesinada, pero hacía sólo algunas semanas que había roto con Liam Moore, un joven de 25 años que cuidaba los jardines del Perry State Park. Según las malas lenguas Clara había roto con él porque Liam le insistía mucho en mantener relaciones sexuales, algo que ella no deseaba hacer hasta después de casada. Moore se había convertido, por tanto, en uno de los principales sospechosos, pese a que contaba con una coartada: había pasado la noche de la desaparición de la joven en casa junto a su madre. No era descartable que la madre mintiese, pero tampoco había ningún otro indicio que apuntase hacia aquel chico.

La última persona que vio con vida a Clara fue su amiga íntima Linda Jones, estudiante de último curso en la Universidad de Kansas, en su sede en Lawrence. Habían pasado la tarde juntas en Topeka, haciendo compras y tomando algún helado. Regresaron a Grantville a eso de las ocho de la noche. Llovía a cántaros. Linda dejó a Clara a unas ciento cincuenta yardas de su casa, y luego siguió en dirección a Lawrence, para no llegar demasiado tarde

a la residencia en la que estaba alojada, ya que al día siguiente tenía que acudir temprano a clase. La joven estudiante en su declaración dijo que no vio a nadie sospechoso, pero que con la intensa lluvia y la escasa luz hubiera sido fácil para cualquiera ocultarse entre la maleza.

El cuerpo de Clara Rose fue descubierto por Tim Nolan al amanecer del día siguiente. La chica llevaba muerta apenas unas horas. Sus padres no habían denunciado siquiera su desaparición, pues no era extraño que Clara pasase alguna noche fuera de casa sin avisar. En alguna ocasión había dormido en el apartamento de alguna amiga en la ciudad de Topeka, o incluso en la residencia de Linda Jones, en Lawrence. Regresaba a casa al día siguiente para la hora del almuerzo, a veces no lo hacía hasta casi entrada la noche, y como ya era mayor de edad sus padres le permitían este tipo de desmanes. Cuando recibieron la noticia del fallecimiento de su hija tuvieron que ser atendidos por un sicólogo, y la madre se pasó dos días a base de tranquilizantes. Estaban completamente desquiciados.

El cadáver de Clara no presentaba signos de violencia, y la causa de la muerte había sido asfixia por intoxicación severa con cianuro de potasio. Se hallaron en su estómago alcohol y tranquilizantes, que con seguridad sirvieron para sedarla y poder administrarle el veneno cómodamente. No había sido forzada sexualmente. Es más, al contrario que Donna Malick y Sharon Nichols, Clara seguía siendo virgen. La policía del condado de Jefferson pronto descartó el móvil sexual, y aun así fueron investigados todos los delincuentes sexuales registrados en la zona.

El cuerpo había sido lavado a conciencia. Además, la lluvia torrencial había terminado de difuminar las pocas pistas que pudiera contener. En la hondonada no pudo recogerse ninguna evidencia, ni tan siquiera un resto de tejido o una huella de calzado.

A la policía le había desconcertado aquel crimen. Clara era una chica sencilla y simpática, a la que no se le conocían enemigos. Si además no habían abusado de ella, los motivos que habían impulsado al homicida eran realmente opacos y sería muy complicado desvelarlos. Vivía en un entorno estable, y no parecía, según las primeras hipótesis, que en la familia hubiese nadie capaz de realizar un acto tan horrendo. También resultaba cuando menos singular el método elegido por el asesino para acabar con la vida de la

joven: cianuro de potasio. Desde luego no era algo convencional, no sólo en el estado de Kansas, también en el resto de la Unión. En la oficina del sheriff del condado de Jefferson no tardaron en encontrar una increíble semejanza entre este crimen y otro acaecido nada menos que 17 años atrás. Sharon Nichols había aparecido en el mismo lugar y había fenecido de la misma forma.

El detective Jim Worth, encargado de la investigación, había llegado en sus primeras valoraciones a la conclusión de que el homicida era alguien de la zona, incluso un vecino de la chica, que no sólo conocía Grantville y Perry Lake, sino todo el condado. Era casi imposible pensar en otras posibilidades, dado lo poco concurrido del lugar, el relativo complicado acceso al mismo y su cercanía a una carretera desde la que cualquiera que hubiera transitado hubiera podido verlo dejar el cuerpo sin demasiada dificultad. Porque estaba claro que el cuerpo había sido trasladado hasta allí, y la escena del crimen era otra bien distinta. También pensaba que conocía bien a Clara, pues la joven no había opuesto la más mínima resistencia. Y que ella, bajo ningún concepto, lo había percibido como una amenaza.

## — XI —

Estaba realmente enojado. Había preferido quedar a solas con el sheriff Stevens en su despacho, pues no deseaba contrariar a todo su equipo, ni enemistarme con ellos, y mucho menos poner a Clark en evidencia delante de sus subordinados.

—¡Había unas marcas de bicicleta! —exclamé, golpeando levemente la mesa del sheriff, mientras iba de un lado a otro, como si me fuera a dar un ataque en cualquier momento.

—Ethan, le ruego que se tranquilice.

Clark Stevens estaba un tanto asombrado por mi reacción. Era un hombre cabal y juicioso, y estoy convencido de que no esperaba un arrebato tan temperamental de un agente especial del FBI, máxime tratándose de un investigador de la UAC (Unidad de Análisis de la Conducta).

—Lo siento, pero es que me parece increíble que se cometan este tipo de fallos —dije, bajando el volumen de la voz e intentando atemperarme.

El sheriff seguía observándome como si tuviese delante de sí a un enajenado. Inmóvil, protegido por la mesa de madera maciza que nos separaba, trató de buscar las palabras adecuadas.

—Tiene toda la razón, Ethan. Pero como todas las cosas en esta vida, tiene su explicación.

—Por dios, no sólo no sacaron fotografías de esas huellas de bicicleta para poder compararlas con una base de datos, lo cual ya nos estaría ayudando a estrechar el círculo, ¡es que además las machacaron con el maldito SUV! —grité, alterándome de nuevo, sólo de pensar en lo importante que hubiera sido para todos haber podido cotejar aquella evidencia.

Clark Stevens puso las palmas de sus manos sobre la mesa, y tomó una



bocanada de aire. Ya me había acostumbrado a aquella pauta que se repetía cada vez que algo le sacaba de sus casillas y él procuraba relajarse.

—¡Era el segundo cuerpo que encontrábamos en nuestro condado en apenas una jodida semana! No puede ni imaginarse lo que supone eso para un lugar apacible y tranquilo como Jefferson, no tiene ni la más ligera idea. Bowen salió pitando, y la única cosa que se le pasaba por la cabeza mientras llegaba a la laguna, pues Tim no es que hubiera sido muy claro, como ya se imaginará, era si todavía podría hacer algo por la vida de aquella desdichada...

De súbito detuvo su enérgico discurso. Se quedó como congelado en el tiempo durante algunos segundos. Luego se recuperó, se frotó los ojos con los dedos y continuó como si nada hubiera acaecido:

—Sí, es cierto. Salió de la carretera y siguió por el camino de tierra, sin reflexionar acerca de la posibilidad de que en aquel suelo embarrado pudieran existir pruebas; y seguramente debería haber aparcado en el asfalto, bajarse con cuidado del *Explorer Interceptor*, tomar algunas fotografías del camino, e incluso marcar con números las posibles evidencias; y luego, ya una vez hecho todo eso, ir a comprobar cómo estaba Donna...

La segunda parte de su disertación, más pausada, caló en lo más profundo de mi ser. Debió de notarlo, porque la expresión de su rostro también se relajó.

—Soy un estúpido. Espero que lo entienda —musité, intentando no aparecer como un ser abominable y sin ningún tipo de sentimientos. Algo que, por otro lado, no dejaba de ser cierto.

—Ya se lo he dicho antes, todo tiene una explicación. Usted está enfadado, y no le falta razón, porque no hicimos bien nuestro trabajo y ahora nos falta una prueba que seguramente sería vital, dado la escasez de las mismas. Por eso pierde los nervios, cuando no debería ser así. Y Bowen no tomó las precauciones debidas porque en ese instante los indicios y las huellas le importaban una mierda. Pensaba que todavía podía hacer algo por salvar la vida de una mujer. Así son las cosas en el mundo real, Ethan.

La rabia que sentía se fue apagando. Una vez más comprobaba que las cosas no eran tan sencillas como en las confortables oficinas de Quántico, cuando analizábamos casos reales sentados en cómodos sillones, acariciados

por el aire acondicionado y con la serenidad de no tener ninguna implicación afectiva con las víctimas de los horrendos crímenes que se nos mostraban.

—Me hago a la idea, Clark.

—Si me lo permite... ¿qué edad tiene?

Me puse de inmediato a la defensiva al escuchar la pregunta. Pensé que el sheriff iba a meter la pata ahora que el ambiente se había vuelto apacible entre ambos. Dudé, pero finalmente opté por responder de forma lacónica.

—Treinta años.

—Ha llegado realmente lejos siendo tan joven. Creo que es un lujo que podamos contar con usted en este caso, se lo digo de verdad. No sólo sus conocimientos nos están sirviendo de gran ayuda, además es un hombre tremendamente inteligente y creo que será clave para dar con el indeseable que ha perturbado la paz de mi condado —dijo Stevens, mirándome fijamente a los ojos.

—Pero... —repliqué, sabiendo que todos aquellos halagos concluirían en un consejo de viejo *lobo de mar*.

—Jamás tendrá todo el viento a su favor. Y también usted cometerá errores, se equivocará. Y tiene que aprender a lidiar con los fallos de los demás, y especialmente con los suyos propios. Si se ofusca, si se queda atascado en unos o en otros, no avanzará, no podrá usar esa mente privilegiada que Dios le ha dado. Y con esto no trato de justificar nada, se lo garantizo. Le pido disculpas por no haber hecho las cosas bien. Pero ahora me gustaría que no le diésemos más vueltas a ese asunto y tratásemos de, con lo que tenemos, pillar al cabrón que es responsable de esas animaladas. Nadie nos garantiza que en este preciso instante no esté planificando su siguiente fechoría.

Aunque no estaba conforme del todo con lo que acababa de decir Clark, tenía razón al querer zanjar el tema. No se me ocurrió otra cosa más que tenderle la mano, como si nos acabásemos de pelear a puñetazos y volviésemos a hacer las paces.

—Me tiene de su lado, sheriff. Vamos a dar caza a ese hijo de puta —dije, usando un taco muy poco habitual en mí, pero que llevaba tiempo rumiando en las entrañas.

Nos quedamos cerca de una hora trabajando intensamente, repasando los

diversos informes que había acerca de los principales sospechosos y trazando una estrategia más o menos coordinada. Pero yo me comporté como un mezquino, y no fui transparente con él. Me reservé la información acerca de las libélulas que nos había facilitado Tim Nolan. Siempre podría alegar que el interrogatorio estaba grabado, y que habíamos dejado una copia del mismo en la oficina. Pero en el fondo deseaba jugar la partida con las cartas marcadas, mientras tenía la impresión de que el sheriff Stevens era completamente cristalino conmigo. Todavía no sabía que él también me estaba ocultando algo.

## — XII —

Todos los seres humanos, desde la más tierna infancia, vamos generando mecanismos de defensa frente a las agresiones del entorno. La vida es un regalo maravilloso, pero no es un camino de rosas. Seguramente sería demasiado aburrido si no tuviésemos que enfrentarnos a momentos duros, a varios reveses y a circunstancias adversas. Seguramente, también, si no fuera por esos instantes dolorosos seríamos incapaces de apreciar las situaciones extraordinarias y fascinantes, cargadas de alegría, que por suerte nos obsequia la existencia.

Desde que había hablado por teléfono con mi madre llevaba dándole vueltas a la idea de escaparme un día para visitarla, aunque sólo fueran unas horas. El tiempo suficiente para coger el coche y acercarnos juntos a Mariposa, poner unas flores frescas sobre la tumba de mi padre y aprovechar el trayecto de ida y el de vuelta para charlar un rato con la mujer que me había dado la vida, que me había curado las heridas de niño y que se había desvelado esperando mi regreso a casa tras mis primeras correrías adolescentes. Pero no encontraba nunca el momento.

La muerte de mi padre no sólo me había alejado de mi madre: me había cambiado por completo el carácter. Alguien me había extirpado una parte de mi ser que era fundamental. Una parte que no estaba dissociada de mi cuerpo, al contrario: estaba unida a él por lazos invisibles pero sólidos, como fibras de *Kevlar*.

Abandoné mi idea de ser un profesional del marketing y me decanté por la sicología, pensando ya en entrar a formar parte del FBI en un futuro. Dejé de entrenar, dejé de correr, algo que había sido mi pasión durante años. Dejé de beber *Budweiser* al principio, para luego no probar ya jamás ni una gota de

cerveza. Dejé de ir al campo de los *Giants* y no vi ni un solo partido de béisbol por la televisión durante años. Y lloré, lloré como sólo lo hacen los niños pequeños cuando se sienten abandonados y desconsolados en 2010 y en 2012, cuando el equipo al que mi padre había sido fiel toda la vida, y que no había hecho otra cosa que regalarle sinsabores y decepciones, aunque él asegurase lo contrario, ganaron después de más de medio siglo las *Series Mundiales*. El destino, o lo que quiera que sea, tiene un sentido del humor de lo más retorcido. Y yo sollozaba enrabiado ante las imágenes de aquel equipo durante las celebraciones, con casi un millón de almas felices atestando Market Street, pues pensaba que mi padre merecía estar allí, agitando su gorra. Y de alguna manera allí lo veía, con su amplia sonrisa y su figura fornida, destacando entre los miles de fans enfervorecidos.

Me descubrí con el rostro empapado, tumbado en el sofá del chalet que el condado de Jefferson nos había cedido amablemente. Por suerte estaba solo, pues mi equipo había salido a dar una vuelta para despejar la mente y tomar algo por ahí. Hubiera detestado que me descubriesen así. Se habían llevado el pequeño *Spark*. Subí a mi habitación y me puse a rebuscar en el armario, donde prácticamente había lanzado desordenadamente mis cosas el día de mi llegada. Sólo colgaba decentemente las camisas. Pronto encontré lo que buscaba: unas flamantes zapatillas *New Balance 1080* sin estrenar. Las había adquirido tras mi éxito en Detroit, con el propósito de empezar una nueva vida catapultado por la victoria profesional. Pero hasta la fecha seguían intactas. Me puse ropa cómoda para correr, me calcé las deportivas y, tras diez años sin hacerlo, me lancé con determinación a rodar por las calles, en dirección al lago por la Ruta 92.

Me sentí libre mientras dejaba atrás la población. Me sentí rejuvenecido y en forma, pese a que sabía que en unas pocas millas mis pulmones y mis piernas dirían basta y tendría que detenerme, agotado. Pero no me importaba en absoluto, porque estaba corriendo y aunque lo hiciera durante cinco o diez minutos eso no era lo relevante. Lo extraordinario era que volvía a dar zancadas, y eso me hacía feliz. Mientras galopaba impulsado por una fuerza casi ajena a mi ser pensaba en mi padre, y todo el dolor que hasta hacía unos minutos me había amordazado se iba desprendiendo, quedando atrás. Sonreí, pude sonreír. Correr es una de las formas más extraordinarias para sanar el

alma, para alcanzar aunque sea momentáneamente la felicidad, y eso era algo que yo había olvidado por completo. Sentía que mi cuerpo volvía a producir endorfinas, como no lo había hecho en años. Durante un buen rato todo fue maravilloso.

Estaba ya al borde de la extenuación cuando me topé con un hombre de mediana edad que también estaba corriendo, pero en sentido contrario al que yo iba. Me saludó y se detuvo a mi lado.

—¿Agotado? —me preguntó, con cierta sorna. Se notaba que él entrenaba habitualmente: respiraba sin dificultad y tenía las piernas esculpidas por cientos de millas devoradas al asfalto.

—Mucho peor... casi muerto —respondí, sin aliento, doblando el torso y apoyando las manos en las rodillas.

—Debería entrenar más. No tiene mala técnica, pero se nota que ha perdido la forma —reflexionó, con sorprendente tino.

—Más o menos...

Me senté al borde de la carretera. Él me tendió un pequeño bidón con una bebida isotónica de color azulado que llevaba en un cinturón. Iba pertrechado como un profesional. Llegué a pensar si no se trataría de uno de esos pirados que ya maduritos se dedicaban a hacer *Ironmans* por todo el planeta.

—Beba, le sentará bien y podrá seguir trotando un rato, lo suficiente como para llegar de vuelta a Oskaloosa.

Acepté de buen grado la bebida, que mi cuerpo asimiló como si llevase siglos sin probar una gota de líquido. Aunque estaba exhausto, todavía podía pensar con claridad, de modo que me sorprendió su observación.

—¿Cómo sabe que me alojo en Oskaloosa?

—Es usted agente del FBI, ¿me equivoco?

—No. Está usted en lo cierto —respondí, casi carcomido hasta el tuétano por la curiosidad.

Me miraba desde arriba, seguro y sonriente, pues yo seguía prácticamente repantingado sobre la carretera, intentando recuperar el aliento. Había algo en él que transmitía naturalidad y bondad.

—Oskaloosa no es precisamente una gran ciudad. Allí nos conocemos todos, y cualquier forastero llama la atención nada más aterrizar. No digamos si se trata de agentes del FBI. Son ustedes la comidilla del pueblo, ya me

entiende.

Me incorporé finalmente. Me gustaba el trato de aquel hombre agradable y en tan buena forma. Le devolví el bidón, completamente vacío.

—Lo siento. De verdad que necesitaba algo así. Me acaba, por decirlo de algún modo, de salvar la vida. Me llamo Ethan Bush.

Le tendí la mano y él me la estrechó de forma afable. Tenía el cabello blanco cortado al estilo de la costa oeste, lo que le confería cierto aire bohemio y juvenil, y el rostro bronceado por un sol con el que convivía asiduamente.

—Encantado de conocerlo, Ethan. Soy Patrick Nichols, el padre de Sharon Nichols.

## — XIII —

Odiaba la furgoneta, pese a lo cómoda que resultaba. De algún modo me recordaba la primera visita al lago y las malas sensaciones que la misma me había provocado. Pero no quedaba otra opción. Éramos un equipo pequeño y teníamos que repartirnos las tareas. Mi gente había regresado a la hondonada, para rastrear junto al ayudante del sheriff los alrededores, en busca de alguna prueba que se nos hubiera podido pasar por alto, y habían optado por usar el diminuto pero manejable *Spark*. Iban a ampliar el radio de búsqueda, aunque no confiábamos demasiado en que aquello diera resultado. Yo, entretanto, me dirigía acompañado por el detective Worth hacia el Perry State Park, el lugar en el que había trabajado durante cuatro veranos Clara Rose y en el que estaba empleado todo el año su exnovio, Liam Moore.

—Desde Oskaloosa se puede llegar hasta aquí de dos formas: lo que estamos haciendo, dando un pequeño rodeo tomando la interestatal 59, más cómoda; o atajando por la 92, atravesando el lago y luego girando hacia el sur nada más dejar atrás Ozawkie. La diferencia en tiempo no es demasiada — apuntó Jim, que conducía la furgoneta.

—¿Podríamos regresar al finalizar por la otra ruta?

Pensé que sería bueno ir familiarizándome mucho más con el entorno. Aunque me había escapado a solas con el *Chevrolet*, sabía que me quedaba mucho por descubrir. Nadie mejor que un veterano detective para mostrarme los vericuetos de un condado del que debía conocer cada palmo como el salón de su propia casa.

—Seguro. Ya había pensado en ello. Además, eso le permitirá meterse un poco más en la mente del asesino, ¿no?

Tardé en responder. No tenía muy claro qué idea de un experto en perfiles



criminales tendría el detective Worth. No deseaba desinflar sus expectativas, porque necesitaba que estuviese altamente implicado y motivado. Su colaboración me resultaba imprescindible. Pero por otro lado, tampoco quería que se formase una opinión de mí y de mi trabajo alejada de la realidad. No somos magos ni hechiceros. Crear un perfil lleva tiempo, y se necesitan muchos datos para poder elaborarlo. Yo, en aquel momento, apenas contaba con nada.

—Puede ser. Nunca se sabe —respondí finalmente, mientras asomaba la cabeza por la ventanilla para aspirar aire fresco y contemplar una especie de tienda de embarcaciones situada justo al borde de la carretera.

—Ya estamos entrando en el Parque —manifestó animoso Worth, justo en el instante que un cartel de madera sobre dos postes así lo anunciaba.

—Es un lugar idílico.

—Desde luego. Aquí viene gente de toda América a pasar sus vacaciones. Vegetación, tranquilidad, lugareños amables y simpáticos, un precioso lago y una temperatura agradable en verano. No se puede pedir más.

Cruzamos un pequeño puente sobre el lago. A ambos lados de la carretera se veían lanchas y diversas embarcaciones atracadas en sus amarres. Las había desde las más modestas hasta algunos yates medianos, que apuntaban que por allí algunos tipos forrados también se acercaban a pasar un rato apacible navegando. Nada más dejar atrás el puente giramos a nuestra izquierda para llegar al *Rock Creek Marina & Resort*.

—Aparcaremos en la entrada. Mucha gente de por aquí conoce esta furgoneta, y es mejor que no la vean.

Me descolocó el comentario. Parecía como si en aquel lugar todo el mundo tuviera algo que ocultar y la visita de la policía del condado resultase de lo más incómodo. Fuimos caminando hasta llegar a un amplio aparcamiento, casi pegado a la orilla del lago y al embarcadero. Allí salió a nuestro encuentro un tipo alto y fornido, que nos había visto llegar desde su garita.

—Bueno días Jim, ¿qué te trae por aquí? —inquirió el hombre, que llevaba una camisa azul con el logotipo del resort en un lado y en el otro una especie de emblema con la palabra *guardia* bordada.

—Hola Matt. Te presento... Este es el agente especial Ethan Bush, del

FBI. Nos está echando una mano para pillar al cabrón que les hizo lo que ya sabes a Clara y a Donna —respondió el detective Worth, en un tono de compadreo que rápidamente asocié a una cierta amistad.

—Comprendo. Soy Matt Davies, el vigilante del Parque. Puede contar conmigo para cualquier cosa que necesite.

Me tendió la mano y me la estrechó de una forma singular. Sentí una especie de latigazo que me atravesó el brazo y me sacudió las neuronas. No estoy hablando de premoniciones o de cualquier otra cosa paranormal, por suerte soy mucho más empírico y racional. Pero, pese a que contaba con sólo treinta años, mi formación era sobresaliente, y había desarrollado una fina intuición que me hacía detectar rarezas en las personas que pasaban desapercibidas para la mayoría de la gente. Matt me había hablado en un tono críptico, me había mirado de soslayo y me había apretado la mano de un modo extraordinariamente inusual.

—Queremos echar un vistazo al lugar en el que trabajaba Clara, ya me entiendes. Y también nos gustaría charlar un rato con Liam. No es que sospechemos de él, se trata de una cuestión rutinaria. Era su exnovio, y estamos obligados, ya imaginas... ¿Sabes si anda por aquí?

El vigilante se rascó la cabeza, como si le costase asimilar toda la información que estaba recibiendo.

—Pero, ya estuviste con Liam, ¿no? Tiene una coartada. Creo que pasó toda aquella noche con su madre viendo la televisión...

—Ya te lo he dicho, Matt. No te calientes los cascos. Pura rutina —replicó Jim, dándole unas palmaditas en el hombro.

—Claro, claro. Estáis de suerte, está allí —dijo, señalando el final del embarcadero—. Precisamente ha venido por aquí a limpiar de malas yerbas esa orilla. Ya estamos casi en temporada, y los clientes quieren ver esto impecable.

—Gracias, Matt. Estaremos husmeando también por el motel flotante, para que Ethan vea por donde se movía Clara en verano. No nos llevará más de una hora.

—Estáis en vuestra casa. Para cualquier cosa me tenéis en la garita...

Cuando estuvimos a una cierta distancia de la caseta del vigilante, a medio camino de la orilla en la que debíamos encontrar a Liam, en un punto

que consideré que nos proporcionaba cierta intimidad pues nadie podía escucharnos, me detuve un momento para compartir algunas apreciaciones con el detective Worth.

—Jim, seguro que tiene una explicación... Pero, ¿no entiendo por qué se muestra tan remilgado con ese guardia?

—Ethan, este es un condado pequeño. Nos conocemos casi todos. Apenas llegamos a los 20 000 habitantes en un área de poco más de 500 millas cuadradas. Hay manzanas de Nueva York más pobladas...

Se dirigía a mí hablando lentamente, como si algo le dijese que sería imposible que yo llegara a comprender lo que deseaba explicarme.

—Le sigo —dije, para animarle.

—Lo que ha sucedido es terrible para nuestra comunidad. Debemos andar con mucho tiento en señalar a alguien. Tenemos que estar muy seguros, porque la gente está nerviosa. Quieren que atrapemos al tipo que ha matado a dos de sus chicas. No podemos precipitarnos y marcar a una persona si no estamos seguros al 100%.

Sí, tal y como sospechaba el detective Worth yo no era tan espabilado. Criado en San Francisco y ahora residiendo en Washington: Ethan Bush no podía comprender los instintos de la *América profunda* porque definitivamente no la conocía. La alarma que se encendía en aquel hombre nunca jamás se hubiera despertado en mi cabeza, porque no sólo no dominaba aquel entorno, es que no entendía apenas una pizca del mismo.

—¿Quiere decir...? —pregunté, sin llegar a terminar de formular la cuestión.

Jim asintió, mientras miraba al suelo, esquivando mis ojos, que debían de estar medio salidos de sus órbitas. Se avergonzaba de algo que, al menos eso creía, en absoluto tenía que ver con él.

—Sí, amigo. Así son las cosas por estas tierras. Alguien no dudaría en tomarse la justicia por su mano. Y seguramente el resto no se lo reprocharía. No quieren ninguna manzana podrida en su reluciente cesto —manifestó el detective, mirándome de frente ahora—. Casi todos son buenas personas, pero también la mayoría tiene un arma en sus casas. Aquí tenerlas no es como en California, aquí te ponen más pegas para comprar un paquete de tabaco.

—Comprendo... —musité.

Seguimos caminando en silencio, rumiando cada cual lo que había significado aquella breve conversación. Pronto avistamos un chico alto, con el pelo rubio alborotado, que vestía unos gastados vaqueros y una camiseta blanca bastante sucia y con las mangas cortadas a tijera. Estaba podando las yerbas altas que crecían de forma salvaje en el margen del lago.

—Buenos días, Liam. Este señor que me acompaña es Ethan Bush, del FBI, y sólo quiere hacerte unas preguntas sobre Clara —dijo Jim, tajante, en un tono muy diferente al que se había dirigido al guardia del Parque.

El joven se quitó unos guantes de cuero que llevaba para proteger las manos y nos tendió una de ellas de manera afable y sin perder la sonrisa.

—Encantado. ¿Tengo algo de lo que preocuparme? —inquirió, casi con cierta sorna.

—No, no. Pero aunque el señor Worth ya estuvo con usted, siempre me gusta conocer personalmente a toda la gente vinculada con un caso de homicidio. ¿Tiene algún inconveniente en responder a mis preguntas?

—En absoluto. No tengo nada que ocultar. Clara y yo salimos una temporada, sólo eso.

El chaval tenía unos ojos brillantes que le hacían bien parecido. Era un poco brabucón, pero se notaba que había más fachada que sustancia.

—¿Por qué motivo rompió Clara con usted?

—Ya se lo habrán contado, estoy seguro. Ella era un poco *estrecha*, ya me entiende...

Liam se quedó callado de golpe. Era uno de esos bocazas que de cuando en cuando se dan cuenta ellos solos de lo torpes que pueden llegar a ser.

—¡Oh, Dios, lo siento! No quería decir eso.

—Tranquilo. Continúe, por favor —sentencié, pues para mí aquel desliz no tenía la mayor importancia.

—Yo quería que fuésemos un poco más lejos, pero Clara era una chica muy buena, de verdad. Sea el que sea el que le ha hecho eso debe de ser un grandísimo hijo de puta.

Sus palabras sonaban sinceras. Era espontáneo, con todo lo bueno y malo que eso conlleva.

—Y usted, ¿no se sintió molesto porque ella rechazara sus insinuaciones?

—Bueno, insistí un poco. Con otras me había funcionado. En ocasiones

hay que ser un poco pesado. Nunca sabes si la chica se está haciendo de rogar o quiere aparentar que es una santurróna.

Pronunció la última frase casi riendo, pero el silencio que le devolvimos el detective Worth y yo le hizo comprender de inmediato que aquel tipo de comentarios no nos hacían la menor gracia. Se llevó una de las manos a la boca, como si pudiera sujetar su lengua para dejar de hacer disquisiciones estúpidas que lo único que podían conseguir era ocasionarle serios problemas.

—Creo que me he expresado mal. Cuando hablo de insistir me refiero a dar la lata, pero casi rogándolo. Jamás se me pasaría por la cabeza obligar a nadie...

—Entiendo. Entonces, sí que se sintió contrariado.

—No, no. Quizá cuando me dijo, casi de sopetón, que lo dejaba conmigo. Pero ya me había hecho antes a la idea de que ni yo era el chico adecuado para ella ni ella era la clase de mujer que yo busco.

—Y ya no volvió a verla...

—No. Yo vivo aquí cerca, en Ozawkie, y ella en Grantville. En verano la veía casi todos los días, pero el resto del año era más complicado coincidir.

Repasamos su coartada. Nos describió qué estuvo viendo en la televisión, y nos dijo que su madre había estado con él toda la noche. Yo tenía la impresión de que allí había muy poco que rascar, como mucho tenía delante al típico fanfarrón de pueblo, más inofensivo de lo que él imaginaba, pero deseaba tener un contacto personal con todos los sospechosos. Quizá, como ya había sucedido con Tim Nolan, fuese capaz de descubrir algo que al detective Worth se le hubiese escapado.

—Muchas gracias —dije, haciéndole un gesto con la mano—. De momento esto es todo, pero esté localizable por si le necesitamos más adelante.

—Aquí me tienen casi todos los días. Jim sabe dónde vivo, y tiene mi teléfono.

Worth y yo regresamos hacia el coche sin hablar. Imagino que ambos teníamos bastante claro que aquel joven no daba el perfil de un asesino en serie, aunque nunca se sabe. La mayoría de los asesinos en serie organizados son capaces de llevar una actividad cotidiana completamente normal,

desarrollando una doble vida asombrosamente disociada de su *lado oscuro*. No era extraño encontrar a vecinos, amigos e incluso familiares de un tipo que se había ventilado varias almas sorprendidos y dedicando todo tipo de cumplidos acerca del sujeto en cuestión.

Ya habíamos dejado atrás el embarcadero y el parking situado justo en sus inmediaciones, enfilando la carretera en la que nos aguardaba la furgoneta, cuando sentí una especie de punzada en la nuca. Ningún bicho me había picado: era una singular reacción provocada por eso que algunos denominan el *sexto sentido*. Me giré bruscamente y pude descubrir a Matt Davies, el guardia del parque, que desde la distancia, fuera de su garita, tenía sus ojos clavados en mí. Era la mirada sombría de alguien que tiene *trapos sucios* en su pasado.

## — XIV —

El sheriff Stevens y yo nos acabábamos de quedar a solas en la sala de reuniones de la oficina de Oskaloosa. Mi equipo y su ayudante no habían sacado nada en claro de su larga batida por los alrededores de la hondonada en la que habían sido hallados los cuerpos. Teníamos la sensación de estar con las manos vacías, y una idea terrible se nos pasaba por la cabeza. Fue él el que se atrevió a manifestarla:

—Necesitamos pistas, y parece que hasta que no vuelva a actuar no pisará en falso.

Estaba levemente recostado sobre la silla. Tenía delante de mí la pared recubierta de corcho y podía ver diversos planos del condado y, sobre todo, las fotografías de Clara y Donna tal y como fueron halladas. Esta última seguía suplicándome con sus ojos abiertos, como si yo no me estuviera esforzando realmente por tratar de atrapar a la bestia que había segado su futuro de cuajo.

—No podemos quedarnos cruzados de brazos esperando. La vida de otra chiquilla está en juego...

—Yo no he dicho tal cosa. Pero nos enfrentamos a un tipo listo, un tipo listo de verdad. Se ha tomado muchas molestias, y conoce nuestra forma de trabajar. En ocasiones hasta pienso que...

Clark no quiso continuar con aquella deriva. Negó con la cabeza, como si al sacudir el cráneo la idea pudiera escaparse de su mente, como lo hace el agua de un pelo mojado.

—¿Algún policía? —pregunté, casi de forma retórica.

—No lo sé, Ethan. Pero tiene conocimientos de nuestra forma de actuar, de investigar. Es cuidadoso hasta el extremo. Pero como todos se irá

confiando, y entonces cometerá errores. Pero no quiero esperar hasta ese momento. No quiero ir a ningún jodido hogar más con el sombrero en la mano a comunicarle a unos padres que su hija ya nunca más volverá a casa.

El silencio se adueñó nuevamente de la estancia. Cada vez me sentía más cómodo con esos espacios de mutismo que se abrían entre el sheriff y yo. Establecíamos una peculiar comunión, a través de la cual nuestros pensamientos parecían retroalimentarse, como si fuésemos portadores de poderes telepáticos. En realidad era puro sentido común trabajando al mismo tiempo frente a idénticas evidencias.

Me incorporé y me aproximé hasta las fotografías, para verlas más de cerca. No sólo los ojos de Donna parecían querer decirme algo. Notaba que en esas instantáneas había un mensaje oculto, más allá de lo evidente.

—Me gustaría repasar todas las fotografías disponibles con el detective Worth. Hay algo que se nos está escapando, y no sé bien el qué. Pero cada vez que me fijo en ellas lo percibo —argumenté, quizá hablando como un charlatán de tres al cuarto que en realidad no tiene la menor idea de lo que dice.

—Me parece una propuesta estupenda. Mañana lo citaré aquí mismo para que puedan trabajar a destajo. Pero esta tarde me gustaría que me acompañase a visitar a alguien, si no le importa.

El sheriff Stevens se había levantado y ahora lo tenía frente a mí. Consideré que pensaba que la proposición que iba a hacerme no resultaría del todo de mi agrado.

—En principio, claro. Sabe que estoy a su servicio.

—Entonces no perdamos más tiempo, seguro que Patrick ya nos estará esperando desde hace un buen rato.

Seguía a Clark hasta el SUV, que se encontraba estacionado justo delante de la puerta de las oficinas. Estaba claro que aquel hombre astuto y perspicaz seguía pensando que el mismo indeseable que había acabado con la vida de Sharon se había ocupado, 17 años después, de Clara y Donna. Yo no descartaba tal hipótesis, pero la consideraba bastante improbable.

Cruzamos la mitad del pueblo, y luego giramos a la izquierda a la altura del Juzgado del Distrito, para abandonar la localidad por la estatal 92, en dirección al lago.



—¿Adónde nos dirigimos? —pregunté, un tanto desconcertado.

—Vamos a Albion, a la casa en la que residía la familia Nichols; hasta que su último miembro, Patrick, decidió trasladarse a vivir a Oskaloosa.

Apenas nos llevó unos minutos llegar a Albion. Era la primera vez que visitaba la diminuta localidad. Las casas estaban dispersas, y contaban con amplios jardines, algo descuidados, que las mantenían casi ocultas tras la maleza. La mayoría eran de madera, pero también las había más humildes: prefabricadas de chapa, como las que se pueden encontrar en algunos parques de caravanas. Aparcamos en la intersección con un largo camino de tierra que se adentraba hasta toparse con una bonita casa de dos alturas pintada de azul claro. Junto a la casa había tirada una bicicleta de montaña que debía de costar el doble de mi sueldo de un mes y un hombre maduro sentado en las escalinatas de la entrada: era Patrick Nichols.

—Hola Patrick. Este es Ethan Bush, el agente del que te hablé. Nos está siendo de gran ayuda. Es mucho más listo de lo que imaginaba —dijo, algo socarrón, el sheriff Stevens.

—Ya lo conocía, Clark —replicó Nichols, incorporándose y tendiéndome igualmente la mano—. Se podría decir que casi le salvo la vida.

Stevens se me quedó mirando algo asombrado. Yo asentí levemente, forzando una amable sonrisa.

—Me lo encontré corriendo y me dejó que bebiera de su bidón —aclaré.

—Bueno, pues así es Patrick. Pocas veces lo verá conduciendo su flamante Lexus. Se lo encontrará montado en la bicicleta, nadando por el lago, incluso en pleno invierno, y, sobre todo, corriendo.

—¡Hay que cuidarse, Clark! Tenemos casi la misma edad y, nada más llegar, desde aquí, oía rechinar tus rodillas —dijo Patrick, mofándose un poco.

—Bueno, vamos a lo que hemos venido —manifestó el sheriff, poniéndose mucho más serio—. Me gustaría que Ethan echase un vistazo a la habitación de Sharon.

El señor Nichols se me quedó observando un buen rato. Parecía que estuviera calibrando mi capacidad para lograr alcanzar el éxito donde muchos antes habían fracasado.

—Sabes que estoy encantado de que os toméis la molestia... —dijo

mientras se dirigía hacia la puerta de entrada y la abría con las llaves.

—Te estamos muy agradecidos —musitó Stevens, con extraordinario respeto.

—El que está agradecido soy yo, y lo sabes bien —replicó Patrick, echándose a un lado para franquearnos el paso hacia el interior de su vivienda—. Si no os importa, me quedaré aquí afuera esperando. Tú conoces bien la casa...

El sheriff alzó levemente su sombrero en señal de respeto y cruzó el rellano. Yo, sin embargo, me quedé contemplando el rostro de aquel hombre que 17 años después todavía no había sido capaz de cerrar las cicatrices que un hecho tan salvaje deja en el alma de cualquier padre.

—Lo cierto es que yo preferiría que nos acompañase durante la visita —casi murmuré.

Patrick miraba más allá del horizonte, hacia un punto muy alejado del lugar en el que nos encontrábamos. Supuse que estaba navegando por el pasado, por uno de esos espacios recónditos que la memoria se empeña en guarecer del olvido.

—Desde la muerte de Amanda, mi esposa, no he vuelto a entrar en esta casa. De eso han pasado ya siete largos años. Una vez al mes me acerco y le abro la puerta a una joven simpática que vive aquí cerca para que la limpie, y de paso eche un vistazo para comprobar que ningún maleante ha entrado a robar o a instalarse a vivir —musitó. Luego se giró para encararme—. Pero si es imprescindible, entraré con usted y haré lo que me pida.

Tardé algunos segundos en reaccionar. Yo no había sido capaz de superar la muerte de mi padre. Seguía pagando las cuotas de su móvil, como si aquello fuera a devolvérmelo con vida algún día. Qué dolor inimaginable sentiría aquel hombre al que le habían arrebatado nada menos que a una hija.

—De momento no hará falta. Si algo me llama la atención tomaré nota —dije, mostrándole mi pequeña *Moleskine* recién estrenada para aquel caso—. Luego, cuando salga, intentaré aclarar aquí afuera las dudas con usted.

—Se lo agradezco —replicó, con consideración.

Patrick se alejó de la entrada y se perdió por el camino de tierra, en dirección a la carretera principal. Caminaba pesadamente, como si llevase las piernas atadas por los tobillos y apenas pudiera alargar las zancadas. En ese

instante sentí una mano sobre mi hombro.

—Ethan, ¿empezamos? —consultó el sheriff Stevens, que imaginé había escuchado nuestra conversación.

—Sí, claro.

Nada más entrar descubrí una vivienda amueblada al estilo de finales de los noventa. Estaba impecable, como si acabara de estrenarse. Para mí fue un shock, pues era como viajar al pasado, a la casa de mis padres, cuando yo no era más que un adolescente.

—Esto está tal y como...

—Sí, amigo. Sucede con más frecuencia de lo que pueda pensar. Especialmente cuando las pérdidas han sido en circunstancias trágicas. Y más aún cuando todavía quedan flecos importantes sin resolver...

Clark tenía toda la razón. Las familias con alguien desaparecido, o que ha sido asesinado pero no se ha identificado al delincuente, desarrollan un trauma profundo que les impide descansar en paz. Sólo cuando el desaparecido es localizado, vivo o muerto, o el homicida puesto al servicio de la justicia, encuentran el merecido sosiego. Y ese trauma les lleva a detener el tiempo, a dejar una imagen congelada de todo lo que tenga que ver con el ser querido.

El sheriff subió las escaleras que había justo frente a la puerta de entrada, pero yo no le seguí. Preferí husmear por la planta baja antes de visitar la habitación de Sharon. Entré en el amplio salón, coqueto, con una bonita chimenea y un televisor de tubo de 32'' que daba a toda la estancia un aspecto anticuado. Sobre la chimenea descansaban varios marcos de fotos, con retratos de la familia, sonriente. También un par de trofeos de atletismo recordaban que Sharon había sido una gran corredora. Continué en dirección a la cocina: sencilla, de estilo clásico, con los muebles típicos de madera de roble que ya nadie usa en la actualidad. Abrí el frigorífico y para mi sorpresa lo encontré en perfecto estado de funcionamiento y con alimentos frescos en su interior. La obsesión del señor Nichols llegaba más lejos de lo que había imaginado.

Intenté salir al patio trasero, pero la puerta estaba cerrada con llave. A través de la cristalera pude ver lo que en tiempos debía de haber sido un huerto casero, que estaba echado a perder. Regresé hacia la escalera a través

de un pasillo estrecho que conectaba la cocina con la entrada. A mitad de camino vi una puerta, que imaginé daba acceso a una despensa o trastero que aprovechaba el hueco de la escalera, pero tenía la llave echada, al igual que la del patio trasero.

—¿Subimos? —inquirió Stevens, que había aguardado mi regreso con cierta impaciencia.

—Sí. Sólo quería echar un vistazo.

Seguí al sheriff, que me señaló la puerta de la habitación de matrimonio, a la derecha; del cuarto de baño, enfrente; y finalmente la de Sharon, a la izquierda. Justo delante de ella se detuvo.

—He revuelto ya varias veces esta habitación. Primero como policía raso, luego como ayudante del sheriff y más tarde como sheriff. No quería que Patrick me viera, que ya bastante tiene él con lo suyo. Pero Ethan, espero que comprenda que cada vez me cueste más pasar bajo el dintel de esta puerta. Creo que es importante que usted lo haga por primera vez, pero me gustaría permanecer aquí mientras usted examina el cuarto de la chica.

La voz gastada de Clark sonaba a vieja derrota. Seguramente se culpabilizaba por no haber sido capaz en casi veinte años de dar caza al criminal que había matado a una de las jóvenes de su comunidad. Era una espina atravesada en las entrañas cuyo profundo dolor yo no alcanzaba a comprender.

—Descuide. Me las apañaré.

Entré en la habitación de Sharon, y tuve la sensación de estar penetrando en un santuario. Ya lo había visto en vídeos y fotografías de otras víctimas en decenas de casos: los padres dejaban las habitaciones de sus vástagos tal cual estaban el último día que los vieron con vida. Eso, psicológicamente, era un gran error. Seguro que a los Nichols alguien se lo había dicho: les habrían sugerido con delicadeza que lo mejor era reformar la estancia o, incluso, mudarse de casa, a otro condado, a otro estado... Pero muy pocos hacían caso cuando se trataba de un hijo, y mucho más si era único. Hacerlo era casi insidiar la memoria del ser querido, la mayor felonía que podía cometerse una vez ya no se hallaba entre nosotros. Yo estaba conmovido. Una cosa era estudiar los casos en Stanford o en las aulas de Quántico y otra muy distinta estar en el interior de aquella estancia plagada de enseres y recuerdos de una

joven que había sido salvajemente asesinada.

El color azul pálido predominaba sobre el resto de colores: en el armario, en el escritorio, en los marcos de los cuadros, en el cabecero de la cama... La colcha, sin embargo, era de un rosa palo bastante agradable, moteada de un tono un poco más oscuro. Parecía un poco infantil para una joven que acababa de cumplir los 18, pero es esa edad en la que uno no termina de ser mayor ni acaba de ser un niño.

Fui escrutando cajones, fotografías y otros recuerdos con el mayor tacto posible, como si cualquier torpeza pudiera perturbar el alma de Sharon, cuyos restos descansaban desde hacía casi dos décadas en el cercano cementerio de Meriden. Recuerdo llevar ya un rato cuando me percaté que estaba anocheciendo. Llevaba nada menos que una hora y media sumergido en la habitación. Estaba casi a punto de salir cuando me fijé en una caja de cartón decorada con diversos recortes de revistas que hasta ese instante no había llamado mi atención. La abrí y descubrí algunas cartas. Algo abochornado, aunque sabía que formaba parte de mi trabajo, las leí todas. Misivas dirigidas a un par de amigas en las que no hacía otra cosa que chismorrear acerca de algunos chicos de la Universidad de Kansas o de lo pueblerinos que le parecían ahora los vecinos de Meriden, Albion y Ozawkie. Me dispuse a guardar con cuidado las cartas en su cajita cuando ésta se me escapó de las manos y cayó al suelo, produciendo un ruido sordo que me desconcertó. Intuí lo que podía significar, y arrastrado por el ardor investigador recuperé la caja con agilidad para examinarla con mayor detenimiento. Palpé el fondo interior, y después golpeé la misma zona, pero desde el exterior. No me cabía ya la menor duda: Sharon, o alguien, había creado un doble fondo en aquella cajita que casi se escapa de mi escrutinio. Ayudándome de un abrecartas sencillo que la joven guardaba en un lapicero fui separando con cuidado el supuesto fondo de cartón de los laterales a los que estaba adherido con cola. Me llevó cerca de un cuarto de hora completar aquella labor casi de manualidades de primaria, para la que desde luego no estaba en absoluto preparado. Sentía una especie de ardor en el estómago, preguntándome si el sheriff Stevens entraría en cualquier instante. Me había convertido en un vulgar ratero que violenta sin remordimientos los secretos más preciados de una chiquilla inocente. Al fin pude separar el cartoncillo que había mantenido

ocultos durante más de tres lustros un puñado de folios, teñidos de un amarillo desvaído, perfectamente doblados. Sin hacerme cargo de las posibles consecuencias de mis actos, metí las hojas de papel tal cual estaban dobladas en uno de los bolsillos de mi pantalón, devolví el resto de las cartas a la caja y la dejé en el lugar en el que la había encontrado. Después, salí precipitadamente de la habitación.

Clark, que aguardaba apoyado contra el marco de la puerta del cuarto de baño, se sobresaltó al verme irrumpir de forma tan abrupta.

—¿Ha encontrado algo de interés?

—No... Bueno, más o menos lo que esperaba.

—Entonces hemos estado perdiendo la tarde —musitó, como para sus adentros.

—En absoluto. Estoy realmente satisfecho con esta visita. Nunca se sabe si de lo que he visto hoy en esta habitación acabaré atando algún cabo en el futuro que sea clave para la resolución del caso —manifesté, tratando de arrancar al sheriff de su decaimiento.

Stevens me lanzó una media sonrisa aprobatoria, como si me estuviera diciendo: *joven, no me chupo el dedo, no sea condescendiente conmigo*. Bajamos las escaleras y salimos de la casa en busca de Patrick Nichols. Nos esperaba junto al *Explorer Interceptor*.

—¿Todo bien?

—Sí, Patrick. Ethan me ha comentado que ha sido muy importante esta visita, y los dos te estamos muy agradecidos por prestar tu colaboración en todo lo que está en tu mano —se adelantó el sheriff en responder, antes de que yo pudiera siquiera abrir la boca.

Nos montamos en el SUV. Yo estaba deseando salir pintando de aquel lugar y refugiarme en mi cuarto de la casa que nos acogía en Oskaloosa. Stevens había comenzado a girar para tomar la mal asfaltada carretera cuando de súbito Patrick golpeó el capó. Rodeó el coche y se acercó hasta mi ventanilla, haciéndome gestos para que la bajase. Pulsé el botón que permitía deslizar el cristal hacia las entrañas de la puerta, mientras el corazón me latía con sacudidas tan violentas que casi podía sentirlo golpeando el esternón.

—Ethan, quería proponerle algo...

—¿Sí? —pregunté, más asustado que expectante.

—El día que quiera podemos salir a entrenar juntos. A mí me vendrá bien tener un poco de compañía para rodar, y a usted no le vendrá mal un entrenador maduro en buena forma —dijo, mientras me regalaba una sonrisa amplia y sincera.

Me sentí tan reconfortado, pues por mi imaginación habían pasado decenas de posibilidades pero ninguna tan cándida y evidente, que de inmediato asentí de forma enérgica con la cabeza, como si hubiera estado esperando media vida aquella propuesta.

—Patrick, estaré encantado. Eso sí, no olvide llevar bidones de sobra para cuando necesite su auxilio.

El sheriff Stevens se despidió nuevamente del señor Nichols y aceleró el *Interceptor*, para mi alivio. La noche había caído ya sobre el condado de Jefferson, y la vegetación se confundía con la oscuridad. Sin embargo, cuando cruzamos el lago por la 92 de vuelta a Oskaloosa, la imagen de las aguas tranquilas y enigmáticas que reflejaban las luces de la orilla me resulto reconfortante. Estaba agotado, realmente vencido por las mil emociones vividas a lo largo de la jornada. La ventanilla seguía bajada y sentí el aire fresco y húmedo golpeando mi rostro y deseé que aquel breve trayecto no acabase nunca. Era una sensación que me recordaba a los viajes a las playas del sur de California desde San Francisco en el coche de mi padre. Cuando ya estábamos llegando, siempre quería que el viaje no terminase tan pronto. Fue entonces, en ese estado de feliz ensoñación, cuando al moverme en el asiento del coche noté contra mi muslo los folios plegados que había hurtado de la casa de los Nichols. La alegría se esfumó en un segundo, y me sentí como el ser más miserable y despreciable sobre la faz de la Tierra.

## — XV —

Tim Nolan, según había redactado en su informe el ayudante del sheriff Ryan Bowen, había encontrado a primera hora de la mañana el cuerpo desnudo y sin vida de Donna Malick, justo en la misma laguna en la que una semana antes descubriera el cadáver de Clara Rose. Esta circunstancia centró todas las sospechas en el clandestino pescador de lobinas. Pero la autopsia determinó, con bastante precisión, que la joven de tan sólo 19 años había fallecido entre la una y las tres de la madrugada del mismo día, y, al contrario de lo que sucediera en la anterior ocasión, esta vez Nolan tenía una coartada bastante firme, pues había pasado toda la noche en la casa de unos conocidos. Según su propia versión, se levantó temprano, se montó en su bicicleta y se fue a pescar a su zona favorita de Perry Lake, a la que no había vuelto desde que se topara con los restos de Clara.

Pese a las reticencias mostradas por el detective Worth, Bowen había insistido en que era casi una locura mantener a Tim en la lista de sospechosos: lo conocía desde que era sólo un crío y consideraba absolutamente imposible que Tim hubiera sido capaz de planificar, participar y/o ejecutar aquellos horrendos crímenes. A pesar de todo, Jim sometió a Nolan a un duro interrogatorio que se prolongó durante más de dos horas. Al finalizar el mismo anotó al pie de su cuaderno: *este pobre diablo es incapaz de haber matado a una mosca.*

Donna Malick era una joven despierta y simpática. Residía en la localidad de Perry, que contaba con apenas un millar de habitantes, situada al sur del condado de Jefferson, y muy cercana al pueblo de Lecompton y a la ciudad de Lawrence, ambas en el condado limítrofe de Douglas. La joven vivía en casa de su padre, Duane, pues tras el divorcio de la pareja él había obtenido la



custodia de los niños, junto a un hermano menor, Ron, de 12 años. La madre, Susan Sturm, que tras la separación había recuperado el apellido de soltera, vivía en Seattle, en el estado de Washington. Apenas iba un par de veces al año, en navidad y en verano, a visitar a sus hijos.

Donna, tras finalizar los estudios de secundaria, se había tomado un año sabático para meditar el siguiente paso que daría en la vida. No quería estudiar en la cercana Universidad de Kansas, y prefería migrar al oeste para tener más independencia. De momento trabajaba a media jornada en una gasolinera del pueblo y preparaba a conciencia sus candidaturas para distintas universidades.

La tarde de su desaparición había salido de su hogar a las 16:00 para acercarse dando un tranquilo paseo, por el arcén de la carretera del condado 1029, hasta la casa de unos amigos, en Lecompton. Caminando se tardaba una media hora en llegar de uno a otro lugar. No fue hasta pasadas las 22:00 cuando los amigos llamaron a casa de los Malick, preguntando si Donna finalmente se había arrepentido o le había surgido otro plan. Duane no quiso preocuparse en exceso, y marcó en repetidas ocasiones el número del Smartphone de su hija, pero no daba señal. Salió en su coche a eso de las 23:30, acompañado de su hijo Ron, y recorrió varias veces las calles del pueblo, la 1029 y también los viales de Lecompton. Finalmente, a las 00:45 se presentaba en la oficina del sheriff del condado de Jefferson para poner una denuncia por desaparición. Pese a que el protocolo establecía que al tratarse de una mayor de edad hasta las 16:00 no se daría a la joven por desaparecida, el policía de guardia, a propia iniciativa, inició la búsqueda de la joven por los alrededores de su casa. El asesinato de Clara Rose estaba demasiado presente en la mente de todos. A pesar de la diligencia de dicho agente, no se le ocurrió acercarse en ningún momento a la hondonada en la que hacía sólo siete días Clara fue encontrada.

Salvo que Donna se hubiese dirigido a cualquier otra parte, se estimó que el encuentro con su captor debió producirse entre las 16:00 y las 16:15 en algún punto indeterminado de la carretera del condado 1029. Un transportista, Jack Evans, afirmaba haber pasado en su furgoneta por dicha ruta, en sentido Lecompton hacia Perry, sin haberse cruzado con nadie, a eso de las 16:20. Luego, a partir de las 17:00, el tráfico se intensificó y se contaba

con decenas de testimonios que aseguraban que no sólo la joven no caminaba por el arcén, sino que ninguna otra persona lo hacía a aquellas horas.

Resultaba cuando menos sorprendente que una chiquilla pudiera desaparecer sin dejar el menor rastro y sin que nadie fuera testigo de su caminata, desde que abandonara su casa hasta que fuera captada por su asesino. Alguien, por otro lado, que tenía que conocerla. Una persona en la que ella confiaba, o que consideraba que no suponía el mayor peligro. Al igual que Clara, el cadáver no presentaba signo alguno de violencia. La joven no había opuesto resistencia en ningún momento, algo por una parte muy revelador y por otra verdaderamente espeluznante.

Repasé los datos de la primera autopsia, cotejándolos con los, a mi entender, más fiables que había obtenido Liz en la segunda exploración del cuerpo. Apenas había diferencias entre ambas. Ni agresión sexual ni nada que se le pareciese. Causa de la muerte: asfixia por ingestión de cantidades ingentes de cianuro de potasio.

Donna Malick era una chica sencilla y bien parecida, muy delgada, y con unos enormes y expresivos ojos que ocupaban todo su rostro. Tenía ante mí una de las instantáneas de frente que habían tomado de su cadáver al poco de encontrarlo medio sumergido en la laguna. Debía de ser la misma, o una realmente similar, a la que había visto durante mi vuelo de Washington a Kansas City. Seguía mirándome con aquella expresión congelada en el tiempo para siempre. Seguía gritándome, desesperada: «*¡encuentra al salvaje que me asesinó!*».

## — XVI —

El sheriff Stevens nos había reservado una sala cómoda y bien iluminada. Disponíamos, además, de una pantalla de 40", un ordenador, una pizarra y una espaciosa mesa en la que poder esparcir las decenas de fotografías con las que contábamos.

El detective Worth había mostrado la mejor disposición ante mi iniciativa de repasar juntos todo aquel material. Sabía que por mi cabeza circulaba una idea sin especificar, pero confiaba en mi *saber hacer*. Jim era un tipo estupendo, de esos que dejan su orgullo de lado y que jamás pelean por apuntarse una medalla. Y además tenía un hambre infinita de conocimiento, por lo que cualquier oportunidad de estar a solas conmigo debatiendo la recibía casi como un regalo.

Yo, por el contrario, no le llegaba a la suela de los zapatos. Mi desmedida ambición me hacía ser suspicaz, opaco y, en muchas ocasiones, ruin. Además, por aquella época tenía un concepto de mi propia persona muy elevado, lo que me llevaba a pensar que ganaba tiempo trabajando a solas, y que la labor de equipo era, casi siempre, una magnífica manera de perderlo. Aun así, no era tan estúpido como para cerrarme a cualquier colaboración: al contrario, me beneficiaba de lo mejor de cada cual para apropiarme de ello y sacar, a largo plazo, la mejor tajada en beneficio propio. Pese a mi majadería, estar al lado de individuos tan nobles e íntegros como Worth me hacía reflexionar acerca de mi mísera actitud.

—Estas son las primeras, las de Clara Rose. Fueron tomadas desde distintos ángulos y a diferentes distancias, como puede apreciar.

Observé las instantáneas. Ya me había acostumbrado al horror que la primera impresión ocasiona y las escrutaba casi sin atisbo de emoción. La

explicación y los mecanismos psicológicos son completamente diferentes, pero al igual que los asesinos en serie, los investigadores de homicidios terminamos por curtirnos, y casi llegamos a cosificar a las víctimas. Es algo terrible, cuando uno se para a reflexionar sobre ello con detenimiento.

—Necesito estar completamente seguro de que nadie tocó nada — manifesté, con cierta contundencia.

—Ethan, seguros al 100% no podemos estarlo. Nadie sabe con certeza si Nolan salió disparado hacia esta oficina en las dos ocasiones o si se entretuvo con los cuerpos, aunque en principio esta segunda hipótesis nos parece un tanto descabellada.

—Yo tampoco lo creo capaz de algo así, ahora que ya he podido estar con él.

—Puedo poner la mano en el fuego por nuestros agentes. No serán expertos en este tipo de crímenes, no lo puedo negar, pero precisamente eso tiene una enorme ventaja en los casos que nos ocupan: jamás se hubieran atrevido, más por falta de costumbre y por temor que por cualquier otra cosa, a aproximarse a menos de un metro de los cuerpos —dijo Jim, clavándome las pupilas, para dotar de mayor fuerza sus palabras.

Eso era algo en lo que no había pensado hasta ese instante. Y no le faltaba razón al detective. Aquellos agentes algo bisoños en actos de esta naturaleza seguro que se habrían andado con extremo cuidado en lo que a los cadáveres se refería. Habían, ya lo sabía, cometido otros errores, pero no el de manipular la posición en la que las chicas fueron encontradas.

—Me ha convencido. Se lo digo sinceramente. Pero entienda que debo contemplar todas las posibilidades. Una mala conclusión basada en una evidencia errónea nos podría demorar de un modo casi irreparable — argumenté, aunque en el fondo sabía que nunca manejamos una sola hipótesis, y siempre dejamos vías libres a las contingencias más plausibles.

El detective Worth me hizo un gesto con la mano, indicándome que sus elucubraciones no habían terminado todavía.

—Existe la probabilidad, aunque muy remota, de que alguna persona, incluyendo al propio asesino, pudiese haber modificado la posición de los cuerpos desde que el desdichado de Tim los encontró hasta que Bowen llegó a la laguna. En ambas ocasiones hay un lapso de tiempo, de cerca de dos

horas la primera vez y poco menos de una la segunda, según los informes, en los que las jóvenes quedaron a solas, a merced de cualquiera que estuviera por allí.

Worth no sólo era envidiable en lo personal, también me demostraba día tras día que profesionalmente se tomaba muy en serio su trabajo, y que llegaba a conclusiones por lo general bastante acertadas y perspicaces.

—Está bien. Dejaremos esas hipótesis en la recámara, y nos decantaremos por el principio de la *navaja de Ockham*: la explicación más sencilla es la más probable. Por lo tanto, daré por sentado que nadie *manipuló* los cuerpos.

—Perfecto. En tal caso, continuemos, que hay bastante material que revisar. Me gustaría que no sólo repasásemos las instantáneas de la laguna y que nos tomásemos la molestia de ver las que se tomaron en los alrededores. Quizá pueda descubrir algo que se nos haya escapado al resto.

Asentí, aunque noté una singular comezón en la boca del estómago. Aquel comentario me recordó que Bowen, con las prisas que ahora consideraba comprensibles, gracias a la conversación con el sheriff Stevens, había *machacado* con las ruedas del *Interceptor* las huellas de bicicleta que Nolan decía haber descubierto en el camino de tierra. Era una fatalidad que me seguía atormentando, pero que debía desterrar si deseaba pensar con lucidez.

—De acuerdo. Me interesan especialmente las que se tomaron el día que fue descubierta Clara Rose.

Jim me dirigió una mirada sorprendida, pero obedeció y las puso a mi disposición de inmediato.

—Tenemos menos de ese día. Espero que lo entienda, cuando encontramos a Donna tuvimos claro que nos enfrentábamos a algo muy grave.

—No se preocupe.

Dedicamos más de una hora a observar con detenimiento cada una de aquellas fotografías. Las que más dudas nos suscitaban, o despertaban nuestro interés por cualquier detalle, las ampliábamos en la pantalla de 40'' de alta definición, pues todas estaban digitalizadas.

En varias ocasiones una insignificante brizna de yerba nos alertaba, pero

pronto descubríamos que allí no había nada que rasgar. Había zonas en las que se notaba que la vegetación estaba un poco aplastada. Entendimos que era el sendero que había seguido el asesino mientras arrastraba el cuerpo, hasta dejarlo abandonado en el lugar definitivo. Sin embargo, no había huellas de pisadas. Dedujimos que debía de andar descalzo, o con unas zapatillas absolutamente lisas, sin dibujo, algo por lo demás tremendamente incómodo en un terreno tan embarrado y resbaladizo. También las intensas lluvias habrían colaborado para deshacer cualquier posible rastro.

Estudí con denodado interés las fotografías tomadas a Clara: el homicida se supone que era menos experto, y que podía haber cometido errores que en el segundo crimen, el de Donna, hubiera ya evitado. Sin embargo, hasta la fecha, lo que sabía indicaba justo lo contrario, que se había confiado y había sido precisamente en el caso de esta última donde había cometido sus dos mayores deslices: dejar unas marcas de bicicleta y perder dos libélulas. También cabía la posibilidad de que lo hubiera hecho todo a propósito, y que no fueran más que pistas falsas cuya finalidad era conducirnos al error.

Ya me había rendido, confiando en que quizá descansar la vista unas horas y volver a revisar a la noche o al día siguiente las instantáneas me ayudaría a encontrar aquello que estaba volviendo loco a mi cerebro y que tanto me inquietaba, cuando Jim puso sobre la mesa un nuevo puñado de fotografías.

—Y aquí está todo lo que he podido reunir del expediente del caso Nichols —dijo, en un tono de voz que también denotaba cierto agotamiento.

—Son muchas más de las que vi anteriormente —manifesté, pues calculé que allí habría aproximadamente el doble de las que había podido examinar hasta la fecha.

—Bueno, ya sabe. Muchas veces hay que buscar hasta en el último de los cajones. Es casi un milagro que sigan por aquí. Estamos hablando de un crimen sin resolver de, nada menos, que 1998 —replicó, encogiéndose de hombros, como si aquello fuera un imponderable que había que asumir como tal.

Comenzamos a revisar juntos cada una de las imágenes. Estas no estaban digitalizadas, de modo que Worth me tendió una lupa para poder fijarme mejor en los detalles. No habrían pasado ni diez minutos de minucioso

examen de las mismas cuando me topé con una que me llamó poderosamente la atención.

—Esta no la había visto nunca —dije, algo alterado.

Jim le echó un vistazo, sin darle mayor importancia. Luego, en un gesto casi instintivo, se rascó levemente la parte posterior de la cabeza.

—Serán las que he encontrado dispersas por ahí. Ya le he comentado que me he empleado a fondo para ofrecerle todo lo que tenemos.

Allí delante tenía un puñado de fotografías inéditas para mí. Y no estábamos hablando de una cuestión baladí: todas las que había visto del cuerpo de Sharon Nichols habían sido tomadas desde su izquierda o desde su derecha; pero entre las nuevas había varias tomas frontales y un par de tomas cenitales del rostro de la desafortunada joven.

—Jim, ¿podría poner en la pantalla una fotografía frontal tanto del cadáver de Clara Rose como del de Donna Malick?

—¿La dos a la vez? ¿Una junto a la otra?

—Sí, media pantalla para una y la otra media para la otra. Es importante.

El detective Worth estuvo manipulando el ordenador un rato y finalmente el LCD de 40'' mostró justo lo que le había pedido. Aproximé una de las antiguas fotografías de Sharon Nichols a la pantalla, para tener los tres cadáveres desde una misma perspectiva frontal al mismo tiempo delante de mis retinas. Las neuronas de mi cerebro parecieron desquiciarse, como deseando salir en estampida ante el descubrimiento que acababan de hacer.

—Jim, ¿lo ve? —inquirí, como si estuviera discurriendo con uno de mis mejores colegas de Quántico.

Worth se aproximó, sintiendo la desmedida excitación que me embargaba, y contempló las imágenes durante un rato.

—Creo que no. Quizá estoy algo cansado y ya no soy capaz ni de distinguir a mi propia madre de entre un puñado de mujeres —respondió, algo abatido.

—No se preocupe. Son detalles que pudieran parecer nimios, pero tienen una enorme carga simbólica. Debería haberme dado cuenta mucho antes...

Y sí, en el fondo me había dado cuenta desde el principio. Pero los planos laterales de la joven Nichols no me habían ayudado. Y pese a todo mi mente me había alertado de que algo no *cuadraba*, y por suerte Jim se había tomado

la molestia de escarbar en las alcantarillas de aquella oficina hasta dar con el material que me permitía afrontar el caso desde un ángulo completamente nuevo. Ahora lo que antes era brumoso se mostraba como evidente a todas luces.

—Fíjese bien en las piernas, en los brazos y en las bocas de Clara, Donna y Sharon —animé al detective Worth, deseando que su mente llegara a una conclusión idéntica a la que yo había llegado, sin necesidad de que yo lo expresara. Era una forma de corroborar la teoría que ya se había forjado en mis entrañas.

Observé las pupilas de Jim contrayéndose, viajando de una imagen a otra con infinita concentración. Yo estaba impaciente, pero supe contener hasta la respiración aguardando sus valoraciones antes de volver a abrir la boca.

—¡Sí! —exclamó—. Ahora lo veo claro. Clara y Donna están como abandonadas a su suerte, como si las hubieran dejado, y perdón por la expresión, como un fardo de heno.

—Pero... Sharon Nichols —murmuré, a punto de dar un brinco y romper con mi cabeza el techo de escayola de la sala.

Worth se giró hacia mí. Después de un buen rato sufriendo, temiendo defraudar mis expectativas y no estar a la altura de la confianza que yo parecía estar depositando en él, se sentía ufano, eufórico, como sólo nos sentimos los investigadores de homicidios cuando somos capaces de encajar una nueva pieza del maldito puzle que supone esclarecer un crimen.

—Tiene los muslos bastante separados, y los brazos ligeramente extendidos hacia los lados, y la boca completamente abierta. Es una escenificación, seguramente forma parte del *modus operandi* del asesino. Es una especie de firma, de sello personal —manifestó, completamente convencido de que, ahora sí, estábamos en absoluta sintonía.

Me alegré. No sólo porque otra persona distinta a mí hubiera visto ya lo mismo que yo, que ya era mucho; además, y esto visto con cierta perspectiva es importante no sólo desde el plano profesional sino también desde el personal, aquel buen tipo demostraba que su cerebro, que no había sido educado para estas disquisiciones, era capaz de llegar muy lejos cuando se le presentaba la oportunidad. Para afrontar aquel caso no sólo podía contar con la privilegiada cabeza de Liz, ahora sabía que Jim había pasado a formar



parte de mi *primera división*.

—Y eso, ¿qué hipótesis nos permite sugerir? —Pegunté, seguramente de manera algo pretenciosa, pero con la sana intención de que él cerrase el círculo de la disquisición sin que hiciera falta que yo lo concluyese.

—Que Clara y Donna fueron matadas seguramente por un mismo sujeto. Sin embargo, el asesino que acabó con la vida de Sharon Nichols es distinto al de las anteriores. Alguien con quien ella tenía una estrecha relación, y que no sólo la mató... además quiso humillarla al dejar así colocado su cadáver.

## — XVII —

Al día siguiente todos seguíamos conmocionados por los acontecimientos de la tarde anterior. Pese a que yo era el principal impulsor de la hipótesis de dos criminales bien diferenciados, no desechaba la posibilidad, remota, de que el mismo sujeto hubiera ejecutado los tres asesinatos. De momento seguíamos sin conocer los escenarios de cada uno de los crímenes, por lo que sacar conclusiones definitivas era algo más que una temeridad.

Consideré que habíamos avanzado mucho en varias direcciones, que contábamos con algunos sospechosos a los que habíamos sondeado y otros con los que no habíamos mantenido todavía ningún contacto. Sin embargo, al fin un puñado de evidencias nos permitían progresar en la investigación. Habíamos dejado atrás los difíciles momentos en los que nos movíamos en un terreno árido y brumoso, absolutamente carentes de pistas sólidas que dieran pie a conjeturas mínimamente bien fundadas.

En esta coyuntura, reuní a todo el equipo venido desde Quántico en el salón de la casa que generosamente nos había cedido el condado de Jefferson. No cité a nadie de la oficina del sheriff Stevens. En mi mezquindad, seguía manteniendo algunas pruebas e indicios vetados a todos aquellos ajenos a las personas de mi máxima confianza. Ni siquiera al bueno del detective Worth, con el que ya me unía un estrecho lazo, le había contado lo de las cartas que había hurtado del domicilio de los Nichols en Albion. Era una conducta deleznable, pero nada a lo que yo no estuviera acostumbrado.

Había mantenido las misivas ocultas en mi habitación, sin atreverme a leerlas. Ni siquiera había sido capaz de desdoblarlas. No sólo estaba el hecho de haber sustraído, quizá, una prueba que pudiera resultar vital para el curso de una investigación por homicidio; además sentía el inexplicable pudor de

adentrarme en la intimidad de una joven cuyos restos llevaban la friolera de 17 años sepultados en el cementerio de Meriden. Tarde o temprano debería sumergirme en el fangoso terreno de los secretos más oscuros que cada ser humano trata de mantener bien ocultos del resto de sus congéneres.

—Os he reunido aquí porque me gustaría que compartiésemos la información de la que disponemos hasta el momento. También desearía saber si habéis logrado algún avance relevante en la investigación —manifesté, a modo de introducción, pese a que ya les había solicitado que bajasen al salón con todo el material de interés que llevasen entre manos.

—Disculpa Ethan, pero, ¿no sería bueno que al menos Jim Worth estuviera aquí con nosotros? —preguntó Liz, que en todo momento se sentía incómoda con la displicencia que yo mostraba hacia la policía de Jefferson.

—En parte tienes razón, Liz. Pero hay aspectos de la investigación que, créeme, es mejor que debatamos sin su presencia. Esa gente lleva toda la vida aquí, conocen a medio condado desde que eran unos críos y en ocasiones eso les ciega. Y no me malinterpretes, te lo ruego. Están haciendo un excelente trabajo —dije, mordiéndome la lengua para no recordar la pifia de las huellas—, pero nosotros hemos venido para aportarles una ayuda extra. Si estamos todo el tiempo a su lado, nos acabarán arrastrando y condicionarán nuestras propias reflexiones. Y en ese instante seremos absolutamente inútiles en este caso.

Liz asintió de mala gana. No sólo había crecido en un condado muy parecido a Jefferson, además era la hija de un policía que se había pasado treinta años patrullando por pueblos de mala muerte, conectados en ocasiones por carreteras polvorientas que jamás sabrían el significado de la palabra asfalto. Cualquier menosprecio por mi parte al equipo del sheriff Stevens se lo tomaba como una afrenta personal, y por eso yo debía andar con pies de plomo en su presencia. También, para qué negarlo, creía que seguía algo resentida conmigo por haber roto recientemente nuestra efímera relación.

—Bueno, si os parece empiezo yo, aunque no es que tenga nada realmente espectacular —intervino Mark, encauzando el encuentro hacia su verdadera finalidad.

—Adelante —le animé.

—Lo primero que hice fue introducir el *modus operandi* en la base de

datos del VICAP, y no tenemos ninguna coincidencia plena. En algunos estados, en diferentes años, se han encontrado chicas desnudas y sin signos de violencia en riberas de ríos, lagunas u orillas de lagos.

—Interesante —apostilló Tom, como para constatar que se encontraba allí y que seguía la conversación.

El VICAP es una base de datos creada por el FBI en Quántico hace casi treinta años. Fue concebida por iniciativa del detective de homicidios Pierce Brooks, aunque con la ayuda inestimable de Robert Ressler, nada menos que el responsable de acuñar el término *asesino en serie*, y uno de los *gurús* más significativos para cualquiera que se dedique a los perfiles psicológicos de criminales. Tuvieron la genial idea de alimentar dicho archivo con los datos disponibles de todos los crímenes sin resolver que había en los Estados Unidos, poniendo especial énfasis en el *modus operandi*, es decir, en la manera particular con la que cada sujeto mata y se deshace de sus víctimas. Es lo que comúnmente conocemos como la *firma* del homicida. Esto era especialmente relevante cuando dicho sujeto se desplazaba a diferentes estados, que no compartían jurisdicción ni, por tanto, información, pues ese comportamiento nómada dificultaba enormemente la investigación. Desde sus inicios el VICAP había mejorado mucho: por un lado se había perfeccionado el software y, lógicamente, incrementado notablemente la potencia de los ordenadores que lo gestionaban; por otro, la base de datos había crecido de manera exponencial, con lo que la posibilidad de seguir el rastro a cualquier criminal reincidente era en la actualidad mucho más sencilla.

—Bueno, la mala noticia es que en ninguno de los casos se usó el cianuro de potasio para acabar con la vida de las víctimas. Creo que es una parte del patrón demasiado relevante como para obviarla. Además, alguno de los crímenes ya están resueltos y los culpables llevan años encerrados, por lo que es materialmente imposible que estuvieran merodeando en estas fechas por Jefferson.

—Está claro. En tal caso investiga los casos no resueltos cuyo porcentaje de coincidencia con el patrón que nos ocupa sea más alto: solicita informes, posibles sospechosos, lugares de residencia, etc... Aunque sea bastante improbable, no debemos descartar que se trate de un asesino en serie que ha

variado, por circunstancias, la forma de matar —manifesté, aun sabiendo que eso era algo infrecuente, y que los sujetos con este perfil van perfeccionando sus crímenes, pero no se suelen alejar demasiado de la metodología con la que se han iniciado. Especialmente si les ha dado buenos resultados y no les ha ocasionado demasiados problemas.

—¿Has estado ya trabajando con RIGEL y con PREDATOR? —inquirió Liz, que conocía de sobra la manera de operar de Mark.

—Sí. Lo he hecho contemplando dos posibilidades: que todos los asesinatos hayan sido perpetrados por la misma persona o que el de Sharon Nichols, como sospechamos, tenga un responsable diferente.

Trabajar con diferentes hipótesis es uno de los aspectos más importantes a la hora de tener éxito en una investigación criminal, pero también la hace muchísimo más compleja. Tienes que tener muy claro en qué dirección avanzas, cuántas hipótesis manejas y en qué momentos debes dar por cerrada, con absoluta certeza, alguna de ellas, descartando todas menos una: la correcta. Muchos de mis colegas, para no volverse locos, usaban programas específicos para tal fin. Yo, por el contrario, prefería tener varias libretas a mano con cada una de las vías abiertas y me apoyaba en un sencillo software de gestión de proyectos, que me permitía seguir una línea de procesos, avances, ítems e interrelaciones. No era muy ortodoxo, pero me funcionaba y me resultaba más cómodo. Además, no deseaba abandonar el papel como principal herramienta de trabajo. Podía llevar a cualquier parte un cuaderno y un bolígrafo y tomar notas de forma rápida. Me resultaba incomprensible y chocante toparme con un agente del FBI usando un *iPad* para seguir el curso de una investigación. Quizá estaba chapado a la antigua, pero lo cierto es que mi forma de trabajar me permitía una gran versatilidad y acceder a los aspectos clave con inusitada celeridad.

—Aunque tenemos muy pocos datos, me he atrevido a crear un primer perfil. Digamos que nos puede servir como base de trabajo, pero no como unos cimientos sólidos que nadie pueda cuestionar.

—Vamos, Mark, ¿qué tienes? —pregunté, interesado por su punto de vista. A fin de cuentas, todos aquellos programas sólo facilitaban el trabajo de la computadora más potente y compleja que jamás ha existido: el cerebro humano.

—En primer lugar, estoy casi convencido de que se trata de un *cazador*. Descarto totalmente las posibilidades de un *cazador furtivo* o de un *trampero*. Sólo me queda la duda, dado el lugar de residencia que me indican los SIG, de si podría ser un *pescador*, que viva lejos de la zona pero trabaje aquí —dijo con aplomo, señalando un lugar concreto del mapa del condado de Jefferson que había traído consigo. Los puntos donde las chicas habían sido vistas por última vez estaban marcados en rojo, y el lugar en el que fueron hallados sus cuerpos en azul. Uniendo esos puntos, siguiendo la metodología desarrollada por David Canter, que fuera profesor en la Universidad de Liverpool y uno de los mayores expertos mundiales en psicología criminal, había trazado varios círculos concéntricos. Su dedo apuntaba hacia el centro de todos ellos.

—¿Perry State Park? —inquirió Tom, tanto o más desconcertado que yo.

—Exacto. Y lo curioso es que sucede lo mismo tanto si introduzco el crimen de Sharon Nichols como si no lo hago. Hay ligeras desviaciones, pero me llevan a entornos deshabitados o, lo que es peor, al centro del lago.

—De la lista de sospechosos que manejamos, eso nos llevaría a pensar a Liam Moore, el exnovio de Clara Rose. Trabaja allí y vive en Ozawkie, no demasiado lejos —apuntó Liz.

—Desde luego eso descartaría su participación en el asesinato de Sharon Nichols. Por aquel entonces debía tener... ¡ocho años! —exclamó, casi en tono socarrón, Tom.

Les hice un gesto con la mano para que me dejaran reflexionar en silencio. Todos se me quedaron mirando, esperando a que abriese la boca. Como una especie de destello, la imagen de un hombre desagradable y corpulento había surgido en el interior de mi cabeza.

—Matt Davies... ¡joder! Ese tipo...

—Ethan, ¿quién diablos es Matt Davies? —demandó con apremio Liz.

—El vigilante del Perry State Park. El día que fui con Worth a interrogar a Liam me dio muy mala espina. Fue algo... extraño. Una especie de intuición, por eso no os había comentado nada.

—Jefe —dijo Tom, aunque en realidad yo no era su jefe ni el de ninguno de los que allí se encontraba. En todo caso, era el responsable de la misión que nos había asignado Peter Wharton—, ahora resulta que tienes poderes

psíquicos que no nos habías confesado.

El sentido del humor de Tom en ocasiones me irritaba, pero debo reconocer que también era sano para todos de cuando en cuando introducir una pizca de gracejo en el trabajo.

—No me jodas, Tom. Estoy hablando en serio. Su comunicación no verbal me resultó demasiado oscura. Parecía querer ocultar algo, o estar tremendamente preocupado por mi presencia en su entorno. Sin embargo, frente a Jim se mostraba confiado y seguro.

—¿Dónde vive ese guarda? —inquirió Mark.

—No tengo la menor idea. Tom, quiero que lo investigues todo sobre ese tipo —casi ordené.

—Pero Ethan, el experto en bases de datos, el hacker de este equipo, es Mark —replicó Tom, algo fastidiado.

—Pues que te eche una mano. Pero para mañana por la tarde quiero un informe detallado de Davies —sentencié—. ¿Qué más tenemos?

—Los resultados biológicos de los restos del cuerpo de Donna. Como te dije, nada relevante. Ningún perfil de ADN distinto al suyo. Eso sí, sabemos que el cuerpo fue lavado con jabón común, con una esponja y de manera muy suave —manifestó Liz, remarcando sus últimas palabras.

—Forma parte del *modus operandi* —dije, esperando que ella aportase algo más de información.

—Sí, y eso nos puede indicar varias cosas. Bajo ese patrón encontramos tres justificaciones para esa clase de comportamiento, menos asiduo de lo que pudiera parecer. Quiere limpiar los cadáveres para dificultar nuestra labor; lo hace porque se siente culpable de sus actos y desea, de alguna manera, *purificarse* y mostrar algo de, digamos, respeto hacia la víctima; o, y esta es la más compleja, por ambos motivos a la vez.

Liz tenía razón al indicar que el lavado de cuerpos no era frecuente, en términos estadísticos. Pero, sin embargo, existían abundantes estudios y bibliografía al respecto. Una cosa es que un comportamiento no sea relevante sobre el conjunto de una población y otra muy diferente que se den pocos casos. Por poner un ejemplo, en Estados Unidos el porcentaje de albinos es de sólo el 0,005%, es decir, una menudencia; pero eso significa que en la Unión hay... ¡16 000 albinos!

—Y, dentro de esa pauta, ¿has podido encontrar alguna diferencia entre los tres casos?

—No con absoluta seguridad. Pero en el caso de Sharon Nichols se halló enredado en su cabello un ínfimo fragmento de una esponja natural. Este tipo de esponjas, al contrario de lo que sucede con las sintéticas, con el tiempo suelen degradarse y romperse con bastante facilidad.

—En fin, al menos tenemos otro indicio que apunta a que nos enfrentamos, al menos, con dos asesinos.

—¿Algo más?

—Sí. Y creo que es muy importante: las libélulas.

Había casi olvidado los dos anisópteros que Tim Noland había recogido del camino de tierra que llevaba hasta la laguna en la que fueron hallados los cuerpos. Liz y Tom se habían acercado hasta la caravana de Nolan para que les entregase el frasco que las contenía.

—¿Las libélulas? ¿Has descubierto a quién pertenecían? —inquirí, realmente sorprendido.

—No, pero han dado positivo en cianuro de potasio. Con toda seguridad eran del asesino, que por algún motivo las perdió mientras trasladaba el cadáver de Donna Malick.

—No quiero precipitarme, pero eso significa que...

No terminé la frase. Mis retinas viajaban a algún lugar en el que había visto la forma en la que se mata a un insecto usando dicha sustancia tóxica, para evitar dañar las delicadas estructuras y alas del mismo.

—Sí. Ya hemos encontrado una conexión entre el cianuro y los crímenes, que nos ayudan a completar el perfil del sospechoso: posiblemente se trate de un entomólogo.

Cualquier pequeño detalle, por nimio que sea, que permita estrechar el círculo sobre un delincuente en una investigación provoca de inmediato un estallido de placer difícil de describir. El rompecabezas comienza a dejar de ser un galimatías inescrutable. No es lo mismo buscar a *alguien*, así en términos generales, que tratar de encontrar a un hombre de 35/45 años, de tez morena, acento hispano, 180 centímetros de estatura, ojos claros y que vive en Sterling, Colorado. En el segundo caso dicha búsqueda se va a reducir a un grupo de ciudadanos realmente pequeño.



—Mark, quiero que obtengas un listado de todos los entomólogos o aficionados a los bichos en general en un radio de 100 millas, y de cualquier negocio relacionado con el tema —dije, absolutamente embargado por la emoción.

Liz no pudo disimular su euforia, y apenas contuvo una sonrisa a la que yo respondí con un guiño cargado de complicidad. Me encantaba poder contar con su colaboración en aquel caso, y ese era un sentimiento que yo reservaba a un grupo muy reducido de agentes.

—Eso está hecho. Empezaré buscando a los profesionales, aunque no creo que haya muchos; y luego alguna asociación, aunque sea a nivel estatal, y pediré un listado de miembros.

—Perfecto. Y ahora te toca a ti, Tom, ¿qué tienes?

—No demasiado. Me he pasado horas y horas revisando las grabaciones de las cámaras en tiempo acelerado al lado de un agente al que le encanta comer pollo frito y discutir sobre la posibilidad de vida extraterrestre —respondió, lanzando sobre la mesa un lápiz que había estado mordisqueando.

—¿Y qué?

—Absolutamente nada, jefe. Por allí no ha pasado un alma. Desde una de las cámaras vemos cada cierto tiempo a lo lejos uno de los vehículos de la oficina del sheriff patrullando, pero por allí no se ha dejado caer ni un mal bicho.

—Ya sabíamos que esto podía suceder. Mientras los agentes del condado sigan por allí nadie se acercará a la hondonada —apuntó Liz.

—Tienes razón —dije, dándome unos segundos para pensar al respecto—. Le voy a pedir a Stevens que retire los turnos de patrulla, pero que deje las cámaras. Veremos si así tenemos más fortuna. Más cosas...

—De las batidas no hemos sacado nada. Por allí no creo que pase nadie, si exceptuamos a ese pirado de Nolan. Aunque esté cerca de la carretera, no es un lugar bonito, esa carretera es muy secundaria y está poco transitada. Estoy seguro al cien por cien de que el tipo que buscamos es un vecino del condado —expuso Tom.

—Una pena. Nos hubiera venido de perlas cualquier pequeño indicio, aunque hubiera sido una colilla o un pañuelo lleno de mocos —repliqué, en el tono un tanto irónico que sabía gustaba a Tom.

—Y luego están las malditas huellas...

Aquellas huellas regresaban una y otra vez a mi cabeza, aunque deseara desterrarlas para siempre. Tenía razón Clark cuando me había advertido que de no asumir aquel fallo que habían cometido yo podía quedarme atascado en la investigación.

—¿Alguna novedad?

—Si hacemos caso a lo que dijo el pescador, estamos jodidos. Al no tener el dibujo de los neumáticos, no sabemos ni el tipo de bicicleta ni el fabricante de los mismos, lo que hubiera sido de gran utilidad. Lo único claro, y siempre asumiendo que ese tipo nos haya contado la verdad, es que se trata de una bicicleta de montaña o tipo BMX. Ojalá hubiera sido una de paseo o de carretera, como la que posee el propio Nolan, porque apenas hay un puñado en todo el condado. Pero de las otras casi puedes toparte con una en cada casa.

Recordé fugazmente mi visita al domicilio de los Nichols en Albion. El propio Patrick se había desplazado hasta allí en una fabulosa bicicleta de montaña.

—Hasta el señor Nichols tiene una.

—Ethan, ¿no se te pasará por la cabeza ni por un segundo que ese hombre pueda tener nada que ver con el caso? —preguntó Liz.

—No lo descarto en absoluto. No descarto a casi nadie. Mucha gente piensa en Nolan, y yo lo tengo medio tachado de mi lista. Tú estuviste a mi lado en el interrogatorio. Pero no conozco de nada al padre de Sharon, y la mente humana es más sombría de lo que nadie pueda imaginar.

—Es un disparate —musitó Mark, casi para sus adentros.

—¿Recuerdas Detroit? ¿Quién hubiera pensado que aquel tipo sencillo, agradable, que trabajaba en una oficina, iba todos los domingos a misa, cuidaba amorosamente de su madre y saluda a sus vecinos con tanta educación fuera en realidad un carnicero?

Mark, acostumbrado a lidiar con ordenadores y programas informáticos absolutamente previsibles, siempre deseaba encontrar una lógica casi racional tras los actos de cualquier ser humano, hasta en los de los más desalmados. Por desgracia, esa lógica no sólo está ausente en las mentes perturbadas, sino en numerosas acciones de cualquier persona corriente.

—Tienes razón... En todo caso, a mí lo de la bicicleta me parece una chorrada, y disculpadme.

Me desconcertó el comentario de Mark, expresado con aquella contundencia.

—No te sigo.

—Joder, Ethan, ¿quién está tan loco y es tan fuerte como para llevar un cadáver durante millas en una bicicleta una noche de perros!

Otra vez una reflexión me dejaba atónito. Estaba tan seguro de mí mismo que consideraba que siempre llegaba el primero a todos los lugares; y, sin embargo, Ethan Bush, tan inteligente, tan brillante, cometía errores. Y con frecuencia.

—Eso es cierto...

—Puede que primero transportase el cuerpo en un vehículo y luego regresase en bicicleta. O sencillamente que alguien diferente pasase por allí y ante el espectáculo se diera a la fuga —dijo Tom, con parsimonia, con las manos entrelazadas por detrás de la nuca.

—Está bien, eso está bien. Estaba tan ofuscado con el asunto de las huellas que no había contemplado otras explicaciones para su presencia en el camino de tierra: tenían que ser de la bicicleta del asesino —reconocí, algo herido en mi orgullo.

—Y también es posible que ese Nolan no viera una mierda; a lo mejor se trataba solo de un charco, vete a saber, y nos esté volviendo tan majaras como él.

—¿Algo más? —pregunté, intentado cambiar de tema, pues no deseaba seguir dando vueltas sobre lo mismo, agotado y sintiendo que un fuerte dolor de cabeza se estaba desatando en mis entrañas.

—Tenemos que encontrar gente que conociera al mismo tiempo a Donna y a Clara —apuntó Liz.

—¿Cómo?

—Esas chicas no opusieron resistencia. No hay signos de violencia en sus cuerpos, y el que las mató limpió sus cadáveres. Es alguien que las conocía bien, y al que ellas no consideraban un peligro. Encontremos quién tenía tanta confianza con ambas a la vez y quizá demos con su asesino.

## — XVIII —

Al día siguiente me tomé la mañana como un respiro. Necesitaba reflexionar tranquilamente, y también dejar trabajar a mi equipo con libertad. Telefoneé a Patrick Nichols, recordando su oferta, y de inmediato se presentó ante nuestra puerta, como si llevara esperando mi llamada preparado para salir a correr desde que nos viéramos en su casa de Albion.

—¿Listo para sufrir? —me preguntó, con una sonrisa amplia y descarada.

—Espero que no. Pero tampoco sea demasiado benévolo conmigo: necesito una buena paliza.

Esta vez no nos dirigimos al lago, cosa que por otra parte agradecí, y fuimos trotando hacia el norte. Pasamos por delante del High School y abandonamos la ciudad por Columbia Street, dejando a nuestra derecha el cementerio e internándonos en un camino de tierra firme.

—El asfalto es muy agresivo, especialmente después de mucho tiempo sin correr. Mejor hacerlo por esta tierra amable con sus articulaciones, ¿no cree?

Patrick hablaba sin entrecortar las frases. Corría cómodamente, mientras yo ya empezaba a sentir el agotamiento no sólo en las piernas, también en los pulmones.

—No sé... Usted es el entrenador —respondí, aunque no había olvidado todo lo aprendido sobre atletismo en mis tiempos metido en competición.

—Si pilla pronto la forma le tengo reservada una sorpresa.

Nichols me hablaba como si me conociera de toda la vida. Los corredores, al igual que sucede con los desconocidos que comparten una misma pasión, enseguida establecen un lazo de amistad que es difícil de explicar. Recordaba rodar por algún nuevo parque en San Francisco y estar a

los diez minutos integrado animosamente en un grupo de corredores a los que no había visto jamás.

—Miedo me da —repliqué, aspirando aire entre cada una de las palabras para poder pronunciarlas.

—No se preocupe. Nos acercaremos a Lawrence. Allí tienen una fabulosa pista de tartán, y podremos entrenar en serio. Como atletas profesionales.

Seguí corriendo un buen rato en silencio, con la esperanza de que Patrick pensase que no abría el pico para reservar fuerzas y poder continuar con nuestro vivaz paseo. En realidad me sentía culpable. Rodaba al lado de un hombre destrozado, que había perdido a su hija y a su mujer; que ahora me ofrecía lo que seguramente le hubiera encantado hacer con su retoña: entrenar en la Universidad de Lawrence. Pero él no sabía que la persona que tenía al costado era un canalla que había robado de su domicilio en Albion las cartas más secretas de su adorada Sharon.

—Sería genial —dije, pasados más de diez minutos—, pero antes de llegar a ese punto deberemos salir a correr unas cuantas veces más. No quiero que un puñado de universitarios en plena forma se partan de la risa a mi costa.

—No se preocupe, Ethan. Conozco los horarios de entrenamiento de los mejores atletas. Iremos a la *hora de las tortugas*.

—¿La *hora de las tortugas*?

—Sí, hombre. Es cuando profesores estresados, vecinos de Lawrence que quieren perder tripita de cara al verano y algún que otro despistado usan la pista de atletismo. Pareceremos un par de gacelas al lado de ellos, se lo garantizo.

—Se las sabe usted todas, Patrick —dije, sonriendo, y parándome en seco. Mis piernas habían dicho claramente *basta*.

—¿Qué le sucede?

—¿Ha leído alguna vez un cómic de *Astérix, el Galo*? —pregunté, sabiendo que era un personaje popular en Europa, pero poco conocido en los Estados Unidos. Un tío mío que había vivido en Francia casi un lustro me había aficionado a sus desternillantes aventuras.

—Hace años...

—Pues ahora mismo necesito la pócima mágica que el druida *Panorámix*

le da a *Astérix* para que tenga una fuerza descomunal. Necesito la lata de espinacas que hace de *Popeye* un portento.

—Vamos: que le dé de beber de uno de mis botellines, ¿no?

—Algo así...

Tras descansar y recuperar las fuerzas gracias a la bebida isotónica *mágica* que Nichols portaba en su cinturón, regresamos a buen paso a Oskaloosa. Mi mente se había despejado por completo. Correr seguía siendo algo fabuloso.

—No está nada mal. Seis millas y media en cincuenta minutos. Se nota que hay una buena base por ahí escondida —apuntó Patrick, trasteando con pericia en su reloj deportivo dotado con GPS.

—La próxima vez lo haré mejor.

Nichols me devolvió una mueca de aprobación. Creo que estaba tanto o más encantado que yo de haber encontrado un compañero para sus entrenamientos. Ese *la próxima vez* lo había recibido casi como un regalo.

—Estaré esperando su llamada. Casi siempre estoy dispuesto para echar a correr —me gritó, mientras se alejaba en dirección a su nuevo hogar, en Oskaloosa, donde podía mantener a raya el dolor inmenso que un zarpazo salvaje de la vida le provocaba.

Me duché y comí solo en la cocina. Una lata de alubias con salsa de tomate calentada en el microondas y un puñado de puré de patatas. Cuando regresé al salón, ya descansado y recuperado de la paliza, Tom me aguardaba con el portátil abierto y un montón de folios sobre la mesa.

—Ese Davies es una buena pieza, jefe. Al final va a resultar que de verdad tienes poderes paranormales.

No hice caso al comentario final y me senté a su lado para descubrir lo que había averiguado del singular guarda del Perry State Park.

—Te escucho.

—Matt no acabó la secundaria. Ya desde niño tuvo problemas. Creció en el seno de una familia desestructurada junto a cuatro hermanos. Nació en Atchison, y allí vivió hasta que sus padres se divorciaron y se trasladó con su madre a Valley Falls. El padre por lo visto era un borracho que sacudía tanto a su esposa como a los críos. Al poco de divorciarse lo encontraron muerto en una pensión de mala muerte en Kansas City. Se había ahogado con sus

propios vómitos.

—Joder —dije, para tomarme un respiro. Tom hablaba como el que anuncia el tiempo que va a hacer al día siguiente. Yo, sin embargo, no era capaz de mantener la frialdad: el contraste entre la agradable carrera que había dado por los alrededores y aquella historia tan truculenta me revolvía el estómago.

—No me seas blandengue, jefe. Hay cientos de dramas como este cogiendo polvo en los expedientes de decenas de oficinas del sheriff de condados como el de Jefferson.

—Lo sé. Pero eso no significa que deje de impactarme. Cuanto más me acostumbro a la barbarie más bárbaro me siento yo mismo.

Tom se me quedó mirando, y creo que captó al segundo el mensaje que le había lanzado. En realidad yo no era tan pusilánime: las circunstancias habían potenciado mi sensibilidad en aquel preciso instante, nada más.

—*Touché*. Quizá sean los seis años más de servicio que llevo metido en el fango. Estoy tan embarrado que ya ni siquiera soy capaz de distinguir la mierda —replicó, asumiendo que la coraza que nos protege de la locura se vuelve con el tiempo demasiado gruesa.

—En fin, dejemos las disquisiciones filosóficas para la noche. Continúa...

—Tras dejar los estudios fue encadenando trabajos. La mayoría como ayudante: de albañil, de taller mecánico, de electricista... Pero no duraba demasiado en ninguno. Tengo entendido que unas veces por gandul y otras por torpe. Finalmente se pasó dos años tratando de entrar en el ejército, pero no fue admitido.

—¿Problemas psicológicos? —pregunté de inmediato, pues era una vía que nos permitiría avanzar sin problemas en la investigación.

—No. Nada reseñable. Falta de aptitudes físicas.

—De acuerdo —dije, desilusionado.

—Después de andar de un lado para otro, intentando probar suerte en ciudades más grandes como Topeka o Leavenworth, donde estuvo empleado como camarero unas veces y como ayudante de cocina otras, consiguió medio de milagro al fin un empleo fijo como guarda en el Perry State Park. Lleva allí contratado siete años.

—Pero, ¿cómo un tipo así acaba ocupando la garita de un lugar como éste?

—Un amigo de la infancia y un currículum apañado. Los dueños de algunos locales escribieron cartas de recomendación indicando que había ejercido como seguridad de los mismos, cumpliendo bien con su trabajo.

—No está mal para 12 horas de faena —manifesté, golpeando la espalda de Tom a modo de felicitación, mientras me mofaba de él un poco, siguiendo su estilo.

—Espera, que sólo acabo de empezar —replicó, guiñándome un ojo—. Valley Falls es una ciudad muy pequeña, y las ancianas siempre están deseando invitar a un vaso de limonada a un joven apuesto como yo para chismorrear un rato.

—Es decir: que todo lo que me estás contando lo mismo puede ser cierto que un puñado de patrañas.

—Bueno, la parte que me ha facilitado Mark creo que es fiable al 100%.

Así era Tom. Y así era casi todo el tiempo. No sabía tomarse la vida de otra manera. En ocasiones me parecía un auténtico descerebrado y me preguntaba qué pintaba allí con nosotros, pero en el fondo sabía que era el único capaz de obtener ciertas pistas, de interpretar algunas evidencias y de contemplar la realidad desde un ángulo completamente nuevo y distinto a como lo hacíamos los demás. Era el mal necesario. Por eso le perdonaba todas sus gansadas, pese a que hubiera momentos en que maldita la gracia que me hacían.

—Está cristalino. Sigue.

—Ahora reside en Valley Falls, en la casa que compró su madre. La pobre falleció hace dos años. Había perdido un poco la cabeza, creo que padecía demencia senil o algo por el estilo. Jamás la llevaron a un psiquiatra.

—Y el resto de hermanos...

—Todos muertos.

—¡Cómo! —exclamé, realmente estupefacto.

—Uno falleció de pequeño, poco después de trasladarse a Valley Falls con la madre. Una extraña enfermedad. Otro, que sí logró entrar en el ejército, murió en acto de servicio durante la primera guerra de Irak.

—Tom, ¿seguro que todo lo que me estás contando es cierto? —pregunté,



pues ni el más sonado de los guionistas de Hollywood hubiera sido capaz de urdir una trama tan desquiciada y amarga.

—Ethan, puedes comprobar cada uno de los datos. Apenas he dormido en toda la noche y me he pasado la mañana haciendo llamadas y cotilleando de casa en casa.

Me eché hacia atrás en el sofá y me pasé lentamente las manos por el pelo, que todavía estaba húmedo por la reciente ducha. Historias como las de aquel tipo uno casi comprendía que dieran como resultado auténticos engendros incapaces de empatizar con el resto de la humanidad.

—¿Continúo? —inquirió Tom.

—Claro, no me hagas mucho caso.

—Ahora viene lo mejor. El último hermano que quedaba vivo falleció en la casa en extrañas circunstancias: sobredosis de estupefacientes. La muerte fue declarada como accidental, pues el personaje aunque no era drogodependiente sí solía juntarse con malas compañías para consumir *crack* y otras lindezas por el estilo de cuando en cuando.

—¿Y piensas que Davies pudo tener algo que ver en el asunto?

—No lo sé. Como te he dicho el tema ni tan siquiera fue investigado. Pero Matt se llevaba fatal tanto con ese hermano como con su madre, con los que convivía en la misma casa. Y resulta que en apenas seis meses esos dos problemas se habían esfumado y tu querido guarda se quedaba en propiedad con la vivienda de Valley Falls.

—Interesante. Pero totalmente insuficiente como para solicitar un registro. Y encima estamos aquí para investigar los asesinatos de Clara y Donna, no los supuestos crímenes sobre los que especulan un puñado de ancianas aburridas.

—Jefe, tú me pediste información sobre ese sujeto y yo te he traído todo lo que he encontrado. Por cierto, me gustaría que vieses al menos una fotografía que he tomado del exterior de la casa.

Tom giró la pantalla de su portátil para que pudiera observar bien la imagen. Se veía una humilde construcción de madera de una planta, pintada de un azul pálido, llena de desconchones. Una cerca baja, metálica, rodeaba la propiedad. Sobre ella había montones de ropa hecha trizas, como si un puñado de personas hubiera intentado saltarla y se hubieran rasgado las

camisetas y los pantalones contra los salientes. También había algunas estacas repartidas por diferentes zonas: cada una de ellas estaba rematada en lo alto por una calavera de búfalo. El espectáculo resultaba realmente espeluznante.

—Mierda, ¡qué leches es eso! —exclamé, un tanto asqueado—. Parece la sede de una secta satánica.

—Eso mismo pensé yo nada más verla —replicó Tom con naturalidad, encogiéndose de hombros.

—¿Qué hay detrás de la casa? —pregunté, viendo que la cerca se perdía en ambos lados en una especie de depresión.

—La propiedad está a las afueras de Valley Falls, y justo por ahí pasa el río Delaware.

—Tenemos que saber más de Davies. Ya te dije que me daba mala espina. Investiga cómo es su comportamiento en el Perry State Park, cómo era su relación con Clara, a la que conocía pues estaba allí empleada cada verano; y por último, si tenía alguna clase de vínculo con Donna.

—¿Y quieres que también averigüe si llegó a conocer a Sharon Nichols? —preguntó Tom, incisivo, mientras tomaba nota en uno de los folios que había desparramados sobre la mesa. A mí, acostumbrado a estrenar una *Moleskine* para cada caso y a usar varias pequeñas libretas aquel espectáculo me parecía el caos absoluto.

—Sí, claro —respondí casi de manera automática—. Por cierto, ¿qué edad tiene?

—51 años.

—En tal caso tenía 34 cuando asesinaron a Sharon. Ya que estás, a ver si descubres por donde andaba entonces.

—Eso me va a su poner muchas horas de café bien acompañado de tarta de zanahoria con mis queridas ancianitas —replicó con su típico tono socarrón Tom.

—Apáñatelas como puedas. Lo que quiero es que hagas tan bien tu trabajo como hoy —zanjé.

Agotado, decidí ir a mi habitación y repasar todas mis notas para volcarlas al ordenador, en el que seguía la evolución del caso gracias a mi particular metodología. A fin de cuentas, yo tampoco era un ortodoxo, de

modo que poco podía echar en cara a Tom, siempre que cumpliera con lo que se esperaba de él.

Antes de acostarme, sin haber probado bocado, decidí telefonear a Quántico y poner al día a Peter Wharton. Era una llamada casi de cortesía: le mandaba cada mañana temprano un reporte y él no era la clase de jefe que está encima de sus subordinados, hasta casi asfixiarlos. Te concedía libertad: si tenías éxito premiaría tu audacia, si fracasabas pagarías cara tu necedad. Me transmitió ánimos, y me sugirió que me apoyase más en la gente del sheriff Stevens, especialmente en el detective que llevaba el caso. A regañadientes, le contesté que le obedecería.

Roto físicamente, me disponía a apagar la luz cuando recordé las cartas secretas de Sharon. Maldiciendo mi propia curiosidad, me decidí a leer una de ellas. Sólo una. Además, llevaban demasiado tiempo esperando que al menos les echase un vistazo, y quizá en ellas encontrase alguna de las claves que me permitiesen avanzar en la investigación, aunque lo dudaba. En parte consideraba el crimen de aquella joven, al igual que la policía del condado de Jefferson, un caso cerrado.

Saqué aquellos folios cuidadosamente doblados de un cajón en el que guardaba la ropa interior. Las había ocultado allí como lo hubiera hecho un adolescente timorato. Resultaba casi ridículo, pero pensaba que sería en el último lugar en el que hurgaría la agradable mujer que venía de cuando en cuando a cocinar y hacer algo de limpieza en la casa. Desconcertado descubrí que en realidad no eran cartas: se trataba de tres páginas, al parecer arrancadas con extrema delicadeza de un diario. Estaban fechadas: cada una correspondía a un día diferente. Para no hacer trabajar demasiado a mi exhausto cerebro, decidí empezar por la primera en orden cronológico. Más adelante leería el resto. Creía estar preparado para todo, pero tras un párrafo en el que comentaba algunas actividades insustanciales que le habían acaecido a lo largo de aquella jornada Sharon había escrito con pulso firme: *«Odio con toda mi alma a Vera Taylor. Si reuniera el valor y la fuerza suficientes, sería capaz de matarla con mis propias manos».*

## — XIX —

Decidí que para ir a visitar a Vera Taylor era adecuada la compañía de Liz, de modo que la invité a acompañarme. Aunque era forense tenía un singular don para estar atenta a los detalles en un interrogatorio, por eso me había servido de su colaboración cuando sondeamos en profundidad a Tim Nolan.

—Esa anotación en un diario tampoco es significativa. Yo creo que de adolescente escribí cosas por el estilo sobre algunas amigas al menos una decena de veces —manifestó Liz, mientras nos desplazábamos de Oskaloosa a Meriden en el pequeño *Spark*.

—La cuestión es que está fechada una semana antes de que Sharon desapareciese. Y, casualmente, la última persona que la vio con vida fue Vera Taylor. Por cierto, ¿qué clase de infancia tuviste para escribir esas cosas en tu diario?

Había compartido con Liz la hoja hurtada del domicilio de los Nichols en Albion. Pero no había sido sincero del todo con ella: le ocultaba que todavía tenía dos folios más esperando a que me atreviese a leerlos. Tuve que soportar, antes de que me ayudase a sacar conclusiones, mil y un reproches acerca de mi comportamiento disparatado, al margen de absolutamente desleal con la policía del condado de Jefferson.

—La típica de una chica de pueblo. Algo que los *pijos* de ciudad como tú jamás podríais llegar a entender ni en un millón de años —respondió, un poco airada.

—Ves, por eso te necesito tanto esta mañana —manifesté, guiñándole un ojo.

—En fin... En cualquier caso, hacemos bien realizando esta visita. Sé que tú no crees demasiado en las casualidades, y debo reconocer que en este caso

esta llama muchísimo la atención.

El GPS nos guio con relativa facilidad hasta una bonita casa de tres alturas ubicada en la calle principal de la localidad. Era una magnífica construcción muy bien cuidada, con parterres a ambos lados del camino de entrada y bonitas y coloridas flores en todas las ventanas.

—Espero que esté en casa. Esto de venir sin avisar tiene sus pros y sus contras —dije, mientras bajaba del coche y me dirigía hacia la puerta de entrada.

—Según Mark esta chica heredó una pequeña fortuna y lleva tiempo sin trabajar. Se pasa casi todo el día en casa, vete a saber haciendo qué.

Nada más pulsar el timbre nos abrió la puerta una mujer con media melena muy oscura, ropa deportiva muy ceñida y una sonrisa demasiado forzada como para resultar sincera.

—Buenos días, somos los agentes especiales del FBI Ethan Bush y Liz Bishop. Estamos colaborando en la investigación de los homicidios de Clara Rose, Donna Malick y Sharon Nichols. Preguntamos por Vera Taylor...

—Soy yo —se limitó a decir, sin inmutarse lo más mínimo.

—¿Tendría algún inconveniente en atendernos unos minutos?

—En absoluto —respondió, perdiéndose hacia el interior de su casa y haciendo caso omiso a mi identificación del FBI, que había sacado de mi chaqueta para mostrársela.

Liz se me quedó mirando, tanto o más confundida que yo, y acto seguido me dio un pequeño empujón para que traspasase el umbral de la puerta y siguiera los pasos de Vera.

—Muchas gracias, es una cuestión rutinaria, como imaginará —musité.

Taylor nos había guiado hasta su salón y sin dudarlo se dejó caer, para recostarse levemente. De algún lugar llegaba una vieja canción de finales de los '90: *Everything will Flow*, de *Suede*. Me sorprendió lo cómoda que se encontraba en nuestra compañía. Además, era una mujer fascinante, de una belleza extraña y arrebatadora. Sus intensos ojos parecían tener un imposible color violeta que obligaba a quedarse mirándolos fijamente, como hipnotizado.

—Por favor, tomen asiento. Estaba al tanto de la presencia de agentes del FBI por aquí. Ya saben, este es un condado pequeño y los chismorreos viajan

con facilidad de un lado a otro. Pero creí que era por lo de Clara y lo de Donna. ¿El caso de Sharon Nichols no se había dado por cerrado ya?

Antes de responder busqué la mirada de Liz. Me devolvió un gesto de estupefacción que no me sirvió de gran ayuda. La pregunta de Vera me había pillado un tanto desprevenido, y no había preparado una respuesta. También me desconcertaba que hablase con tanta frialdad de la que en tiempos había sido una de sus mejores amigas. Aunque de aquello habían pasado 17 largos años.

—Bueno, así es. Pero un homicidio nunca está cerrado del todo, hasta que se encuentra al culpable, cosa que como bien sabe no sucedió en el caso de su amiga —respondí, remarcando intencionadamente la palabra *amiga*—. Además, las evidentes similitudes con los crímenes de Clara y Donna no se pueden pasar por alto.

—Está claro. ¿Piensan que puede tratarse de la misma persona?

Taylor seguía manejándose con una soltura impropia. También creo que se había percatado de la fascinación que su extraordinario atractivo ejercía sobre mí.

—Bueno, no descartamos ninguna hipótesis. ¿Usted fue la última persona que vio con vida a Sharon? —pregunté con brusquedad, pues no deseaba que ella controlase ni la conversación ni la situación.

—Al menos la última que lo reconoce. No sé si se cruzó con alguien en el camino de regreso desde mi casa hasta Albion. Y desde luego su asesino fue en verdad esa última persona.

Vera se incorporó un poco. Por primera vez había respondido mostrando un cierto fastidio. Quizá sólo le molestase que viniésemos casi veinte años después a recordarle un suceso tan trágico.

—¿Eran muy amigas? —preguntó Liz.

—Pues sí. De niñas habíamos sido casi inseparables. Luego ella se fue a la universidad y comenzó a distanciarse un poco. Pero venía a visitarme de cuando en cuando —respondió. Luego se dirigió a una estantería y tras dedicar unos segundos a buscar entre los libros regresó un con pequeño cuaderno de tapas duras que nos tendió—. Todavía conservo esto: un álbum de fotos en las que sólo salimos ella y yo. Las hay desde que teníamos apenas cinco años hasta unas semanas antes de su muerte.

Liz le echó un vistazo a varias fotografías, mientras esbozaba un gesto de profunda condolencia. Al fin Vera mostraba algún sentimiento por la trágica pérdida de la que había sido su amiga.

—En esos últimos meses, ¿notó algún comportamiento extraño en Sharon? —inquirí, sin olvidar que lo que nos había llevado hasta allí era una desconcertante anotación en un diario.

Taylor se quedó reflexionando unos segundos, como si escarbaba en las profundidades de su memoria. Pero sus gestos me indicaban claramente que el pasado había regresado con fuerza a su cabeza.

—Es difícil saberlo. Como les he dicho nos habíamos distanciado un poco. Sé que se veía con alguien, pero no me dijo quién era. Creo que se avergonzaba de esa relación.

—Y usted, ¿le censuró en algún momento?

—No, la verdad es que tampoco me preocupaba. Estaba algo fastidiada con su marcha a Lawrence, pero nada más.

Liz me tendió el álbum de fotos y comencé a hojearlo, sin demasiado interés. Además, empezaba a marearme un poco. Había percibido el olor desde que Vera nos abriera la puerta, pero no había logrado identificarlo. Ahora ya sabía de qué se trataba: cantidades ingentes de incienso consumiéndose en algún lugar de la casa.

—¿Discutieron por algún motivo a lo largo de las últimas semanas? —preguntó Liz, con su tono de voz suave y melodioso.

—¿Cómo? ¿No estará insinuando algo raro? —replicó Taylor, elevando ligeramente la voz.

—No. Como le ha dicho antes mi compañero este es un encuentro rutinario. Pero es importante saber si Sharon estaba sometida a estrés...

—No, no recuerdo ninguna discusión en particular. Apenas nos veíamos, como les he dicho. Hablábamos por teléfono. Quizá yo estaba un poco enojada porque me había dado un poco de lado, pero era normal.

Mientras ellas hablaban yo pasaba aburridamente las páginas plagadas de instantáneas. En todas aparecían ambas, casi siempre cogidas de la mano, sonrientes, cada vez más altas. Cambiaba únicamente el fondo: montañas, playas, desiertos y muchos otros que consideré diferentes zonas de Perry Lake. En las últimas ya reconocía a Sharon Nichols, aunque no del todo. Su

rostro feliz congelado en el tiempo poco tenía que ver con las fotografías atroces de su cadáver. También intuía a la mujer atractiva que ahora, con unos 35 años, nos daba cobijo en su casa. De repente una de las instantáneas captó mi atención, como si un fogonazo de luz me hubiera deslumbrado. Detrás de las cabezas de las dos jóvenes, justo en medio, podía distinguir un marco de madera pintado de blanco: no resaltaba un lienzo, protegía un cristal tras el que había fijados en un corcho dos insectos. No se distinguían bien, pero parecían tener amplias alas y el tórax de un brillante color azul.

—¿Podría llevarme el álbum unos días? —pregunté, interrumpiendo bruscamente la conversación que mantenían Vera y Liz, y que para mí no había sido otra cosa que un suave murmullo que apenas afectaba a mi mente, concentrada como había estado en la fotografía.

—Sí, claro —respondió Taylor extrañada—. ¿Ha encontrado algo?

—Muchos retratos de Sharon, desde que era una niña. Me interesan para seguir creando su perfil psicológico —mentí, en la certeza de que seguramente ella no replicaría frente a tal argumentación.

Seguimos conversando un rato más, pero yo estaba ansioso por llegar a Oskaloosa y ver qué era capaz de hacer Matt con aquella fotografía tan antigua e interesante. Liz mantuvo el tipo y trató de escarbar un poco en los secretos de Sharon, pero poco aportó su amiga. Cuando ya nos despedíamos en la puerta Vera me lanzó un puyazo que demostraba que en todo momento se había dado cuenta de la atracción que sentía hacia su físico:

—Cuando regrese por aquí a devolverme el álbum avísame antes. No es de buena educación presentarse así, y además preparo unas tartas de manzana que son la envidia del condado —dijo, ninguneando a Liz, y tendiéndome una tarjeta de visita. Bajo su nombre podía leerse: *repostería gourmet*.

—Así lo haré —balbuceé torpemente, mientras trataba de escapar de la mirada de sus ojos violetas.

Liz y yo nos metimos en el coche, arranqué lo más rápido que pude y abandoné Meriden a toda velocidad, sin mediar palabra durante un largo trecho.

—¿Qué mosca te ha picado, Ethan?

—¿A qué te refieres?

—Joder, estabas como hipnotizado por esa mujer. No te reconozco, la



verdad.

Sentía los celos contenidos a duras penas que Liz trataba de controlar. Mi comportamiento había sido demasiado peculiar como para no llamar su atención.

—No se trataba de Vera —repliqué, buscando una escapatoria con algo de dignidad. Por suerte tenía a mano una explicación bastante sólida—. Estaba aturdido porque en una de las fotografías del álbum me ha parecido ver colgado en una pared un cuadro con dos libélulas azules.

Liz, a la que había entregado el pequeño cuaderno de tapas duras, comenzó a buscar la instantánea de inmediato. Por suerte para mí su curiosidad estaba por encima de unas sospechas que por otro lado tenían todo su peso.

—Está al final. Era una de las últimas. Sharon ya aparece tal y como fue encontrada en el lago —indiqué, justo en el instante en que dejábamos a un lado el desvío hacia la derecha que indicaba: Albion.

—¡Ostras, Ethan, tienes razón! —exclamó Liz, mientras golpeaba una y otra vez la fotografía con su dedo índice.

—Ya sabes: no creo en las casualidades.

De repente el entusiasmo de Liz se apagó, como una bombilla que se hubiera fundido.

—Pero, ¿tú de verdad crees que esta mujer se cargó primero a Sharon y, 17 años después, hizo lo mismo con Clara y con Donna, dejándose allí olvidadas las libélulas que intuimos aquí?

A la mañana siguiente me dirigí paseando a la oficina del sheriff del condado, pues se encontraba a las afueras de Oskaloosa, muy cerca de la casa que nos habían cedido. Había quedado allí con el detective Worth para seguir avanzando en la investigación. Mientras, Liz y Mark trasteaban con el ordenador la fotografía digitalizada de Vera y Sharon que tanto nos había llamado la atención. Mark me había advertido: «*no esperes milagros, esta es una imagen analógica de hace 17 años*». Yo consideraba que con interpolaciones y no sé qué más podría lograr aumentar la nitidez de la imagen notablemente, pero él me había devuelto una mirada carga de escepticismo. De buena gana me hubiera quedado con ellos, pese a mi absoluta ineptitud en lo que edición de imagen se refería, pues deseaba saber lo antes posible si lo que intuíamos se transformaba definitivamente en algo incuestionable.

Nada más llegar a la sala en la que ya me estaba esperando Jim percibí en su rostro un leve resentimiento, absolutamente lógico desde cualquier punto de vista.

—Lo siento, me he retrasado un poco porque estaba terminando de ver unas cosas con Liz y con Mark —dije, mientras tomaba asiento, a modo de rápida disculpa.

—Ya me imagino. Sé que han estado haciendo indagaciones por ahí. Ya se lo he dicho en varias ocasiones: Jefferson es un condado muy pequeño y aquí nos conocemos más o menos todos.

—¿Se refiere a las pesquisas de Tom? —tanteé, pues no sabía hasta qué punto podía estar al tanto del resto de nuestros avances, incluyendo la extemporánea visita a Vera Taylor.

Worth se dedicó durante algunos segundos a desplegar sobre la mesa algunos informes de personas cuyos rostros me resultaban vagamente conocidos.

—Sí, algo así. Me gustaría estar al tanto de todo. Yo estoy tratando de ser lo más leal y transparente posible con usted, Ethan —contestó, remarcando notablemente la pronunciación de mi nombre.

—Jim, lo seré. Es verdad que me estoy reservando algunas informaciones. Pero no puedo evitar pensar que usted está demasiado condicionado por este entorno que tan bien conoce. Le sucede a casi todos los detectives con los que he tratado, ¡he estudiado decenas de casos en los que la verdad estaba delante de las narices de los agentes pero se negaban a asumirla!

—Imagine por un momento que yo hiciera lo mismo —dijo, mirándome fijamente a los ojos, como sólo lo hacían los amigos de toda la vida.

—Sería un auténtico desastre, y lo sabe —repliqué.

—No lo voy a hacer. Y no lo haré por esas chicas. Usted me importa una mierda. El FBI me importa una mierda. Pero hacer justicia a esas chiquillas me tiene obsesionado. Y por ese fin que tanto deseo estoy dispuesto a lo que haga falta, incluyendo tragarme el orgullo.

No supe qué responder. El detective Worth era muchas cosas que yo no sería en la vida: íntegro, cristalino, honesto y noble hasta el infinito. En el fondo envidiaba su carácter, aunque hacía bastante tiempo que había aprendido a convivir con el mío sin sentirme demasiado culpable. Quizá tuviera que ver con mis estudios de psicología, quizá con la vasta formación recibida en Quántico. Me movía en un mundo en el que abundaban las alimañas, en el que personas honradas e intachables como Jim eran una extraordinaria excepción. Para subsistir en este entorno tan hostil con un talante como el suyo hacía falta una gran fortaleza de espíritu, y yo adolecía por completo de ella.

—Se lo agradezco de verdad, Jim. Y le garantizo que en el momento que me sea posible será el primero en conocer cualquier avance significativo que realice en el curso de la investigación —mentí.

Worth hizo un leve gesto de desavenencia y luego regresó a los informes que había traído consigo en un maletín y que ahora reposaban sobre la mesa.

—He pasado horas con las familias de Clara y Donna. En principio no tenía ningún enemigo, al menos que ellas puedan recordar. Eran chicas de pueblo sencillas, que tampoco llamaban demasiado la atención ni se metían en líos, ya me entiende.

Asentí, dispuesto a darle una larga tregua. Después de la tensión vivida deseaba que él notase que me interesaba profundamente todo lo que pudiera decirme. Era mi manera de reconocer sin ambages que tenía la razón de su parte y que yo lo asumía.

—Sí. Está claro.

—Pronto me hice a la idea de que tenía que ser alguien que conociese a las chicas, a ambas. La ausencia de signos de violencia y el que hubieran sido aturcidas seguramente valiéndose de un combinado alcohólico, convenientemente aderezado con benzodiazepinas, resulta bastante esclarecedor, ¿no cree?

—Desde luego. Es a la misma conclusión a la que hemos llegado nosotros en nuestras charlas.

—Pues bien, estos días me he tomado la molestia de recabar información acerca de las personas que pudieran haber tenido contacto con ambas. Un contacto lo suficientemente duradero y cercano como para que ellas no considerasen un peligro, por ejemplo, montarse en el vehículo de ese conocido, ¿me sigue?

—Claro, claro. Es un trabajo fabuloso —respondí, recordando que era precisamente lo que había sugerido Liz en su momento.

—La verdad, también algo complicado. Sobre todo cuando uno intenta no levantar demasiadas sospechas. Como le dije aquí la información vuela de una casa a otra a la velocidad de la luz.

Eché un vistazo a las fichas de cada una de las personas. Me sonaban porque sus retratos formaban parte del extenso informe que el detective Worth me entregara en su día, y al que yo tan poca atención había prestado. Uno de los rostros captó mi interés, como si un agujero negro hubiera engullido todos mis sentidos.

—¡Joder, Matt Davies! —exclamé, dando un puñetazo sobre la mesa.

—¿Qué sucede? ¿Tienen fundadas sospechas sobre él?

—De momento nada de relevancia, una especie de intuición —contesté,

sin apartar la mirada del retrato de aquel hombre al que había comenzado a detestar profundamente—. ¿Conocía a las dos chicas?

—Sí. Pero no creo que Matt... —musitó Jim, dubitativo.

—¡A esto precisamente me refería! El día que fuimos a visitar a Liam lo noté. Es un sospechoso, es un tipo realmente odioso, pero usted le trató como a un amigo de los de toda la vida. Por todos los cielos, ¡ha visto donde vive!

—Cálmese, Ethan. No estoy negando nada, es sólo que, como bien adivinó, conozco a ese hombre desde hace muchos años. Yo viví en Valley Falls: ha tenido una vida muy desafortunada, pero no es tan fiero como la gente pueda pensar. Nada más —murmuró Worth, cohibido por mi cólera.

—Ya sé que conoce a todo el mundo. Y toda esa gente le parece maravillosa. Es usted como esas viejecitas que sacan por la televisión y que vivían en el mismo edificio que un carnicero que resulta que ha matado a diez inocentes —dije, sin llegar a gritar pero elevando el tono de la voz. Luego continué, arqueando la espalda, como si estuviera vencida por los años, e imitando el timbre de un modo casi esperpéntico de una anciana—: *Era tan buena persona. Siempre daba los buenos días y me ayudaba a subir las bolsas de la compra a mi apartamento.*

—Ethan, creo que se está pasando un poco de la raya. Imagino que ha tenido una mala noche, y quizá mis comentarios hayan contribuido a enojarlo más. Creo que será mejor que descansemos un rato y luego volvamos al trabajo —replicó Jim, con bastante buen juicio, que templaba sus nervios de una manera admirable.

Me levanté de la silla y me dirigí a la pared de corcho. Allí escribí con mi bolígrafo sobre uno de los papeles que había fijados con una chincheta algunos nombres.

—Tim Nolan, Liam Moore, Matt Davies... A mí me parecen todos ellos bastante sospechosos; pero para usted son personas adorables, incapaces de matar a una mosca. Pues sepa bien que en este puñetero condado de ensueño hay un jodido monstruo que se ha cargado a Clara y a Donna, esas chicas cuya pérdida tanto parece afectarle.

Worth recapacitó durante algunos segundos. Se mordió uno de los dedos de la mano derecha, como si de esa forma pudiera descargar toda la tensión emocional que seguro estaba acumulando. Mi comportamiento estaba fuera

de lugar, y todavía hoy me resulta asombroso que él fuera capaz de mantenerse comedido en una situación tan claramente hostil.

—Ya sé que este condado no es el paraíso. Ojalá fuera así. No crea que yo no tengo mis sospechas, que yo no tengo mi propio sentido de la intuición.

Abandoné la pared a toda prisa y volví a sentarme. Aquel era un comentario que no podía pasar por alto de ninguna manera. Recuperé la sensatez y traté de manejarme con tacto.

—En tal caso, ¿sospecha de alguien en concreto?

—Así es —contestó Jim, de mala gana.

—Debería compartir esa información conmigo. Sé que no estoy precisamente en condiciones de exigirle nada, pero antes ha dicho que por esas chicas...

—Le juro que le haría partícipe de mis presunciones. Pero no tengo ninguna prueba medianamente sólida, ¿me comprende?

Worth esquivaba mi mirada, como si yo con la mía fuese capaz de leer sus pensamientos. Estaba realmente incómodo, casi más que instantes antes, cuando yo era poco menos que un enajenado que vociferaba mientras trataba de humillarlo. En las sienas notaba el latido de mis venas: esa sensación de estar acariciando con la punta de los dedos una verdad insondable que no puedes dejar escapar.

—Quedará entre nosotros. Déjeme ayudarle a descubrir si hay algo sólido detrás de esas conjeturas. A fin de cuentas sólo estaremos elucubrando los dos, ¿qué importancia puede tener eso?

—Mucha, cuando se trata de una persona de la que nadie, absolutamente nadie, debería sospechar.

## — XXI —

Eran las seis de la mañana cuando salí a la calle. Allí me estaba esperando ya Patrick Nichols, con su habitual sonrisa, estirando levemente las piernas en el porche de la entrada. Una densa niebla cubría Oskaloosa, concediéndole un aspecto misterioso y algo tétrico, completamente diferente al habitual.

—¿Es frecuente esto? —pregunté, mientras me situaba a su lado para desentumecer mis adormilados músculos.

—No, al menos no en estas fechas. En invierno sí que lo es, especialmente a primera hora de la mañana. Tenemos el lago muy cerca, ya lo sabe.

—Gracias por quedar tan temprano. Tengo una dura jornada por delante pero no me quería perder el entrenamiento, ahora que empiezo a notar los resultados.

—Progresa muy rápido, Ethan. Tuvo que ser un corredor verdaderamente excepcional. Hoy subiremos un poco el nivel y realizaremos 8 millas de Fartlek.

—¿Fartlek? Ya lo odiaba cuando estaba en plena forma, no quiero ni pensar lo que puede suponer ahora para mis pulmones —protesté.

El Fartlek es un sistema de entrenamiento desarrollado por los suecos a finales del siglo XIX (en ese idioma significa algo similar a *juegos de velocidad*), y que consiste en ir variando el ritmo de carrera a lo largo del entrenamiento: momentos de reposo trotando despacio combinados con *sprints* de distinta duración. Puede resultar más o menos duro en función de cuántos *sprints* se realicen, a qué velocidad, durante cuánto tiempo y cuántos segundos o minutos se corren a un ritmo suave hasta la siguiente aceleración. En realidad era tremendamente eficaz, y cualquier persona siente en pocas

semanas que está realizando un enorme progreso en su estado de forma general.

—Estoy preparando su llegada a la pista. Antes de atrevernos a hacer series sobre el tartán habrá que poner a prueba esas piernas —manifestó Patrick, que casi se doblaba de la risa, mientras me daba unos cachetes en los muslos.

Nos lanzamos a rodar en dirección sur. Pasamos por delante de la oficina del sheriff, que dejamos a nuestra derecha, y seguimos por el arcén de la 59. A ambos lados se abrían amplios campos de cereales, cubiertos por el manto blanquecino de la espesa niebla. Era en realidad un espectáculo hermoso. Además, apenas circulaban coches por la carretera a esas horas. Pronto sentí la plenitud de libertad que sólo correr concede a los hombres. Habíamos completado unas 4 millas de duro ejercicio cuando Nichols decidió que me merecía un pequeño descanso.

—Gracias, estaba a punto de dejarme caer sobre el asfalto —dije, extenuado. El aire húmedo había refrescado el ambiente, pero también nos hacía sudar más de lo habitual.

—Aquí tiene su *pócima* —replicó Patrick, tendiéndome uno de los bidones que llevaba siempre en el cinturón—. Pero no beba demasiado, o lo pagará caro de vuelta a Oskaloosa. Sólo estábamos calentando. Estas próximas 4 millas son las duras de verdad.

Me senté al borde de la carretera y haciendo caso omiso de sus advertencias me bebí todo el líquido del bidón de un solo trago. Pensaba que si no lo hacía sería incapaz de completar el camino de regreso.

—Demasiado tarde —dije, agitando el bidón vacío.

Nichols se arrellanó a mi lado. Contempló el espeso cielo de aquella singular mañana de primavera. Su silencio me puso de inmediato en alerta.

—¿Cómo va la investigación? —inquirió, como si la cuestión le importase vagamente. Llevábamos varios días saliendo juntos a correr, y yo había estado esperando una pregunta similar casi desde el principio. Tenía preparada la respuesta, aunque sabía que no le iba a gustar.

—No puedo comentarle nada.

—Ya lo sé, ya lo sé. Mire qué hermoso es este condado, ¿lo ve?

—Sí. Tiene razón, es un lugar maravilloso.



—Y sin embargo, esas pobres chicas...

—Estamos trabajando duro. Daremos con el culpable, se lo prometo. Tenga confianza.

—¿Cree que es el mismo hijo de perra que acabó con la vida de mi hija? —preguntó él, sin mirarme. Seguía con los ojos clavados en el cielo, como si pudiera distinguir a Sharon en algún lugar recóndito entre aquella espesa niebla.

Me incorporé. Me sentía realmente incómodo. Corría con aquel hombre porque me hacía sentir joven, porque adoraba el atletismo y porque de algún modo estaba empezando a cogerle cariño. Pero él deseaba entrar en un terreno que a ninguno de los dos nos convenía.

—Patrick, no puedo seguir hablando de este asunto con usted. Créame que lo hago por su bien.

Él también se incorporó, e hizo una mueca de conformidad. A regañadientes aceptaba las condiciones que nuestra incipiente amistad imponía.

—Lo siento. Estos días están siendo muy difíciles. Me pongo en el lugar de esos padres... Todo es tan similar. Tengo pesadillas algunas noches, Ethan. Han pasado nada menos que 17 años y ahora parece que fue ayer cuando... Sólo deseo que metan entre rejas a ese maldito bárbaro, para que todos podamos descansar en paz.

Volvimos a Oskaloosa sin mediar palabra. El cielo había comenzado a despejarse en algunas zonas y el tráfico se incrementaba lentamente. Sólo cuando me disponía a entrar en la casa para seguir trabajando con mi equipo Patrick me preguntó:

—¿Nos vemos mañana?

—Claro. Le confirmo la hora a través de un mensaje —respondí.

Nada más entrar en el salón me topé con Liz y con Mark, que estaban delante de la pantalla de un ordenador con una taza de café en la mano cada uno.

—Bueno días, Ethan. Mientras tú andas por ahí pasándolo bomba nosotros nos dejamos la vista para resolver este caso —dijo Liz, sonriendo.

Le hice un gesto con la mano, manifestando que no estaba para bromas.

—¿Tenéis ya algo?

Ambos llevaban horas y horas de trabajo tratando de sacar algo en claro de la misteriosa fotografía de Vera y Sharon con el marco blanco a sus espaldas.

—Sí. Anda, acércate porque te va a encantar —respondió Mark, satisfecho.

Me aproximé hasta donde se encontraban, con las piernas temblando: en parte por la emoción, en parte por la paliza a correr que acababa de darme. Ocupando toda la pantalla del ordenador estaba la imagen del marco. Para el tamaño al que habían logrado aumentarla la resolución no estaba nada mal. Y sí: allí estaban las dos malditas libélulas azules, tal y como había sospechado desde el principio.

—¡Lo sabía! Sois fabulosos. ¿Dónde fue realizada la foto y en qué fecha? —inquirí de inmediato, enfervorizado por el descubrimiento.

—¿Somos fabulosos? Qué poco te dura el efecto de la alegría. ¿Acaso crees que estas fotos traen metadatos y todas las mandangas de hoy en día? —protestó Mark.

—Tenemos una gran ventaja —intervino Liz—. Vera no tiene la menor idea de que Tim Nolan encontró las libélulas y ahora las tenemos nosotros; aunque si fue ella quien las perdió en el lago seguramente ya se habrá dado cuenta y se cerrará en banda si le preguntamos directamente por el tema.

—Te sigo —dije—. ¿Qué sugieres?

—Debemos volver a visitarla. Bueno, a lo mejor debes volver *tú* a visitarla, porque seguramente yo moleste.

Mark se nos quedó mirando estupefacto, sin llegar a comprender ni el tono de reproche ni el significado crítico de la última frase.

—Liz, por favor, no hagas bromas con este asunto —sugerí, pensando en ella, aunque también algo cohibido por la presencia de un tercero que no comprendía nada en absoluto.

—No, no. Estoy hablando en serio. Seguro que se siente más cómoda. Al caso: *no* le preguntas por esa fotografía directamente. Nos montamos una historia y le vas solicitando información, como el que no quiere la cosa, sobre otras instantáneas, de modo que baje la guardia y cuando llegue el momento se encuentre lo suficientemente confiada como para hablar sin tapujos de la que nos interesa.

—Me parece una buena estrategia. Pero antes me gustaría estar absolutamente seguro de que esas dos libélulas, al menos, son de la misma especie de las que encontró Nolan en el camino de tierra —indiqué, pues era algo que me había atormentado. No creía demasiado en las casualidades, pero a veces se dan. Hubiera sido ridículo conectar a Vera con los crímenes gracias a unas libélulas que luego resultasen pertenecer a otra familia. Me imaginaba a su abogado crujiéndonos hasta hacernos pedacitos.

—Pero por lo visto hoy es tu día de suerte, Ethan —dijo Mark, mientras chasqueaba los dedos.

Se puso a manipular su ordenador y al cabo de unos pocos minutos me mostraba un breve listado de nombres, con sus direcciones, teléfonos y otros datos de contacto.

—¿Qué es esto? —pregunté, desconcertado. Notaba cómo las piernas se me iban entumeciendo lentamente. Mis músculos estaban pidiendo a gritos una breve sesión de estiramientos, una buena ducha y, seguramente, una dosis fabulosa de ibuprofeno.

—¿No lo recuerdas? Me encargaste que buscara entomólogos en este condado perdido de la mano de dios. Y no ha sido nada fácil. No es como buscar un abogado o un médico —manifestó Mark, que deseaba que se reconociese su mérito.

En parte él tenía razón: lo había echado en el enorme saco del olvido. Por suerte tenía mi *Moleskine* que me hubiera recordado, nada más ponerme a repasar la agenda del día, que ese asunto estaba entre las tareas pendientes. Por desgracia no había tenido tiempo aún de llegar hasta ella, pese a haberme despertado a las seis menos cuarto de la mañana.

—Claro. Lo que pasa es que estamos abriendo tantos frentes. Ya lo sabes: te considero un genio, Mark.

—En fin: he tenido que escarbar en foros, asociaciones e incluso pedir ayuda a la Universidad de Kansas. Profesionales como tal hay muy pocos, y eso que no he restringido la búsqueda al condado de Jefferson. La mitad viven en ciudades grandes, como Topeka o Lawrence. De momento he dejado al margen Kansas City. Como puedes comprobar, el listado no es muy amplio. Puede que haya muchos aficionados que van de por libre, sin estar asociados o haberse dado de alta en ningún foro de Internet.

—Comprendo.

—Resumiendo: no están todos los que son, pero sí son todos los que están. Aunque, bendita tu buena estrella, nos hemos topado con un aficionado muy activo al que podemos recurrir de inmediato y sin levantar sospechas.

—¿Quién? —pregunté, algo ansioso.

—Nuestro querido y amable sheriff Stevens.

## — XXII —

El listado de conocidos comunes de Clara y Donna nos estaba dando más trabajo del que hubiera deseado. Teníamos que ir a visitar a cada uno de ellos, entrevistarlos, revisar sus coartadas, analizar los posibles móviles que pudieran inducirlos al crimen, revisar si tenían antecedentes y estar atentos ante cualquier signo que evidenciara un trastorno mental. Que alguien esté un poco *ido* no significa, ni mucho menos, que sea un potencial criminal. Hay millones de personas en todo el planeta con algún tipo de demencia que son de lo más pacíficas, y otras supuestamente cuerdas capaces de ejecutar las atrocidades más espantosas. Sin embargo, cuando nos enfrentamos a un asesino en serie, que además presenta un patrón de conducta muy claro en su comportamiento criminal, la probabilidad de que presente alguna clase de patología mental es casi del 100%.

Me acompañaba Tom, pues consideraba que se manejaba bien entre aquellas gentes, y además estaba bastante contento con el trabajo que había realizado previamente, aunque fuera a base de merendar tartas caseras haciendo compañía a aburridas ancianas.

—¿Cuándo vamos a hacerle una visita a Matt Davies? —me preguntó, agitando el informe con su retrato delante de mis ojos.

—¡Lleva cuidado, que nos vamos a matar! —exclamé, pues conducía el diminuto *Spark* por un camino de tierra sinuoso y lleno de baches—. No lo sé... Creo que es mejor dejarlo para el final. Cuando vayamos a verlo tenemos que ir con algo de verdad sólido.

—Joder, Ethan, ya me daba muy mala espina ese tipo. Ahora que sabemos que conocía a las dos chicas la cosa se ha puesto de verdad al rojo vivo.

—Lo sé, pero no podemos meter la pata. En realidad no tenemos nada. Trabajó varios veranos con Clara y según Worth solía ir a echar gasolina con frecuencia a la estación de servicio en la que estaba empleada a media jornada Donna.

—Y no te resulta sospechoso que alguien que vive en Valley Falls, que trabaja en el Perry State Park, recorra un buen puñado de millas sólo para llenar el depósito. Tienen que tener el precio del galón de gasolina por los suelos para que merezca la pena —manifestó con su acostumbrado cinismo Tom.

—¡Pues claro que sí! Pero en el fondo Perry está a sólo diez millas de su trabajo, y quién sabe si en esa maldita gasolinera te regalan una casa con cada repostaje. Si tenemos algo de fortuna, la chica a la que vamos a ver ahora nos sacará de dudas.

Aparqué a un lado de la carretera de tierra. Nos hallábamos en algún lugar perdido a las afueras de Grantville, junto a un enorme campo de maíz. En una pequeña explanada habían levantado una casa de chapa, humilde como las que se ven en los alrededores de algunas obras de edificios. Junto a ella estaba estacionada una vieja y desvencijada *pick-up*, con no menos de 20 años a sus espaldas. Si seguía funcionando era gracias a la intervención directa de alguna deidad. No había camino de acceso a la vivienda, y sólo un trecho de malas yerbas aplastadas indicaba que por ahí debía de circular el vehículo cada vez que entraba y salía de la parcela.

—La verdad es que en ocasiones odio Washington y sus alrededores, pero viendo esto me parece que aquello es el puto paraíso —masculló Tom, mientras se ajustaba las gafas de sol para echar un vistazo a los alrededores.

El comentario un tanto desconsiderado me hizo pensar de inmediato en Liz. No hubiera tardado en reprocharnos nuestra condición de niños malcriados que siempre lo habían tenido todo. Tom no era como yo, de la costa oeste, pero se había criado también en una familia acomodada. Jamás había sabido lo que era pasar apuros económicos. Natural de Chicago, donde había pasado la infancia, se había trasladado a vivir con toda la familia a Richmond, pues a su padre le habían ofrecido un puesto como directivo en una gran compañía. Y luego todo había ido como la seda: buenas escuelas, graduado más tarde en Georgetown y finalmente mimado en las oficinas

centrales del FBI en Quántico. Si en ocasiones su lenguaje era un tanto soez o descarado tenía más que ver con su carácter socarrón que con su espléndida formación. Como a mí, nos costaba hacernos a la idea de que la gente fuera capaz de vivir en lugares como el que teníamos antes nuestros ojos.

—Vamos. Esta joven se llama Jennifer Smith, tiene 24 años, trabaja en este campo de maíz —dije, señalando el sembrado que se extendía hacia nuestra derecha— y ocasionalmente en la misma estación de servicio en la que estaba empleada Donna, realizando sustituciones o turnos nocturnos. Es natural de Grantville, y conocía a Clara de toda la vida.

Llamamos a la puerta y enseguida nos atendió una joven bastante desaliñada. Le mostramos nuestras identificaciones del FBI y nos dejó pasar sin plantear el mayor problema. El interior de la casa estaba en peores condiciones que el exterior, lo que ya es mucho decir: había ropa interior tirada por el suelo, algunos cartones de pizza con restos de comida, platos sin lavar acumulándose en el fregadero y un intenso olor a tabaco de liar que hacía el aire irrespirable.

—Señorita Smith, disculpe, ¿vive con alguien más? —pregunté, pensando que era casi imposible que una chica joven pudiera tener su casa, por humilde que fuera, como una pocilga. Era un prejuicio machista, pero basado en estadísticas: en general las mujeres son más limpias y ordenadas que los hombres.

—Pueden llamarme Jenny. De verdad, les pido perdón por el estado de la casa. Los fines de semana la limpio a fondo, pero el resto de los días apenas tengo tiempo. Y no vivo con nadie, pero mi novio, *Rat*, se pasa muchos días a dormir.

Tom y yo tomamos asiento, no sin reparos, por indicación de Jenny en un sofá estrecho cubierto por una manta de lana roída y plagada de extrañas manchas incrustadas. No quise ni imaginar en qué condiciones deplorables podía encontrarse la tapicería original.

—¿*Rat*? —inquirió Tom, como si escupiese la palabra.

—Sí, es su nombre artístico. Es cantante de rap, y suelen llamarle a él y a su grupo de algunos locales en Topeka. Quién sabe, quizá algún día triunfen y pueda sacarme de este agujero.

Miré a Tom, que parecía interesado en la vida de aquella joven

desdichada y de las aventuras de su colega *Rat*, y le hice un gesto de reprobación. Estábamos allí con un objetivo muy concreto, y no deseaba perder el tiempo chismorreando acerca de asuntos que carecían de interés.

—Ojalá sea así, Jenny. Mire, estamos aquí porque investigamos los homicidios de Clara y de Donna, y tenemos entendido que las conocía a ambas.

La señorita Smith, después de haber andado de un lado para otro de su diminuta casa buscando quién sabe qué, al fin lo encontró, se sentó delante de nosotros en una silla plegable de plástico, como las que se usan para salir de picnic, y pareció centrar su atención en lo que decíamos.

—¿Les importa que me lie un cigarrillo?

—Está en su casa, por favor —respondí, impacientándome. Noté que Tom disfrutaba con aquella situación que rozaba el esperpento y que a mí me estaba desquiciando.

—Sí, las conocía. No mucho, la verdad. Más a Clara. Durante años vivimos muy cerca, pero creo que yo nunca le caí bien. Con Donna había coincidido alguna vez en Topeka, pero este año sí que hablaba con ella más veces. Yo hago suplencias y turnos en la gasolinera donde ella trabajaba a media jornada. Pero todo esto ya se lo conté a Ryan y a Jim cuando me visitaron.

Jenny se había puesto nerviosa. Imagino que la visita de dos agentes federales no le tenía que hacer la menor gracia, aunque trataba de ser amable y colaborar. Tras liarse el cigarrillo, le costó encenderlo. Las manos le temblaban. Al principio deduje que se debía a la inquietud que nuestra presencia le provocaba, pero pronto descubrí tiradas de manera desordenada en una esquina un motón de botellas vacías de bourbon barato.

—No se preocupe. Necesitamos de su colaboración, pero usted no tiene nada que temer. Estamos contrastando la información con todas las personas que forman parte del expediente ligado al caso.

Ella me dirigió una mirada casi alucinada. Mi jerga cargada de retórica y palabras enrevesadas tenían que sonarle casi a chino.

—Yo quiero ayudar...

—Perfecto. Muchas gracias —dijo Tom, golpeando levemente con su rodilla uno de mis muslos. Él se haría cargo de la situación—. ¿Le había



comentado Clara si temía que alguien le pudiera hacer daño?

—Nosotras no hablábamos mucho. Había roto con Liam y creo que éste se sentía molesto. *Rat* conoce bien a Liam, y es uno de esos engreídos a los que no les hace gracia que una chica les dé portazo. Pero, ¡eso no quiere decir nada más! —exclamó Jennifer, mientras le daba una larga calada al cigarrillo.

—Está claro. ¿Alguien más que pueda recordar? —insistió Tom.

La señorita Smith miró por un estrecho ventanal, mientras expulsaba el humo lentamente por la boca. En el interior de aquella construcción de chapa hacía un calor insoportable y yo, que además odiaba el tabaco, estaba empezando a marearme. Me alegraba de haberle pedido a Tom que me acompañase.

—No. Clara era muy buena. ¿Sabían que nunca se había acostado con un chico? Madre mía, yo perdí la virginidad a los catorce años...

Jenny divagaba. Definitivamente comprendí que estaba alcoholizada, y quién sabe si enganchada a alguna otra droga. Una parte de mí sentía lástima por aquella chica casi desintegrada, pero otra deseaba alejarse de aquel lugar y no regresar jamás; porque en el fondo aborrecía a esa clase de personas, sin pararme a pensar qué tipo de circunstancias abominables las había conducido hasta ese estado tan deplorable. Por suerte había estudiado psicología en Stanford con la intención, desde el principio, de entrar en la Unidad de Análisis de la Conducta del FBI; es decir, para estudiar perfiles criminales. Si hubiera tenido que ganarme la vida actuando como psicólogo en una consulta, tratando de empatizar con mis clientes, ayudándoles a salir de cualquier atolladero, hubiera sido un nefasto profesional.

—Sí, lo de Clara ya no es muy frecuente en los tiempos que corren —manifestó Tom, que se manejaba con inusitada soltura con aquella mujer—. Háblenos de Donna, ¿qué sabía de ella?

Jennifer se puso a sollozar. Respetamos en silencio aquellos extraños momentos de emoción. Tom me hizo un gesto con la mano, como indicándome que yo siguiera bien calladito y que no metiera la pata.

—Tampoco es que hablásemos mucho. Pero es la persona que mejor me ha tratado en años. Decía que yo era muy buena, que tenía un corazón enorme.

—Estoy seguro, Jenny. Lamento que haya perdido a una amiga.

—Tampoco éramos amigas, no crea. Pero ella confiaba en mí. Sabía que yo no iría por ahí cotilleando sus cosas con nadie.

—Cosas... ¿Qué cosas? —preguntó Tom, bajando mucho la voz, casi susurrando. Por un momento me lo imaginé como un pescador con mosca que estuviera desplegando ante mis ojos su mejor arte.

Jenny apuró el cigarrillo y lo aplastó contra un cenicero. Luego se secó las lágrimas con la palma de las manos. Parecía rehecha.

—No lo contaré. No abrí el pico sobre estas cosas cuando vinieron Jim y Ryan.

—Esos secretos tienen mucho que ver con personas que ellos conocen, ¿verdad?

Jennifer asintió casi de forma instintiva. Tom la estaba manejando con un tacto increíble. Sentí cierta envidia por su destreza en aquellas complicadas circunstancias.

—Son personas con poder, con autoridad. Es mejor no meterse en líos. Yo estoy tranquila aquí, con mis mazorcas, mi casita y el poco dinero que ahorro. No quiero problemas. Donna terminó mal, muy mal...

—Pero nosotros, Jenny, no somos de aquí. Nosotros hemos venido de Washington, del FBI, ¿comprende? Nadie en Grantville, nadie en todo el condado de Jefferson, nadie en todo el estado de Kansas... tiene más poder que nosotros —murmuró Tom, hablando muy despacio, pero en un tono que transmitía una enorme seguridad.

—Eso es cierto, pero...

—Hace un momento lloraba por la pérdida de su amiga Donna. Ha dicho que es la persona que mejor le ha tratado en años, ¿no es cierto?

—Sí, es verdad —respondió Jenny, mientras se le humedecían nuevamente los ojos y le temblaban los labios, presas de la emoción.

—Pues nosotros, que tenemos mucho poder, deseamos hacerle justicia a Donna. Se merece que encontremos al desalmado que acabó con su vida. Y si usted nos ayuda a hacerlo, Jenny, tenga la seguridad de que nadie podrá hacerle nada, porque nosotros la protegeremos. ¿Quiere ayudar a Donna?

La señorita Smith asintió. Luego se recogió sobre sí misma, encogiendo las piernas y rodeándolas con sus brazos.

—Sí, sí que quiero ayudarla. Quizá no sea importante lo que les voy a

decir...

—Tranquila. Cualquier cosa puede sernos de gran utilidad. Además, usted no está acusando a nadie. Ese es nuestro trabajo. Usted está charlando con dos personas importantes del FBI, y nuestra misión es hacer justicia a Donna. Para eso hemos venido.

—Matt Davies...

Al escuchar el nombre del vigilante casi me da un vuelco el estómago. Allí estaba otra vez ese miserable. Sentí un suave pisotón de Tom y apreté los puños para contener la ira y el desasosiego.

—¿Qué sucedía con Matt Davies? Es un tipo extraño.

—Sí. Iba con frecuencia a ver a Donna. Creo que estaba colado por ella. Se sabía los horarios en los que tenía turno y repostaba gasolina cada semana. Al principio ella no le dio importancia, pero claro, ¡bajar hasta Perry a repostar cada semana!

—No es normal, desde luego —dijo Tom, como si estuviera manteniendo una conversación con una amiga.

—Y después empezaron las insinuaciones, y se puso pesado de verdad. Donna ya estaba hasta las narices. Al final terminó odiando a Matt.

—Y piensa que él, a lo peor...

—Yo no sé nada. Yo sólo les estoy contando lo que Donna me confesaba.

—Claro, claro. ¿Alguien más sabía que Matt la estaba molestando?

—No —respondió ella, bajando la cabeza.

—Y eso, ¿tenía miedo?

—Estaba preocupada. Por un lado Matt era buen amigo desde niño del detective Worth, y se pondría en contra de ella seguro. También se llevaba bien con Ryan.

—Por eso no les dijo nada cuando vinieron a verle.

—Más o menos. Yo tampoco me fío.

Jennifer hablaba apocadamente, como si realmente estuviera atemorizada. Afortunadamente Tom estaba haciendo un trabajo magnífico.

—Hace un momento ha dicho *por un lado*. ¿De qué más tenía miedo?

—De que alguien se tomase la justicia por su mano.

—¿Alguien? ¿Quién? Su padre...

Recordé las advertencias que Jim me había hecho acerca de señalar sin

pruebas definitivas a una persona en lugares como el condado de Jefferson.

—No, alguien con quien se veía.

—Pero Donna no tenía novio, al menos que sepamos.

Jenny resopló. Nos dirigió una larga mirada y luego hundió la cabeza entre las piernas, como si se arrepintiese de habernos confesado todo lo que sabía.

—No era un novio. No sé bien lo que era. Me hizo jurar que no se lo contaría a nadie. Era un secreto muy gordo. La muy tonta, de todos modos, se hacía ilusiones. Necesitaba contárselo a alguien y sabía que yo no cotilleaba.

Tom estaba como pez en el agua. Ahora entendía cómo había podido manejarse tan bien con las viejecitas de Valley Falls y alrededores. Yo, sin embargo, asfixiado por el ambiente cargado y asqueado por esos secretos miserables que con tanta frecuencia se dan en las poblaciones pequeñas, deseaba escapar del lugar en cuanto nos fuera posible. Pero el pez estaba a punto de picar el anzuelo, y yo tenía la obligación de esperar en silencio y sin moverme para no alertarlo y pifiar todo el esfuerzo.

—Una persona, quizá, casada. Alguien mayor que ella.

—Sí, alguien importante.

—Vamos, Jenny, ayúdenos. Sólo tiene que darnos su nombre y la dejaremos en paz. Nos ocuparemos personalmente de que nadie la moleste jamás.

Jennifer sacó la cabeza de entre las rodillas, se apartó el pelo estropeado del rostro y clavó sus ojos adormecidos en los de Tom.

—Donna mantenía relaciones con el sheriff Stevens.

## — XXIII —

En una gran ciudad, como Detroit, donde me había enfrentado a mi primer caso, con cientos de miles de habitantes, encontrar a un asesino en serie puede parecer, a todas luces, una labor titánica. Y en gran medida lo es. Sin embargo se pueden crear perfiles con relativa facilidad, habitualmente se cuenta con infinidad de testigos e informadores (no ya de los crímenes, pero sí de comportamientos sospechosos que ayudan mucho a los investigadores) y eso desemboca rápidamente en centrar la atención en una porción de la población muy reducida. En las grandes urbes se cuenta, también, con un departamento de policía, compuesto por cientos e incluso miles de agentes y decenas de detectives. Una masa de profesionales que investigan, analizan, interrogan, filtran información y la contrastan. La labor de un agente especial del FBI muchas veces se limita a recibir los mejores reportes, estudiarlos con detenimiento y llegar a conclusiones apoltronado en una cómoda silla de piel ubicada en los despachos más nobles del departamento central de policía. Sólo en raras ocasiones se visita la escena del crimen, se asiste a un interrogatorio (muchas veces los vemos grabados) y no digamos ya se interactúa de manera autónoma con los testigos, conocidos y familiares de las víctimas.

Sin embargo, en un condado pequeño como Jefferson, que disponía de una oficina del sheriff con un puñado de agentes y sólo tres detectives, las cosas eran bien distintas. Y lo peor de todo era que en Quántico no nos preparaban para enfrentarnos a esa precariedad de recursos, en todos los sentidos.

Yo, Ethan Bush, el prometedor agente que había triunfado en Detroit, me estaba volviendo loco en una porción de tierra de apenas 500 millas

cuadradas ocupadas por menos de 20 000 habitantes. Conforme avanzaba en la investigación de los crímenes de Clara y Donna más me parecía haberme adentrado casi en el averno: una sociedad de sujetos singulares, relacionados por estrechos lazos y que mantenían oscuros secretos que deseaban salvaguardar a toda costa.

La confesión que nos había hecho Jennifer Smith en su destartalada casa a Tom y a mí nos había dejado conmocionados. Aquella noche reuní a todo el equipo, para meditar con cautela nuestros siguientes pasos. Acordamos que antes de precipitarnos (a fin de cuentas el de Jenny no era precisamente un testimonio del que uno pudiera fiarse ciegamente) debíamos contrastar de algún modo aquella información. Y yo había encontrado a la persona idónea, aunque era consciente de que conllevaba ciertos riesgos: Jim Worth. Me había manifestado, sucintamente, sus recelos sobre una persona de la que *nadie debería sospechar*. Y quién podía resultar menos dudoso que nada menos el veterano sheriff del condado Stevens.

Para terminar de complicar el asunto, Mark había incluido su nombre en el listado que había conseguido de personas vinculadas de una forma directa o indirecta con la entomología.

Establecí una estrategia, seguramente, vista con la perspectiva que da el tiempo, un tanto descabellada. Liz y Mark tenían que solicitar la ayuda de Clark para confirmar que las libélulas que teníamos en nuestro poder eran las mismas (de idéntica familia al menos) que aparecían en la fotografía de Vera Taylor y Sharon Nichols. Si era él la persona que las había perdido en el camino de tierra, mientras transportaba el cadáver de Donna, lo pondríamos en alerta de inmediato. Para evitar disparar todas las alarmas, le llevarían no sólo esas libélulas: también un buen puñado de insectos frecuentes en la zona. Tenía muy presente que habíamos ocultado la información que en su día nos facilitase Tim Nolan, y nadie en la oficina parecía haberse tomado la molestia de revisar la grabación del encuentro. Entretanto, yo me reuniría con el detective Worth, para sondearle y verificar que sus sospechas se centraban en su propio superior. Tom, por otro lado, seguiría profundizando en la vida y costumbres de un sujeto que nos resultaba cada vez más siniestro: Matt Davies. Jenny también, y pese a que como ya he comentado su testimonio lo cogíamos con pinzas, nos había manifestado los recelos que había despertado

en Donna, a la que poco menos que estaba acosando.

Ciertamente, me moría de ganas de telefonar a Peter Wharton para hacerle partícipe de nuestras averiguaciones y, sobre todo, para pedirle consejo. Pero llegué a la conclusión de que era mejor esperar a que los acontecimientos me permitiesen no sólo ofrecerle algo mucho más sustancioso, sino también demostrarle que era capaz de manejarme sin su ayuda constante. Solicitar su opinión de forma precipitada era lo mismo que reconocer que yo todavía andaba medio *en pañales* y que necesitaba ir *cogido de su mano* para poder desenvolverme en un caso tan intrincado.

Para evitar coincidir todos en el mismo lugar, había quedado con Jim a almorzar en la hamburguesería que había en la calle principal de Oskaloosa. La habíamos frecuentado y tenía una mesa al fondo del local donde se podía charlar con cierta discreción de cualquier asunto, sin que el resto de parroquianos pudieran estar al tanto de lo que allí se trataba. Pese a todo, yo estaba atacado de los nervios. Iba a dar un paso en una dirección y a partir de ahí ya no habría marcha atrás. Si la pifiaba, nuestra situación se vería seriamente comprometida.

—Siento llegar tarde. Ya sabe, el maldito papeleo que en ocasiones se acumula y no te deja ni mirar la hora —se disculpó Jim, que se había retrasado apenas diez minutos.

—No se moleste. Esta es una comida informal. Creo que de alguna manera estoy en deuda con usted —dije, obviando el objeto real de aquel encuentro y tratando de ganar tiempo para crear un clima apropiado.

Pedimos dos hamburguesas gigantes (tengo la idea de que en ese restaurante sólo sabían hacerlas de dos tamaños: gigantes y descomunales) y estuvimos charlando un buen rato animosamente. Así pude descubrir que Jim había nacido en Dallas, pero que pronto su familia se trasladó a Topeka. Allí pasó una infancia agradable e ingresó más tarde en el cuerpo de policía. Se esforzó y pasó noches enteras estudiando para progresar, y finalmente consiguió el puesto soñado: detective. El destino no era precisamente alentador: una pequeña oficina del sheriff en un pueblo como Oskaloosa, pero tenía la ventaja de estar muy cerca de Topeka, donde seguían viviendo sus padres. No se había casado, y en la actualidad tampoco mantenía ninguna relación seria. Su mayor afición era el béisbol y, en verano, la pesca. Los

fines de semana solía quedar con amigos para tomar una cerveza tranquilamente.

—Una vida apacible —comenté.

—Quizá para un tipo como usted, demasiado aburrida. Pero yo, a mi manera, soy feliz.

—No sé qué decirle, Jim. Creo que estoy viviendo demasiado deprisa. Sólo tengo treinta años y no he parado ni un solo día. He dejado atrás algunas pasiones, como correr, y según mi madre debería haberme casado hace años.

—Bueno, al menos lo de correr, según tengo entendido, ha vuelto a hacerlo —dijo Worth, giñando un ojo.

Sonreí. En aquel condado todo el mundo parecía ir un paso por delante de mí. Seguro que los rodajes de Nichols y yo habían despertado la curiosidad de medio Jefferson.

—Patrick está tratando de ponerme en forma, pero no creo que lo consiga. Al menos lo pasamos bien: yo he vuelto a entrenar después de diez largos años y él se parte de la risa viendo como me deslomo.

Jim alzó su botellín de cerveza, a modo de brindis, y aguardó a que yo chocara el mío contra el suyo.

—Es una persona maravillosa. No se merece lo que ha tenido que pasar. Primero la pérdida terrible de Sharon y luego el trágico suicidio de Amanda. Soy incapaz de imaginar lo que habrá sufrido ese hombre.

Me quedé reflexionando un rato acerca de aquellas palabras. Por un segundo pensé que jamás abandonaría a Patrick: sentía que me estaba cogiendo afecto y largarme de forma abrupta sería como recibir un nuevo puñetazo en la boca del estómago.

—Esta tarde he quedado para salir por ahí a correr con él. Me está preparando para mi deslumbrante debut en la pista de atletismo de Lawrence.

—¡Está usted loco! Allí entrenan alguno de los mejores corredores de todo el estado de Kansas. No haga usted el ridículo.

—Lo tiene todo planeado. Ha dicho que me llevará a *la hora de las tortugas*.

—Le está tomando el pelo, y desde luego que se está divirtiendo a su cosa. ¿Qué gilipollez es esa?

—Dice que es cuando entrenan los profesores y los vecinos de Lawrence,



y que con ellos no hay peligro de quedar en mal lugar.

Seguimos conversando animadamente un media hora. Me sentía cómodo con Worth. Pensé que sería no sólo un buen amigo si viviese en Washington, también un excelente agente del FBI. Una amable camarera nos trajo los cafés y decidí que había llegado el momento de dejarme de circunloquios y abordar la peliaguda cuestión que nos había llevado hasta la hamburguesería.

—Jim, creo haber adivinado en quién se centran sus sospechas —dije, con la brusquedad que de cuando en cuando me caracterizaba.

Worth se me quedó mirando fijamente. Apartó el café y lanzó una especie de bufido.

—Me acaba de joder usted uno de los mejores ratos que he pasado en las últimas semanas. Pensaba que los agentes especiales del FBI sólo eran unos cabrones en las películas.

—No se confunda. Yo también necesitaba hablar, distenderme y conocerle un poco mejor. Siento por usted un aprecio sincero. Puedo parecer un poco frío y calculador, pero muchas veces es pura fachada —argumenté en mi defensa.

—¿Qué diablos ha descubierto por ahí?

—He estado con una persona que me ha dado una información desconcertante. Quizá usted esté al tanto. Quizá no sólo eso, quizá sepa mucho más y creo que ha llegado el momento de poner las cartas sobre la mesa.

Worth cerró los ojos. Frotó sus manos, que parecían las de un viejo boxeador, y luego dio una pequeña palmada, como infundiéndose ánimos.

—No se ande con más rodeos. Desembuche: si ha dado en el clavo le contaré lo que sé. Por el contrario, si estamos pensando en alguien diferente usted me cuenta todo lo que haya averiguado y yo cierro el pico y sigo esperando hasta tener la certeza casi absoluta.

—Me parece justo. No he sido del todo transparente con usted, y se merece que ahora sea yo el primero en dar un paso adelante. Me fío de su palabra.

—Ethan, le escucho. ¿En quién está pensando?

—Clark Stevens —respondí, con rapidez, para poder observar su reacción espontánea. Y Jim no pudo disimular que estábamos en sintonía.

—¿Por qué sospecha de Clark? —preguntó, olvidando que no había confirmado si el sheriff era el objeto de sus recelos.

—Creo que mantenía una relación con Donna Malick. Quizá la chica se arrepintió, o quería que dejase a su esposa, vete a saber, y él pensó que la mejor manera de acallar el escándalo era quitarla de en medio.

—¿Y Clara?

La cuestión que planteaba Worth era muy pertinente. Yo ya me la había hecho, y había dado con dos respuestas plausibles, dentro de lo absolutamente disparatado que resultaba dar credibilidad a la hipótesis de que el sheriff del condado de Jefferson fuese, nada menos, que un asesino múltiple.

—Antes de seguir respondiendo a su interrogatorio, me gustaría saber si he acertado.

—Es evidente que sí —masculló Jim, mientras torcía el gesto de su rostro, fastidiado.

—No estoy muy seguro de lo de Clara, y he jugado con dos teorías: la primera, la más extravagante, es que también mantenía una relación con ella y decidió poner fin a todo, frente a la amenaza de que cualquiera de las chicas se fuera de la lengua; la segunda, más verosímil, y más propia de una mente sagaz y acostumbrada a lidiar con el crimen y con los que nos dedicamos a investigarlo, es que mató primero a Clara, una víctima escogida al azar, para luego poder librarse de su verdadero problema, Donna.

—Un poco intrincado, ¿no cree?

—He estudiado casos reales peores, créame. Auténticos monstruos que acaban con la vida de varios inocentes para confundir a la policía; pero en realidad su objetivo era una persona en concreto. Es un método muy eficaz de hacer endiablada la investigación.

—Desde luego.

—Con dos crímenes la atención se centraría en buscar a un incipiente asesino en serie. Y aún en el caso de que, como así ha sucedido, llegásemos a enterarnos de lo suyo con Donna siempre podría alegar, tal y como usted ha preguntado hace un instante: ¿Y Clara? ¿Qué motivo podía tener yo para acabar con la vida de esa pobre chiquilla?

Worth meneó la cabeza de un lado a otro. Llevaba años trabajando al lado

del sheriff Stevens y me imagino que sólo estar manteniendo aquella conversación conmigo tenía que suponer un calvario.

—Esto no puede salir de aquí. ¿Comprende? Debemos estar mucho más seguros, ¿se imagina lo que supondría para Clark? Podemos estar precipitándonos.

—Jim, ¿qué le llevó a sospechar de él? —inquirí, reservando para más adelante el confesarle que en realidad Liz, Mark y Tom ya estaban sobre la pista del sheriff.

—Nadie sabía lo de Donna. Absolutamente nadie. No sé cómo diablos se habrá enterado usted. Me imagino que la chica se confió con alguna amiga. Yo me enteré por casualidad, y preferí mantener la boca cerrada. Ni siquiera pensaba en ello, hasta que apareció su cadáver en el lago. Desde entonces no he dejado de darle vueltas.

—¿Se lo contó Clark?

—No, nada de eso. Hace un par de meses me fui a pasar el maldito fin de semana a Wichita. Sólo deseaba hacer algunas compras, cambiar de aires, pasear por la ciudad y disfrutar de unas cervezas en algún buen local.

Asentí levemente, para que continuase con su relato. Estaba afectado, pero también sentía cierto alivio en el tono de su voz. La olla a presión al fin estaba dejando escapar el vapor que había amenazado con hacerla estallar en pedazos.

—Me alojé en un bonito hotel a las afueras. No reparé en gastos. No suelo darme esta clase de caprichos, de modo que puedo permitirme un dispendio así sin sentir remordimientos.

—Comprendo.

—Y allí me topé con ellos. Los vi en el Hall, haciéndose carantoñas como dos tortolitos. Casi me da un infarto. Me escondí y los espíé, porque no me podía creer que Clark estuviera allí con Donna, ¡una cría! Pensé en Sophia, su mujer, y en sus dos hijas. Quería vomitar.

—¿Hizo algo más?

—Sí. Soborné al recepcionista, haciéndome pasar por un reportero *freelance* que trabajaba para revistas de chismorreos. La habitación estaba a nombre de Clark, pero no había nadie más registrado en ella. Me pasé la tarde aguardando cerca de la entrada del hotel, para seguirlos un rato. Todavía

quería creer que había cometido un fatal error y que sólo se trataba de una pareja muy parecida físicamente. Desgraciadamente mis pesquisas sólo sirvieron para ratificar mis peores temores.

—¿Y después?

—Nada. Silencio. En todo este tiempo no he hecho el mínimo comentario. Ni siquiera una leve insinuación a Stevens. Deseaba dejarlo correr, con la certidumbre de que él, ella o los dos a la vez entrarían en razón y romperían tan nefasta relación. No tengo la menor idea de si se encontraron después de lo de Wichita, pero lo que está claro es que allí no era la primera vez que se veían. Estaban demasiado acaramelados. ¡Maldita sea el día que se me ocurrió hacer aquella escapada!

—En ocasiones el destino nos tiene reservados curiosos derroteros.

—No se ponga filosófico, Ethan. Joder, ¿no hay ciudades en todo el puto estado de Kansas, ni hoteles de sobra en Wichita!

Comprendía la rabia que sentía Worth. Fuese o no el sheriff Stevens culpable de los asesinatos, ya le había defraudado de por vida. Era algo que el detective jamás podría perdonarle a su jefe.

—¿Y cuándo comenzó a sospechar de él? —pregunté, sin darle un segundo de respiro. Temía que se viniera abajo emocionalmente y decidiera que ya había hablado demasiado.

—El crimen de Clara no levantó ningún recelo por mi parte. Pero cuando al cabo de una semana apareció el cadáver de Donna empezaron mis dolores de cabeza. Además, hubo comportamientos que me extrañaron.

—¿No eran propios de Stevens?

—No lo sé. Quizá ya estaba completamente abrumado por la idea de que él hubiera podido deshacerse de la joven Malick y buscaba cualquier indicio.

—Le ruego que se explique.

—Desde el principio insistió en que nos estábamos enfrentando a un asesino en serie. Y también insistió mucho en vincular estos crímenes con el de Sharon Nichols, que como ya sabe tuvo lugar hace 17 años. Nadie más se acordaba de aquello, ¿comprende?

—Sí. Aunque, hasta cierto punto es comprensible. Él era agente por aquel entonces y esos casos son de los que no se olvidan.

—Eso es verdad, pero notaba en él una certeza poco habitual. Siempre ha

sido un hombre que se ha manejado con prudencia a la hora de expresar opiniones sobre cualquier asunto que estemos investigando. Como le digo, quizá mi percepción ya estaba un tanto mediatizada.

—Puede ser. No lo conozco lo suficiente como para poder opinar.

—Pero luego está lo de llamarles a ustedes para solicitar ayuda. Jamás había contado con el FBI, ni tan siquiera había mencionado tal posibilidad en todos los años que llevo en su oficina.

—Bueno, Jim, este es un caso un tanto particular.

—Sí, está claro. Pero ya anteriormente nos habíamos enfrentado con problemas que no podíamos resolver solos. Clark recurría en primer lugar al *Major Case Squad* ubicado en Topeka. Esta vez no lo hizo así, acudió directamente al FBI. A todos nos sorprendió. Y creo que lo hizo para evitar tratar con personas que de algún modo lo conocían desde hacía años, que habían tenido alguna relación con el caso Nichols y que, por otro lado, como es natural, tienen bastantes amigos en el condado de Jefferson.

Realmente no sabía qué decir. Se notaba que Worth le había dado muchas vueltas al asunto, seguramente en noches de insomnio y migrañas. Sus reflexiones no hacían otra cosa que agitar algo más mi ya desbocado cerebro.

—Lo cierto es que es una variable más a considerar.

—¿Qué piensa hacer?

—De momento, nada. Lamento decirle que el resto de mi equipo está al tanto de la situación. Pero son extremadamente discretos. Esta es una tesitura delicada, y no hace falta que se lo explique. Pero ahora usted, Jim, se ha convertido en mi hombre de confianza en esa oficina. Espero que lo entienda.

—Cuente conmigo, Ethan. Sabe que ha podido contar conmigo desde el primer día.

Eso era algo incuestionable. Cada día que pasaba estaba más convencido de que Worth iba a ser un elemento clave si deseaba encajar todas las piezas de aquel endiablado puzle.

—Si somos capaces de pillar a Stevens en un renuncio, de encontrar alguna prueba o indicio que lo implique, actuaremos con determinación. Tarde o temprano tendré que comentar esta situación con mis superiores en Quántico, porque existe la posibilidad de que Clark sea apartado de la

investigación.

—Deseo con toda el alma de que no sea necesario.

—Yo también, pero el sentido común me pide hacerlo desde ya mismo. Aun así, aguardaremos.

Jim arrimó la silla en la que estaba sentado a la mesa y después aproximó su rostro al mío. Llevábamos un buen rato hablando de temas sumamente sensibles, pero parecía que ahora deseaba hacerme alguna especie de confesión. Esa actitud me hizo sentir levemente culpable: todavía no le había puesto al corriente del asunto de las libélulas.

—Respecto a las dos hipótesis que me planteó al principio, yo añadiría al menos dos más. Son con las que he estado jugando desde el día siguiente al descubrimiento del cuerpo sin vida de Donna.

—Soy todo oídos.

—La primera, que es la que yo ansío sea la veraz, pudiera parecerle una estupidez, por evidente. Pero deseo expresarla para que no la olvide, la tenga presente y no se obceque en una verdad que, pese a los indicios, pudiera ser absolutamente falaz.

—Espero que no me tenga por alguien tan torpe —repliqué, un tanto ofendido.

—Le aseguro que no. Pero ya he vivido lo suficiente como para saber que cuando desde arriba aprietan las clavijas uno termina por buscar un culpable a toda costa. Usted me dijo que Jefferson no era el paraíso y que yo estaba medio cegado porque conocía a la gente desde hacía demasiado tiempo, ¿lo recuerda?

—Sí —respondí, tajante, pues para mí aquello ya era agua pasada.

—Pues en ocasiones sucede justo lo contrario. Un agente se empecina en que un sospechoso es el culpable y a partir de ahí construye todo un mundo para que la realidad, aunque sea a fuerza de desvirtuarla y retorcerla, encaje con lo que considera cierto.

Worth sería un detective que trabajaba en una pequeña oficina de un condado diminuto perdido en mitad de los Estados Unidos, pero o había leído mucho sobre criminología en sus ratos libres o tenía una inteligencia mayúscula. Lo que me indicaba era, por desgracia, más frecuente de lo que en el FBI nos gustaba admitir.

—No soy de esa clase de tipos.

—Pues bien: pudiera ser que Clark no tuviera que ver absolutamente nada con los casos, y que el asesinato de Donna haya sido una fatalidad que le ha pillado en la peor de las circunstancias, ¿me sigue?

—Tiene razón: es una tesis evidente. No la incluí por eso mismo. Y no crea que me voy a olvidar del resto de sospechosos y voy a centrar a partir de ahora toda mi atención únicamente en Stevens. ¿Y la otra?

Jim se aproximó más todavía. Casi podía sentir su aliento en mi rostro. Pude ver de cerca sus ojos cansados, la barba sin afeitar y algunas gotitas de sudor que le recorrían la frente partiendo del poblado cuero cabelludo. Aquella estampa sin parangón de un hombre íntegro carcomido por las dudas me conmovió.

—Esta me gusta menos, y es tanto o más intrincada que su segunda teoría. Alguien, por algún motivo, se ventiló a Clara Rose. Stevens, acosado por la amenaza de que Donna acabase a un mismo tiempo con su carrera y con su matrimonio, encontró en esa tragedia una vía de escape ideal para sus problemas. Estudió el crimen durante una semana y luego, como un vulgar imitador, ejecutó a su joven amante siguiendo el mismo patrón, de modo que su abominable fechoría quedase enmascarada por la perpetrada por otro individuo con anterioridad.

## — XXIV —

Cuando llegué a la casa que nos había cedido el condado me encontré en el salón a Liz y a Mark, que parecían llevar un buen rato aguardando. Mientras caminaba desde la hamburguesería había tenido tiempo de despejar un poco la mente y de poner en orden las ideas. Pese a todo, sentía que nos acabábamos de meter en un atolladero de los que es muy complicado salir indemne.

—¿Habéis devorado todas las hamburguesas que tenía en stock el restaurante? —inquirió Liz, nada más verme cruzar la puerta.

—La charla ha durado más de lo que esperaba. Como imaginaba, Stevens era el objeto de las sospechas de Worth. ¿Cómo os ha ido a vosotros?

—Las libélulas son idénticas. Confirmado —respondió de inmediato Mark.

Me senté. Más bien me desplomé sobre uno de los cómodos sillones. En ocasiones mi trabajo me resultaba la aventura más apasionante que podía vivir, en otras la peor de las pesadillas que pudiera imaginar.

—¿Cómo ha reaccionado?

—Extrañado. No le hemos llevado las libélulas que encontró Nolan, sólo una fotografía de las mismas sobre un folio en blanco. Hemos recogido otros bichos de las proximidades del lago, los hemos fotografiado del mismo modo y le hemos pedido su ayuda. Mark le ha comentado que era preciso, que en otras investigaciones teníamos fichas con los insectos de la zona —manifestó Liz.

—Joder, ¡y esa chorrada ha colado!

—No lo sé. Pero nos ha prestado su colaboración sin rechistar. Ethan, se le veía muy relajado, incluso cuando ha tenido que comparar las instantáneas



de las libélulas.

—¿No le ha sorprendido que recurrieseis a él?

—En cierta manera —respondió Mark—. Le he dicho que buscando un entomólogo por Internet me topé con su nombre. Nos dijo que conocía a un tipo en Lawrence que nos sería de más ayuda, pero le contestamos que preferíamos no esperar y que confiábamos en él. No era un tema relevante. Si más adelante necesitábamos a un entomólogo de verdad nos acercaríamos con él a la Universidad de Kansas.

—Entonces hay que hacerle una visita a Vera Taylor. Tenemos que saber dónde fue realizada esa fotografía.

—Estoy contigo. Además, Ethan, tengo la impresión de que el sheriff no tiene ninguna relación con las libélulas. Estaba demasiado cómodo mientras las cotejaba.

—Quizá le he dado demasiada importancia a las malditas libélulas. A lo mejor se le cayeron a otra persona, o llevaban allí vete a saber desde cuándo —farfullé, un poco contrariado, pues en parte deseaba que Stevens se hubiera quedado perplejo al ver que estábamos estudiando las libélulas.

—Las libélulas son importantes, seguro —dijo Liz, rotunda—. En primer lugar porque según el estado en que las encontró Nolan no podían llevar allí demasiado tiempo. En segundo porque, y aquí me sumo a tus teorías sobre el azar, es demasiada casualidad que los mismos insectos que aparecen en una fotografía de hace 17 años sean encontrados ahora en el mismo lugar que el cadáver de Donna. Las probabilidades de que no exista una correlación son mínimas.

—Pero eso nos lleva a pensar que, como defiende Stevens desde el principio, todo es obra de un mismo asesino. Y para nosotros, precisamente, el principal sospechoso según esa teoría... ¡es él! —exclamé, exasperado.

—La verdad es que si los crímenes fueron cometidos por la misma persona estamos descartando a un buen puñado de gente, como por ejemplo Liam Moore. También es posible que las libélulas no las perdiese Stevens, sino otra persona.

—¡No fastidies Mark! ¿Qué otra persona?

—Pues alguien que paseaba en bicicleta por la carretera, le pareció ver algo extraño, se acercó hasta la hondonada y al descubrir el cuerpo de Donna

escapó horrorizada perdiendo las libélulas con el trasiego —musitó Mark, que notaba que yo estaba cansado y que no razonaba con la agilidad habitual.

—¿Y quién demonios lleva consigo de paseo en bicicleta dos libélulas que están en un retrato que unas amigas se hicieron hace casi veinte años?

—Vera Taylor.

Miré a Liz, que asentía levemente. Totalmente absurda, pero desde luego era una posibilidad.

—De modo que Stevens se cargó a Sharon, no sabemos el motivo; quizá también tenía un lío con ella. Por aquel entonces ya estaba casado, era padre y esa relación sería igualmente un escándalo. Y después de 17 años se ventila a Clara y a Donna; y resulta que la mejor amiga de Sharon, que pasaba por la zona, se deja olvidadas dos libélulas que hay en un cuadro. Sinceramente, ¡es una puta locura!

—Ethan, estamos elucubrando. Necesitamos hacer estos ejercicios para dar con la verdad —dijo Mark—. Apenas tenemos pruebas, sólo contamos con algunos testimonios sueltos, de modo que vamos a tener que exprimir mucho nuestras neuronas.

—Está bien. Iré a verme con Vera Taylor. Tenemos que estar seguros de que ella tenía las libélulas, y si es así que las perdió en el lago al toparse con el cadáver de Donna y que no dio parte a la policía porque se asustó demasiado. Por otro lado, tampoco podemos dejar a Stevens campando a sus anchas. Aunque me resulte un incordio, voy a tener que telefonar a Peter Wharton.

En ese instante sonó el timbre de la puerta. Liz se levantó a abrir y regresó acompañada de Patrick Nichols, que iba ya equipado para salir a correr.

—¿Os interrumpo? —inquirió, al ver la mesa del salón llena de papeles y ordenadores y a mí apoltronado en el sillón y enchaquetado—. Ethan, si quieres lo dejamos pasar hoy y ya entrenamos mañana.

Me puse en pie de un brinco. Lo último que deseaba era perder la oportunidad de rodar un rato por los alrededores. Lo necesitaba mi cuerpo y lo necesitaba mi mente.

—Ni hablar, sólo me había despistado. Chicos, ¿podéis seguir sin mí? En poco más de una hora seré una persona completamente nueva.

—Adelante, aquí te estaremos esperando —dijo Mark, con el tono de una madre que deja llegar más tarde de lo previsto a un hijo que sale de marcha.

Subí de dos en dos los escalones que conducían a la segunda planta, entré en mi habitación y me cambié de ropa en menos de cinco minutos. Sólo la idea de salir a correr un rato ya había logrado disipar los oscuros nubarrones que se cernían sobre mi cerebro.

—¡Listo! —exclamé, cuando aparecí en el salón en pantalón corto, camiseta con tejido *dry-fit* y zapatillas.

—Eres rápido Ethan. Al final va a ser cierto que el señor Nichols está haciendo de ti todo un atleta —dijo Liz, partiéndose de la risa.

Patrick y yo recorrimos cerca de cinco millas sin decir una palabra. Llevábamos un ritmo endiablado, y por primera vez era yo el que tiraba, en lugar de dejarme arrastrar por él. La rabia es uno de los carburantes más potentes que he conocido jamás.

—¿Descansamos? —inquirió Nichols, cuando consideró que más pronto que tarde iba a caer rendido.

—Porque usted lo dice. Hubiera seguido a la misma velocidad por lo menos un par de millas más —respondí, sonriendo, con el aliento entrecortado.

Nos dejamos caer cerca de un espléndido campo de girasoles. Conforme avanzaba la primavera las plantas iban ganado tamaño y belleza.

—Pronto esos girasoles nos brindarán un espectáculo fabuloso. ¿Sabía que Kansas es conocido como el estado de los girasoles? —preguntó Patrick, al tiempo que me tendía uno de sus bidones.

—No tenía la menor idea. Pensaba que era famoso por el trigo y por el maíz.

—Bueno, también. En estas tierras crece de todo, y lo hace bien. Ha tenido un mal día, ¿me equivoco?

—No, no se confunde. He tenido una tarde de perros. Necesitaba salir a entrenar con usted como ningún otro día desde que llegué a Oskaloosa.

—Le comprendo perfectamente. Yo hice lo mismo que usted: dejé de practicar atletismo durante algún tiempo. Me traía demasiados recuerdos y yo lo que necesitaba era olvidar, ya me entiende.

Asentí. Pensé en Sharon, e inmediatamente después recordé la sonrisa

amplia y acogedora de mi padre.

—Más de lo que imagina...

—Pero una tarde, no sé ni cómo ni por qué, me calcé mis viejas zapatillas y volví a correr. Lo hice por espacio de una hora. Al regresar a casa estaba extenuado y me dolían las rodillas como si me las hubieran golpeado con un mazo. Luego me duché y me tumbé en la cama. Y en ese instante fui el hombre más feliz sobre la faz de la Tierra. Comprendí que haber dejado de correr no me había ayudado en absoluto, ni a olvidar ni a nada bueno. Comprendí que precisamente lo que tenía que hacer para curarme, por llamarlo de algún modo, era salir a rodar cada vez que pudiera.

Mientras escuchaba a Patrick comentar su experiencia no pude evitar emocionarme, y algunas lágrimas rodaron por mis mejillas. Me sentí ridículo y giré el rostro para que no me viera llorar como un chiquillo.

—Ethan, no se avergüence de nada. Ojalá yo pudiera llorar como usted lo está haciendo ahora. Pronto llegará el verano, y quizá entonces, si todavía sigue por aquí, nos emocionaremos juntos algún atardecer mientras corremos rodeados por estos campos de girasoles.

Regresamos a Oskaloosa rodando tranquilamente. Todavía tenía muchas cosas que hacer ese día y ya se estaba haciendo tarde. Quería ducharme, telefonar a Quántico y charlar, aunque sólo fuera por espacio de unos minutos, con Tom.

Cuando entré en la casa la encontré vacía. Imaginé que el equipo se habría ido a cenar por ahí. Ellos también necesitaban esparcirse un rato y desconectar del caso durante un par de horas. Tomé una ducha bien caliente, que rematé con un remojón de agua fría para activar la circulación y calmar el dolor de mis maltrechos músculos, a los que había forzado en exceso. Ya descansado, marqué a regañadientes el teléfono de Wharton. Por suerte sabía que mi jefe trabaja todos los días hasta bien entrada la noche.

—¿Peter? Soy Ethan, ¿tienes un minuto?

—Claro. ¿Qué ha sucedido?

Me resultó incómodo que ya desde el principio él intuyera que yo tenía un buen marrón entre las manos y que iba a necesitar de su ayuda para enfrentarme a él. Le puse al día de todos nuestros avances y le conté nuestras sospechas acerca del sheriff Stevens.

—Todavía no tenéis nada serio. Sólo son indicios que merece la pena investigar, pero no vamos a echar a perder la carrera de un sheriff con muchos años de servicio sin más ni más.

—Estoy de acuerdo, pero quería que estuviese informado. Es una situación delicada.

—¿Quieres tener cubiertas las espaldas por si el asunto se complica?

—No, Peter. Quería saber si era preciso apartar al sheriff del caso y recurrir a la gente de Topeka, o si de momento es preferible hacer como si nada.

—Era una broma, Ethan. Has hecho lo correcto. Vamos a esperar. Por lo que me has contado todavía estáis en pañales y estás barajando a un buen puñado de sospechosos. No me hace la menor gracia que Stevens te ocultase lo suyo con esa chica, porque eso lo implica directamente en el caso, aunque finalmente resulte ser inocente. Pero por otro lado es comprensible. Si los indicios siguen apuntando hacia él, no digamos si te topas con alguna prueba incriminatoria, házmelo saber de inmediato. En ese momento tendremos que actuar sin miramientos.

—Comprendido.

—¿Cómo llevas el perfil?

—Mal. Apenas tenemos datos para construir algo mínimamente fiable. Creemos que vive en la zona, que es un *cazador*, aunque no descartamos que sea un *pescador*, cociente intelectual alto, organizado, cierto grado de formación o experiencia en criminología, mediana edad, bien integrado en la comunidad y probablemente muy respetado. También es posible que uno de sus hobbies sea la entomología.

—¿Alguna patología mental?

—Todavía inespecífica. Hasta el momento no hemos hallado el menor indicio que apunte en alguna dirección.

—No estará sugiriendo que se trata de homicidios racionales... —musitó Peter, con estupor.

—No. Hay un patrón demasiado evidente: jóvenes de en torno a los 18 años de edad, sexo femenino, lavado de los cadáveres, metodología para acabar con la vida de la víctima, abandono de los cuerpos en un mismo lugar...

—Ethan, céntrese en el perfil. Usted triunfó en Detroit gracias a que fue capaz de crear un perfil prácticamente perfecto, que permitió a la policía encontrar al asesino y meterlo entre rejas. Esa es su gran virtud.

—Aquí no es tan sencillo. Ni siquiera estoy seguro de que nos estemos enfrentando a un asesino en serie. Pudiera ser que tres sujetos distintos acabaran, respectivamente, con Sharon, Clara y Donna. En Detroit, pese a lo descoordinado que estaba el departamento de policía, no tardé en darme cuenta de que era la misma persona. Además, había muchas víctimas y pruebas que me permitieron valerme de Mark para precisar el perfil con relativa facilidad.

—Confío en usted —dijo Wharton, a modo de despedida, antes de colgar.

Me quedé un rato sentado sobre la cama, con el Smartphone apenas sujeto, pendiendo de la yema de mis dedos. Sentía que mi carrera profesional, mi brillante futuro, pendía de un frágil hilo, como el caro teléfono que se balanceaba en mi mano, a punto de precipitarse sobre el suelo.

—Jefe, al fin lo encuentro.

Las palabras de Tom me sacaron del estado de ensoñación en el que me había sumergido, seguramente durante más tiempo del que podía imaginar. Miré hacia mi mano derecha, y descubrí con agrado que sujetaba con fuerza el Smartphone.

—Hablaba con Quántico. ¿Habéis cenado ya?

—Sí —respondió Tom, que desde luego no había llegado hasta mi habitación para comentarme los pormenores del refrigerio vespertino—. Jefe, escuche, tengo algo interesante. A Liz se le han puesto los pelos de punta.

—¿Otra buena jornada de café, pastas y tartas con las abuelitas de condado? —pregunté, todavía sumido en la turbación que la conversación con Peter había dejado instalada en mi mente.

—Eso por descontado, ya me conoces. Ahora en serio: ¿a que no sabes a qué dedica su tiempo libre Matt Davies?

Escuchar el nombre del guarda me revolvió un poco el estómago. No había cenado y seguramente eso evito que saliese pitando hacia el baño para vomitar.

—Sorpréndeme —repliqué, esperando cualquier cosa de aquel hombre extraño cuya mirada críptica no lograba olvidar.

—¡Restaura piezas metálicas! —exclamó, como si le acabara de tocar la lotería.

Miré largamente a Tom. Me dolía de nuevo la cabeza. Los efectos beneficiosos de mi carrera en compañía de Patrick ya se habían esfumado. Pensaba sin demasiada claridad, y en mi infinito egoísmo sólo me preocupaba en aquel instante una cosa: no decepcionar a Peter Wharton. Si lo hacía dejaría de considerarme como su pupilo más brillante, como la *gran esperanza blanca* de la Unidad de Análisis de la Conducta del FBI.

—Estoy un poco espeso, discúlpame. Necesito que te expliques mejor.

—Joder, jefe —masculló Tom, decepcionado—. Ese tío tiene una especie de taller clandestino en el sótano de su casa, según me han contado, donde galvaniza piezas metálicas, como llaveros, pines, enseñas y otras zarandajas que la gente le lleva de cuando en cuando. Así se saca un sobresueldo para ir tirando.

—Y eso, ¿qué tiene de malo? —pregunté, sin comprender la enorme excitación que mi colega exhibía.

Tom se sentó a mi lado en la cama, como si le fuera a explicar algo a un crío de seis años en lugar de a un adulto que era responsable de un grupo de élite conformado para resolver unos asesinatos.

—No siempre es así, y seguramente necesitaremos una orden de registro para corroborar que este sí sea el caso. Y la maldita orden de registro tardarán en entregárnosla, si es que la conseguimos, porque algún juez considerará que no hay suficientes motivos. La cuestión es que para el proceso de galvanizado mucha gente usa cierto compuesto químico que casualmente está relacionado con los crímenes que investigamos.

De súbito se hizo la luz en mi distraída sesera. Tenía varias excusas para justificar mi despiste: mis pocos conocimientos de electroquímica, la larga charla con Jim, la paliza a correr con Patrick, y para rematar la jornada mi reciente conversación con Peter; pero preferí hacer como los alumnos aplicados y responder de inmediato sin aducir ninguna disculpa.

—Cianuro de potasio...

El juzgado del distrito del condado de Jefferson quedaba muy cerca de la casa en la que nos habían alojado. Había pedido a Tom que quedase con Ryan Bowen para que juntos hicieran los trámites para obtener una orden de registro del domicilio de Matt Davies en Valley Falls.

Por mi parte, tras una noche sin apenas poder conciliar el sueño, había tomado una decisión arriesgada: quedar con el sheriff Stevens en la hondonada donde fueron hallados los cadáveres de las chicas. Pensaba que en ese entorno, entre hostil (si era culpable de alguno de los homicidios) y agradable (un paraje bonito, alejado de Oskaloosa y de cualquier persona que pudiera incomodarle) le podría arrancar la verdad. Cabía la disparatada posibilidad de que, ante la amenaza de ser descubierto, Clark perdiera completamente el juicio y me ventilase allí mismo; de modo que Liz y Mark estarían atentos a mis movimientos (llevaría activado el GPS de mi Smartphone) y ante cualquier comportamiento anómalo o una falta de respuesta a sus llamadas (se alternarían para telefonarme cada dos horas) entrarían en acción. Realmente no daba muchas posibilidades a que se produjese tal contingencia, pero en cualquier caso era mejor estar prevenidos.

Tardé un poco en localizar el lugar exacto, pues siempre me habían conducido hasta allí y había cometido la temeridad de lanzarme a las intrincadas carreteras que conectaban esa zona del lago con Oskaloosa guiado por mis recuerdos. Al fin me topé con el *Interceptor* aparcado en la cuneta, junto al camino de tierra que se internaba en dirección a la hondonada. El sheriff me esperaba apoyado contra el capó mientras consultaba algunos papeles que había traído consigo.

Bajé del pequeño *Spark* y sentí el ritmo acelerado de mi corazón agitando



los seis litros de sangre que recorrían mi cuerpo. Estaba nervioso, pero también resuelto a desvelar qué ocultaba aquel hombre que se había dejado media vida trabajando a favor de sus conciudadanos.

—Se ha perdido, ¿verdad?

—Honestamente —contesté, fingiendo divertirme con la situación—, sí. He sido un poco osado y he creído que podía llegar hasta aquí sin ningún plano, sin ayuda de un GPS... sólo valiéndome de mis recuerdos.

—Siempre somos menos de lo que creemos ser —manifestó Clark, dando unos suaves golpecitos en el capó del SUV.

—Considero que soy todavía demasiado joven para haber alcanzado tal grado de sabiduría —dije, burlándome de mí mismo.

El sheriff echó a andar, recorriendo lentamente el camino de tierra, escrutando cada palmo de suelo como si fuese la primera vez que batía la zona.

—Está abrumado por el caso, ¿me equivoco?

Me sorprendió aquella observación. Por un instante pensé en aplazar mi plan, seguirle la corriente y regresar con él a su oficina. A fin de cuentas, quizá me estaba precipitando en exceso.

—Pues sí. Para qué le voy a engañar. Vine aquí para echarles una mano y de momento he sido incapaz de confeccionar un perfil fiable. Además, casi no tenemos pruebas ni indicios a los que aferrarnos, de modo que me paso los días haciendo conjeturas. Jugar al *Cluedo* no es precisamente lo que se espera de un agente especial del FBI.

—No sea tan duro con usted. ¿Recuerda? Ya le advertí sobre aprender a convivir consigo mismo, con sus errores y aciertos. No se deje vencer por los primeros, pero tampoco se crea maravilloso por los segundos.

Stevens me caía bien. No sentía hacia él la misma admiración que por Worth, pero había aspectos de su personalidad que me fascinaban. Haber preparado aquella encerrona me pesaba ahora que lo tenía delante, dándome consejos como un buen amigo.

—Lo intentaré. Pero no puedo garantizarle nada. Creo que ya sabe bien que las personas, una vez pasada la adolescencia, solemos cambiar poco.

Clark detuvo su paseo sosegado cuando alcanzó el centro de la hondonada. Estaba completamente seca. Jamás hubiera imaginado que aquel

lugar pudiera convertirse cada vez que llovía en una laguna.

—No estoy tan seguro... ¿Para qué me ha citado aquí, Ethan?

Una ráfaga de aire limpio arrastró la pregunta del sheriff. Había estado ganando tiempo, pero él tenía muy claro desde el principio que no le había llevado hasta allí por capricho.

—Necesitaba hablar con usted a solas. Y deseaba hacerlo aquí, en el mismo lugar en el que fueron encontrados los cuerpos de las jóvenes.

—Hay algo que le está carcomiendo, lo sé. No se ande con rodeos, por favor, ya soy muy viejo y no me gusta perder el tiempo.

Pese a la recomendación de Stevens, me tomé unos segundos antes de formularle la siguiente pregunta. Ese breve espacio de silencio reforzaría la intensidad de mi voz.

—Desde el principio, desde que llegué aquí, usted se ha empeñado en relacionar los crímenes de las tres chicas. Sin embargo, a mí me cuesta mucho encontrar dicha conexión, pese a las evidentes similitudes en el *modus operandi*.

—Usted es el experto en psicología criminal. Pero mire, yo era ya agente de policía cuando encontraron a la pobre de Sharon Nichols. Tuve que ver su cuerpo aquí —dijo, señalando un punto justo a nuestro lado— y luego ir a darle la noticia a Amanda. El sheriff Johnson me pidió ese favor, porque él estaba destrozado. De eso han pasado 17 larguísimos años, ¿se lo imagina?

—Apenas puedo hacerme una idea —respondí, porque realmente era imposible que me pudiera poner en su lugar.

—Pues bien, cuando Bowen me dio el aviso para que viniera la primera vez y me topé con el cadáver de Clara fue como viajar el tiempo. Miraba a Clara y creía ver el rostro de Sharon: el mismo puto lugar, dos chicas de edad similar, desnudas... Le aseguro que no es igual que llegar desde Washington en un *jet* privado, sentarse en una mesa y echar un vistazo a un puñado de fotografías.

Encajé con deportividad su reproche. Era algo para lo que nos preparaban concienzudamente en Quántico: los policías casi siempre pensaban que nosotros éramos unos *señoritos* que vivían como reyes y que terminábamos colgándonos las medallas gracias a todo el trabajo *sucio* que ellos habían tenido que sacar adelante. En parte, tenían la razón de su lado.

—Clark, este es un condado pequeño. Ya me lo advirtió también en su día. Parece ser que me he integrado antes de lo que hubiera podido imaginar...

El rostro del sheriff cambió por completo. Había pasado de evidenciar cierta ofuscación a expresar una intensa preocupación.

—Suelte la bomba de una vez, Ethan.

—¿Por qué diablos me ocultó lo suyo con Donna Malick?

Stevens dio dos pasos hacia atrás, como si hubiera perdido el equilibrio. De repente aparentaba diez años más de los que en realidad tenía. Sus canas me parecieron más abundantes y las arrugas de su cara más profundas.

—¿Cómo lo ha descubierto? —inquirió, sin molestarse en negar lo evidente.

—Eso carece de importancia, y ambos lo sabemos. Como también sabe que el haberme ocultado esa información compromete mucho su continuidad en esta investigación. No comprendo qué pudo llevarle a no contarme la verdad desde el principio.

—¿Desde el principio? Llega un agente del FBI, al que no he visto en la vida, y lo primero que le suelto es: *sabe, llevo 25 años casado, tengo dos hijas y desde hace unos meses mantenía una relación con una chiquilla, que por cierto es uno de los fiambres que hemos encontrado...*

Clark se dejó caer sobre la yerba. Tenía la mirada perdida, y yo percibía cómo delante de mí el mundo de aquel hombre se derrumbaba.

—Quizá fuera complicado, pero ahora no tengo más remedio que sospechar de usted. Además, está su afición a los insectos.

—Por eso el otro día... Pero, ¡qué tienen que ver los insectos en todo este embrollo!

—Cianuro de potasio.

Stevens lanzó una sonora carcajada, que sonó igual a la de un demente que no sabe ni lo que se hace. Tuve dudas en ese instante de si había llegado el momento de sacar mi arma reglamentaria y pedir ayuda a Liz y a Mark.

—Lo está diciendo en serio, ¿de verdad piensa que yo hubiera sido capaz de matar a Donna?

—Sí, Clark, lo pienso. No sería el primer marido maduro liado con una jovencita, con la que ha echado unas cuantas canas al aire, y que termina

deshaciéndose de ella por temor a lo que pueda pasar. Usted tenía mucho que perder si Donna, por cualquier circunstancia, decidía irse de la lengua.

Stevens volvió a incorporarse. Parecía haber recuperado la fuerza y el aliento.

—Sí, tuve una aventura con Donna, lo admito. Me comporté como un auténtico gilipollas, como un adolescente que no sabe ni de lo que va la vida. Hicimos algunas escapadas juntos y lo pasamos bien. Es una locura, pero ya no puedo echar marcha atrás para decirme a mí mismo: *Clark, qué coño estás haciendo, ¿has perdido el juicio?* Pero de ahí a matar va un trecho muy largo, Ethan.

—Tendrá que convencerme —dije, impasible.

—¿Cianuro de potasio? Eso es para los profesionales, puede registrar mi casa de arriba abajo si lo desea. Sólo encontrará éter y bencina, nada más. ¿Cree que voy a poner en riesgo la vida de mis hijas por un puñado de bichos?

—Necesito más para disipar mis dudas, Clark. Ojalá sea capaz de convencerme —murmuré, deseando que así fuera.

—Tampoco se ha molestado en comprobar si tengo una coartada para el día que Donna desapareció. Estuve todo esa tarde, hasta la noche, en compañía de mi mujer y de mi hija pequeña, en casa. Preparamos todos juntos una cena especial y luego vimos una película alquilada a través de *Netflix*, seguro que puedo hacerme con un comprobante.

—Tiene una memoria portentosa.

—No me fastidie, Ethan. No soy un asesino. Lo recuerdo bien porque, aunque jamás pensé que usted llegase a sospechar de mí, a los pocos días de aparecer el cadáver de Donna repasé qué narices había estado haciendo la tarde de su desaparición: quizá Bowen o Jim si acabaran, en el curso de la investigación, enterándose de lo mío con ella. No debía olvidar nunca mi coartada, por si llegado el caso necesitaba dar explicaciones a alguno de mis chicos. Desde ya le doy mi permiso para inspeccionar mi casa y para interrogar a mi mujer y a mi hija. Le suplicaría que mantuviese lo de Donna entre nosotros, pero eso es un detalle que no estoy en condiciones de esperar por su parte.

Allí tenía delante a ese hombre abatido, que intentaba defenderse de mis

sospechas de una forma bastante cabal. ¿Llevaría semanas preparándose para ese momento? Él mismo había sugerido que no debía olvidar su *coartada* por si Bowen o Jim daban con indicios que apuntasen hacia su persona. Pero lo cierto, para mi tranquilidad y desconsuelo, era que me estaba pareciendo completamente franco.

—No sé bien qué hacer ahora con usted. Me ha dado una explicación razonable para todo, pero sigo pensando que se ha puesto en una situación realmente complicada. Tendré que pedirle a uno de los agentes de mi equipo que contraste todo lo que me ha dicho.

—Ethan, déjeme a un lado. Lidere usted esta investigación y yo aceptaré las consecuencias de mi mala cabeza, pero no lo haga de forma oficial. Le ruego que no implique a la gente de Topeka, y mucho menos al FBI, en este asunto. Haga las pesquisas que considere necesarias para descartarme, pero hasta ese momento no dé un paso que ya sería irremediable para mi carrera profesional —suplicó el sheriff.

—No trate de intimidarme o de darme lástima.

En ese instante sonó mi Smartphone. Era Liz, que quería saber si todo seguía bien y no había surgido ningún problema de envergadura. La tranquilicé y volví a encararme con Stevens.

—Usted solo se ha metido en este lío. Sólo por consideración hacia sus muchos años de servicio voy a mostrarme prudente. Desde este momento asumo, extraoficialmente, el mando de la investigación. Pero es algo de lo que tendré que informar a mi jefe, y no sé si él me obligará a ponerme en contacto con Topeka o aceptará este pacto que no sé ni cómo llamarlo, pero que desde luego es totalmente irregular.

—Mientras yo siga siendo el sheriff no habrá nada irregular, Ethan. Sólo si me detienen o si me destituyen deberán recurrir a Topeka o a Wichita.

—Los agentes no me preocupan en exceso, están demasiado pendientes del día a día. Pero, ¿qué pensarán Ryan o Jim?

—Déjeme. Yo me ocupo. No le darán problemas, y espero que tampoco me los den a mí. Son buenos chicos.

No me sentía con fuerzas para tirar por la borda el destino de un hombre que había actuado como un estúpido, pero que estaba, tras nuestra charla, casi seguro no había tenido nada que ver con la muerte de Donna. Encargaría a

Tom una discreta indagación, pero ya presentía que Stevens no me había mentido en absoluto.

—Regrese a casa. Tómese unos días, alegue que le duele mucho la cabeza o que tiene una piedra en el riñón, pero no quiero verle por la oficina. Si me entero que interviene, aunque sea para mover un folio de sitio, en esta investigación, tardaré menos de un minuto en conseguir que lo destituyan o que lo arresten, ¿me he explicado bien?

El sheriff me miró a los ojos. Pese a la crudeza de mis palabras, pude ver en sus pupilas una muestra de infinito agradecimiento.

—No olvidaré este gesto, Ethan. No le causaré problemas, se lo garantizo. Cuando todo acabe, y sé que usted va a solventar este rompecabezas antes de lo que cree, no se arrepentirá de haber dado una oportunidad a este viejo policía.

Nos despedimos fríamente y regresamos a Oskaloosa tomando carreteras diferentes. No estaba seguro de lo que acababa de hacer, del compromiso que había adquirido. Todo era un auténtico dislate en aquel condado que lo único bueno que me había traído, de momento, era recuperar mi afición por el atletismo.

Nada más llegar a la casa que Stevens nos facilitara telefoneé a Peter Wharton y le puse al corriente de lo sucedido. Aceptó el acuerdo al que había llegado con Stevens y me dijo que lo siguiese manteniendo informado y que me anduviese con pies de plomo. Comprendí que no deseaba que el sheriff de otro condado o la policía del estado de Kansas metiese ahora las narices en un asunto que ya era lo suficientemente turbio y engorroso como para embrollarlo aún más.

No encontré al resto de mi equipo en el salón, de modo que me hice un sándwich de mantequilla de cacahuete y me escurrí hasta mi habitación, dispuesto a repasar algunas notas y luego tratar de dormir al menos diez horas seguidas. Necesitaba descansar profundamente a toda costa. Sin embargo, apenas llevaba quince minutos volcado sobre mi *Moleskine* cuando apareció Tom en mi puerta.

—Joder, jefe, tienes un aspecto horrible.

—Lo sé. Nada que no pueda reparar una cabezada. ¿Qué tienes?

—El juez nos ha dado largas, y quiere más papeleo para darnos la orden

de registro. Bowen y yo creemos que se está haciendo el duro, pero que mañana sin falta la tendremos en nuestro poder.

—Buen trabajo.

—¿Cómo te ha ido?

—No sabría bien qué decirte. De momento te va a tocar hacer una visita al domicilio de los Stevens, y el sheriff está, extraoficialmente, apartado de sus funciones.

—¿Ya lo tenemos? —inquirió Tom, emocionado.

—Nada de eso. En esta montaña rusa que es esta investigación de tarados, hace un rato me ha convencido de justo lo contrario. Pero no te fíes ya ni de mí.

—Ethan, te veo roto, pero si quieres te acompaño y nos acercamos a Kansas City a tomar unas cervezas. Antes de la medianoche estaríamos de vuelta y quizá te sienta bien despejarte un rato.

—Te lo agradezco, Tom, pero la combinación de Kansas City y cervezas me marea sólo de escucharla. Me quedaré aquí un rato más trabajando y me iré a dormir temprano. Mañana seré un hombre nuevo.

—Tú mandas —musitó, antes de perderse de mi vista.

Terminé de poner en orden mis apuntes y me tumbé en la cama vestido. Por alguna razón que sólo en los infiernos conocen, recordé que todavía había dos folios del diario de Sharon que seguían esperando a que les echase un vistazo. Pese al infinito agotamiento que me embargaba, tuve fuerzas para levantarme, cogerlas y desplomarme sobre el colchón nuevamente. Con la mirada perdida, descubrí que uno de los folios estaba fechado el día mismo de la desaparición de la joven. Era increíble. Esa circunstancia, teniendo en cuenta que había encontrado las hojas ocultas en una caja con doble fondo, indicaba que o bien redactó la nota por la mañana y luego se molestó en arrancar las tres que tenía en mi poder y esconderlas antes de abandonar su casa para ir a visitar a Vera Taylor; o bien no fue ella la que mutiló el diario y camufló las páginas extirpadas, sino otra persona que podía tener un interés especial en que su contenido no fuera desvelado por nadie. Pero, en tal caso, ¿por qué diablos ocultarlas en una caja en la habitación de Sharon? Decidí que era mejor no darle más vueltas a la cabeza, porque estaba a punto de estallarme y lo que deseaba era conciliar un sueño infinito que me permitiese

afrontar la jornada del día siguiente en plenas facultades.

Leí la página del diario fechada el día de la desaparición de la joven Nichols. Lo hice con dificultad, pues a pesar de la buena letra con la que estaba redactada mi visión se emborronaba, presa de la extenuación. Tras algunas observaciones casi pueriles sobre el desayuno y acerca de una breve discusión mantenida con su madre por la ropa que llevaba puesta, pude leer unas líneas que me sobrecogieron: *«Esta noche he quedado al fin con X. Va a ser maravilloso. Ya nadie podrá detenernos jamás»*.



## — XXVI —

Al día siguiente me encontraba bien físicamente, pero mi cerebro seguía tan embotado como el resto de la semana. Sabía que iba a necesitar de todo lo aprendido primero en Stanford, luego en Quántico y mucho más para poder afrontar un caso en el que los sospechosos aparecían y desaparecían como las setas a principios de otoño.

Antes de acercarme a la oficina del sheriff, para mantener una charla con Ryan Bowen y con Jim Worth, dediqué un buen rato en tratar de explicar a Liz y a Mark mi encuentro con Stevens y lo que habíamos acordado. Liz manifestó su oposición a tal salida, advirtiéndome de que corría grandes riesgos. Mark se limitó a encogerse de hombros y esperar nuevas instrucciones. Deseaba que ambos se centrasen en el cianuro de potasio y que repasasen todo el listado de sospechosos que había manejado Jim por si se nos había escapado algún detalle crucial. Tom, por su parte, se ocuparía del domicilio de los Stevens (le comenté que ni se le ocurriese mencionar, ni de pasada, a Donna Malick) y luego, cuando yo hubiera finalizado mi reunión con Bowen, se encontraría con él para conseguir de una vez la orden de registro de la casa de Davies.

Nada más llegar a la sala de reuniones me topé con Ryan y con Jim, que llevaban un rato esperándome. Les expliqué que debido a problemas de salud Stevens se veía obligado a pasar algunas semanas en casa descansando. Ambos recibieron con escepticismo mis palabras. Todavía se mostraron más asombrados cuando les comuniqué que, extraoficialmente, y para evitar la intervención de la policía estatal, hecho que podía entorpecer o retrasar la investigación, yo asumía el liderazgo de la misma. Mi autoridad se veía limitada al caso de Clara Rose y Donna Malick, de modo que para el resto de

cuestiones la figura al mando, en tanto Clark se recuperase, pasaba a manos de Bowen, a la postre ayudante del sheriff. Tras comunicarles la noticia, pasé a organizar un poco las actividades de los siguientes días, intentado ser lo más afable posible. Al terminar Ryan se despidió precipitadamente, pues llegaba tarde a su cita con Tom y con el juez. Imaginé que no tardaría ni un segundo en telefonar a Stevens.

—De modo que las sospechas se han convertido en certezas, ¿me equivoco? —preguntó Jim, nada más quedarnos a solas.

—Sí, se equivoca —respondí con sequedad.

—Entonces, ¿para qué montar todo este jaleo?

—Ayer Clark me convenció en gran medida de su inocencia. Pero todavía quedan cabos por atar, y hasta entonces no podremos estar seguros de nada.

—Sabe que me llamará más pronto que tarde.

—Lo sé. Pero también sé que puedo confiar en usted. Y ahora le necesito más que nunca.

—Estamos metidos en un buen lío.

—Pues sí. Se va a mofar de mí, pero recuerdo que cuando mi jefe me llamó para endosarme este caso pensé que en comparación con lo de Detroit esto iba a ser coser y cantar.

—No le culpo. Cuando hechos tan horribles suceden en condados tan aparentemente tranquilos como Jefferson al final toda la mierda acaba saliendo a la superficie: secretos, rencillas, envidias, pasiones... Y en ese lodazal es complicado que la verdad reluzca.

Las palabras de Jim, como casi siempre, fueron como un linimento para mis torturadas neuronas. Necesitaba aferrarme a un puñado de sentido común y honestidad para seguir adelante. Me despedí de él dándole las gracias y le dije que tenía que verme con alguien, sin confesarle que me dirigía a Meriden.

Tardé poco más de veinte minutos, por la 92, en llegar hasta el coqueto jardín que rodeaba la casa de Vera Taylor. Llevaba conmigo mi *Moleskine* y el álbum de fotos que Liz y yo le pidiéramos prestado en nuestra primera visita.

—Vaya, mi agente del FBI favorito —dijo Vera, nada más verme al abrir la puerta de su domicilio.

—No sabía que conociera a muchos.

—Apenas los podría contar con los dedos de una mano —murmuró, mostrándome su mano izquierda, que estaba manchada de harina—, pero igualmente usted es mi favorito.

Sin duda Taylor sabía que me producía una fascinación que yo trataba de ocultar y que ella se complacía en fomentar, sin ninguna clase de reparos. Me preguntaba qué tipo de vida llevaría; sin problemas económicos, casi todo el día enclaustrada y con aquel carácter cuando menos bastante particular.

—Eso es fabuloso. ¿Tiene unos minutos para atenderme? —inquirí, intentando mostrarme lo más frío posible.

—Estaba preparando una tarta de zanahoria, y además no me ha avisado de que venía, como le pedí. Pero de todas formas le atenderé, ¿cómo no?

Entramos en la casa y esta vez giramos hacia la derecha, donde estaba ubicada la cocina. Era amplia, profusamente decorada y con los suficientes utensilios y electrodomésticos como para dar de comer a un regimiento.

—¿Suele realizar banquetes o algo así?

—Ni hablar. Me encanta la repostería. Cuando supe que no tendría que molestarme en ganar dinero para sobrevivir como el resto de los mortales decidí que me dedicaría a mi gran pasión. Hago dulces, tartas, muffins y pasteles para cumpleaños y otras celebraciones.

—No hemos encontrado página web de su negocio en Internet —manifesté, recordando que Mark había hecho una búsqueda sobre ella.

—Me lo estoy pensando. De momento me va bien con el boca a oreja, y mi único marketing son esas discretas tarjetitas —dijo, señalando un pequeño mazo que había sobre una mesita de madera—, como la que le entregué en su día. Quizá le regale un surtido. Nunca se sabe, a lo mejor se convierte en uno de mis mejores clientes.

Vera se lavó las manos. Iba vestida con unos pantalones vaqueros negros muy ceñidos y con una camiseta del mismo color, con el cuello de pico y sin mangas. Pensé que aquella mujer podría estar atractiva con cualquier ropa.

—Le he traído su álbum de fotos. Me gustaría hacerle algunas preguntas.

—No se fía de mí, ¿verdad? Hasta que no pille al culpable de todos los crímenes seguiré en su lista de sospechosos.

Me incomodaba la forma directa de dirigirse hacia mí. Me incomodaba su

belleza misteriosa. Y, sobre todo, me incomodaba la fascinación incontrolable que todo ello provocaba en mis entrañas.

—No me fío de casi nadie. Apenas lo hago de mi equipo, con lo que puede imaginarse de una desconocida.

Taylor tomó de mis manos, con movimientos concienzudamente lentos, el álbum de fotos que yo le tendía. Noté el roce de sus dedos y deseé escapar de aquel lugar que casi me parecía embrujado. Nunca, nunca antes me había sentido igual a solas con una mujer. Era incapaz de explicarme qué demonios me sucedía.

—Pues aquí me tiene. Le escucho.

—Hay una instantánea que nos ha llamado la atención. Está casi al final. Tuvieron que hacérsela pocos meses o semanas antes del crimen de Sharon.

Vera se puso a mi lado y hojeó las últimas páginas del álbum con parsimonia, para que yo le indicara a que fotografía me estaba refiriendo. Cuando apareció se la señalé con el dedo.

—Apenas éramos unas niñas —manifestó, levemente emocionada.

—¿En qué lugar fue tomada esa fotografía?

—Aquí. En una de las habitaciones de la primera planta. ¿Qué importancia puede tener eso?

—¿Podemos subir?

—Claro, usted sabrá lo que se hace. Creo que está perdiendo el tiempo, pero no tengo absolutamente nada que ocultar.

Seguí a Taylor hasta la primera planta de su amplia casa. Conté al menos seis puertas, todas estaban cerradas. Sin dudar se dirigió a una que se situaba justo en mitad del amplio rellano y me invitó a pasar al interior. Al fondo identifiqué de inmediato el color de la pared, y una zona rectangular algo descolorida con un pequeño agujero en la parte superior. Me acerqué hasta el lugar, extrañado.

—¿Dónde está el cuadro que había aquí colgado?

—¿El de las libélulas azules? —preguntó ella, que me miraba entre sorprendida y obnubilada.

—Sí, ese. Es importante —respondí, a riesgo de que ella lo hubiera retirado de allí y pasase de inmediato a una actitud defensiva. Pocas dudas podía haber ahora de que Vera efectivamente había perdido las libélulas en el

camino de tierra cerca de la hondonada.

—Me lo robaron hace unos meses —respondió, con naturalidad. Si había preparado la respuesta con antelación, lo había hecho muy bien.

—¿Se lo robaron?

—Sí. Había salido una mañana a entregar un pedido de unas tartas en Topeka y cuando regresé, por la tarde, mientras hacía algo de limpieza, descubrí que ya no estaba.

Era una excusa al mismo tiempo estúpida y perfecta. Eso me irritaba profundamente.

—¿Puso una denuncia?

—Pues no. Sólo faltaba ese cuadro, nada más. Me volví loca revisando la casa de arriba abajo y no eché en falta nada más.

—¿Quién diablos querría ese cuadro? ¿Tenía algún valor?

—Para mí, sí. Me lo había regalado Sharon cinco o seis años atrás. Le gustaban mucho las libélulas, especialmente las azules. Nos hacíamos regalos de cuando en cuando, sin venir a cuento. Yo normalmente le obsequiaba con algún dulce y ella con alguna manualidad.

—Vera, le ruego que me escuche bien, y necesito que sea sincera conmigo. ¿Estuvo usted la noche de la desaparición de Donna Malick en los alrededores de la laguna en la que fue encontrado su cadáver?

Se apartó de mi lado bruscamente, como si yo me hubiera transformado en un monstruo abominable.

—¿Donna Malick? ¡Qué narices está diciendo!

—Lo que oye.

—¡No! Jamás he pisado esa zona del lago. Allí sólo van los tarados, tipos raros como Nolan. Primero quiere vincularme con la muerte de Sharon, y ahora con la de Donna. Para ser mi agente favorito, es usted un poco despistado.

Encajé sin inmutarme el comentario. Parecía realmente ofendida con mis insinuaciones, pero bien podía estar interpretando un papel magistral.

—Me dijo que Sharon se veía con alguien, ¿quién era?

Vera se relajó al comprobar que yo cambiaba de tema, y no seguía insistiendo con lo de Donna.

—No lo sé, nunca me lo dijo. Creo que era alguien mayor, o algo por el

estilo. Quizá fuera un hombre casado. Ya le dije que se avergonzaba cuando me comentaba por encima el tema.

—¿Usted salía por aquel entonces con alguien?

—¡No! Diablos, no puedo bajar la guardia un segundo. Está empeñado en meterme en todo este horrible jaleo, y yo no tengo absolutamente nada que ver.

No podía contarle a Taylor lo del diario. No se lo había dicho todavía ni tan siquiera a mi equipo, sólo Liz estaba al corriente. Además, tampoco podía tener la seguridad de que ella hubiera ocultado precisamente las tres páginas arrancadas del mismo: en una Sharon la mencionaba directamente. En realidad, casi profería una amenaza.

—¿Sintió celos alguna vez Sharon de usted?

—¿Celos? No creo. Era muy guapa, estaba estudiando en Lawrence y encima era una de las promesas de nuestro atletismo, ¡qué más se puede pedir!

—Me imagino que nada —manifesté.

—Ethan, ¿me permite llamarle por su nombre de pila?

—Sí —respondí secamente. Desgraciadamente, me gustaba escuchar mi nombre saliendo de sus labios.

—¿Sabe dónde está enterrada Sharon?

—Creo que cerca de aquí, en el cementerio de este pueblo.

—Así es. Acérquese algún día hasta su tumba. Siempre la encontrará limpia y con flores frescas. Voy todas las semanas hasta allí dando un paseo, y me ocupo de que el lugar en el que descansan sus restos esté lo más decente posible. Llevo casi veinte años haciéndolo.

—Comprendo...

—Le rogaría que me tachase de una maldita vez de esa lista que maneja, y en la que sé que me tiene incluida. Yo no maté a mi amiga Sharon.

Tras esa contundente declaración regresamos a la cocina, más relajados, y ella me entregó un muffin de chocolate.

—Aunque no se lo merece, me gustaría que probase uno de mis dulces. Ya me contará. Quizá así consiga que venga un día avisándome, y sin esa cara de poli malo.

Acepté el detalle, algo incómodo. Traté de apartar la mirada de sus ojos y

de zafarme de allí lo antes posible. Poco más podía sacar en claro.

—Se lo agradezco. Seguramente será necesario volver algún día, hay demasiados puntos oscuros en esta investigación y quizá nos ayude a arrojar algo de luz al asunto.

—Le estaré esperando, Ethan.

Salí de la casa con la sensación, nuevamente, de ir dando palos de ciego, de regresar a mi habitación de Oskaloosa siempre con las manos vacías. Conduje lentamente por la 92 y al llegar a la zona que cruzaba el lago detuve el coche y me bajé a contemplar las aguas tranquilas. Su color no era azulado, como de costumbre: había adquirido una tonalidad violeta, como los ojos de Vera Taylor, y deseé sumergirme en aquel líquido de imposibles reflejos.

No sé bien cuánto tiempo pasé mirando el lago desde la orilla, pero de súbito la vibración de mi Smartphone me devolvió a la realidad. Era Tom.

—Jefe, ¿dónde andas?

—Creo que perdiendo el tiempo, cerca de Ozawkie.

—Necesito que te acerques pintando a la oficina del sheriff.

—¿Habéis conseguido la orden de registro?

—Sí, sí. Eso ha sido pan comido.

—Entonces, ¿tiene que ver con tu visita al domicilio de los Stevens?

—No. Allí no había nada de interés. La madre y la hija han confirmado la coartada, y Mark me ha conseguido una copia del alquiler en *Netflix*. Parece que el sheriff está limpio.

—Bueno, no nos confiemos. A fin de cuentas son los testimonios de una esposa y una hija, ¡qué van a decir! Y el alquiler sólo sirve para ratificar su declaración, pero nadie nos garantiza que él estuviera delante del televisor.

—Ok, ahora lo discutimos. Pero bueno, ¿vienes o qué?

Tom parecía realmente excitado, y por eso había tanteado lo que me parecía más probable que hubiera alterado su ánimo.

—¿Qué narices ha sucedido?

—Las cámaras nocturnas. Estoy aquí ahora mismo con Ryan y con Jim. El agente encargado de revisarlas ha visto algo: un tipo merodeando por allí un buen rato. La estrategia de retirar las patrullas ha dado resultado.

—¡Joder! Estoy con vosotros en cinco minutos. Pero, dime, ¿quién diantres ha tenido el valor de dejarse caer por allí?

—Ha sido esta pasada noche, de madrugada. No te lo vas a creer: Duane Malick, el padre de Donna.



## — XXVII —

Llegué de manera precipitada a la oficina del sheriff. Durante el trayecto miles de ideas se agolpaban en mi cabeza tratando de explicar qué podría llevar a un padre a visitar el lugar en el que habían encontrado el cadáver de su hija. En la sala de reuniones me esperaban Tom, Ryan y Jim. Imaginé que los dos últimos ya habrían tenido tiempo de sobra para hablar con Stevens, y que habrían comprendido que no quedaba otra que asumir que yo estaba al mando de la investigación, hasta nueva orden.

—Quiero ver esa maldita grabación, antes de hacer nada —dije, sin molestarme ni siquiera en saludar.

—Resulta de lo más sospechoso, Ethan —manifestó Worth, que jugaba con un lápiz de manera nerviosa mientras hablaba—. Nunca me había encontrado con un hecho parecido.

—No es infrecuente, pero no estando tan próxima la muerte de tu hija. Lo normal es que pasen varios meses, hasta años, antes de que unos padres se atrevan a aproximarse al lugar del crimen o al sitio en el que fue encontrado el cuerpo de sus hijos. Incluso cuando, por algún motivo, es necesario que lo hagan, muchos se niegan en redondo.

—Parece como si estuviera buscando algo —apuntó Bowen, cuya voz me revelaba que seguía preso de la perplejidad.

—Antes de seguir comentando nada, os ruego que me mostréis qué tenemos.

—De acuerdo, jefe. Es que nosotros ya nos la hemos zampado unas cuantas veces, pero seguro que tú encuentras algo que se nos escapa —dijo Tom, desenfadado.

Tomé asiento junto al resto y me quedé mirando la pantalla de 50'' que

había presidiendo la sala. Se notaba que habían recortado la grabación, para dejarla limitada al espacio a lo largo del cual Duane había estado merodeando por la zona. Pese a tratarse de una cámara de infrarrojos, la calidad era bastante aceptable. Tras unos instantes sin que nada sucediera, con la imagen fija en la hondonada, se veía surgir de una esquina de la parte inferior derecha al señor Malick, caminando muy despacio. Efectivamente, parecía buscar algo entre la maleza. No pude evitar pensar en las libélulas, aunque me parecía un disparate que se hubiera acercado hasta allí sólo para tratar de recuperarlas. Además, ¿para qué hubiera querido él usurparlas del domicilio de Vera Taylor?

—Presta atención, esta parte es la que menos entendemos —susurró Tom.

Duane llegaba casi al punto exacto en el que fuera hallado el cadáver de su hija y se quedaba por espacio de casi un minuto completamente parado, mirándolo. Luego se arrodillaba primero y se recostaba, boca arriba, después. La secuencia resultaba insólita y aterradora al mismo tiempo. Por desgracia, aunque se le identificaba claramente, la nitidez no alcanzaba a desvelar ni sus gestos ni la expresión de sus ojos, lo que habría sido esclarecedor.

—¿Qué diablos está haciendo? —inquirió Bowen.

—No lo sé —respondí, esperando que sucediese algo más para emitir un juicio.

El señor Malick se quedaba en esa posición, como contemplando el firmamento, durante casi cinco larguísimos minutos. Estático. Creo que todos recuperamos en nuestras retinas las instantáneas de los cuerpos sin vida de Clara y de Donna, pues había ciertas semejanzas.

—Esa zona del lago no está precisamente iluminada, ¿verdad? —pregunté, sin dirigirme a nadie en concreto.

—Así es. Pero anoche el cielo estaba completamente despejado y teníamos plenilunio, de modo que podía manejarse en la penumbra con relativa facilidad —respondió casi al instante Jim.

Comprendí que los tres habían tenido tiempo de ver la grabación varias veces y de hacerse las mismas preguntas que ahora me acuciaban a mí.

La secuencia continuaba, mostrando a Duane incorporándose, frotándose el cuerpo con las manos, como si quisiera limpiar su ropa, y después alejándose del lugar por el mismo sitio por el que había llegado.

—Esto es todo —apuntó Ryan, apagando el televisor.

—¿Qué opinas, Ethan? —me preguntó Tom.

—Es realmente muy extraño. Es la clase de comportamiento que me haría sospechar de inmediato de cualquier sujeto... menos de un padre. Los asesinos suelen regresar a la escena del crimen, visitan el lugar en el que abandonaron los cuerpos de sus víctimas y en muchas ocasiones hasta se vinculan con la investigación: aportando pruebas, testimonios o escribiendo anónimos a la policía y a la prensa.

—Tenemos que interrogar a Malick, eso está claro. Pero le estábamos esperando para que nos diese la autorización —manifestó Worth.

—Jim, antes de dar ese paso me gustaría saber todo lo que sea posible acerca de él. Desde a qué se dedica, cómo fue su infancia, historial médico o cómo fue su malogrado matrimonio; hasta qué tipo de relación mantenía con su hija Donna.

—Eso nos llevará un par de días. ¿Podemos arriesgarnos a dejar pasar ese tiempo?

—Si no surge ninguna otra novedad, sí. De momento sólo veo a un padre en estado de shock porque han asesinado a su hija comportándose como un lunático. Resulta insólito y debemos investigarlo, pero antes tenemos que conocerle mejor.

Worth asintió, aunque no lo notaba demasiado convencido con mi decisión. Pareció anotar algo en una libreta, como una idea que le hubiera surgido y no quisiera olvidarla de cara al futuro.

—Jefe, tenemos la orden de registro de la casa de Davies. Mañana a primera hora podemos hacerle una visita —dijo Tom, imagino que centrando la conversación en otro tema para que la leve tensión surgida entre Jim y yo se disipara.

—¿Tiene la fecha de mañana?

—Sí —respondió, mirando un papel oficial que había sobre la mesa.

—Entonces iremos esta misma noche, a las 00:01, sin perder más tiempo. Ryan, Jim, ¿puedo contar con vosotros?

—Ningún problema —contestó Bowen casi de inmediato.

—Yo preferiría quedarme aquí trabajando y retirarme pronto a descansar —manifestó Worth.

Sabía que Jim conocía al guarda Matt desde hacía años, porque él mismo me lo había dicho, de modo que comprendía que le resultaría extremadamente incómodo acudir con nosotros al registro. Seguramente prefería esperar acontecimientos, con la esperanza de que todo quedase en una falsa alarma.

—Está bien. Ryan, en tal caso necesitaremos que nos acompañe un agente más, ¿es posible?

—Eso está hecho. Deme una hora y seguro que tendré por lo menos a tres voluntarios entre los que elegir. Todos los chicos quieren contribuir a resolver este caso lo antes posible.

—Si tienes la posibilidad de escoger, me gustaría que fuera alguien discreto. Sería una imprudencia que señalásemos a Davies sin tener pruebas contundentes.

Worth levantó la cabeza y me hizo un gesto de aprobación. Sabía que con aquel último comentario me lo había metido en el bolsillo de nuevo. No podía permitirme el lujo de perder la confianza del hombre más espabilado y honesto que hasta la fecha había conocido en todo el condado de Jefferson.

—Comprendido. Voy a ver qué consigo —dijo Ryan, despidiéndose con la mano.

—Yo también os dejo, tengo mucha faena y como os he comentado me gustaría estar en casa para la hora de la cena —se excusó Jim.

Tom y yo nos quedamos a solas. Le dije que por favor pasase un par de veces más la grabación. No encontré nada nuevo, dejando a un lado la conmoción que me provocaban aquellas imágenes. No recordaba ni un solo caso, de todos los que había estudiado, y eran muchos, similar. Todo debía tener una explicación, como la tiene cualquier comportamiento humano, pero fuera la que fuese sería realmente particular.

—¿Sabes algo de Liz y de Mark?

—Apenas he hablado con ellos. Liz dice que la composición de las muestras de cianuro de potasio nos podrían ayudar a identificar al asesino, si encontramos el mismo compuesto en su poder. Por otro lado, Mark está repasando uno a uno todos los sospechosos que Jim tenía en su expediente: antecedentes, historial, comportamientos agresivos, etc...

—Está bien. Pidamos algo para cenar y hagamos juntos la espera hasta

salir hacia Valley Falls. Estoy deseando entrar en la madriguera de Davies.

—¿Pedir algo para cenar? ¿Te crees que estamos en Washington?

—No sé, mierda. Me imagino que habrá algún restaurante que reparta comida a domicilio.

Tom se largó y al cabo de media hora regresó con dos hamburguesas gigantes, una ensalada de col y un par de latas de cerveza. Entretanto yo había tratado de relajarme y, por enésima vez, poner en orden mis ideas.

—Jefe, me debes 30 pavos más el servicio.

—No me fastidies, Tom. Y gracias. Necesito devorar cualquier cosa.

Cenamos en silencio. Era algo extraño en Tom, siempre ocurrente y poco dado a la introspección. Imaginé que él también debía de estar acumulando tensión. Nos enfrentábamos a una investigación anómala, en la que la ausencia de pruebas y evidencias podía sacar de quicio a cualquiera. Fuera quien fuera nuestro *rival*, lo odiaba con toda el alma, y estaba deseando demostrarle que finalmente no era tan avisado como pretendía. Pero hasta la fecha, nos estaba ganando la partida por goleada. La operación de esa madrugada podía suponer dar un salto cualitativo, cuando no dejar zanjado de una vez por todas el asunto.

—Ya tengo a nuestro hombre. Como le dije, no me ha costado encontrar voluntarios —dijo de súbito Bowen, que había aparecido en la sala como por generación espontánea—. Nos acompañará Colin, un agente duro, eficaz y, sobre todo, muy reservado.

—Estupendo. Entonces será mejor que salgamos hacia Valley Falls cuanto antes.

Ryan nos describió su estrategia de cara a la visita. No esperaba que Davies pusiera problemas, pero nunca estaba de más prevenir. Mientras nosotros tres llamábamos a la puerta Colin nos cubriría las espaldas. Luego, durante el registro, también se ocuparía de vigilar de cerca al guarda.

Fuimos todos juntos en el *Explorer Interceptor*. Apenas nos llevó 25 minutos alcanzar nuestro objetivo, a pesar de que Bowen dio un pequeño rodeo para entrar por el norte, atravesando el río Delaware a través de un pequeño y oxidado puente de hierro, e internándonos en Valley Falls por la calle Mill. Giramos a la derecha y apagamos las luces del SUV. No había ni un alma en las calles, no se escuchaba absolutamente nada.

—Aparcaremos aquí y nos acercaremos a pie hasta la casa de Davies — dijo Ryan, mientras estacionaba en un pequeño descampado.

Colin traía un fusil de asalto que consideré algo desproporcionado, pero ellos conocían mejor que yo a Matt. Poseía armas reglamentarias y quizá, si se veía acorralado, no dudaría en hacer uso de las mismas.

Enseguida reconocí la parcela, aunque nunca había estado en ella, con aquellos postes tétricos rematados con cráneos de búfalo. Sentí un escalofrío, y pensé que debajo de cada una de aquellas estacas podía haber enterrado un cadáver.

—¿Sabe qué narices simboliza esto? —pregunté, en un susurro, a Bowen, mientras nos aproximábamos muy despacio hasta la puerta.

—No tengo la menor idea. Llevan aquí algunos años, y a todos nos ha dado siempre muy mala espina.

Colin se quedó a unos metros de distancia, atento. Fue Ryan el que pulsó el timbre del domicilio de Davies, pues así lo habíamos acordado. Él llevaría la voz cantante en lo referente a dirigirse a Matt. El guarda tardó un par de minutos, que se nos hicieron infinitos, en abrir la puerta.

—Joder, ¡qué comitiva! Estas no son horas, estaba durmiendo. ¿Qué mosca te ha picado, Ryan?

—Matt, tenemos una orden de registro de tu vivienda. Te ruego que no nos pongas las cosas difíciles y que colabores en la medida de lo posible — dijo Bowen, solemne, mostrando la autorización judicial.

—¿Una orden de registro? ¡Qué narices me estás contando! Seguro que han sido estos jodidos chupatintas de Washington.

—Matt, no compliques más las cosas y déjanos entrar.

—¡Pasad, joder, no tengo nada que ocultar!

Entramos en la casa, que era bastante humilde y estaba muy desordenada. Pocos segundos después nos siguió Colin, que se ocupó de mantener vigilado a Davies mientras Ryan, Tom y yo inspeccionábamos cada rincón.

—¡La estáis cagando! Me voy a hacer con los servicios de un buen abogado y os va a joder de lo lindo —gritaba el guarda, a nuestras espaldas.

Ryan se ocupó del salón y de la cocina. Tom de una habitación que había a la derecha y yo de otra ubicada a la izquierda de un pequeño pasillo que prolongaba el recibidor. Nada más encender la luz descubrí que se trataba de

su taller clandestino de galvanización. Había varias cubetas, frascos, una mesa de trabajo, una lijadora y había montones de llaveros, pendientes, insignias y otros ornamentos por el estilo en un pequeño cesto metálico. No toqué nada y decidí que lo mejor era esperar a que Liz procesase aquel lugar en busca de alguna prueba. Al salir de nuevo al pasillo me topé de bruces con Tom y con Ryan, que ya me esperaban.

—¿Tenéis algo?

—Yo nada, al menos que salte a la vista —respondió Bowen.

—Yo tampoco. Es su dormitorio, y apenas tiene cosas en él. Pese a todo, está hecho una pocilga —masculló Tom.

—Pues aquí detrás está su taller clandestino. Espero que Liz encuentre algo que realmente merezca la pena. Es mejor que nosotros no toquemos nada.

—Y qué hacemos, ¿la llamamos ahora? —inquirió Tom.

Estaba meditando mi respuesta cuando al dar un paso noté que el suelo de madera cedía levemente bajo mi pie. Una alfombra de algodón cubría esa zona del pasillo y la aparté. Asombrados, descubrimos una trampilla con un pasador. En su extremo superior había una pequeña cuerda, para poder tirar de ella y abrirla para acceder a la planta inferior.

—Un sótano oculto —apuntó Tom.

—Esto lo habrá hecho Matt, porque creo que esta vivienda no contaba con sótano —manifestó Bowen, tan cariacontecido como nosotros.

Quitó el pasador y tiré de la cuerda. Una escalera de madera se hundía en el suelo.

—¿Qué estáis haciendo por ahí? ¡No saquéis conclusiones precipitadas, puedo explicarlo! —exclamó el guarda desde el salón, intuyendo que habíamos desvelado su *madriguera*.

—¿Lleváis una linterna? —pregunté, sin hacer el menor caso a lo que Davies bramaba.

Ryan asintió y sacó una de la parte trasera de su cinturón. Se adelantó a nosotros y descendió. Sólo podíamos hacerlo de uno en uno, de modo que nos tocó esperar mientras cada cual hacía mil conjeturas en su cabeza.

—Bajad, por favor, esto es realmente escalofriante.

Tom me antecedió y yo le seguí después, a tiendas, pues la oscuridad era

casi total. El sótano apenas medía ocho metros cuadrados. El suelo del mismo era de tierra compactada, y el techo estaba apuntalado por vigas y travesaños de madera sin tratar. El olor del aire denso y viciado era nauseabundo. Ryan iba iluminando desde el centro de la estancia cada uno de sus recovecos. Había plumas de gallina u otras aves por todas partes, restos de envases de comida preparada, gusanos, y otros insectos que no supe identificar correteando de un lado a otro, escapando del foco de luz. El lugar resultaba tan inquietante que mis músculos estaban completamente paralizados por la turbación. Pero lo más espeluznante era una pequeña jaula artesanal, erigida con barras de acero y una sólida malla metálica, ubicada en una de las esquinas. Debería tener dos metros de largo, uno de ancho y un metro setenta de alto. Resultaba claustrofóbico sólo el hecho de contemplarla. Prácticamente todo el suelo de aquella singular y diminuta prisión estaba ocupado por un desvencijado colchón plagado de manchas oscuras y amarillentas, que provocaban náuseas sólo mirarlas.

—¡Qué coño es esto, Ethan! —profirió Tom, despavorido y lívido.

Tardé en contestarle. Estaba aturdido. Había esperado lo peor del guarda casi desde el primer día que lo conocí en el Perry State Park, pero aquella escena iba mucho más lejos de lo que había llegado a imaginar.

—Un zulo con una pequeña cárcel. El lugar ideal para mantener cautivas a unas chiquillas y hacer lo que a uno se le antoje con ellas sin que nadie moleste.



## — XXVIII —

Pasadas las tres de la madrugada Davies, pese a que no había dejado de vociferar y maldecir, ya descansaba en el calabozo de la oficina del sheriff de Jefferson y la parcela de su propiedad estaba acordonada con cinta policial. Todos estábamos un poco trastornados por lo que acabábamos de ver, y tratábamos de recuperar el aliento en la medida de nuestras posibilidades. No tuve más remedio que telefonar a Liz y pedirle que fuera a procesar el lugar esa misma noche, pues no quería perder demasiado tiempo. Tan sólo me pidió que le diese diez minutos para arreglarse y presentarse en la oficina más o menos decente.

—¿Lo tenemos, Ethan? —me preguntó, antes de salir hacia Valley Falls en un coche patrulla acompañada por un agente.

—No lo sé, Liz. Espero que encuentres algún rastro de valor. Allí hay sangre, o eso me pareció, y más restos biológicos, y creo que también cianuro. Al menos había varios frascos con algo similar a la sal.

—Tranquilo. Seguro que hallamos alguna cosa que lo incrimine. Pinta mal para Davies.

—Eso parece. Aquel lugar es como la cueva de satanás, ya lo verás con tus propios ojos.

Regresé hasta la casa que nos había cedido el condado dando un paseo. La noche estaba tranquila en Oskaloosa, y la breve caminata me despejó la mente y me permitió reconciliarme con el mundo y con mi vida. Sentí la vibración de mi Smartphone y vi que era un mensaje que mi madre me había enviado hacía algunas horas. Rezaba: «*Ethan, tu padre estaría encantado de que fueras a hacerle una visita alguno de estos días*». Lo que me faltaba. Llevaba unos días sin pensar en mi padre, sin soñar con él. Era lo único

bueno de aquel intrincado caso que se enredaba por momentos. Pero allí estaba mi madre para recordármelo.

Me dejé caer en el porche de la vivienda y me puse a llorar. Ir a Mariposa me parecía una estupidez: quedarse delante de un trozo de mármol bien pulido con una inscripción y esperar que ese gesto solucionara algo. Lo haría, pero no por mi padre; lo haría por mi madre. Tenía que encontrar la forma de escaparme aunque fuera sólo por unas horas de aquel condado, alquilar un coche en San Francisco, acercarme a Los Banos a por ella y luego seguir hasta Mariposa para cumplir con sus deseos.

A mi padre lo había matado un desalmado. Tras enterarse de mi afición por el atletismo comenzó a correr, pues no sólo quería acompañarme en mis entrenamientos, deseaba comprender qué sentía yo, por qué me apasionaba tanto ese deporte que no tenía nada en absoluto que ver con el que a él le entusiasmaba: el béisbol. Sin llegar a convertirse en un adicto, sí que se transformó en lo que suele denominarse como un *corredor popular*. Salíamos de cuando en cuando juntos a rodar: él se esforzaba por ir más rápido de lo que podía y yo lo hacía por ir mucho más despacio de lo que solía. La tarde que lo atropellaron yo no le acompañaba, pues tenía otros compromisos. Un coche que jamás fue identificado lo golpeó brutalmente mientras corría por el arcén. El conductor se dio a la fuga, y lo dejó en el suelo, malherido, desangrándose. Una anciana dio el aviso: un hombre corpulento había sido atropellado y apenas le quedaba un hálito de vida. Dos semanas después del sepelio me acerqué a verla, para darle las gracias. Todavía estaba conmocionada y afligida. Cuando llegaron las emergencias mi padre ya había perdido mucha sangre y nada pudieron hacer por él. Le pregunté si le dijo algo en esos últimos instantes en que ella lo acompañó, y me respondió que apenas tenía fuerzas para hablar. Murmuraba algo, muy débilmente, como si lo repitiese una y otra vez. Y así se apagó la luz del hombre más fascinante que jamás he conocido y que jamás llegaré a conocer.

Poco después de su entierro dejé el atletismo y me decidí a entrar en el FBI. Mi primer objetivo: atrapar al homicida que se había fugado tras atropellar a mi padre. Un absurdo, una quimera que sólo tenía cabida en la mente de un joven recién salido de la adolescencia. Con el tiempo maduré y comprendí que ya nada podía hacer por mi progenitor, pero que sin embargo

toda esa rabia y esa energía acumulada en mis entrañas podrían servir para hacer justicia a otras víctimas. Nada apagaría las brasas de un dolor infinito y profundo, pero al menos sacaría arrestos para continuar existiendo; para, con el paso de los años, descubrir que la herida lentamente cicatrizaba.

Pero allí sentado en el porche de la casa en Oskaloosa, mientras lloraba, recordaba también que había algo que jamás me perdonaría: si mi padre no hubiera empezado a correr, sólo por satisfacerme, sólo por estar más cerca de su hijo, jamás lo habrían atropellado y dejado tirado en un arcén, desangrándose. O quizá, si ese día lo hubiera acompañado, en lugar de dedicarme a otros asuntos, que vistos con perspectiva eran meras estupideces importantes sólo para un imberbe como yo, tampoco habría sucedido nada. Y esa losa de la culpa la sentía sobre mi espalda cada día, y cada maldita noche al acostarme regresaba para martirizarme con su peso ilimitado.

Una vez más traté de imaginarlo, malherido, junto a aquella anciana desconocida, sabiendo que su mundo se acababa para siempre, que ya no habrían más barbacoas para él, ni más *buds*, ni más partidos en el estadio de los *Giants*; ni tampoco más caricias de mi madre, ni siquiera podría ver a su hijo graduarse como número uno de su promoción en la fabulosa Universidad de Stanford, lo que lo hubiera llenado de orgullo. Y de nuevo me atormenté especulando con aquellas últimas palabras que había balbucido una y otra vez, hasta perderse en la inmensidad de la nada.

## — XXIX —

El día había amanecido radiante, y sin embargo yo sentía la resaca de una noche abrupta, que me había dejado un regusto terroso en lo más profundo del paladar.

Ya era tarde cuando me levanté, y a pesar de todo me puse las zapatillas y la ropa deportiva y fui hasta la casa de Patrick Nichols, con la esperanza de que se animara a acompañarme en un rodaje rápido de 4 millas: lo suficiente para que el aire fresco del mediodía insuflase mis pulmones de oxígeno y energía renovada. Aceptó de inmediato, aunque pronto descubrió que sólo lo quería para no correr solo, pues apenas abrí la boca a lo largo del recorrido. Me despedí de él dándole las gracias y prometiéndole que al día siguiente me encontraría mejor, y que realizaríamos un entrenamiento como mandaban los cánones.

Al volver a la casa me encontré con todo mi equipo ya trabajando en el salón. Liz llevaba la misma ropa que en el momento en que me había despedido de ella, por lo que deduje que no había dormido nada.

—¿Qué tal ha ido?

—Una noche y una mañana largas y agotadoras. Las manchas eran sangre humana, pero ahora tenemos que saber a quién pertenecían. He mandado cotejarla con las muestras de ADN que tenemos de Clara y de Donna.

—¿Y los demás restos biológicos?

—Orines, vómitos, excrementos... El paraíso de la inmundicia.

Estaba algo agotado, y sentí una repentina arcada. Sólo de imaginar a aquellas pobres niñas encerradas en aquel sótano asqueroso se me ponía la piel de gallina.

—¿Y los botes con sales?

—Cianuro de potasio. No te equivocaste. Tiene dos frascos, aunque está contaminado con otras sustancias. Pero es cianuro.

—Lo sabía. ¿Hay alguna maldita forma de saber si es el mismo que se utilizó para acabar con la vida de Clara y de Donna?

—Lo vamos a intentar, pero no te hagas demasiadas ilusiones.

En ese momento no atendía a razones, y lo único que deseaba era que hallásemos algo, aunque fuera un cabello de una de las jóvenes, que fundamentase de manera sólida lo que de momento no eran más que indicios.

—Lamento estropear la fiesta, pero tras pasar la noche en blanco he llegado a la conclusión de que ese lugar no encaja en absoluto con el estado en el que fueron encontrados los cuerpos de la chicas —apuntó Tom, sin mirarme a los ojos, como temiendo mi reacción.

—¿Y eso? —pregunté, desafiante.

—Ethan, yo coincidí con él —se adelantó Liz—. Los cadáveres no presentaban ningún signo de violencia, ni el más leve rasguño. Estaban limpios, casi inmaculados...

—Bueno, eso no significa nada. De momento tenemos encerrado a un tipo bastante raro que tiene una especie de catacumba con una jaula excavada en el suelo de su casa, que conocía a Clara y que acosaba a Donna.

—Tienes toda la razón, y por eso vamos a comprar las muestras de ADN halladas. Quizá sea un asesino en serie con más homicidios a sus espaldas de los que creemos, y esa sangre es de otras víctimas, no lo sé —manifestó Liz, preocupada.

—Deberíamos escavar en la parcela, o al menos pasarle un GPR para descartar la posibilidad de en la misma haya cuerpos enterrados —dijo Tom.

Un GPR, o radar de penetración terrestre, es una herramienta usada principalmente para estudiar las propiedades de un suelo determinado, pero que en los últimos años se usa mucho en análisis forense para la búsqueda de restos humanos enterrados a poca profundidad.

—Tienes razón. Te ruego que vayas realizando las gestiones. Nunca se sabe lo que nos podemos encontrar en aquel maldito lugar.

—Ethan, siento interrumpir, pero hace rato que Bowen te espera en la oficina del sheriff para interrogar a Davies. No quiere dar un paso sin que tú estés conforme —dijo Mark, que al mismo tiempo pulsaba sin descanso las

teclas de su ordenador portátil.

—Es cierto. Me voy para allá. Entretanto, me gustaría tener esta tarde un informe bastante amplio sobre Duane Malick. Organizaos como consideréis apropiado.

—Jefe, eso ya se lo solicitaste a Jim, ¿recuerdas?

—Sí. Pero quiero uno *vuestro*.

Ya salía por la puerta cuando la voz de Liz, que me sonó igual que durante el breve tiempo que compartimos como pareja, me detuvo en seco:

—¡Ethan, creo que sería mejor que te dieras una buena ducha y te pusieses el traje!

Veinte minutos más tarde me encontraba en la sala de interrogatorios de la oficina del sheriff junto a Bowen. Al otro lado de la mesa nos observaba un aparentemente relajado Matt Davies.

—¿Ha llegado ya su abogado? —pregunté, dirigiéndome a Ryan.

—No lo ha pedido —respondió el ayudante del sheriff, elevando una ceja.

—Señor Davies, ¿acepta realizar este interrogatorio sin la presencia de un abogado?

—De momento, no lo necesito. No tengo nada que ocultar. Han metido la pata hasta el cuello, y si me sueltan pronto olvidaré el incidente.

—Anoche no parecía usted tan sensato.

El guarda no estaba esposado, algo que comprendí pero que no dejaba de inquietarme. Puso sus enormes manos boca arriba sobre la mesa.

—Me dieron ustedes un susto de muerte. Sé que todo esto es cosa suya, porque ni a Jim ni a Ryan se les hubiera pasado por la cabeza aparecer de esa manera en mi propiedad. Estaba muy cabreado, y no sabía ni lo que decía.

Instintivamente dirigí mi vista hacia la cámara que estaba registrando aquella conversación, para cerciorarme de que funcionaba correctamente. No deseaba enfrentarme a mayores problemas más adelante.

—¿Pierde los nervios con facilidad?

—Vamos, hombre, ¡no me joda!

—Señor Davies, usted es vigilante, ha recibido cierta formación sobre nuestra manera de trabajar. Conocía a las dos chicas y hemos encontrado cianuro de potasio en su taller clandestino, ¿le suena de algo ese compuesto?

—Yo no maté a esas chiquillas. Y el cianuro de potasio tiene muchos

usos. Yo lo utilizo para la galvanización de bisutería y otros adornos. Cualquiera que sepa un poco de electrolisis le confirmará que no es nada raro. Llevo haciéndolo años, puede preguntar por todo el condado.

—Por eso recurrió a él: *mira qué bien, este compuesto que me es tan útil resulta que también es un fabuloso veneno.*

Matt se frotó la frente con las manos. Estaba haciendo un esfuerzo por no descontrolarse y empezar a gritar como un descosido. Lo notaba, y él sabía que yo estaba al acecho, aguardando ese instante.

—Quizá alguien me la esté jugando, no lo sé. Busquen huellas o restos míos en las chicas, busquen todo lo que sea preciso en mi casa, no van a encontrar nada que me relacione con esos horrendos crímenes.

—Señor Davies, ¿es consciente del aspecto que da su parcela? Postes con cráneos de bisontes clavados en todo lo alto, una cerca con girones de ropa por todos lados...

El guarda bajó la cabeza y la meneó, como negando. Cuando la alzó tenía los ojos ligeramente humedecidos.

—Eso tiene una explicación. La está cagando, yo no soy su hombre; pero sí que revolverá en la mierda que todos tenemos en nuestro pasado, hasta regodearse y quedarse satisfecho.

—Matt, creo que no estás en condiciones de dar lecciones a nadie. Hemos visto el sótano con la jaula, y todavía estoy temblando de miedo. ¿Entiendes que estás metido en un buen lío? —intervino Bowen, en un tono casi amigable, que a mí me rechinó pero que acepté impertérrito.

—Ryan... Todo eso era por mi madre, joder, ¡mi madre! En los últimos años de vida había perdido completamente la cabeza. ¡Fue ella la que clavó las malditas estacas y puso allí esas calaveras! Ella fue también la que hizo pedazos su ropa y se dedicó a clavarla por el vallado. Decía que así Satán se mantendría alejado de nosotros. Estaba aterrorizada, y decía que si no lo impedía acabaría en el infierno.

Davies se echó a llorar. Contemplar a aquel tipo duro y desagradable gimiendo como un crío era un espectáculo desconcertante.

—Matt, ¿no pensarás que me voy a creer que también fue tu madre la que escavó el suelo de tu casa y construyó esa jaula?

—¿De verdad quieres que te cuente todo? ¿De verdad crees que yo fui

capaz de matar a Clara y a Donna?

—Usted acosaba a Donna. Lo sabemos. Ella estaba molesta y se lo había confesado a una amiga. Quizá hacía lo mismo con Clara, y no soportó que ambas le dieran calabazas. También usted perdió la cabeza, como su madre —sugerí, estableciendo una correlación cruel pero habitualmente efectiva.

—Es usted un miserable. No sabe nada de mí, no sabe nada de mi vida y se permite hacer esos juicios bastardos. Seguro que lleva desde niño viviendo entre algodones, y que todo lo que ve por aquí le repugna, porque no entiende un carajo.

Estuve tentado de responderle que era graduado en psicología por Stanford, que llevaba algunos años en Quántico y que ya había resultado, con mis insultantes treinta años, un complejo caso de asesinatos múltiples. Pero replicarle era ponerme a su altura, entrar en su juego y, demostrar, que en el fondo yo era exactamente como él imaginaba. Me contuve. Tampoco le informé que Worth me había puesto al día de su cruel existencia.

—Está eludiendo la cuestión: ¿por qué acosaba a Donna Malick?

—Me gustaba esa chica, lo reconozco. Hacía un puñado de millas sólo para charlar un rato con ella. Sé que es un disparate, y que le sacaba treinta años. No crea que es tan sencillo conocer a una soltera en este condado. Donna ya era mayor de edad, yo no estaba haciendo nada ilegal. Y no la acosaba, como usted dice. Sólo iba a verla, pagaba mi gasolina y me largaba sin más. Y a Clara juro que jamás me acerqué. Era una compañera de trabajo, sólo eso. La seguía viendo como a una niña, porque la conocía desde que era adolescente, supongo...

—Matt, explica lo del sótano —dijo Ryan, que estaba asumiendo la versión de Davies.

—Lo construí yo mismo. Mi madre se había vuelto peligrosa, en cierto modo. Cuando no estaba salía desnuda a la calle, gritaba a los vecinos o se dedicaba a romper cosas en casa. Una pesadilla.

—¿Y entonces decidiste encerrarla en ese lugar repugnante?

—Sólo cuando yo no estaba en casa, mientras hacía mi turno en el Perry State Park. No deseaba que la encerrasen en una institución mental. Visité una por recomendación del psiquiatra que nos atendió una vez en Topeka, y salí de allí asqueado. Ese sótano que habéis descubierto es una pocilga, pero



al menos seguía en su hogar. Por las noches paseábamos juntos por la orilla del río Delaware, algo que jamás hubiera podido hacer encerrada en un manicomio. Hice lo que consideré más correcto. No soy el tipo con el pasado más limpio del mundo, pero de ahí a pensar que me he convertido en un asesino va un trecho muy largo.

Davies tenía una respuesta sólida y bien construida para cada una de nuestras preguntas. Cada contestación yo la recibía como un puñetazo en la boca del estómago.

—Si todo lo que cuenta es verdad, en ese sótano sólo hallaremos su ADN o el de su madre —manifesté, con rudeza.

—Así es. Nadie ha entrado allí. Bueno, salvo las gallinas que le dejaba de cuando en cuando...

—¿Gallinas? ¿Para qué metías allí gallinas? —preguntó Bowen, inclinándose hacia adelante.

—Esto... Joder... Mi madre las mataba. Les retorcía el pescuezo y luego las desplumaba. Una vez se comió una casi entera... cruda.

—¿Para qué hacía eso tu madre?

—Ya os lo he dicho. Pensaba que eran sacrificios que la alejarían del infierno. ¿Cómo quieres que te lo explique? ¡No estaba en sus cabales!

El vigilante volvió a romper a llorar. No fingía, lloraba de verdad, como sólo puede hacerlo alguien que ha pasado por un trauma desolador.

—De momento esto es todo. Vamos a comprobar lo que nos ha contado. Como encuentre en su propiedad, aunque sólo sea una pestaña, cualquier cosa que lo relacione con Clara o con Donna... dese por jodido —sentenció.

Un agente devolvió a Davies al calabozo, dejándonos a Bowen y a mí a solas en la sala de interrogatorios.

—¿Lo vas a soltar? —inquirió Ryan.

—Ni loco. Cuando Liz haya terminado de estudiar esa casa y tengamos todos los resultados me lo pensaré. Entretanto lo mantendremos encerrado.

—Yo me lo he creído todo. Es complicado que nos estuviera mintiendo.

Fruncí el ceño. Al ayudante del sheriff no le faltaba razón, y eso me desquiciaba, porque cada vez sentía más ansiedad, más ganas de cerrar el caso. Sólo imaginar que un sospechoso que parecía tan claro se diluyera como un azucarillo tan fácilmente me dejaba completamente aturdido. A mí

también me había parecido sincero el vigilante.

—No me voy a precipitar. Está claro que Davies no es trigo limpio, de modo que esperaremos acontecimientos. Joder, Ryan, ¿es que no hay nadie medio normal en este condado?

Bowen me dirigió una mirada cargada de perplejidad, para después responderme ofendido:

—Lleva usted aquí sólo unas semanas, y no ha venido de vacaciones precisamente. Apenas está conociendo a las personas relacionadas con dos horrendos crímenes, en un condado en el que los vecinos pueden dejar abiertas las puertas de sus casas. Jefferson está plagado de gente maravillosa, de modo que no me fastidie. En una manzana de su querido San Francisco puede haber más delincuentes que en todo nuestro condado.

Me dejé vencer sobre la mesa de la sala de interrogatorios. Había olvidado apagar la cámara de grabación y estiré el brazo para pulsar el botón y detenerla.

—Lo siento. Soy un gilipollas, de verdad. Pensaba que ya teníamos resuelto el caso, y ahora tengo dudas. Sólo deseo que Liz nos traiga pruebas contundentes y zanjemos este asunto de una vez, por el bien de todos nosotros.

Bowen me devolvió un gesto de conformidad. Él también estaba agotado y sometido a una enorme presión emocional. Nos quedamos en silencio, reflexionando, hasta que el zumbido de mi Smartphone me sobresaltó. Era Liz. Esperaba que me telefonease para darme buenas noticias.

—¿Tienes ya los resultados?

—No, Ethan. Te estoy llamando porque he descubierto algo relacionado con Duane Malick. He podido hablar con su mujer, Susan Sturm. Entre lo que grabaron las cámaras nocturnas y esto, creo que no va a quedar más remedio que interrogar a ese tipo.

—¿Qué diablos has averiguado? —pregunté, impaciente.

—Su mujer asegura que se divorció de él porque descubrió que había tenido un lío con Sharon Nichols.

## XXX

En realidad no nos conocemos ni a nosotros mismos; cómo podemos esperar conocer de verdad a los que nos rodean. El ser humano necesita un espacio de intimidad, una sólida caja fuerte en la que poder guardar sus confidencias, que en algunos es realmente insignificante, mientras que en otros resulta ser descomunal.

Llevo años dedicándome a la psicología, y a pesar de todo sigo asombrándome cuando, casi siempre de forma casual, aunque a lo largo de un arduo proceso de búsqueda, descubro el código que descerraja el fortín de esa intimidad, y de súbito todos esos secretos celosamente guardados saltan por los aires, delante de mis ojos.

Yo no soy distinto al resto de mis semejantes. Y mi cofre sigue esperando a que algún día alguien lo abra y se dé de bruces con el verdadero Ethan Bush. Mientras, una sólida fachada cuidadosamente mantenida me protege del entorno.

Decidí que salir a correr un rato con Patrick era más importante que cualquier otra cosa, de modo que para sorpresa de Ryan, Jim y mi equipo les dije que siguieran trabajando, porque me iba a entrenar un par de horas. Son el tipo de cosas que puede permitirse un jefe, pero que terminan por devastar a un aspirante a líder.

—Cada vez le noto más agotado, ¿quiere que lo dejemos para otro día?  
—me preguntó Nichols, nada más verme.

—No, es lo último que deseo. Sólo estoy fatigado mentalmente, y mi cabeza necesita del deporte. Sin embargo, cada vez corro más rápido —respondí, petulante.

—Eso es cierto, Ethan. Creo que el próximo día ya estará en condiciones

de acompañarme a la pista de la Universidad de Kansas, en Lawrence. Aunque tengamos que ir a la *hora de las tortugas*.

—Bueno, de momento ir más deprisa que una tortuga es todo a lo que aspiro.

Salimos en dirección al lago. Deseaba llevarme a un terreno bastante plano de tierra en el que solía hacer series de 350 yardas en un minuto, lo que le permitía ganar velocidad y resistencia. Yo había olvidado aquellas duras rutinas de mis tiempos como atleta, y cuando terminamos la cuarta tanda ya no podía más.

—Me duelen las piernas a rabiar.

—Lactato. No es nada malo, sus músculos se quejan y generan desechos que usted todavía no es capaz de reciclar. Pronto mejorará su estado físico, y dejará de sentir esas molestias.

—Me encantaría llegar a su edad con tanta energía.

—Yo no corro para tener más energía, lo hago para perderla —musitó, mientras miraba hacia las copas de unos árboles cercanos, que ocultaban el lago de nuestra visión.

Aquel comentario me recordó que yo estaba allí, en Oskaloosa, no para pasar un buen rato entrenando con un hombre maduro que me caía simpático, sino para investigar unos terribles homicidios.

—Patrick, ¿recuerda si su hija Sharon se veía con alguien en las semanas previas a su...?

Nichols se giró bruscamente, encarándome, como si hubiera estado esperando que le formulase esa pregunta, o cualquier otra por el estilo, desde que nos conocimos.

—Ethan, ¿qué ha descubierto? Tiene que decírmelo, se lo ruego —suplicó.

—Sólo quiero que responda a mi pregunta, por favor.

—No lo sé. No lo recuerdo...

—Es importante.

—Por aquella época ya no salíamos tanto a correr juntos, que eran los momentos en los que aprovechaba para desahogarse conmigo. Al contrario que la mayoría de las chicas, Sharon confiaba más en mí que en su madre. Imagino que esos largos entrenamientos, los dos solos, tenían mucho que ver.

—Seguramente. Entonces, jamás le hizo ningún comentario al respecto.

—Creo que no. Mencionó a un chico de la Universidad, un tal Robert, que jugaba en el equipo de béisbol, me parece, pero sólo tonteaban, ya sabe.

Patrick notó mi decepción, y se aproximó para tomarme de los hombros y agitarme levemente.

—Si descubren algo de importancia, me gustaría estar informado, Ethan.

—Si lo hacemos, será el primero en saberlo, se lo prometo —mentí, esquivando sus ojos.

Regresamos a Oskaloosa prácticamente sin hablar. Me comentó que se aproximaba la época de los tornados, y que con suerte vería alguno. En Jefferson no solían ser de mucha intensidad, por lo que era un espectáculo que merecía la pena no perderse. Al despedirnos quedamos, sin definir una fecha específica, en que el siguiente entrenamiento sería en Lawrence, hasta donde él me acercaría en su flamante *Lexus*, que apenas usaba y que necesitaba también *estirar las piernas*.

—Estaré esperando su llamada. Ya me conoce: siempre estoy listo para echar a correr.

Me alegró aquella agradable despedida, tras la tensión que acabamos de vivir en las proximidades del lago. Sabía lo delicado que era mantener una relación con los familiares de alguna víctima, mucho más en el curso de una investigación, pero era la primera vez que tenía la oportunidad de experimentarlo.

Cuando entré en la casa descubrí que allí no había nadie, por lo que deduje que todos se encontrarían en la oficina del sheriff, trabajando a destajo mientras yo me daba *la vida padre* correteando por los alrededores. Tomé una ducha rápida, me vestí y usé el *Spark*, que estaba estacionado delante del porche, para llegar lo antes posible a la oficina.

—¿Dónde está el detective Worth? —pregunté al agente que custodiaba la recepción.

—Creo que está junto a Ryan y el resto de su gente en la sala de reuniones. Hemos recibido un paquete esta mañana y levan desde entonces encerrados.

Me dirigí hacia la estancia con el sentimiento de culpa de no haber estado en el lugar adecuado en el momento preciso. También deseaba saber qué

podía haber llegado para merecer la atención de todos ellos.

—¿Tenemos los resultados del laboratorio? —pregunté nada más abrir la puerta, como si llevara toda la mañana trabajando arduamente y por fin pudiera prestarles atención.

—*Buenas tardes*, jefe —me saludó Tom, con una punzada de cinismo que se introdujo en lo más hondo de mi orgullo.

—Todavía no, aunque las espero para dentro de un rato. Tienen que estar al caer —respondió Liz.

—¿Y ese paquete del que me han hablado?

—Es la grabación de un vecino. Tiene una cámara de seguridad instalada en su propiedad, a las afueras de Perry, en Lecompton Road. Pasa largas temporadas fuera de casa y quiere tener controlado lo que pasa allí en su ausencia, aunque los robos en esa zona son infrecuentes —dijo Worth, señalando un mapa del condado que había desplegado sobre la mesa.

—¿Lecompton Road? ¿Esa calle no se prolonga hacia la 1029? —inquirí.

—Exacto. En realidad son la misma carretera, sólo que a su paso por Perry le han puesto un nombre de calle.

—¿Y qué ha recogido la cámara?

—A Donna Malick, caminando sola por el arcén en dirección a Lecompton, tal y como pensábamos.

—Joder, ¡cómo hemos tardado tanto en tener esta grabación!

—El vecino estaba de viaje. Lo hace con frecuencia. Al regresar, y enterarse de lo de las chicas, se puso a repasar los registros de su cámara. Se topó con la imagen de Donna caminando por delante de su casa y pensó que debía informarnos, aunque ha tardado un poco en decidirse. Nos ha mandado un pendrive.

—¿Habéis hablado con él?

—Aunque no quiere saber nada del asunto, y considera que ya ha cumplido con su deber ciudadano, Ryan se acercará a charlar con él dentro de un rato.

—Perfecto, buen trabajo. Esa grabación nos permite estrechar el punto en el que fue secuestrada. Es un paso adelante.

—Espera, Ethan —dijo Liz, alzando su mano derecha—; en realidad hay más. ¿Recuerdas al transportista que dijo pasar a eso de las 16:20 por la 1029

y que no vio a nadie desde Lecompton hasta Perry?

—Vagamente... ¿cómo se llamaba ese tipo?

—Jack Evans —respondió Bowen al instante.

—Sí, eso es. Bueno, ¿qué pasa?

—Su testimonio se tambalea. La grabación que nos ha pasado el vecino está fechada y registra la hora. Hemos podido comprobar, gracias a que sabemos que a eso de las 17:00 el tráfico en esa zona aumenta considerablemente, que la misma es correcta —manifestó Liz.

—¿Y?

—Será mejor que lo veas tú mismo para que contrastemos opiniones.

Unos segundos después la pantalla de 50'' de la sala mostraba un pequeño camino de tierra, perpendicular a Lecompton Road, un solitario buzón de correos sobre un poste de apenas un metro y un enorme campo de tierra baldía que se extendía hasta una arbolada. Al cabo de unos instantes la figura de Donna Malick surgía por la derecha, es decir, abandonando Perry en dirección a la casa de sus amigos. Resultaba estremecedor verla con vida. La cámara del vecino tenía una resolución aceptable, y se identificaba claramente a la joven. Sentí cómo las manos se me entumecían levemente, y descubrí que estaba aferrado a la mesa como si fuera a caer en un abismo y aquel tablero fuera mi último asidero. Donna caminaba despacio, y se notaba que lo hacía despreocupada, absolutamente ajena a su futuro más inmediato. El reloj marcaba las 16:08. En un momento determinado dirigía sus ojos hacia la cámara, como si la hubiera identificado: aquellos enormes ojos que desde el primer momento me suplicaban que la ayudase a resolver su asesinato. Luego se perdía por la izquierda, hasta desaparecer.

—Esto está genial, pero concuerda con las versiones que tenemos hasta el momento.

—¡Mira! —exclamó Liz, señalando la pantalla, casi indignada.

La grabación continuaba, y apenas pasado un minuto desde que Donna Malick desapareciese por el margen izquierdo surgía una furgoneta blanca y sucia, que avanzaba lentamente en dirección a Perry. El reloj marcaba las 16:11.

—¿Es la furgoneta del transportista?

—Sí, ya la identificamos en su día. Tenemos fotos de la misma y la

matrícula —respondió Worth.

—Ethan, tuvo que verla. Por un puñado de metros la cámara no registra el instante en que se cruzan los dos —manifestó Liz, exaltada—. Y sé que es difícil concretar, pero resulta curioso que en su declaración Evans dijese que pasó por esa carretera a las 16:20, cuando en realidad se le ve llegando a las afueras de Perry a las 16:11. Extraño, ¿no te parece?

—¿Dónde vive ese hombre?

—En Perry —contestó Bowen.

—¿Antecedentes de cualquier clase?

—Está limpio. Vive solo, al otro lado de la ciudad, cerca de la estatal 24 y del río Delaware.

Escuchar que otro tipo sospechoso, al igual que Davies, residía en las inmediaciones del río Delaware me puso los pelos de punta. Me aproximé al mapa del condado que Jim tenía desplegado sobre la mesa. Seguí con la mirada el serpenteante curso río, que efectivamente conectaba Valley Falls, en el norte, con Perry, al sur, atravesando el lago. Fue de esta manera como descubrí que una calle perpendicular se unía a la carretera del condado 1029 justo en el punto imaginario en el que Donna y el transportista debieran haberse cruzado.

—¿Qué carretera es ésta y adónde conduce?

Worth examinó el mapa, confundido por mi apremiante tono de voz.

—Es un camino de tierra, la calle 12. En realidad no lleva a ninguna parte: es un intrincado laberinto de pistas polvorientas, todas sin asfaltar, que unen distintas propiedades. Hay que conocerlos bien, si te pierdes lo mismo acabas en la 59 que en una de las orilla del río Kansas.

—Y en el punto en que la 12 se cruza con la 1029, ¿es posible ocultar un vehículo?

Jim miró al techo, tratando de hacer memoria, y luego buscó ayuda en los ojos de Bowen.

—A un lado hay un maizal, creo recordar, y al otro una pequeña arboleda —terminó respondiendo Ryan.

—Worth, me gustaría que me acompañase para echar un vistazo. Tom, tú acompaña a Bowen a hacerle una visita a ese transportista, a ver qué podéis sacar en claro. Joder, ¿dónde diablos están los teléfonos móviles de esas



chicas!

Liz meneó la cabeza con resignación. Sabía que yo acababa de meter la pata, sólo con mirarla.

—No han sido localizados, está en el informe que elaboró Jim, ¿recuerdas?

—Es cierto. Nos serían de tanta ayuda en estos momentos...

—Bueno, déjame trabajar —propuso Mark, desvelando su presencia en la sala, junto al resto—. No es lo mismo que contar con el dispositivo físicamente, pero si las compañías se comportan algo sacaremos en claro.

—Genial. Os ocupáis tú y Liz. Si os parece, en tres horas nos encontramos todos en la hamburguesería de aquí y os invito a cenar para comentar lo que hayamos descubierto.

—A tus órdenes, jefe —masculló Tom.

El resto asintieron, y abandonamos la oficina por parejas, cada uno en una dirección. Worth había cogido las llaves del *Interceptor*, para poder manejanos con comodidad por los caminos de tierra.

—Menuda papeleta. Estoy convencido que mientras le traían en la furgoneta desde Kansas City jamás imaginó que esto se iba a complicar tanto, ¿verdad?

—Y usted, Jim, ¿se lo podía imaginar?

—Sí, Ethan. Nada más aparecer el cuerpo de Clara supe que estábamos delante de un *marrón* de los grandes. Cuando una semana más tarde Bowen me informó de que había otro cadáver comprendí que esta historia nos sobrepasaría. Por eso me alegro tanto de que usted y su equipo estén aquí para echarnos una mano.

Nada más aparcar el SUV en la confluencia de la carretera del condado 1029 con la calle 12 tanto Worth como yo entendimos que el transportista no tenía que haberse cruzado *necesariamente* con Donna Malick.

—Pudo girar a la izquierda, según salía de Perry, y perderse por el camino de tierra —apuntó Jim, haciendo él mismo ese recorrido a pie—. Salvo que Evans hubiese mirado hacia su derecha, entre los árboles y el maizal es imposible que pudiera ver a la chica.

Salí a la 1029 y llegué hasta la casa que tenía una cámara de vigilancia en lo alto de una estaca, disimulada entre varios árboles. Sentí un escalofrío al comprender que estaba en el mismo lugar en el que hacía unos minutos había visto a Donna, con vida, paseando tranquilamente en una grabación. Era como suplantar su cuerpo con el mío. Caminé un trecho, en dirección a Lecompton, como lo hubiera hecho la joven, y después giré hacia la polvorienta calle 12. A mi izquierda se extendía una pequeña arboleda, junto a una sucesión de postes de la luz; a la derecha un denso y alto maizal. En cualquiera de los márgenes un vehículo hubiera podido ocultarse sin dificultad. Seguí avanzando unas 50 yardas, lentamente, examinando con detenimiento los arcones del camino. Worth me seguía unos pasos por detrás, imitando mi actitud de exploración, de modo que lo que se me escapase a mi él podría verlo. No hizo falta.

—¡Jim, venga rápido, por favor!

El detective apenas tardó unos segundos en alcanzarme. Mi dedo índice señalaba un puñado de tallos de maíz aplastados, que conformaban un rectángulo. Las piernas me temblaban, porque tenía la sensación de que habíamos encontrado algo importante.

—Joder, ¡casi juraría que tiene el ancho y la profundidad de un vehículo!

—Eso mismo he pensado nada más verlo.

—Ethan, puede ser sólo una casualidad, pero creo que ha dado en el clavo.

—¿Ha traído alguna cámara?

—¡Claro!

Worth se fue corriendo hasta el SUV y regresó en menos de lo que se tarda en hacer un chasquido con los dedos. Me tendió la cámara.

—¿No sería mejor que esto lo hiciesen sus chicos? —inquirió Jim, con buen juicio.

—Sí, pero quiero tener ya un registro gráfico de lo que tenemos delante. Apenas hemos recabado pruebas y evidencias, de modo que cuando se presenta una no voy a esperar a que cualquier eventualidad nos la eche a perder.

Tomé algunas instantáneas. Entretanto, Worth se dedicó a acordonar la zona, mientras esperábamos la llegada de Liz y de Mark, a los que ya habíamos avisado. Me cuidé de poner un solo pie en el área del maizal que se hallaba aplastada.

Bowen y Tom, que se encontraban muy cerca y que habían terminado de interrogar al transportista, nos telefonearon y decidieron acercarse a echar un vistazo.

—Joder, jefe, a ver si al final va a ser verdad que tienes un sexto sentido —apuntó Tom, esta vez en un tono más serio que de costumbre, mientras contemplaba la zona aplanada del maizal.

—¿Qué os ha contado Jack Evans?

—Muy poco. Ha repasado sus libros de registro de aquel día, y dice que es posible que en lugar de las 16:20, como indicó en su primera declaración, pasase por allí a las 16:11. Trataba de restarle importancia.

—¿Tenemos sus albaranes de entrega de aquel día?

—Sí, Bowen los lleva en el coche patrulla. Los hemos repasado y cualquier posibilidad es factible. Pudo cruzarse con la chica y no verla, pudo secuestrarla o, como parece, puede que ni tan siquiera se topase con ella en la 1029 sencillamente porque Donna había quedado aquí con alguien.

Ryan llevaba un rato meditando en silencio, con los ojos clavados en el

maizal. Se rascaba la cabeza y parecía algo contrariado.

—¿Qué piensas? —pregunté, porque notaba que algo no encajaba en la mente del ayudante del sheriff.

—Sólo que ha pasado mucho tiempo desde el asesinato de Donna. Este maizal pertenece a los Thomson —dijo, mientras señalaba una casa que apenas se vislumbraba entre las altas mazorcas, a unas 90 yardas de donde nos encontrábamos—, deberíamos acercarnos a preguntarles.

—Sólo cuando Liz y Mark hayan inspeccionado esta área. Nadie puede garantizarnos que ellos no estén implicados en el crimen.

—¡Son una pareja de ancianos! —exclamó Bowen, irritado.

Me sentí algo ridículo, y le hice un gesto aceptando que podía estar metiendo la pata y que podía ir a hacerles una visita.

—Me voy con Ryan —me dijo Tom—, ¡quién sabe si la señora Thomson es una excelente pastelera!

La broma no me hizo la menor gracia, pero esboqué una sonrisa y con la mano le indiqué que aceptaba la propuesta. Seguí tomando fotografías, nervioso, con la esperanza de que la singular estampa que tenía delante condujese a alguna parte.

—No veo huellas de neumáticos —apuntó Worth.

—Yo tampoco. Pero nunca se sabe. Liz y Mark son auténticos genios forenses, han hecho cosas increíbles en el pasado.

Yo era poco menos que un *pipiolo* malcriado en Quántico, que había destacado en mi formación y que había tenido la suerte de resolver con éxito mi primer y único caso en Detroit. Mi jefe, Peter Wharton, me había facilitado un equipo humano extraordinario, absolutamente desproporcionado para un cuasi novato. Eso demostraba lo mucho que confiaba en mí, aunque también lo mucho que él consideraba se estaba jugando en el envite.

A los cinco minutos llegaba el *Spark* con Liz y con Mark. La primera llevaba un puñado de folios en la mano, el segundo el maletín con todas las herramientas necesarias para examinar el área que Jim había delimitado.

—Ethan, te traigo dos novedades: una te va a gustar y la otra no —me espetó Liz, nada más llegar a mi altura, tendiéndome el montón de hojas que llevaba consigo.

—Empieza por lo que no me va a gustar.

—Hemos recibido los resultados del laboratorio. El ADN que recogimos en la madriguera de Davies no se corresponde con ninguna de las chicas.

—¡No me jodas, Liz! —exclamé, agitando los papeles en el aire.

—Es más: sólo hay un perfil genético. En esa jaula sólo sangró, meó, cagó y vomitó una persona.

—La madre de Matt —musité, desilusionado—. Lleva años enterrada, ¿hay algún modo de saber si se corresponde con ella?

—Quizá no haga falta una exhumación, que nos llevaría mucho tiempo. A través del ADN mitocondrial, si Davies nos da una muestra del suyo, podremos confirmarlo.

El ADN mitocondrial había supuesto uno de los avances de la ciencia forense más significativos de los últimos lustros. Requería muestras realmente pequeñas, y permitía establecer relaciones de parentesco por vía materna. Sólo las madres transmiten este tipo de ADN, a través del óvulo, pero todos los hijos de una misma madre lo tendrán. Este hecho ha permitido esclarecer muchos casos en los que el ADN de una víctima o de un sospechoso no estaba disponible para su contraste con una muestra recogida de una escena de un crimen, pero sí se podía contar con el ADN de la madre, de los hijos o de los hermanos del sujeto en cuestión.

—En fin, te encargas del asunto. Y... ¿la buena noticia?

—Ese genio que tienes a tu lado —dijo, señalando a Mark, que se esmeraba en sacar todo el equipo de análisis del maletín mientras conversábamos.

—¿Qué has conseguido, *cerebrito*? —inquirí, con tono más de admiración que de guasa.

—Donna Malick recibió dos llamadas desde un celular con el número oculto el día de su desaparición. La primera fue al mediodía, y las antenas de repetición lo ubican en las proximidades de la zona norte de Perry Lake.

—¿Y la segunda?

—No te lo vas a creer, o quizá sí, por lo que veo. Fue realizada a las 16:02, es decir, poco después de salir de su casa, y la persona que llamaba lo hacía desde un lugar que bien podría ser este mismo.

Mark me transmitió la información con la frialdad de un empleado de banca, sin apenas inmutarse. Luego siguió a lo suyo, como si hubiera

cumplido con su deber y no hicieran falta ni palmaditas en la espalda ni otras zarandajas que a él le traían sin cuidado.

—¿Por qué no te vas a Oskaloosa y pones en orden tus ideas? —sugirió Liz, estrechándome el brazo con su mano.

—Tienes razón. Gracias...

Le pedí a Worth que me acercase a la casa que nos habían cedido, para volcar toda la información en el ordenador y pasar las notas de mi *Moleskine* a los cuadernos en los que manejaba las diferentes hipótesis. Aquello me llevaría un buen rato.

—¿Qué piensa hacer ahora con Davies? —me preguntó Jim, antes de que abandonase el *Interceptor*.

—No lo sé. Pudo ser él la persona que telefonease a Donna, para encontrarse con ella en el maizal.

—Lo dudo...

—Ya lo sé, Jim. Ya sé que usted piensa que él no tiene nada que ver en este asunto. ¿Ha visto ya las malditas fotos de su casa?

—Sí. Es repugnante, pero me creo su versión, por alucinante que pueda parecer. He escuchado a Liz: ya sabe, el ADN de una sola persona; ni rastro de Donna o de Clara. Me juego el cuello a que es de la sonada de su madre.

—Lo veremos. Mientras tanto, seguirá entre rejas.

—¿Y Stevens?

—Iré a verle un día de estos, extraoficialmente; pero ya le adelanto que seguirá de *vacaciones* pagadas hasta que resolvamos este maldito entuerto. Usted mismo sospechó seriamente de él —sentencié, antes de despedirme con un gesto y salir del vehículo dando un portazo.

Llegué a mi habitación y me dejé caer sobre la cama por espacio de veinte minutos. No tenía ganas de hacer nada. Me sentía apabullado por la investigación. Era un niño malcriado que se venía abajo a la primera dificultad. Y me estaba topando con demasiadas.

Cuando me sentí aliviado, me incorporé de un brinco, me mojé la cara con agua fría y me puse a trabajar con ahínco. Aquello era de locos: el pescador, el guarda, el sheriff, la amiga del alma de Sharon, un exnovio de Clara, un transportista y ¡hasta el padre de Donna! No pude evitar echarme a reír descontrolado, como un demente, al contemplar las libretas con las

diferentes hipótesis que mantenía abiertas.

Telefoné, nuevamente a mi pesar, a Peter Wharton, con la excusa de ponerle personalmente al día. Los informes matutinos que le remetía por mail me parecían demasiado fríos y prefería de cuando en cuando un contacto más directo, argumenté.

—Nadie dijo que este caso fuera a ser sencillo, Ethan.

—Lo sé, Peter. Hoy parece ser que hemos dado un paso de gigante, pero esa misma sensación la tuve cuando encontramos el nauseabundo sótano de la casa de Davies.

—¿Recuerda que hace unos días le dije que se centrara en construir el perfil del asesino?

—Sí. Y estoy intentándolo, se lo aseguro. Pero no deseo hacer una chapuza.

—Siga intentándolo. Pero al mismo tiempo quiero que piense en las víctimas. Conozca a fondo a las víctimas. Maneja pocas pruebas y evidencias, Ethan, de modo que serán esas chicas las que le ayudarán a encontrar al desalmado que las mató.

La conversación con mi superior me reconfortó. No pude evitar recordar los penetrantes y expresivos ojos de Donna Malick, yaciendo sin vida en la laguna, suplicándome desde cada instantánea que le hiciese justicia.

Tras un par de horas escribiendo a mano y tecleando en el ordenador me dediqué a buscar como un obseso algo que sabía podía ser mi perdición, pero que en aquel instante percibía como una tabla de salvación, en mitad de un naufragio de proporciones colosales. No tardé en encontrar la tarjeta de visita que andaba buscando, hundida en uno de los bolsillos de una chaqueta.

Al cabo de veinte minutos abandonaba la casa a hurtadillas, vestido con ropa informal, en dirección oeste, hacia la salida de la ciudad por la 92. Allí me esperaba un coche con una mujer en su interior. Me subí y nos dirigimos en silencio hasta su domicilio en Meriden. Sin mediar palabra, cosa que agradecí, entramos en su casa y subimos hasta la tercera planta: una enorme estancia abuhardillada con una cama inmensa en el centro, muchas velas como única iluminación y decenas de palitos y conos de incienso consumiéndose por todas partes. El olor penetrante me terminó de aturdir y, sin que fuera demasiado consciente, aunque arrastrado por un deseo casi

mágico desde el día que la conocí, entre Vera Taylor y yo sucedió lo que tenía que pasar, como si hubiera estado escrito en las estrellas desde mi llegada al condado de Jefferson.

Agotado, presa de mis instintos, como si hubiera tomado alguna droga muy potente, hubo momentos en los que en mi alucinación me pareció ver a Vera flotando desnuda sobre mi cuerpo. Sus imposibles ojos color violeta inundaron toda la estancia y, finalmente, me quedé dormido, acunado por aquella marea salvaje que sólo esa sirena de media melena azabache era capaz de dominar.

Cuando me desperté miré el reloj y comprobé que eran casi las cinco de la madrugada. Sobresaltado me arreglé como pude y le indiqué a Vera que tenía que regresar a Oskaloosa antes del amanecer.

—Sabía que no me equivocaba contigo, mi agente favorito —murmuró Taylor, mientras se abrochaba lentamente una blusa de seda que resaltaba la tonalidad oscura de sus ojos y de su pelo.

—No sé si esto ha sido un error.

—No lo ha sido, y lo sabes perfectamente. Parece como si estuvieras prisionero, encerrado en una cárcel por tu propia imaginación. Así jamás serás feliz, agente.

La voz sensual de Vera entraba en mis oídos y se expandía por todo mi cuerpo. Se confundía con el olor de su piel, y con el del incienso, y pensaba que jamás podría arrancármela de las entrañas.

—Será mejor que nos vayamos ya. Está clareando —dije, mirando hacia la única ventana de la buhardilla, ubicada a dos metros y medio del suelo.

Abandonamos la casa por la puerta de atrás. Junto a un pequeño muro de ladrillo que delimitaba lo que parecía ser un huerto casero vi una bicicleta de montaña tirada en el suelo.

—¿Qué es eso?

—Una bicicleta. Suelo pasear con ella por los alrededores. ¿Es eso algún delito, agente? —inquirió Vera, emulando la voz de una adolescente rebelde y faltona.

Mientras atravesábamos el lago, en sentido de vuelta a Oskaloosa, bajé la ventanilla y sentí el aire limpio y fresco del amanecer en el rostro. Poco después la visión de dos tanques inutilizados, puestos a modo de adorno,



ubicados a mi derecha, me indicaba que apenas nos quedaban 7 millas hasta las afueras de la ciudad. Lo sabía porque era un trayecto que Patrick Nichols tenía bien medido, como si los blindados fueran una marca dispuesta para nuestro uso particular.

El sol se adivinaba al fondo, dibujando una estampa casi idílica del alba, pero yo no podía dejar de pensar en la maldita bicicleta que Vera Taylor tenía tirada, como si nada, en la parte posterior de su residencia.

## — XXXII —

Apenas pude conciliar el sueño un par de horas. Cuando la alarma de mi reloj sonó sabía que ya el resto de mi equipo andaría trabajando desde hacía un rato. Lo que no imaginaba aún es que aquella jornada me iba a deparar una desagradable sorpresa.

Bajé a desayunar y efectivamente me encontré con Liz y con Mark en la mesa del salón, volcados cada uno febrilmente en sus respectivos portátiles.

—¿Cómo fue ayer? —pregunté, restando importancia a mi intempestiva aparición.

—Bastante bien. De nuevo nos tocará esperar, pero hallé algunos cabellos, un chicle reseco y mascado y un papel arrugado que parece un tique de una gasolinera. Me gustaría acercarme esta mañana a seguir husmeando por los alrededores.

—¿Cuánto tardaremos en obtener las pruebas de ADN?

—Ni idea. He mandado a primera hora todo al laboratorio, pero no me prometen ni siquiera que puedan sacar algo en claro. Los cabellos no tenían raíz y están algo deteriorados, y el chicle ha sufrido las inclemencias meteorológicas.

—Desde luego no has perdido el tiempo —manifesté, complacido—. Y tú, Mark, ¿pudiste obtener algo?

—No había huellas de neumático, pero sí unas marcas casi imperceptibles en las cañas aplastadas. Las lluvias no nos han favorecido, precisamente, al contrario de lo que hubiera sucedido si el terreno hubiera sido arcilloso. He tomado varias instantáneas con una cámara de alta resolución, y se las voy a remitir a un laboratorio forense especializado en el tema. En el pasado han sido capaces de identificar el modelo de rueda a través de un sofisticado

software que compara marcas aparentemente estériles. Eso sí, llevará tiempo; no esperes resultados para pasado mañana.

—Me conformo con que sean capaces de darnos algún dato concreto.

—También he tomado medidas de la anchura y la profundidad del área del maizal aplastada por el vehículo. Creo que el ancho es bastante significativo, aunque nos podemos topar con infinidad de modelos de coche. La profundidad no lo es tanto, porque no estamos seguros de qué parte del automóvil sobresalía del maizal, si es que no se había ocultado por completo.

—Este es un paso adelante muy significativo en la investigación. Parece ser que por fin tendremos algo sólido a lo que atenernos. ¿Y Tom?

—Se ha largado hace unos cuarenta minutos. Ha quedado con Bowen para recorrer juntos el laberinto de caminos de tierra que se entrelazan con la calle 12, por si algún vecino pudo ver algo el día de la desaparición de Donna. La mayoría son pequeños granjeros y agricultores de avanzada edad, por lo que suelen pasar casi toda la jornada en sus terrenos o en sus casas.

—Y de los dueños del maizal, los Thomson, ¿sacaron algo en claro?

—Nada. Se acercaron a ver la zona aplastada de su maizal y nos comentaron que ni siquiera se habían dado cuenta. Son una pareja realmente encantadora, pero creo que no nos servirán de nada.

—Fabuloso. Me voy a tomar un café bien cargado y luego voy a buscar a Worth, quiero repasar con él todos los frentes que tenemos abiertos ahora mismo —apunté, dejando caer la idea peregrina de que el día anterior había estado trabajando hasta la extenuación.

—¿Cuándo piensas interrogar a Duane Malick? —me preguntó Liz, que no se había olvidado de las sospechas que se cernían sobre el padre de Donna.

—Antes me gustaría tener claro que los restos biológicos que hay en el sótano de Davies son de su madre, como él asegura. ¿Habéis concluido el informe que os pedí sobre él?

Liz me entregó al instante una carpeta con un puñado de folios en su interior.

—¿Algo interesante? —inquirí.

—Mejor haces el esfuerzo de leer lo que te hemos preparado.

Asentí sin rechistar y me escabullí como pude en dirección a la cocina,

antes de que Liz tuviera la oportunidad de lanzarme un nuevo reproche. Además, aunque me había duchado a conciencia, tenía la extraña sensación de que seguía oliendo a incienso y al intenso perfume que envolvía la piel de Vera Taylor. Por alguna extraña razón, me sentía culpable al mirar a los ojos de mi compañera.

Apenas había apurado la taza de café y una rosquilla de canela sentí la vibración persistente de mi Smartphone. Pensé que se trataría de mi madre, pero era Jim el que me telefoneaba.

—Ethan, me gustaría que viniese cuanto antes.

—¿Qué ha sucedido?

—Tengo a un puñado de periodistas en la puerta de la oficina. Alguien debe haberse ido de la lengua. Hay reporteros del Star, del Eagle, del Globe, de algunas emisoras estatales y, agárrese fuerte, hasta una furgoneta de la CBS.

—¡Qué! No me fastidie, Jim. ¿Les ha dicho algo?

—Absolutamente nada. No tarde, por favor.

Salí disparado de la cocina hacia el salón, ofuscado y maldiciendo mi suerte. ¡Qué se les habría perdido a tantos *chupatintas* en una ciudad diminuta como Oskaloosa! Si pillaba al chivato lo haría trizas con mis propias manos.

—Mark, te ruego que busques qué diablos están comentando los medios en internet acerca de los crímenes que investigamos.

—¿Y eso? Hasta la fecha los habíamos mantenido a raya.

—Pues la situación ha cambiado. Jim tiene a una jauría, según parece, en la puerta de la oficina del sheriff.

A Mark apenas le llevó 5 minutos echar un rápido vistazo a varias fuentes de noticias y emitir un primer dictamen.

—Comentan lo de Davies, y saben lo de la jaula que tiene en su casa. Hablan de los crímenes de Donna y Clara, y sugieren que los asesinatos tienen un claro móvil sexual; y los relacionan con el de Sharon Nichols, que la policía no fue capaz de resolver hace 17 años. Comentan que hay un equipo de agentes venidos de Washington que hasta el momento se han mostrado bastante ineficaces —comentó, en su natural tono neutro.

—¡Me cago en! —grité con toda el alma.

—Vamos, Ethan, más presión tuviste que soportar en Detroit —dijo Liz, tratando de calmarme.

—Y una mierda. Aquello era muy distinto. Estos han venido aquí en busca de carroña, y lo peor de todo es que la van a encontrar en abundancia. Mark, me voy a la oficina. Te ruego que me hagas un resumen de los disparates que estén escribiendo y me los mandes al mail en cuanto te sea posible.

—¡Suerte!

Ya salía por la puerta con las llaves del *Spark* en la mano cuando me giré para hacer una última observación:

—Ni una palabra a nadie, como os podéis imaginar. Y a ver si sois capaces de hacerme un bonito regalo: el nombre del soplón que nos ha metido en este lío. Quiero destrozar a ese cabrón.

Llegué a la oficina del sheriff en un abrir y cerrar de ojos. Junto a la entrada se agolpaban varios vehículos estacionados y la maldita furgoneta de la CBS. Di un rodeo al edificio y pude acceder al mismo por una puerta trasera. De inmediato me reuní con Worth.

—Tiene que haber sido uno de los agentes de esta oficina —le espeté, nada más verlo.

—Nuestros chicos no son de esa clase de gente —trató de defenderse Jim.

—¡Están al tanto de lo del sótano de Davies! ¿Quién si no ellos pueden haber largado esa información?

Worth se rascó la cara, y con un gesto de la palma de su mano me pidió que le concediese unos instantes para pensar.

—Creo que ya sé lo que ha podido suceder. Uno de los chicos le comentó lo de Davies a alguien que pasaba por delante de la casa. La tenemos acordonada, y eso ha llamado la atención de medio condado. Luego esa persona, buscando notoriedad, dinero, o qué se yo, se ha puesto en contacto con la prensa.

—No es descabellado, y me gustaría creerle. De todos modos quiero que luego reúna a todos junto a Bowen y les advierta de que el que se vaya de la lengua se las verá conmigo.

—Está bien. Actuaremos como indique, pero ahora nos toca lidiar con el puñado de indeseables que tenemos ahí esperando.

—Tenemos que llevar cuidado. Voy a salir y voy a dar la cara, con usted a mi lado. Déjeme hablar a mí.

—¿Qué les va a decir? Ándese con ojo, algunos conocen de pasada al sheriff Stevens, y se preguntarán por qué no es él quien da una rueda de prensa.

—Se encuentra indispuerto. Sin más. Jim, esa gente no puede ir un paso por delante de nosotros, y lo van a intentar. Sólo quiero rebajar la tensión, aburrirles un poco. Hay muchos crímenes como para centrarse en éste, salvo que intuyan que le pueden sacar jugo a la historia, ¿me comprende?

—Sí, le sigo.

—Quizá estén rondando por aquí un día o dos, y luego recojan sus cosas y se larguen en busca de algo más escabroso a cualquier otro lugar.

—De acuerdo.

—Y no olvide esto: debemos mantener el máximo de información posible en nuestro poder, o acabarán contaminando la investigación. Apuntan que el móvil es sexual, por ejemplo, cuando nosotros creemos que no es así. Los relacionan con el asesinato de Sharon Nichols, cuando sabemos que es muy probable que los crímenes fueran obra de sujetos distintos. Y desde luego no tienen ni la menor idea de un sinfín de pormenores: quién halló los cadáveres, que fueron limpiados a conciencia, la huellas de bicicleta, lo del maizal...

—¿Está usted seguro de que andan tan despistados?

En realidad no tenía la menor idea. Pero si la filtración, como imaginaba, había partido de un agente, era imposible que los medios supiesen mucho más. La información más relevante estaba en manos de Jim, Ryan, Tom, Liz, Mark y yo. Y en realidad no todos ellos estaban al tanto del 100% de mis pesquisas. Desde luego no quería ni pensar que uno de ellos pudiera haber cometido la insensatez de hablar con un reportero.

—Eso espero, Jim. Eso espero...

Salí a dar la cara y concedí una breve rueda de prensa, acompañado por Worth, que prácticamente hizo de maniquí a mi derecha. Los medios estatales se centraban en cuestiones relacionadas con la presencia del FBI en el condado y por si sus ciudadanos tenían algo que temer. Intenté tranquilizarlos. Sin embargo, la periodista que había enviado la CBS centró sus preguntas en aspectos escabrosos del caso, algo que ya intuía, y que tuve

que manejar con delicadeza. No quería que el resto de cadenas nacionales inundasen Oskaloosa con sus furgonetas, y se dedicasen a especular día sí día también, compitiendo por demostrar quién estaba más al tanto de la última novedad.

Apenas di por zanjada la reunión recibí la llamada de Peter Wharton. Recuerdo pulsar el botón de confirmación con la mano temblorosa.

—¿Qué coño está pasando por allí, Ethan?

—No lo sé. Alguien se ha ido de la lengua y ahora tenemos a un puñado de periodistas en la ciudad. Espero hastiarlos pronto y que conforme han venido regresen a sus malditas redacciones.

—Pero no sea usted el que dé la cara, joder. Está su carrera en juego, y la imagen del FBI. Deje que machaquen al sheriff del condado.

—Peter, el sheriff Stevens está apartado del caso, impedido por una *dolencia pasajera*. ¿Lo ha olvidado?

Wharton tardó en responder a mi pregunta al otro lado de la línea. Para él seguramente este asunto era uno más entre un buen puñado de temas relevantes que manejaba a la vez.

—Lo siento, tiene razón. Pues entonces coordínese con el ayudante del sheriff, pero que sea a él al que le partan la jeta, ¿de acuerdo?

—Entendido.

—Si todo sale bien ya habrá tiempo para hacerse un motón de fotografías con aquella gente. Pero de momento sea lo más discreto posible. Y sí, trate de formular una estrategia que canse a esas alimañas y se vayan con el circo a otra parte.

Me habían enseñado a detestar a la prensa. Sabía lo dañinos que podían resultar en el curso de una investigación. Para el FBI era una herramienta de la que valerse a conveniencia, pero era tan incontrolable que la mayoría de las veces sólo nos dirigíamos a ella para que hiciesen público nuestro magnífico trabajo en la resolución de un caso de enorme complejidad.

—¿Todo va bien? —me preguntó Jim, nada más colgar el Smartphone.

—No. Espero que esto no se nos vaya de las manos.

—Usted ya tiene experiencia con la prensa, ¿verdad?

—Menos de la que quisiera. Son imprevisibles, eso sí que me lo han enseñado en Quántico. En ocasiones te ayudan a resolver un caso y en

muchas otras sólo sirven para enmarañarlo todavía más. Es como lanzar una moneda al aire, y a mí no me gusta apostar ni un puñado de palomitas ni con mis mejores amigos.

Al cabo de una hora no había ni rastro de los reporteros. Quise pensar que había hecho bien mi trabajo, y que con mi declaración dejarían de molestar, al menos por un tiempo.

Ya más tranquilo decidí hojear el informe sobre Duane Malick que Liz y Mark habían preparado. Así descubrí que los Malick se habían conocido en la universidad, aunque no en la misma facultad. Duane había estudiado agricultura, especializándose en sostenibilidad, mientras que Susan cursaba negocios internacionales. Pese a que ambos eran californianos, decidieron casarse y mudarse a un condado tranquilo del centro de los Estados Unidos, en el que sus futuros hijos pudieran crecer en un ambiente saludable y sin el estrés de una gran ciudad. Encontraron el hogar ideal en la pequeña ciudad de Perry, al sur del condado de Jefferson, y a principios de 1995 se trasladaron. Duane tenía trabajo de sobra, asesorando a los agricultores de la zona sobre técnicas de riego eficiente y abono ecológico, mientras su esposa se dedicaba a la consultoría desde casa. Donna fue la primera de sus hijos; siete años más tarde llegaría el chico, Ron. Todo parecía ir como la seda: familia asentada, ingresos estables y elevados, un niño y una niña, una bonita propiedad... Pero en 2012 Susan decidía, de súbito, poner fin a una relación de diecisiete años. Buscó un empleo lo más lejos posible, en Seattle, Washington, a casi dos mil millas por carretera. Recuperó su apellido de soltera, Sturm, renunció a la patria potestad de los hijos para evitar un largo proceso judicial e inició una nueva vida. Nadie, ni su familia ni sus más íntimos amigos, pudieron comprender qué narices había sucedido. Tampoco Susan facilitó las cosas, al negarse en redondo a hablar del asunto. Visitaba a sus hijos un par de veces al año: en verano y por navidad. Se alojaba en Topeka, y no cruzaba ni media palabra con su exmarido. Sorprendentemente, Liz había sido capaz de arrancarle la verdad. Al menos *su verdad*: en la primavera de 2012, mientras ordenaba algunos arcones ubicados en el sótano de la casa, dispuesta a hacer una profunda limpieza y deshacerse de viejos recuerdos inservibles, se topó con una caja de zapatos en el fondo de uno de ellos. La abrió sin más, pensando que en su interior hallaría unas zapatillas destrozadas, conchas de



alguna playa de Long Beach o enseñas de los equipos de la NFL. Pero no, para su horror allí había varias instantáneas de su marido acompañado de Sharon Nichols, en algún montañoso paraje que no supo identificar; tiques de restaurantes, servilletas, un pañuelo perfumado, algunos cabellos largos metidos en un sobre y un celular. Buscó un cargador y por suerte pudo ponerlo en marcha. Era antiguo, de esos que sólo podían mandar breves SMS. Sólo conservaba dos, y después de buscar en internet se sintió aterrada al comprobar que eran del mismo día de la desaparición de Sharon. Ambos habían sido enviados por su marido por la mañana, y en ellos trataba de concertar una cita con la joven para la noche. De inmediato le mostró la caja a Duane, con todo lo que en ella había. Él admitió haber mantenido una breve relación con la pequeña de los Nichols, pero negó rotundamente estar vinculado con su asesinato. Le arrebató todos los recuerdos y, según le contó al día siguiente, se deshizo de ellos. Le pidió que hicieran borrón y cuenta nueva, que aquello era agua pasada, que habían transcurrido la friolera de 14 años y que no merecía la pena darle vueltas ahora al asunto. Susan, sin ninguna prueba ya en su poder, guardó silencio, intentó resistir un mes en compañía de su marido, pero le resultó imposible. Terribles pesadillas le acosaban cada noche; de modo que empezó a buscar un empleo en Nueva York, en Chicago, en Miami... cualquier ciudad inmensa que le permitiese mantener la cabeza entretenida. Al final le llegó la oportunidad: un buen puesto como directora de comercio exterior de una compañía de Seattle, una ciudad relativamente pequeña, para sus anhelos, y con un clima árido y frío. Pero el trabajo era ideal, y la remuneración altísima. No pudo rechazarlo. Prefirió callar, no destrozar la vida de sus hijos y del resto de la familia y hacer como que le había entrado un arrebató. Si le estaba contando todo esto a Liz era porque ella le había llamado, y porque la muerte de Donna había despertado sus peores delirios. Duane, por su parte, había sido un padre ejemplar, y un trabajador incansable. No había quejas de su comportamiento en la comunidad; al contrario, siempre estaba dispuesto a echar una mano en cualquier parte. Incluso en ocasiones, cuando algún agricultor pasaba por un mal momento, ofrecía sus servicios de manera gratuita. Que se supiese, no mantenía ninguna relación sentimental y estaba centrado en Donna y en Ron.

Cuando terminé de leer el informe me sentí agotado y confuso, como

tantas veces desde mi llegada a Jefferson. Recordé el consejo de mi jefe y telefoneé a Tom, para hacerle un encargo idóneo para sus aptitudes.

—¿Qué bueno recibir tu llamada, jefe!

—¿Dónde andas?

—Con Ryan, medio perdidos por estos caminos del señor. Al menos llevo todo el día tomando café casero, tarta de manzana y pastas de avena recién horneadas.

—¿Habéis descubierto algo?

—No mucho. Nadie recuerda ver un coche *extraño* el día de la desaparición de Donna.

—¿Extraño? ¡Qué narices significa eso! —exclamé, nervioso, y sin ganas de perder el tiempo con las diatribas con las que Tom en ocasiones se entretenía.

—Según ellos, algún vehículo que les llamase la atención. Suelen fijarse en los que no conocen, en los de los *forasteros*, como dicen. Si es de algún vecino de los alrededores no le prestan demasiada atención.

—En fin —musité, casi suspirando—, al menos sabemos que quien quiera que se encontrara con la chica, si nuestra hipótesis va bien encaminada, era de la zona.

—Eso seguro, porque por aquí pasa un coche desconocido *de uvas a peras*, y todos se hubieran dado cuenta. Además, no creo que nadie que no conozca bien estos caminos arenosos se atreva a internarse en ellos.

—Buen trabajo, Tom. Deseaba encomendarte una nueva tarea...

—Jefe, no puedes vivir sin mí.

—Lo sé, por eso le pedí a Wharton que me dejase traerte conmigo, pese a lo mal que me caes.

—Eso me ha dolido —replicó, carcajeándose.

—Quiero que sigas cotilleando por ahí, especialmente en Perry y en Grantville. Me gustaría saber más acerca de Clara y de Donna. Sus gustos, sus aficiones, qué clase de amigos tenían, qué deseaban hacer con sus vidas, ya me entiendes...

—Tranquilo. Eso sí, cuando regresemos a Washington me vas a tener que pagar seis meses de entrenador personal.

—¿Y eso?

—Para recuperar mi cuerpo atlético: las ancianitas me están cebando como sólo lo hacía mi abuela materna, que en paz descanse.

—Tom... ¡Vete al infierno!

Colgué, sin poder borrar de mi rostro una sonrisa. Era increíble que un agente tan descarado y errático como él fuese capaz de resultar tan tremendamente útil en cualquier investigación. Detestaba muchos aspectos de su carácter, pero mientras me dejasen en el FBI contaría con él hasta el fin de los tiempos.

Algo más animado, antes de abandonar la oficina del sheriff, hice una llamada a Patrick Nichols. Había llegado el momento de afrontar un reto que para nada me había llevado hasta Kansas, pero con el que me había encontrado para mi alegría y para mi complacencia.

—¿Cómo lo tiene para pasado mañana?

—¿Para ir juntos a Lawrence?

—Sí. ¡Vamos a demostrarles a los de la *hora de las tortugas* de lo que soy capaz! —exclamé, eufórico.

—No gaste fuerzas, prefiero que se reserve para la pista.

—Entonces, ¿quedamos?

—Claro, ya le dije que estaría esperando a que me telefonease con las zapatillas puestas. Estas 48 horas se me van a hacer largas.

—A mí también. Créame si le digo necesito escapar un rato de aquí.

—Lo pasaremos bien. Aquellas instalaciones son magníficas, le van a encantar. Hasta pasado mañana —dijo Nichols, antes de colgar.

Regresé a la casa en Oskaloosa y no encontré por ningún lado a Liz y Mark. Pegado en la puerta de la cocina había un *post-it* fucsia con un mensaje: *nos hemos ido a comer a la hamburguesería*. Rebusqué en las alacenas y acabé almorzando lo de costumbre cuando estaba solo: una lata de alubias con tomate acompañadas de puré, todo calentado en el microondas. Era mi especialidad culinaria, y mi dieta habitual en Quántico cuando no comía en algún restaurante.

En ese estado de soledad y relativa tranquilidad, me animé a leer la última de las tres páginas que tenía escondidas y que habían sido arrancadas del diario de Sharon Nichols. Pensé que quizá hallase algo de interés, como una conexión de la joven con Duane Malick. Subí a mi habitación y volví a

desplegar los folios con el mismo cuidado de siempre: seguía pensando que era una intromisión en la intimidad de una joven que había perdido la vida de una forma horrible. Mi creciente amistad con Patrick, y el hecho de mantener vetada esta importantísima información a todos los implicados en el caso, exceptuando un fragmento compartido con Liz, acrecentaban esa sensación de estar quebrantando los secretos de alguien injustamente. Quizá si hubiera sido un agente a secas, o un detective, esa culpabilidad ni tan siquiera hubiese asomado por mi cabeza, pero mi formación como psicólogo en ocasiones me jugaba malas pasadas. Empatizar con las víctimas tiene una parte positiva y una negativa, y no siempre es sencillo saber manejarlas con tiento.

Comencé a leer y al hacerlo mi cerebro reconoció la letra de Sharon como la de algún allegado lejano. Era extraño. Estaba fechada el día anterior al de su desaparición. Nuevamente, tras comentar algunas naderías acerca de una compañera de la Universidad de Kansas, venía lo interesante. Mencionaba a X, y comentaba que era la persona a la que amaba de verdad. Nadie la comprendería, y por eso era preciso tomar una decisión drástica. Con el tiempo todo se calmaría y seguro que podría regresar a casa algún día. Eso sí, habría mucha gente que jamás se lo perdonaría. Unas porque se sentirían traicionadas, con razón, y otras por antipatía. Una frase me dejó con el folio temblando en las manos: *«Sí, deberemos dejar pasar al menos un par de años antes de volver. Algunos serían capaces de matarme con sus propias manos si supieran lo que voy a hacer».*

## — XXXIII —

Había convocado a todo mi equipo al mediodía en el salón de la casa en Oskaloosa con la intención de hacer un repaso general. Pero antes, tal y como le había dicho a Worth, me acerqué al domicilio del sheriff Stevens para charlar un rato con él. Contrariamente a lo que imaginaba, me recibió muy cordialmente.

—Salgamos al patio trasero, allí podremos conversar tranquilos.

Comprendí que no deseaba que su familia fuera testigo directo de lo que nos dijésemos, y acepté su invitación sin rechistar.

—¿Cómo se encuentra? —inquirí, por cortesía.

—Se lo puede imaginar. Me siento prisionero. Cada día es peor, pero me lo tengo merecido. Para llevarlo mejor, considero que esto es una especie de expiación, y que cuando todo acabe mis pecados habrán sido perdonados.

Clark tomaba bocanadas de aire casi entre frase y frase, lo que me indicaba que ese *tic* tan particular suyo se había fortalecido a lo largo de su *retiro* forzoso.

—Como psicólogo, puedo decirle que es una buena táctica, si me lo permite.

—¿Cómo lleva la investigación? —preguntó el sheriff, cambiando bruscamente de tema, e indicándome que podía ahorrarme mi fingida compasión.

—A usted se lo puedo confesar más que a ninguna otra persona. No deja de ser curioso... Con franqueza, estoy hecho un lío.

—Surcar las cloacas del condado le está confundiendo, ¿verdad?

—Algo así.

—Todos tenemos polvo escondido debajo de las alfombras, y si se ciega

con esas partículas de escoria no podrá descubrir la monstruosidad, tantas veces oculta en la aparente virtud.

—Habla usted como un filósofo.

—Tengo demasiado tiempo para darle vueltas a las cosas. Soy un hombre de acción, sabe, de modo que para no desquiciarme medito sin descanso.

—Quizá por eso deseaba conversar con usted.

—¿Me ha descartado ya de su lista de sospechosos?

—No lo sé. Quiero pensar que sí. Por fin estamos recopilando algunos indicios interesantes, y eso nos ayudará a eliminar definitivamente algunas hipótesis.

—Confío mucho en su trabajo, Ethan. He tenido tiempo para investigar sobre usted, y para ser un *pipiolo* no lo ha hecho nada mal hasta la fecha.

—Si se refiere a lo de Detroit, no lo tenga en cuenta. Allí sentí que todo lo que había aprendido en Quántico me hacía inexpugnable y sobresaliente. Tenía infinidad de datos para crear un perfil, y casi puedo admitir que fue un trabajo de niños dar con aquel indeseable. Esto es muy diferente; apenas he sido capaz de hacerme una idea de cómo diablos es la persona que estamos buscando, y cada paso que doy cualquiera me parece el fulano ideal al que endosarle los crímenes.

—Olvide Quántico, y céntrese en su formación como psicólogo. ¿Acaso no aprendió nada en Stanford?

—¿Qué quiere decir?

—En el FBI siempre os guiais por estadísticas, porcentajes, perfiles preestablecidos que dicen que un tipo vive con mamá, tartamudea y de pequeño maltrataba animales y se meaba en la cama hasta los 12 años.

—Bueno, es que así son las cosas la mayoría de las veces.

Stevens se había relajado, y me hablaba con lo hubiera hecho un colega de mis tiempos de la escuela secundaria, o casi mi propio padre. Pero yo no olvidaba en ningún momento que tenía delante a alguien que ya me había engañado, que no había descartado por completo como posible culpable de los homicidios y que bien podía estar, gracias a su dilatada experiencia, tratando de manipularme.

—Ya, ya, lo sé. Pero, ¿qué sucede cuando nos salimos del patrón?

—No le sigo, le ruego que se explique.

—Joder, Ethan. En Detroit clavó usted el perfil con un 92% de acierto. Casi le dio al departamento de policía un retrato con el número de pecas que tenía en la nariz el sujeto al que tenían que encontrar. ¡Genial! Pero, ¿y si se hubiera topado con alguien dentro de ese *insignificante* 8% que no se correspondía a su estudiadísimo perfil?

Nuevamente el sentido común de la *América profunda*, tan natural en personas como Liz o como Worth. Y el sheriff tenía razón: mi mente analítica tendía a despreciar y apartar con rapidez esos datos *nimios*, evitando distracciones, para centrarse rápidamente en lo que concordaba con el *modus operandi habitual*.

—He estudiado cientos de casos, y eso que insinúa se produce en muy contadas ocasiones. Se lo puedo garantizar.

—Y le creo, mierda, ¡claro que le creo! Pero qué sucedería si aquí, en este condado dejado de la mano de Dios, los crímenes tuvieran una explicación dentro de los diminutos márgenes de la excepcionalidad, ¿eh?

—Pues lo que sucedería es que toda mi metodología, tan meticulosamente asimilada y practicada hasta la saciedad, hasta formar parte casi de mi forma de ser, como la manera en la que me cepillo los dientes cada mañana, no valdría para nada.

—¡No, Ethan, no! Es usted la persona ideal. Es mucho más inteligente, muchísimo más, que cualquiera que haya conocido a lo largo de mi vida. Pero está bloqueado. No está aprovechando esa materia gris que Dios le regaló al nacer, porque se siente atrapado en una mecánica que le servirá casi siempre para salir triunfante en cualquier investigación. Pero no se convierta en un maldito ordenador. Sea más creativo, deje libertad a su mente privilegiada para especular... Le garantizo que en ese momento nos sacará a todos, y me pongo a mí por delante del resto, de este jodido entuerto.

—Quizá esté en lo cierto. No estoy seguro. Contemplaré perspectivas menos... *ordinarias*.

—Por cierto, ¿ha leído ya la prensa estatal? —inquirió, tendiéndome algunos periódicos que descansaba sobre una bonita mesa de hierro forjado lacada en blanco.

—No, ¿qué están contando?

—Hablan de Davies. Especulan con que si es un depravado, con su

pasado, con lo que pudo haberle hecho a las chicas, el *sótano de los horrores*, etc...

—Mierda, Clark, estos indeseables pueden complicar las cosas todavía más. ¿Quién pudo pasarles la información?

—Ni se le ocurra pensar en uno de mis chicos.

—Pero, ¡quién si no ellos! —exclamé, exasperado.

—No lo sé. Desde ayer no he dejado de darle vueltas.

—Sea quien sea, al menos hay cosas que la prensa todavía no conoce. Eso nos da un cierto margen. No quiero a una panda de locos en su oficina declarándose culpables de unos crímenes que no han perpetrado.

—Este condado es un lugar tranquilo. Se marcharán pronto, ya lo verá. Acabarán hastiados en unos días.

Me aproximé al sheriff y le apreté con fuerza el brazo, en un gesto de ánimo que intenté resultase lo más natural posible.

—Debo marcharme ya, tenemos mucha faena por delante. Gracias por su tiempo.

—Gracias a usted por tener la deferencia de venir a verme, y de, a su manera, mantenerme al día.

—No hay de qué.

Ya me disponía a entrar en la vivienda, para salir por la puerta principal, cuando sentí la mano de Stevens, que me aferraba del hombro.

—Ándese con cuidado. Aquí hasta los árboles tienen oídos y ojos.

—No le comprendo...

—Vera Taylor —musitó, en un tono neutro, casi aséptico.

Sentí mis mejillas acalorarse al instante. Era imposible que nadie nos hubiera visto. Pero en realidad resultaba evidente que así había sido, y que Clark ya estaba al tanto. ¿Cuántas personas más lo sabrían?

—Seguiré su consejo, una vez más.

Salí disparado de la casa de los Stevens, casi sin despedirme del resto de la familia, turbado por haber sido pillado en falta. Y lo peor era que el sheriff se había mostrado cauto, sin un ápice de rencor. ¿Hubiera actuado yo en sus circunstancias de la misma manera?

Cuando llegué a nuestro centro de operaciones, es decir el salón de la vivienda que nos tenía cedida el condado, me encontré con todo mi equipo



perfectamente dispuesto, y, además, con una enorme pizarra blanca estratificada, rotuladores y un gran panel de corcho con montones de fotografías.

—Qué, jefe, ¿hemos transformado esta choza en un despacho de Quántico! —dijo Tom, mientras señalaba la pizarra y el panel.

—¿De dónde habéis sacado esto?

—Nos hemos acercado en un momento al *Walmart* de Lawrence y hemos comprado lo necesario para poder trabajar. Parece que esto va para largo, y si deseamos tener cierta intimidad y no tener que usar siempre las instalaciones de la policía del condado, es ideal.

—En fin, buen trabajo. Empecemos.

Liz se acercó a la pizarra y tomó un rotulador azul oscuro. Empezó a escribir nombres.

—Veamos, tenemos a un puñado de sospechosos: Tim Nolan, Lian Moore, Matt Davies, Jack Evans, el sheriff Stevens, Vera Taylor y Duane Malick. ¿Voy bien?

—Sí, esos son los principales. ¿Qué habéis averiguado Mark y tú del resto de vías iniciados por Worth?

—La verdad es que nuestras conclusiones coinciden con las de Jim. Coartadas sólidas o poco donde rascar. Salvo sorpresa mayúscula, los delincuentes fichados que viven en la zona no parecen tener ninguna vinculación con los crímenes.

—Además, Ethan, en el perfil que trazamos ya comentamos que tenía que ser alguien en quien las chicas confiaran —dijo Tom.

—Sí, pero un pederasta, por poner un ejemplo, no lleva un cartel en la frente indicándolo. Muchas veces son profesores de primaria o de actividades extraescolares, muy queridos y respetados por padres y niños.

—Bueno, lo que yo quería al poner aquí estos nombres era iniciar una tanda de descartes. Sería bueno, si es posible, dejar cerradas algunas líneas de investigación para centrar nuestros limitados recursos en una o dos a lo sumo.

—Está bien. Tom, ¿has descubierto algo de las chicas significativo?

—Apenas he tenido tiempo, jefe. No llamaban mucho la atención. Clara era una especie de *santa*, y Donna era una joven normal. Hasta el momento no he encontrado a nadie que quisiera hacerles daño o que pudiera desearles

algún mal. Tienes que darme algo más de tiempo para escarbar. Aquí mis queridas amigas las ancianitas me están sirviendo de poco, porque la diferencia de edad es grande y porque tampoco eran dos chavalas que dieran pie al cotilleo, ya me entiendes.

—Claro. Bueno, tienes que seguir investigando. Estoy seguro de que darás con algo que nos será de gran ayuda. No me falles.

Me quedé observando la pizarra. Aquellos siete malditos apelativos me martirizaban. Consideré que Liz estaba en mi misma situación y deseaba reducir los causantes de sus desvelos. Hacer descartes era una sabia decisión, pero tampoco podíamos ni debíamos precipitarnos. En cualquier caso, este tipo de dinámica era habitual en los casos de estudio con los que trabajábamos en nuestra formación en el FBI. Ahora tocaba dejar de *jugar* y meternos de lleno en la árida realidad.

—Yo tachaba ya mismo al pescador y al exnovio de Clara —apunto Mark, con seguridad.

—Yo también —corroboró Liz, que dibujó una raya sobre los nombres.

—¡Pero bueno! ¿Acaso Ethan y yo no tenemos voto?

—Entonces, Tom, ¿tú mantienes las sospechas sobre ellos?

—No, estoy de acuerdo con vosotros. Pero me parece fatal que despreciéis mi opinión.

Liz lanzó un bufido y se encogió de hombros. Soportar a aquel hombre, con sus absurdas ocurrencias, en ocasiones era demasiado para ella.

—A mí me cuesta dar por zanjado el tema de Moore. No lo hemos investigado a fondo. Lo de Nolan ya es otra cosa: creo que él sólo tuvo la mala fortuna de encontrar los dos cadáveres. Nada más —dije, en tono serio, para tratar de reconducir el irritante sarcasmo de Tom.

—Sigamos. El siguiente en mi lista de tachables es el sheriff Stevens, ¿cómo lo veis?

—Acepto la propuesta.

—Y yo.

Por mi parte me limité a asentir levemente con la cabeza. Su coartada no me parecía del todo sólida, pero sí sus explicaciones. La reciente conversación con él, todavía muy presente en mi mente, no tenía claro si había tenido como objetivo echarme una mano o desviar mi atención con una

tremenda habilidad. No consideraba que fuese una tarea fácil mangonearme, pero Clark me sacaba muchos años de experiencia de ventaja, por lo tanto no debía comportarme como un ingenuo.

—Aquí ya me entran las dudas... Jack Evans.

—Puedes tacharlo. Estuve con él y ese tipo es un despistado, o un cretino, pero no mató a las chicas. Creo que las marcas en el maizal han terminado de confirmar que su versión de lo sucedido es veraz —se adelantó a observar Tom, antes de que el resto pudiéramos ni pestañear.

—Estupendo: el demócrata ahora se nos ha convertido en un dictador de la noche a la mañana —manifestó Mark, irónico, algo bastante inusual en él.

—Genial. ¡Sólo nos quedan tres! —exclamó Liz, satisfecha. Parecía que su única ambición era seguir suprimiendo nombres de aquella pizarra.

—Un momento. Antes de continuar, ¿no deberíamos tener claro si buscamos a uno, dos o incluso tres asesinos? —preguntó Mark, alzando la mano, como si estuviera en una clase de secundaria.

Adoraba a Mark. Su humildad y sus pocas ansias de protagonismo contrastaban con su capacidad intelectual. Era una de esas *raras avis* que pululan por el FBI, y que casi nadie sabe cómo diablos han llegado hasta él. Con un cociente intelectual de 170, había dejado los estudios para dedicarse a la programación. Antes de ser fichado se había pasado tres años como hacker, colaborando con decenas de multinacionales y ocasionalmente con la policía. Su destreza como informático forense llamó la atención de algún director del FBI y acabó aceptando un empleo estable, decente y seguro. Era una joya contar con él, y pocos colegas de la Unidad de Análisis de la Conducta conocían el enorme potencial que Mark aportaba a cualquier investigación. Pero Peter Wharton, al igual que yo, ya se había percatado de la pericia del joven talento.

—Mierda, Mark, lo que quiero es simplificar las cosas. No vengas ahora a liar la madeja cuando todo marchaba tan bien.

—Podemos hacer ambas cosas a la vez, no son incompatibles —señalé—. Dejemos los nombres que has tachado tal y como están, no volvamos atrás. Pero emitid una opinión sobre lo que acaba de preguntar Mark, ¿de acuerdo?

—Está bien, jefe. Para mí la cosa está clara casi desde el principio: hay dos asesinos. Uno se ventiló a Sharon Nichols hace 17 años, y otro, distinto,

se ha cargado ahora a esas dos chavalas.

—Gracias, Tom —dije, un tanto molesto por la manera con la que se había expresado. Un mínimo de delicadeza hubiera sido de agradecer, aunque sabía que no había mala intención en sus palabras.

—Yo no lo tengo tan claro, la verdad. Es algo que me obsesiona también desde el principio. Por eso he planteado el tema. Y lo cierto es que si el asesino de las tres es el mismo resolver este caso debería ser, a estas alturas, relativamente fácil. Pero si, por el contrario, son dos, y no digamos tres, los homicidas, las variables a tener en cuenta se multiplican, y tachar a gente de esa lista no es algo que podamos tomarnos a la ligera.

—Y tú, Liz, ¿qué opinas? —inquirí, mirándola fijamente a los ojos.

Ella se giró y contempló la pizarra. Fue señalando con su dedo índice cada uno de los nombres que habían quedado immaculados: Vera Taylor, Matt Davies y Duane Malick. Parecía estar dibujando en su mente los perfiles de cada uno, trazando sus motivaciones y analizando las posibilidades de que en verdad fueran los culpables.

—Cada vez estoy más cerca de la tesis que desde el principio defendió el sheriff: esto es cosa de un solo individuo. Y ahora mismo el señor Malick tiene todas las papeletas de mi tómbola.

—¿Qué coño estás diciendo, por favor! —exclamó Mark, que rara vez salía de su estado de imperturbable laxitud—. ¿De verdad piensas que ese hombre mató a su propia hija?

—No lo sé. Estoy deseando interrogarlo.

—Y tú, Ethan, ¿qué crees tú? Al fin de cuentas nosotros no somos psicólogos, ni nos han formado especialmente para conocer a fondo la mente de un asesino —dijo Mark, enarcando una ceja.

Sí, eso mismo, ¿qué narices pensaba yo? Los últimos consejos del sheriff Stevens se confundían con los de mi superior, Peter Wharton, además de con la avalancha de conjeturas que cada día se agolpaban en mi cerebro.

—Necesito más información. De momento vamos a comparar los datos de las medidas del hueco del maizal con los vehículos de Davies, Malick y Taylor. También necesito muestras de la tierra del camino que conduce hasta la hondonada, de la vegetación específica de la zona y de cualquier cosa que podamos hallar en una bicicleta, en un coche o en unas botas y que permitan

relacionar esos restos con el lugar en el que fueron hallados los cuerpos.

—¿Cómo qué?

—No sé, joder. Algún tipo de mineral, o esas algas minúsculas que sólo hay en ciertas zonas... las diatomeas. También me gustaría tener cuanto antes el resultado de las fotografías que hicimos de las marcas del maizal, para ver si coinciden con alguna clase de neumáticos. Y el cianuro, quiero saber quién maneja cianuro en este condado. Parece que aquí todo el mundo tiene un frasco de esas sales en un armario junto a las galletas.

Mi voz sonó gastada y enojada, yo mismo pude percibirlo. Por fortuna, el timbre de la puerta llegó para romper el incómodo silencio que se había adueñado del ambiente.

—Ya voy yo, estoy esperando unas pruebas —dijo Liz, corriendo hacia la entrada.

Me dejé caer en el sofá, junto a Tom, que me dio unas palmaditas en el muslo.

—Vamos, jefe, que ya casi lo tenemos. La jodió con lo del maizal. La jodió con sus llamaditas a Donna ese día. No sé cuántos serán los asesinos implicados en estos crímenes, pero al menos a uno de ellos estamos a punto de cazarlo.

Asentí. Me reconfortaron las palabras juiciosas de Tom. Era difícil que aquel agente se viniera abajo, y su sempiterno optimismo había ocasiones en las que resultaba muy de agradecer.

—Malas noticias —manifestó Liz, que regresaba con unos papeles que había extraído de un sobre que había rasgado de vuelta al salón.

—¿Qué sucede?

—La sangre y todos los demás restos biológicos que hallamos en el sótano de Davies efectivamente son de su madre. ¿Lo tachamos de la lista?

Sentí una punzada en las sienes. Tuve que masajearlas a conciencia para mitigar algo el dolor. Era la tortura del desconsuelo, de la impotencia más absoluta. A mi mente vinieron las informaciones de la prensa que el sheriff Stevens me había mostrado hacía unas horas, y el rostro de Worth, que sin palabras me transmitía un mensaje hiriente: *se lo advertí*. Estaba atrapado en un cepo, y cuanto más trataba de escapar, como un animal, más profunda era mi herida y más me enredaba en él. El sheriff seguramente tenía razón:

necesitaba empezar a poner en marcha mi creatividad, alejarme de los convencionalismos y afrontar la investigación desde una perspectiva nueva. Debía olvidarme de los mecanismos que tan eficaces se mostraban cuando el comportamiento criminal se ceñía a los estándares usuales. Había llegado a la conclusión de que este caso resultaría algo más que singular... sería *absolutamente extraordinario*.

## — XXXIV —

Tom me despertó. Había entrado precipitadamente en mi habitación sin llamar a la puerta y me había agitado con fuerza. Escapé del mundo de lo onírico para entrar en la realidad amodorrado y confundido.

—¿Qué narices pasa?

—Han atacado la casa de Davies.

—¿Cómo? ¿Cuándo ha sucedido?

—Esta noche. Han destrozado el cercado, han roto todos los postes y machacado las calaveras y han manchado la fachada de la casa con pintura roja.

—Pero, ¿no había un agente vigilando ese lugar?

—Sí, pero recibió un aviso, que luego se demostró que era falso, y dejó su puesto porque pillaba muy cerca de Valley Falls. En este condado no cuentan precisamente con un batallón de agentes, y menos por las noches.

—Mierda. El que realizó la llamada lo hizo con esa intención.

—Está claro. Telefonaron desde una cabina.

—No es que sienta mucha simpatía por ese hombre, pero creo que hemos metido a Davies en un buen lío.

—Sí. De hecho Ryan, que es el que me ha dado la noticia, sugiere que lo dejemos en el calabozo hasta que todo se calme, aunque lo descartemos de la lista de sospechosos.

—¿Sigue sin reclamar los servicios de un abogado? —inquirí, de forma egoísta, temiendo por mi futuro profesional y por las repercusiones a medio plazo de lo sucedido.

—Sí. Creo que ha sido Worth el que ha hablado con él y se lo ha tomado con relativa calma. No entraron en la vivienda, no se la quemaron... Imagino

que para él eso ya es un consuelo. Pero como salga con bien de este asunto presentará una demanda para que le compensemos.

—Está claro. No hará falta que llame a un abogado, ¡se le presentarán decenas en la puerta de su casa!

Mientras me vestía, tras darme una ducha fría que activase mi mente y todo mi sistema circulatorio, no pensaba en Davies, ni en lo que pudiera pasarle; tenía la imagen fija del rostro de Jim, un tipo juicioso que me había advertido de que cosas como esta o peores podían suceder si señalábamos a alguien.

Antes de bajar a desayunar decidí que lo mejor era no esconderse, no actuar como un cobarde, y le hice una llamada.

—Buenos días, Jim; Tom ya me ha puesto al corriente de lo de la casa de Davies.

—Esos cabrones de la prensa lo han puesto en la picota. Le ruego que no lo soltemos hasta que tengamos al culpable, o al menos hasta que todo se haya serenado.

—Es complicado. No tenemos pruebas que respalden su detención. Nos hemos quedado sin nada, y su versión de los hechos ha cogido fuerza, aunque yo sigo creyendo que no es alguien de fiar.

—No se preocupe por eso. Él ahora mismo lo único que desea es que protejamos su vivienda. Se siente más seguro aquí que andando por ahí. Hay mucho pirado suelto que podría desear tomarse la justicia por su mano.

Aguanté la respiración durante unos segundos. Debía sacar el tema a relucir tarde o temprano, y prefería hacerlo por teléfono en lugar de cara a cara. Cuando tuviera delante a Worth sólo quería que estuviese centrado en la investigación, y que las rencillas hubieran quedado resueltas.

—Pensaré que soy un gilipollas...

—No, no exagere. Pero le dije que se equivocaba. Y si mantienen sus sospechas, le vuelvo a decir que está errando el tiro.

—Mi instinto no me falló en una cosa: Davies es un hombre oscuro y desagradable. Además, los indicios apuntaban...

—Conoce su historia. Nadie puede salir adelante como si tal cosa con un pasado tan horrible. Pero es mejor persona de lo que considera. Las apariencias y las primeras impresiones nunca han sido buenas consejeras, y



usted debería saberlo mejor que yo.

—Está bien. Sólo quería decirle que deseo que esto no afecte a nuestra relación profesional. Le necesito, Jim.

—Ya le dije que no le fallaría. Y aquí sigo, al pie del cañón.

—De acuerdo. Nos vemos en un rato.

Colgué con la extraña sensación de haber escuchado ya frases similares, y recordé mi conversación con Stevens. ¿Estarían el sheriff, Ryan y Worth coordinados? Enseguida deseché la idea, por estúpida y peregrina.

Al bajar me encontré a Mark y a Liz, como era habitual ya estaban con sus ordenadores echando humo y con varios folios plagados de anotaciones. Nada más verme se abalanzaron sobre mí.

—¡Los cabellos que encontramos en el maizal pertenecían a Donna! — exclamó ella, emocionada, agitando un par de hojas delante de mi cara.

—Genial. Eso corrobora la versión que tenemos de lo sucedido, y casi descarta por completo al transportista —repliqué, tan excitado como Liz—. Y del chicle, ¿has conseguido sacar algo?

—Siguen trabajando en el laboratorio. Es complicado. Lluvia, suciedad, paso del tiempo... Pero me juran que se van a dejar el pellejo para conseguir un perfil.

—Fantástico. Es verdad que cualquiera pudo escupirlo allí, pero si coincide con alguno de los sospechosos... ¡bingo! Se convertirá en una prueba muy sólida.

—Pero espera, que Mark tiene algo fabuloso que contarte.

Miré a Mark. Como siempre había aguardado su turno en silencio, sin alterarse y sin mostrar ninguna agitación reseñable. Cuando abrió la boca su voz sonó suave y monótona, como la de un empleado de unos grandes almacenes que anunciara que las judías estaban ese día en oferta.

—Anoche se me ocurrió que quizá estábamos obsesionados con el tema del cianuro de potasio, centrando todos los focos en lo convencional: químicos, fotógrafos chapados a la antigua, entomólogos, empleados de la industria de la galvanización, etc...

—Sí, claro. Eso es lo más normal, ¿no?

—Bueno, eso es a lo mejor lo que el asesino quería que pensásemos. Pero quizá él no forma parte de esos círculos y nosotros estamos perdiendo el

tiempo, buscando la aguja en un pajar a tres manzanas del montón de heno en el que está escondida.

Por segunda vez en esa mañana la conversación con Stevens regresaba a mi cabeza. ¿No era demasiada casualidad? Mark estaba haciendo lo que el sheriff me había pedido a mí: *Sea más creativo, deje libertad a su mente privilegiada para especular.*

—Entonces, ¿a qué conclusión has llegado? —pregunté ansioso.

—Pensé, ¿qué hubiera hecho yo en su lugar?

—Joder, Mark, ¡y qué coño hubieras hecho tú en su lugar!

Me miró sorprendido, pero de inmediato borró la expresión de estupor de su rostro y continuó con su disertación como si nada.

—Comprarlos por internet. Es una de las maneras más anónimas que existen para adquirir drogas, medicamentos y, claro, venenos.

—Pero, ¡le venden cianuro de potasio a cualquiera por la Red!

—Aquí en nuestro país es imposible. Es una sustancia relativamente controlada desde hace bastantes años, especialmente debido a casos tan sonados como el del *Tylenol*. En Europa la situación es similar; pero en otros países, como China o India, digamos que los controles son mucho más laxos.

El caso del *Tylenol* (un analgésico) era de sobra conocido no sólo en Quántico, sino por cualquier policía novato que tuviese un poco de curiosidad, y todavía estaba presente en la mente de cientos de miles de estadounidenses de cierta edad, porque supuso un *shock* para la opinión pública, y provocó una gran alarma social. A principios de los '80 algún desalmado se dedicó a introducir cianuro en las cápsulas de *Tylenol extra fuerte* que se vendían en los hipermercados, causando varias víctimas mortales.

—Pero, ¿cómo es posible que eso pase por aduanas...?

—En fin, usan toda clase de trucos, y gracias a esas argucias medicamentos camuflados como un envío de libros, por ejemplo, remitidos a través de un distribuidor puente en Alemania u Holanda, llegan hasta un hogar de Wisconsin.

—Jamás se me hubiera ocurrido. Buen trabajo, como siempre —apunté, lanzándole un rechazazo simulado que sólo agitó el aire.

—Espera, ¡ahora llega lo bueno! —dijo Liz, agitando ambas manos a la

vez, como si Mark fuera a anunciarme que estaba embarazado o algo por el estilo.

—La Red es inmensa, pero cuando sabes lo que buscas es más fácil encontrarlo. He podido rastrear un pedido realizado desde este condado a una empresa ubicada en China de cianuro de potasio. Fue realizado hace tres meses.

—¡Qué! —grité con todas mis fuerzas—. Ahora sólo falta que me digas que tienes el nombre de la persona que hizo ese encargo.

—Lamentablemente no, de momento. Por desgracia el sujeto fue precavido y usó un *enmascarador* de IP, lo que dificulta bastante la localización tanto del país, como del estado y no digamos ya del domicilio desde el que fue realizado el pedido. Pero es cuestión de tiempo que acabe dando con él.

Y yo sabía que podía confiar en Mark. No tenía la menor idea de lo que me estaba hablando (en términos sencillos la cuestión se reducía a que la persona había ocultado la identidad de su ordenador), pero estaba convencido de que contaba en mi pequeño equipo con uno de los hackers mejor preparados de todo el FBI. Era casi milagroso que no me lo hubiesen arrebatado ya.

—Y del pedido en cuestión, ¿no has podido obtener los datos de destino?

—Imposible, nos llevaría semanas. Estaba cifrado a 256 bits, y no cuento con ordenadores tan potentes como para afrontar esa tarea.

—Joder, pero al menos sabrás el nombre de la maldita empresa china que realizó el envío.

—Eso sí. Les he telefoneado, pero es como si escuchasen llover. Les he dicho que era un agente del FBI y que ese cianuro podía estar relacionado con dos crímenes, y entonces me han colgado directamente.

—¡Maldita sea! —exclamé, porque aunque China formaba parte de la Interpol, no era precisamente uno de sus miembros ni más activos ni más propensos a la colaboración. Además, permitía las prácticas oscurantistas de sus distribuidores a la hora de vender fármacos y otros productos químicos a cualquier parte del mundo. La cuestión era facturar, aunque para ello fuera necesario infringir ciertas legislaciones internacionales.

—Ten algo de paciencia. Sé que daré con ese ordenador, o al menos con

un área muy concreta desde la cual fue realizada la conexión.

—Gracias, Mark. Eres casi un mago. Pero precisamente el sosiego es algo de lo que carezco de un tiempo a esta parte. Te ruego que hagas lo posible por localizar la ubicación de ese ordenador.

—Cuenta con ello.

—Me voy a desayunar algo rápido y salgo hacia la oficina del sheriff a verme con Ryan y con Worth.

—Ethan, ¿cuándo diablos vamos a vernos con Duane Malick? —preguntó Liz, con los brazos en jarras. Ese gesto tan natural me recordó al día en que le dije que lo nuestro no podía continuar.

—Mañana. Ahora me ocupo de todo. Mañana mismo nos veremos con él. Ve preparando un borrador de cuestionario y por la noche lo repasamos juntos.

—Mierda, Ethan. Lo estás aplazando demasiado. ¿No podemos interrogarlo esta misma tarde?

—No, es imposible. Tengo un compromiso.

—Déjalo. Tendré el borrador preparado para eso de las ocho. Voy a perder toda la mañana en la hondonada y en el maizal intentando encontrar tus malditas *diatomeas*.

—Gracias —repliqué, guiñándole un ojo.

Desayuné un par de rosquillas y un vaso con un preparado de proteínas que Tom solía tener listo en la nevera, pues le encantaba cuidar su físico y era un habitual del gimnasio. Aquel brebaje me supo a rayos, pero al menos no tuve que esperar a prepararme un café.

Subí a mi habitación y cogí mi *Moleskine*, pues la necesitaría para la charla de seguimiento que iba a mantener con Ryan y con Jim. Pero no olvidé llevar conmigo una bolsa de deporte en la que metí la camiseta y los pantalones de atletismo y mis zapatillas *New Balance*. Tenía fijada una cita que era insoslayable, estaba ridículamente en mis prioridades incluso por encima de la resolución del caso que me había llevado al estado de Kansas.

Al poco de salir de la casa, pues había optado por ir caminando hasta la oficina del sheriff, me abordó una rubia de rostro interesante que me resultó singularmente conocido, pero que no acerté a identificar de inmediato.

—¿El agente especial Ethan Bush?

—¿Quién lo pregunta?

La mujer, de mediana edad, aspecto pulcro y mirada inteligente, se quedó unos segundos pensando. Tuve la impresión de que estaba maquinando una mentira.

—¡A la mierda! Soy Clarice Brown, de la CBS. Estoy cubriendo los crímenes que usted investiga —respondió, con determinación.

—Le agradezco su sinceridad. Por un segundo estuvo en un tris de inventarse alguna patraña, como las que cuenta por la televisión. No tengo nada que hablar con usted.

—Ethan —dijo, sujetándome del brazo para que no continuase mi camino, algo que me dejó pasmado—, necesito que me aporte alguna información adicional. Se lo ruego.

—¿Qué diablos le pasa? No tiene usted pinta de ser una becaria. No me venga mendigando. Quizá mañana por la tarde, o pasado, demos una rueda de prensa. Es todo lo que le puedo decir.

El rostro de Clarice cambió: su expresión pasó de la súplica a la intimidación en una fracción de segundo. Efectivamente, no me equivocaba: *no estaba delante de una becaria*.

—Llevo esperando horas, aquí, sola, sin micrófonos ni cámaras. Preciso contar algo que merezca la pena, que mi jefe considere que merece de verdad la pena. Así están las cosas. Si usted no me echa una mano este será mi titular: «El FBI naufraga en su intento por localizar al asesino de *los crímenes azules*. El agente especial Ethan Bush pone en peligro una prometedor carrera».

Sin pensarlo demasiado, le di un puntapié a una pequeña piedra, que rodó unos metros, hasta quedar en mitad de la avenida principal de Oskaloosa.

—Ya veo que no se anda con tonterías.

—No es mi estilo, se lo aseguro. Pero si no me deja otra salida tendré que recurrir al juego sucio. Yo también tengo una prometedor carrera como reportera en peligro.

—¿Quién le dio el chivatazo? —le pregunté, con la misma fiereza que ella había mostrado.

—Sabe perfectamente que no puedo revelar mis fuentes. Sería el fin de mi reputación.

—Ahora se pone usted ética. Una cosa por la otra —dije, aceptando un juego en el que sólo me aguardaba un profundo y oscuro abismo al final de la partida.

—Déjeme que lo piense. Entretanto, seré una niña buena y me guardaré el titular durante mi período de reflexión.

—No sé si me comprende. Quiero despellejar al poli que ha llenado este pueblo de sabandijas como usted.

—Haré caso omiso a su agradable calificativo. Pero, ¿por qué piensa que ha sido un agente?

No respondí. Creí que era la única opción posible, que no había otras alternativas. Pero los hombros ligeramente encogidos de Clarice y su rostro levemente ladeado me daban a entender que estaba confundido. Opté por hacerle una pregunta que me daba cierto pudor formular, pero para la que necesitaba una respuesta.

—¿Qué significa eso de *los crímenes azules*?

Ella hizo un gesto con la mano, como si yo no tuviera la menor idea de cómo funcionaba el mundo.

—Ustedes los agentes del FBI, siempre tan aburridos y tan alejados de la gente de a pie. Había que buscar un titular para este caso. La verdad, *los crímenes azules* me pareció fantástico, y, lo que es más importante, también a mi jefe. Un lago, cadáveres cianóticos, el cielo... Piénselo, Ethan. Usted triunfó en Detroit, ¡maravilloso! Pero ya nadie se acuerda de aquello, entre otras cosas porque no había... una buena campaña de marketing detrás de su extraordinario logro. Si resuelve el caso, me deberá la vida. Nadie olvidará que Ethan Bush fue el agente especial que resolvió *los crímenes azules*.

— XXXV —

Todavía turbado por la fascinante verborrea de la reportera de la CBS, llegué hasta la oficina del sheriff. Por suerte no había periodistas en la entrada.

Mantuve una reunión por espacio de dos horas con Bowen y con Worth, poniéndoles al día de los últimos avances (aunque reservándome algunas cuestiones, no porque dudara de ellos, pero sí del resto de los hombres que tenían bajo su supervisión) y estableciendo pautas de trabajo para los siguientes días.

—Mañana quiero interrogar a Duane Malick junto a Liz, como hicimos en su momento con Tim Nolan. Me gustaría que os acercaseis a verlo y proponerle que venga hasta aquí a declarar de forma voluntaria.

—Entonces no hace falta que pidamos una orden judicial ni que presentemos cargos —apunto Ryan.

—Exacto. Deseo que venga relajado. Tenemos muchas sospechas e indicios. Su actitud en la hondonada cerca del lago y lo que Liz le arrancó a su exesposa lo han colocado en el centro de la diana, pero no quiero que esté prevenido.

—¿Y si se niega a colaborar?

—Si se niega... Entonces los indicios cobrarán más fuerza, y en ese momento os acercaréis a visitar al juez y lo traeremos para que declare a la fuerza.

—Entendido.

Bowen abandonó la sala en la que nos encontrábamos para dar instrucciones a sus chicos, dejándome a solas con Worth. Era una situación incómoda, pero apreciaba de verdad a ese detective íntegro y honrado. Mi disculpa telefónica no era suficiente, y ahora que lo tenía delante lo tenía más

claro que nunca.

—El instinto no siempre juega a mi favor.

—No le dé más vueltas a lo de Davies, ¿quiere? Además, sé bien que aún no lo ha borrado por completo de su lista de sospechosos.

—¿Cómo lo sabe?

—Porque empiezo a conocerle, Ethan. Le admiro, de verdad que siento envidia de usted. Pero no se deje arrastrar por esa cabeza extraordinaria que tiene y atienda los consejos de personas menos inteligentes, como yo, pero con mucho sentido común.

Los expresivos ojos de Jim se habían quedado fijos, sin pestañear, contemplando los míos. Era una mirada en absoluto desafiante; al contrario, estaba cargada de afecto y fascinación.

—Últimamente estoy escuchando muchas sugerencias similares —musité, como si hablara conmigo mismo.

—Por algo será. Todos esperamos mucho de usted. Todos tenemos la seguridad de que es el único de verdad capacitado para resolver este galimatías... si se deja echar una mano.

Aquel *todos* tuve la impresión de que incluía, invariablemente, al sheriff. Con certeza Bowen y él hablaban en secreto con Stevens, y quizá lo mantenían ligeramente al tanto de cómo avanzaban las investigaciones.

—Aunque quisiera evitarlo, no tendría más remedio que aceptar esa mano. Mucho más si es la suya, Jim. Gracias.

—Ahora, si le parece bien, me voy a trabajar. Me ha puesto usted muchos deberes.

El detective Worth me dejó sumergido en un trance de reflexiones inconexas que luchaban por hacerse un espacio en mi discernimiento. Me incorporé y me quedé observando el gran tablero de corcho en el que sujetos con chinchetas se apelotonaban informes, análisis y decenas de fotografías. Mis ojos, por enésima vez, se cruzaron con los de Donna Malick, que parecía estar evaluándome desde su petrificado inmovilismo. *No te voy a fallar*, murmuré, como si pudiera escucharme.

El zumbido de mi Smartphone llegó a tiempo para rescatarme de la desazón más profunda. Era Patrick Nichols.

—¿Listo?



—¿Dónde anda?

—Tengo mi coche aparcado en el arcén de la 59, justo enfrente de la oficina del sheriff.

—Apenas tardo un minuto en estar allí con usted.

Me fugué de la oficina sin decir adónde iba, ni con quién. Mientras Worth, Bowen y sus chicos, y todo el equipo que Peter Wharton me había dejado traerme desde Washington trabajaban a destajo sin miramientos de ninguna clase y sin emitir ni una sola queja, yo hacía dejación de mis funciones y me largaba para pasar un rato dando vueltas, como un hámster, alrededor de una pista de tartán. Mi indisciplina, mi egoísmo y mi estupidez no conocían límites.

—¿Está muy ocupado? No quisiera distraerle, eso es lo último que desearía. Podemos dejarlo para otro día —me espetó Patrick, nada más acomodarme en su flamante *Lexus*.

—En absoluto. Ya he dejado todo en orden. Será un rato, y lo necesito para luego poder seguir trabajando al 100%. Además, no me perdería este entrenamiento por nada del mundo. Ha llegado el momento de batir a todos esos aficionados que disfrutaban de *la hora de las tortugas* —manifesté, entusiasmado.

—Entonces no perdamos ni un segundo.

Apenas nos separaban 30 minutos en coche del campus de la Universidad de Kansas, pero ya sentía un hormigueo que recorría mis pantorrillas: volvía a ser un corredor de verdad, como lo había sido hacía muchos años. La euforia que me embargaba anulaba cualquier sentimiento de culpa por dejar colgados al resto de mis compañeros de trabajo.

—¿Ha leído la prensa de esta mañana? —pregunté, de súbito, para amenizar el breve trayecto.

—Sí. Ya he visto que han atacado la casa de Davies —respondió Nichols, en un tono de voz que me resultó un tanto equívoco.

—Patrick, ¿usted no sería capaz...?

Nichols aminoró la velocidad para poder desviar brevemente la atención de la carretera y lanzarme una mirada condescendiente.

—Créame, el día que encuentre usted al asesino de esas chicas, al salvaje que acabó con la vida de mi pobre Sharon, será mejor que lo encierre muy

lejos de mi alcance. Yo no hubiera perdido el tiempo guarreando un poco su finca y haciendo un grafiti en su puerta. Eso no lo ha hecho ningún padre, se lo garantizo. Eso es obra de algún vecino cabreado, o de unos gamberros, pero nada más.

De inmediato recordé a Worth. Las palabras de Patrick habían salido de sus labios casi sin transmitir emoción alguna, pero resultaban igualmente amenazadoras.

—No está en absoluto claro que haya sido Davies el culpable de los crímenes. De hecho, ahora mismo el único motivo para mantenerlo en el calabozo es su seguridad —dije, cometiendo una imprudencia que venía a sumarse a un cúmulo que empezaba a resultar desesperantemente amplio.

—Lo sé, Ethan.

—¿Por qué lo sabe? —inquirí, perplejo ante la seguridad con la que se había dirigido a mí.

—Nos tenemos aprecio. Tengo muy claro que el día que tenga la certeza de que ha pillado al miserable que asesinó a Clara, Donna y mi hija seré de los primeros en conocerlo.

Nichols había acelerado la marcha y en la distancia ya se adivinaba la ciudad de Lawrence. A mi derecha discurría una vía ferroviaria en paralelo a la carretera y más allá el río Kansas; era un paisaje idílico y acogedor. Sin embargo, debido al cariz que había tomado la conversación, apenas podía disfrutarlo.

—¿De verdad usted piensa que fue el mismo sujeto el que acabó con la vida de las tres?

—No tengo la más mínima duda —respondió Patrick, con sequedad.

—Yo no lo tengo tan claro...

—Será mejor, por el bien de los dos, que cambiemos de tema. Hemos venido a esparcirnos, a pasar un buen rato juntos; ambos lo necesitamos. Además, usted ya me advirtió que no debía comentar conmigo aspectos relativos a la investigación.

Asentí, y me alivió el sentido común que mostraba mi compañero de rodajes, que no dejaba de ser el padre destrozado al que habían arrebatado brutalmente a la persona que más había querido en el mundo, y que jamás querría en lo que le restase de existencia. Yo era el agente especial que estaba

intentando devolver algo de paz a su alma torturada desde hacía casi dos décadas. Era una relación que jamás debería haber llegado tan lejos, y la culpa de que eso hubiera sucedido era mía y sólo mía.

No volvimos a dirigirnos la palabra hasta que Nichols estacionó en el amplio parking descubierto del Allen Fieldhouse, el polideportivo cubierto de la Universidad de Kansas, sede de los Kansas Jayhawks de baloncesto.

—Voy a conseguirle un pase para que pueda entrenar conmigo en el Memorial Stadium. Si quiere, entretanto puede husmear por ahí. La cancha de los Jayhawks es realmente impresionante.

Dejé a Patrick haciendo gestiones en un pequeño despacho y me interné en el polideportivo. Un grupo de chavales estaban entrenando, a las órdenes de un tipo maduro, alto y agresivo que tuve la certeza había sido tiempo atrás jugador profesional. Pero pronto me aburrí: el baloncesto siempre me había resultado un deporte trepidante pero que no despertaba ninguna pasión en mi interior. Crucé todas las gradas y salí por la parte trasera del edificio. Llegué hasta un pequeño parking y divisé al otro lado de una estrecha calle lo que parecía ser un campo de césped artificial, aunque no podía verlo bien desde donde me encontraba. Creí que allí estaría ubicada la pista de atletismo, y me dirigí a un joven que estaba aparcando su vehículo cerca de donde me hallaba.

—Disculpa, es la primera vez que vengo a este campus, ¿está allí la pista de atletismo?

El joven me lanzó una sonrisa irónica, como si yo le estuviera gastando una broma. De inmediato se percató que mi ignorancia era sincera.

—No, el Memorial Stadium está justo al otro lado, atravesando el parque. Es veinte veces más grande que el Hoglund Ballpark, que es el estadio de béisbol.

Al escuchar a aquel chico decirme que era el campo de béisbol sentí una punzada de profundo dolor en el pecho, y de inmediato no pude evitar pensar en mi padre.

—Muchas gracias, y disculpa mi despiste.

Dos minutos más tarde estaba sentado en la pequeña grada contemplando las sesiones de entrenamiento de los universitarios. Mientras los observaba corriendo por las bases o pegando a la bola con todas sus fuerzas notaba

como las emociones se iban agolpando paulatinamente en mi garganta, estrangulándola, haciéndome casi imposible respirar. Al final no pude evitar ponerme a llorar como un crío; sollozar como el día fatídico que mi madre, con los ojos reventados de haberlo hecho ella durante horas, me dijo que mi padre nos había dejado para siempre, y que ahora estaba con dios, en el cielo, y que allí nos estaría esperando con sus enormes y poderosos brazos abiertos.

—¡Demonios, he tardado veinte minutos en encontrarle!

La voz de Nichols, vociferando desde el ras del campo, me saco de la pesadilla en la que sin desearlo me había metido.

—Lo siento, tenía que haberle avisado.

Bajé de la grada y Patrick comprendió de inmediato que había estado llorando a moco tendido.

—¿Qué le sucede, Ethan?

—Es una larga historia, y no quiero estropearle la tarde con ella. Puedo resumirla en una frase: perdí a mi padre hace unos años y era un auténtico fanático del béisbol.

—En ese caso no hay nada más que hablar.

Nichols me tomó del hombro y casi a rastras me condujo entre los edificios hasta un parque formidable. En el centro se encontraba el Potter Lake, cuyo nombre no dejó de resultarme curioso. Al poco, nada más atravesar una pequeña arboleda, una imponente construcción se alzó ante mi vista, y pude comprender la incredulidad que había mostrado el joven al que había abordado al salir del Allen Fieldhouse.

—¡Menudo estadio! —exclamé, asombrado.

—Sí, la verdad es que resulta impresionante. En sus graderíos hay cabida para más del 50% de la población de toda la ciudad de Lawrence —replicó, con satisfacción, Patrick.

Tras mostrar unas tarjetas a un vigilante, nos adentramos en la fabulosa instalación por la puerta principal. Allí nos cruzamos con algunos estudiantes que abandonaban el lugar con ropa de calle y recién duchados.

—¡Hasta luego, profesor Nichols! —Corearon varios de ellos al unísono.

Esperé a que se hubieran alejado unos metros para hablar, pues me había quedado de piedra.

—¿Profesor? ¿Es usted docente en esta universidad?

—Bueno, hasta hace un par de años sí que lo fui. Pero me imagino que durante bastante tiempo me seguirán llamando profesor —respondió Patrick, sonriendo, mientras me franqueaba amablemente la puerta de los vestuarios.

—¿Y eso?

Nichols lanzó una mirada a su alrededor, y cuando tuvo la certeza de que nos encontrábamos a solas, acompañados sólo por decenas de taquillas y algunos extensos bancos de madera bien cuidada, respondió en voz muy baja.

—Digamos que fue una locura. Una estrategia. Comprendí al cabo de un tiempo que era una soberana estupidez y lo dejé. De todos modos no me vino mal.

—¿Una estrategia? ¿Para olvidar la muerte de su hija? —inquirí, temiendo que le molestase mi insistencia, pero carcomido por las dudas: ¿Era acertado impartir clases en la misma universidad a la que había asistido Sharon para superar el duelo? Como sicólogo me parecía un dislate, y necesitaba saber cuán compleja e irracional se muestra la mente humana en determinadas circunstancias.

—No, en absoluto. Una estrategia para encontrar a su asesino —contestó Patrick, lacónico.

Nos cambiamos de ropa en silencio y salimos a la formidable pista de atletismo. El estadio era deslumbrante, y aunque en sus gradas apenas había un puñado de personas, la mayoría de ellas estudiantes que parecían encontrarse allí haciendo sus deberes, en lugar de aprovechar sus habitaciones o la biblioteca, uno podía llegar a imaginárselo atestado de público enfervorizado.

—Me siento como un atleta que salta al tartán el día de la final olímpica de su disciplina. Le agradezco infinitamente que me haya traído hasta aquí.

—Sabía que le gustaría. Yo me he ido acostumbrando poco a poco, pero todavía siento un cosquilleo agradable cuando contemplo el graderío.

Calentamos durante unos 15 minutos, rodando lentamente. Luego Patrick me puso a prueba: dábamos una vuelta trotando y la siguiente corriendo a tope. Efectivamente, enseguida comprobé que era la famosa *hora de las tortugas*, porque allí no había nadie que se tomase en serio su entrenamiento, y apenas se dedicaban a hacer jogging. Desde luego entre ellos no había ningún atleta de la universidad, y por eso nos miraban asombrados, cada vez

que acelerábamos el ritmo. Era una sensación maravillosa. Al cabo de diez vueltas estaba derrotado.

—Ya no puedo más —dije, abandonando la primera calle de la pista hacia su interior, y dejándome caer sobre el mullido césped artificial.

—No se preocupe. Ha cumplido de sobra con mis expectativas. Se nota que fue un magnífico atleta hace unos años.

—¿No habrá traído consigo alguna pócima? —pregunté, viendo que no llevaba el cinturón con el que solía salir a trotar por los alrededores de Oskaloosa.

—No me sea quejica. Aquí hasta entre estos corredores fuera de forma haríamos el más absoluto de los ridículos llevando unos bidones.

Sonreí. Tenía razón. Jamás en mi vida había visto en una pista de tartán a alguien entrenando con un cinturón plagado de bebidas y geles. Eso era para los devoradores de asfalto que preparaban agotadores maratones, no para las rápidas y breves sesiones de explosivas series.

—Este debió de ser un lugar fabuloso para ver entrenar a su hija —manifesté, casi sin pensar, imaginando que a mi padre le hubiera gustado observarme corriendo en unas instalaciones semejantes.

—Por desgracia ella no llegó a disfrutarlas. Terminaron justo las obras de la pista de atletismo tras su entierro. Estaba muy ilusionada, y el que no llegara a pisarlas fue un tema que me obsesionó durante semanas. La vida es así de jodida, no hay más.

Me quedé contemplando a aquel hombre agradable, sano, en plena forma, al que ya admiraba, pero que llevaba dos heridas inmensas en las entrañas, con las que tenía que lidiar cada mañana al despertar.

—¿Cómo ha podido soportarlo?

—¿Soportar qué? —preguntó, como si no se diese por enterado.

—El dolor.

—Bueno, tomé desde el principio mis medidas. Sabe... creo que por eso Amanda terminó suicidándose. No supo establecer algunas barreras.

—¿Barreras?

Nichols admiró el estadio. Hacía un día espléndido, con un cielo limpio de nubes, una temperatura ideal para practicar deporte y una ligera brisa que acariciaba el rostro con una delicadeza agradable. Se demoró un buen rato en

contestar a mi pregunta.

—Yo nunca entré en la habitación de Sharon. No sólo hablo desde que descubrieron su cadáver, no volví a entrar desde el día de su desaparición. Además, le insistí a mi mujer que debíamos mudarnos, reiniciar una nueva vida; si era posible, en otro lugar, quizá en otro estado, muy alejados de Albion. Sin embargo ella entraba cada día en la habitación de *su pequeña*. Pasaba un rato sin tocar nada, eso me decía, y luego regresaba al salón, o a la cocina, como si tal cosa. Pero yo sabía que eso la estaba matando por dentro.

—Soy incapaz de enjuiciar a su esposa, y por favor no me malinterprete, pero se sometió a un suplicio auto-infligido que resulta muy dañino a corto y a largo plazo.

—Lo sé. En cuanto Amanda nos dejó me trasladé a Oskaloosa. Ya no tenía nada que hacer en la casa de Albion, salvo perder completamente el juicio. Pese a todo, ya lo pudo comprobar, mantengo aquella casa casi como si viviera cada día en ella, como si Sharon y mi mujer fueran a entrar por la puerta, de regreso de algún largo viaje, y me preocupase que lo encontraran todo en orden.

Patrick hablaba entrecortadamente, y algunas lágrimas rodaron por su piel curtida hasta el mentón, para después caer y perderse en el césped artificial.

—Está usted aquí, y eso ya tiene un mérito increíble...

—Sé por qué se suicidó mi esposa.

Lamenté profundamente haberme metido en aquel laberinto, pero ya no quedaba más remedio que continuar transitando sus intrincados pasadizos hasta hallar la salida.

—Patrick, no creo...

—Fui un egoísta, un cobarde. Cuando el sheriff Johnson nos solicitó un reconocimiento del cadáver no fui al depósito. Tampoco vi ninguna fotografía, nada. Amanda sí lo hizo; ella se ocupó de todo mientras yo me enterraba en nuestra cama, negándome a aceptar la realidad.

—No se culpe, es una reacción muy comprensible y que seguramente le ha permitido convivir con el dolor todos estos años. El recuerdo que guarda de su hija es el mejor: el de ella cuando estaba viva.

—Lo sé, Ethan, lo sé perfectamente. Sé que cuidé muy bien de mí mismo, de mis sentimientos, del impacto que ver el cuerpo de mi hija sin vida podía

provocarme por los años de los años.

Me atreví a posar mi mano sobre uno de los hombros de Nichols, que ya lloraba resignado y abatido. En parte sabía que aquel hombre podía llevar *siglos* deseando expresar sus emociones, y en muchas ocasiones nadie mejor que un recién conocido para hacerlo, sin pudor, sin temor, sin ninguna clase de dobleces o mentiras.

—Hizo lo que yo, de estar a su lado, le hubiera aconsejado.

—Gracias, le agradezco sus palabras. Muchos psiquiatras me han dicho lo mismo, y seguro que todos tienen razón. Pero Amanda cooperó con la policía, ratificó que era nuestra pequeña. Y lo hizo sola. Ella se quedó con la imagen de Sharon sin vida, y ya no pudo borrarla de su mente jamás. Por eso me siento tan culpable. La dejé abandonada, y ese es el motivo por el que se voló la cabeza el día en que se cumplía el décimo aniversario del asesinato de nuestra hija. Ya no podía soportarlo más.



## — XXXVI —

Me desperté abotargado, con la sensación de haber recibido una soberana paliza el día anterior por una banda de matones. Tras el entrenamiento con Nichols había regresado a la casa de Oskaloosa y me había quedado trabajando hasta muy tarde con Tom, Mark y Liz. Nuevamente sentía un agotamiento que no sólo era físico, también afectaba a mi mente. Encima los músculos de las piernas, desacostumbrados a las duras sesiones en la pista de atletismo, que ya había olvidado por completo, me dolían a horrores. Al levantarme de la cama me costó caminar hasta el baño, y tuve que hacerlo casi en cuclillas, apoyándome contra las paredes. *Ethan, tienes apenas treinta años y ya te manejas como un anciano*, me dije frente al espejo, que me devolvía un rostro mustio, con ojeras y con el pelo enmarañado. Necesitaba una larguísima ducha fría y después una taza de café bien cargado.

Bajé a desayunar y me encontré en la cocina con Tom, que seguía en pijama, devorando unas tostadas acompañadas de uno de sus extraños batidos de proteínas.

—Buenos días, Jefe. Mejor que no lea la prensa estatal de hoy.

Eché un vistazo a los periódicos que había sobre la mesa y no quise ni perder el tiempo repasando los titulares.

—¿Nos despellejan?

—Más o menos. También se están dedicando a contar lo poco que saben de las chicas. Y hacen especulaciones sobre cómo fueron secuestradas, matadas y abandonadas.

Sentí náuseas mientras me preparaba una taza de café. Sin embargo, mi colega comentaba los artículos tranquilamente, como si lo que los periodistas pudieran opinar o escribir no le afectase lo más mínimo. Pero era consciente

de que a mí sí me dañaba.

—Andan bastante despistados, ¿verdad?

—Cierto. Algo saben, pero hacen conjeturas porque no tienen acceso a los detalles. Por ese lado podemos estar tranquilos.

—Tom, mientras sigan hablando del caso no estaremos en absoluto tranquilos.

—Jefe, hay que aprender a convivir con estas cosas.

Me senté a su lado con mi café y algunas rosquillas que había en una cesta. Se me habían pasado las ganas de vomitar y el hambre había regresado para recordarme que iba a necesitar desayunar fuerte si quería afrontar el día con energía.

—¿Sabes si por la CBS están comentando algo?

—La he visto durante un rato en el salón antes de venir a la cocina y al menos ellos se están limitando a informar.

—De momento —dije, pensando en Clarice Brown.

Al subir hacia mi habitación me crucé con Liz en las escaleras. Estaba ya arreglada, con una falda lisa, una chaqueta cruzada y el pelo recogido.

—Me ha llamado Ryan. Duane Malick ya está en la oficina esperando a que lleguemos para interrogarlo, ¿nos vamos?

—Dame un minuto. Si quieres puedes esperarme fuera con el *Spark* en marcha —contesté.

Me cepillé los dientes, cogí mi *Moleskine* y un par de folios con el cuestionario que Liz había preparado la tarde anterior y que habíamos repasado juntos a mi regreso de Lawrence. Mis manos temblaban mientras recogía las cosas. Deseaba que Duane no fuera el culpable de los crímenes, porque sólo imaginarlo me ponía los pelos de punta.

Cuando llegamos a la oficina del sheriff salió Worth a atendernos. También él estaba algo nervioso.

—Ha venido sin poner la menor pega.

—¿Ha solicitado un abogado?

—No. Creo que no se espera para nada la *encerrona* que le tenéis preparada.

En la sala de interrogatorios nos aguardaba el señor Malick. Estaba nervioso: movía de forma repetitiva y constante su pierna derecha y se

mesaba el cabello con frecuencia.

Liz se encargó de hacer una larga presentación, mientras yo observaba la actitud de Duane. Era un tipo normal y corriente, alguien del que jamás se te pasaría por la cabeza que fuera capaz de cometer un crimen; sin embargo su actitud resultaba tremendamente sospechosa.

—Señor Malick, nos gustaría que viese unas imágenes que captaron unas cámaras que tenemos instaladas en la hondonada en la que fue hallado el cuerpo de su hija Donna —comentó Liz, en un tono aséptico.

Además de la videocámara para registrar el interrogatorio, el equipo de Bowen había dispuesto en la sala una televisión led de 24” que tenía insertado un pendrive en una entrada USB. En unos segundos Duane pudo contemplarse en la pantalla, en la extraña grabación en la que parecía buscar algo y después se tumbaba en una posición similar a la de los cadáveres de Donna y Clara, tal y como los encontró el pescador Tim Nolan.

—¿Qué nos puede comentar al respecto? —inquirió Liz, manteniendo esa voz neutra que apenas manifestaba emociones.

—¿Han instalado cámaras en el lago? —preguntó el señor Malick, que seguía con los ojos clavados en el pequeño televisor.

—Sí, es algo que se hace habitualmente. No es extraño que el asesino regrese a la escena del crimen, o al lugar en el que abandonó a sus víctimas.

—No estará insinuando... —musitó él, que buscó en mi mirada quizá un poco de comprensión, o de auxilio.

—Necesitamos una explicación.

Duane se pasó varias veces las manos por la espesa melena. Noté que su mejillas se habían tornasolado levemente, una reacción espontánea que no supe interpretar.

—¿Alguna vez les ha matado a una hija? Es más, ¿saben siquiera lo que es perder a un hijo?

Liz y yo nos miramos instintivamente. Ninguno de los dos éramos padres. Si el señor Malick se había preparado el interrogatorio lo había hecho con indudable habilidad.

—Esa no es la cuestión —respondió Liz, con sequedad.

—Me estoy volviendo loco, ¿comprenden? Me siento culpable. Donna era mi pequeña... No supe protegerla, no supe estar a su lado cuando más me

necesitaba...

—Señor Malick, ¿qué buscaba en la hondonada?

—¿Buscar? No buscaba absolutamente nada.

—Disculpe, pero en las imágenes se ve muy claramente que está examinando el terreno con detenimiento.

—No... No sé, la verdad. No tengo la menor idea. Fui hasta allí en un arrebató...

—¿De ira?

—¡No! De locura, de pena, de desesperación...

—¿Quizá buscaba algo que había perdido anteriormente? —inquirí, interviniendo por primera vez, pensando claramente en las dos libélulas azules, que además podían relacionarlo con Sharon Nichols.

—¿Anteriormente? Era la primera vez en toda mi vida que ponía los pies en esa zona del lago. Había visto a mi hija en el depósito, pero sabía que la habían encontrado en una especie de laguna. Una tarde me acerqué a ver a Tim Nolan, aunque apenas lo conocía de vista, para preguntarle por el lugar exacto.

—¿Habló usted con Nolan? —pregunté, desconcertado.

—Sí, es un absurdo, pero me da igual. No tardé en enterarme de que él había hallado a mi hija. Ya todo me da igual. Sólo quería saber cómo la había encontrado, en qué lugar exacto...

—¿Y qué le contó Nolan?

—Apenas nada. Estaba muy asustado. Creo que pensaba que iba a darle una paliza, o algo peor. Me dijo dónde estaba la laguna, señalándomela en un mapa, y poco más. Se puso a llorar, y hasta creo que se orinó encima de los pantalones.

—Y entonces se acercó hasta allí, y se tumbó un rato a contemplar las estrellas —apuntó Liz, que en esta ocasión se mostró incrédula y algo irónica.

Duane cruzó los brazos y alzó un poco los hombros. Esquivó nuestra miradas y buscó su reflejo en la negra pantalla apagada del televisor.

—Una vez allí no supe qué hacer. Me sentí terriblemente mal. Me tumbé para imaginar qué podía haber sentido mi pequeña, allí, abandonada a la intemperie...

—Señor Malick, su hija ya estaba muerta cuando dejaron allí su cuerpo.

—¡Lo sé! ¿Qué quieren que les diga? Me han destrozado la vida. Cada día hago cosas que no entiendo. Hay mañanas que me las paso acostado hasta la hora de comer. Otras salgo a dar un paseo y luego tengo que pedir ayuda a alguien para que me lleve de regreso a casa porque me he perdido...

Escuchando al señor Malick llegué a la conclusión de que por ese camino no llegábamos a ninguna parte. Había llegado el momento de sacar la artillería pesada.

—¿Mató usted a Sharon Nichols?

Liz me miró, asombrada, porque aunque habíamos pactado que esa pregunta la formularíamos, en principio no había llegado el momento de hacerlo.

—¿Cómo?

Duane estaba perplejo, desubicado, y todos sus tics nerviosos se habían disparado de repente. Había conseguido el efecto deseado: desarbolarlo por completo.

—Es sencillo, sólo tiene que responder sí o no. Y lo mejor en este momento es que nos cuente desde ya mismo la verdad —sentencié, como si tuviera un montón de pruebas contundentes preparadas en mi carpeta.

—Disculpen... No comprendo absolutamente nada. Primero me muestran esa grabación, y ahora me preguntan por Sharon. Mejor dicho, ¿me acusan sin más de haberla matado!

—No le hemos acusado —maticé.

—No, claro que no maté a esa chica. Por favor, ¿han perdido ustedes el juicio?

Mientras el señor Malick negaba con la cabeza, Liz hizo como buscara algo entre sus papeles. En realidad era puro teatro, sabía perfectamente cuál era el siguiente paso que iba a dar y qué es lo que iba a decir desde el día anterior. Pero estas *escenificaciones* surten mucho efecto en una persona que está siendo interrogada, porque nunca tiene claro cuánta información veraz maneja el FBI; por otro lado, la mayoría de las veces nosotros tenemos menos datos de lo que nos gustaría, y este tipo de *juegos* permiten que las personas hablen más de lo que de otro modo hubieran hecho.

—¿Por qué su mujer se separó de usted?

Duane se quedó con la boca entreabierta, y algo de saliva se deslizó por la

comisura izquierda de sus labios, lo que le concedió un aspecto casi bobalicón. Su tez se volvió lívida.

—No... No sé. Un día, un día decidió que ya no me quería, supongo, que ya no me quería, y se largó a Seattle, dejándome a cargo de los niños — respondió, hablando entrecortadamente y en voz muy baja.

—No nos está contando la verdad. Estamos al tanto de muchas cosas, y mi compañero ya le ha aconsejado que sea sincero. Es lo mejor para todos — argumentó Liz, como si fuera la mejor amiga del señor Malick.

—No entiendo nada, nada...

—¿Mantenía usted una relación con Sharon Nichols? —pregunté, con cierta rudeza.

Duane agitó nuevamente la cabeza. Parecía mantener un sordo debate en su interior. Se estaba derrumbando.

—Fue una bobada. No me van a creer. Yo era muy joven, pero ya era padre. No quería madurar, me imagino, y cometí la torpeza...

—¿Llegó a verse con Sharon la noche de su desaparición?

El señor Malick de súbito comprendió. Ya no nos miraba a los ojos: tenía la vista clavada en nuestras carpetas, en los papeles que manejábamos. Había captado, al fin, que su exmujer, Susan, seguramente, después de tres años guardando silencio se había decidido a contarlo todo.

—¿Han estado molestando a mi exesposa?

—Duane, responda a la pregunta que le he formulado.

—¡No! No la vi esa noche. Quería hacerlo, deseaba hablar con ella y decirle que todo había terminado. Sentía que lo que al principio había sido una agradable aventura se estaba complicando, y tenía que terminar con esa relación antes de que destrozase mi vida.

—Y por eso decidió matarla...

El señor Malick se incorporó bruscamente. Alzó su mano derecha y me señaló con el dedo índice. Después fue bajando lentamente el brazo y la expresión de su rostro se relajó.

—He venido hasta aquí voluntariamente. Pensaba que tenían algo importante que decirme relacionado con el asesinato de mi hija, y lo único que están haciendo es perder el tiempo con un puñado de patrañas. Si van a presentar cargos contra mí, ¡adelante! En caso contrario me largo de este

lugar ahora mismo, me niego a seguir hablando sin la presencia de un abogado.

Miré a Liz. Supe leer detrás de sus pupilas, pero no estuve de acuerdo con la decisión que deseaba que yo adoptara en ese instante.

—Está bien, puede marcharse. Pero debe estar localizable y le prohíbo que abandone el estado sin nuestra autorización. En caso contrario cursaremos una orden de búsqueda y captura.

—No tienen por lo que preocuparse, estaré en mi casa llorando la muerte de mi hija mientras ustedes no hacen nada por encontrar a su asesino.

Duane abandonó la sala de interrogatorios, dejándome a solas con Liz, que sólo tardó unas décimas de segundo en perder la compostura.

—¡Pero qué coño te sucede, Ethan! Primero rompes la estrategia que nos habíamos marcado anoche, y ahora dejas que ese tipo se largue como si tal cosa.

—No tenemos nada, Liz, absolutamente nada.

—Tenemos la declaración de su exmujer, ¿lo olvidas?

—Pero necesitamos pruebas más contundentes. Un único testigo, que un abogado de medio pelo podría cuestionar fácilmente, no es demasiado, y lo sabes —respondí, al tiempo que me esmeraba en detener la grabación, pues a nadie interesaba ya lo que Liz y yo tuviéramos que decirnos.

—Ethan, creo que lo teníamos a tiro y lo has dejado escapar vivo y coleando. Lo siento, pero la has cagado.

—Le he comunicado formalmente que no puede abandonar el estado de Kansas, y que debe estar localizable.

—Perdona, pero... ¡menuda mierda! Ethan, eres un agente especial de la Unidad de Análisis de la Conducta del FBI, ¿lo has olvidado? Hablas como si fueras el sheriff del condado. No sé si será el aire de Jefferson, el lago, o que las cosas no están saliendo como imaginabas, pero no te reconozco.

Liz comenzó a recoger sus cosas. Estaba verdaderamente contrariada, aunque yo intuía que tras su ofuscación había algo más que cuestiones profesionales.

—Tienes razón cuando dices que las cosas no están yendo aquí como hubiera deseado, pero créeme cuando te aseguro que ahora mismo no tenemos otra opción más que dejarlo marchar. Ya tenemos por aquí

rondando a la prensa, ya tenemos a Davies metido en un calabozo y a vete a saber quién destrozando su propiedad... No podemos permitirnos ni un solo desliz, ¿lo entiendes?

—Quizá más tarde. Quizá dentro de unas horas. Ahora mismo soy incapaz de seguirte. Sólo espero que sepas bien lo que te haces, Ethan.

Liz se marchó. De forma instintiva golpeé la mesa y todos mis papeles fueron a parar al suelo, desparramándose por toda la estancia. El zumbido de mi teléfono móvil llegó para rescatarme de una más que probable crisis de histeria. Pensé de inmediato en un mensaje de mi madre, a la que había prometido que iría pronto a Mariposa, a visitar la tumba de mi padre. Sin embargo era alguien bien distinto quien me remitía un SMS que, para mi asombro, me arrancó una media sonrisa: «*Me tienes abandonada, agente. Vera*».



## — XXXVII —

Salí a correr a solas por la tarde. No deseaba tener que compartir una hora de rodaje en compañía de Patrick, pensando en que quizá tenía medio pillado al asesino de su hija, y que pese a todo lo había dejado marchar. Creí que sería capaz de adivinar en mis gestos, en el tono de mi voz, que algo no andaba bien. Preferí trotar solo por el camino de tierra que partía del norte de Oskaloosa, el que dejaba a un lado el cementerio de la localidad, y reflexionar sin presión sobre todo lo que estaba sucediendo. Todavía resonaban en mi cabeza las palabras amargas de Liz, reprochándome mi conducta errática y extraña.

Cuando regresé me había calmado, y mi estado de ánimo había mejorado bastante. Casi sin reflexionar, marqué el número de mi madre.

—¿Cómo tienes el día pasado mañana?

—¿Pasado mañana? No sé, como todos, supongo. No soy una estrella de Hollywood.

—Me gustaría ir a recogerte temprano y acercarme contigo hasta Mariposa. Dispondré de muy poco tiempo, pero al menos estaremos los tres juntos —argumenté, entrando de lleno en el universo de mi progenitora: en él mi padre parecía encontrarse todavía entre nosotros.

—Será fantástico, hijo. Te estaré esperando. No quiero ni imaginar lo contento que se va a poner papá al vernos llegar juntos.

—Lo sé, mamá. Por eso lo hago.

—Gracias. Comprendo lo ocupado que estás con tus cosas, y es maravilloso que hayas podido encontrar algo de tiempo. Te estaré esperando desde bien temprano.

Traté inútilmente de decirle a mi madre que le diría la hora aproximada a

la que pasaría a recogerla por Los Banos. Ella igualmente se levantaría a las seis de la mañana y desde las siete estaría preparada para cuando yo llegase.

Me duché y tuve la sensación de que el agua arrastraba toneladas de inmundicia que en sucesivas costras se había ido adhiriendo a mi piel. Al terminar era un hombre nuevo, más lúcido y más avezado que unas horas antes.

Cuando bajé al salón de la casa de Oskaloosa no encontré a nadie, y pensé que Tom andaría por ahí indagando y que posiblemente Liz y Mark estarían en la oficina del sheriff, el lugar al que me iba a dirigir de inmediato. Vi las llaves del pequeño *Spark* y preferí acercarme en él: quizá, sólo quizá, a última hora me pasaría por la casa de Vera Taylor, aunque fuera dejando el coche a media milla de distancia de su vivienda.

Nada más salir al porche me encontré con Clarice Brown, de la CBS, que me esperaba junto a las escaleras de la entrada, en un lateral algo resguardado.

—No se asuste, agente Bush, vengo *desarmada* —dijo al descubrir mi cara de sorpresa.

—¿Qué significa eso? No me gustaría nada que nos vieran juntos.

—¿Ha olvidado su propuesta? Sé que me puedo fiar de usted —musitó, tendiéndome un sobre azul cerrado.

—Imagino que se trata de su fuente.

—Efectivamente. Espero que esta noche me deje este mismo sobre con algo sustancioso en la parte de atrás de la casa. Me acercaré a recogerlo a eso de las dos de la madrugada. ¿Le parece bien?

Clarice Brown me entregó el sobre y luego se quedó esperando a que estrechase su mano, a modo de pacto. Lo hice, aunque detestaba estar sucumbiendo a aquel trato descabellado y del que esperaba jamás nadie tuviera conocimiento.

—No sé ni lo que me parece, y prefiero no detenerme a pensar en ello demasiado. Pero por el bien de esta investigación acepto —respondí, mientras le daba vueltas al sobre con nerviosismo.

—Espero que no me decepcione y me dé alguna primicia que sea suculenta. Yo también estoy, digamos, *derrapando*, como usted. Hagamos de la necesidad virtud —dijo, guiñándome un ojo y perdiéndose por un lateral

con rapidez, como si su presencia hubiera sido una ensoñación.

Me monté en el diminuto *Chevrolet* y oculté el sobre bajo el asiento del conductor. Tenía claro que debía regresar a la casa solo, de modo que pudiera subir el sobre hasta mi habitación sin que nadie, especialmente Liz, me preguntase por él. Nada más arrancar pude contemplar mis manos temblorosas que trataban de asirse al volante, como si estuviera a punto de caer desde lo alto de un precipicio.

Al llegar a la oficina del sheriff pregunté por Bowen y por Worth. Deseaba compartir con ellos mis impresiones acerca del interrogatorio a Malick, y debatir sobre los siguientes pasos que teníamos que dar.

—Ya hemos visto la grabación. La verdad es que resulta desconcertante —dijo Ryan, que aplastaba la punta de un lápiz contra la hoja inmaculada de su cuaderno de notas.

—Liz me dijo que debería haberlo mandado detener allí mismo —les confesé.

—No es tan sencillo. Y mucho más teniendo a la prensa rondando por el condado y a Davies encerrado en el calabozo. Si metemos la pata se van a enterar hasta en la Luna —manifestó Jim, siempre tan en sintonía con muchos de mis pensamientos.

—Eso es exactamente lo que le respondí. Tarde o temprano sabrán que manejamos tres hipótesis...

—¿Tres hipótesis? —inquirió Bowen, que en el fondo era la persona con la que menos información había compartido desde mi llegada a Oskaloosa.

Sonreí. Era una sonrisa forzada y humilde, y así lo entendieron ellos de inmediato. Era el gesto involuntario de alguien que se sabe en parte perdido y que empieza a ser consciente de su situación y la acepta con resignación.

—Sí —respondí, en un tono apenas audible—. ¿A cuántos asesinos nos estamos enfrentando?

Ryan terminó de aplastar la punta de grafito, que se partió emitiendo un sonido sordo.

—Nunca me lo había preguntado. Siempre he tenido claro que a uno, ¿no? —preguntó, mirando más a su compañero que a mí.

—Puede ser uno, dos o incluso... tres —contestó Worth, que sabía perfectamente a lo que me estaba refiriendo.

—¿Tres asesinos? Eso es un disparate. No me extraña que nos estemos volviendo todos un poco majaras.

—Stevens dio por sentado desde la primera vez que hablé con él que los tres crímenes del lago eran obra de un mismo sujeto —apunté, a modo de resumen.

—¡Y eso es lo mismo que pienso yo! —exclamó Ryan, mientras echaba hacia atrás su silla, como si deseara alejarse de mí—. Y si quiere que le diga la verdad, me parece que esa teoría de los tres homicidas es un invento para justificar que tiene usted metido a Davies en una celda, a Clark enclaustrado en su casa y por ahí suelto al señor Malick, que todo apunta que es el tipo al que andamos buscando en realidad.

Worth le hizo un gesto a su compañero, como indicándole que se tranquilizase. Quizá a mis espaldas habían estado ya elucubrando sobre todas estas cosas, especialmente sobre la situación de Davies y del sheriff Stevens, al que les unía seguramente un gran aprecio. Posiblemente tenía delante de mí a la persona que había filtrado la información a la prensa. Tuve la imperiosa necesidad de salir corriendo en busca del sobre azul y leer su contenido, pero mantuve la calma.

—Todos estamos un poco nerviosos. La comunidad, los agentes, ustedes y nosotros. La llegada de los reporteros y las noticias que salen cada día sólo han empeorado la situación —dijo Jim, que desde luego parecía el más sereno de todo el estado de Kansas—. Pero Ryan, lo de que los tres crímenes sean obra de tres sujetos diferentes no es algo tan descabellado como pensamos. Creo que tenemos que estar abiertos a todas las posibilidades. Ahora mismo, tras ver el interrogatorio a Duane, ambos hemos pensado lo mismo: este tipo se cargó a Sharon hace 17 años. Siguiendo con la idea de que todas las chicas hubieran sido matadas por la misma persona, ¿por qué diablos iba a matar Malick a su propia hija?

Bowen se nos quedó mirando un buen rato. Parecía estar buscando en nuestros rostros la respuesta que él deseaba dar a esa pregunta tan directa y esclarecedora. De repente sus mejillas se iluminaron: había dado con una explicación.

—Para desviar la atención de sus otros dos crímenes.

—¿Cómo?

—Sí, hace años se ventiló a Sharon Nichols para evitar un escándalo. Durante todo este tiempo no sabemos si ha estado en *barbecho* o cometido algunas atrocidades de las que no somos conscientes. Luego se cargó a la pobre de Clara, seguramente en un arrebato, o porque había intentado liarse con la chica. Durante los días que siguieron al descubrimiento de su cadáver tuvo tiempo para reflexionar, y se dio cuenta, como ha sucedido, de que tarde o temprano daríamos con el testimonio de su mujer, lo que lo colocaría en una situación delicada. Y halló una solución ideal, que es precisamente la que os hace ahora mismo descartarlo como único sospechoso: acabar con la vida de su propia hija, Donna. ¿Quién puede estar tan chalado como para hacer eso? Pues yo he visto y leído cosas mucho peores...

Ryan terminó su exposición y se quedó cruzado de brazos, aguardando nuestra reacción.

—Sería factible, pero necesitamos pruebas contundentes. Y sí, suceden cosas terribles, pero no es algo tan habitual —replicó Worth, que estaba jugando el papel de intermediario entre su compañero y yo.

—Estoy esperando los resultados de varias indagaciones que están llevando a cabo Mark y Liz. Quizá cuando concluyan las mismas nos encontremos con esas pruebas irrefutables que tanto ansiamos todos —dije, como si me estuviera encomendando a algún extraño dios todopoderoso.

—No estaría de más que nos mantuviese mejor informados. Comprendo que Clark esté en su casa haciendo solitarios, porque en parte se lo ha ganado, pero me parece que no está siendo usted un buen líder, Ethan. Siempre tengo la impresión de que juega con nosotros con las cartas marcadas —manifestó Jim, más decepcionado que desafiante.

Sólo había una respuesta: ser más franco. Les conté por encima en lo que andaban metidos Tom, al que yo creo que sí le tenían cogida la medida, Liz y Mark. Pero no dije nada del pedido de cianuro potásico a un proveedor de China ni, obviamente, comenté que bajo el asiento del conductor del *Spark* había un sobre azul aguardando a que lo rasgara.

El ambiente se había relajado, y tanto Bowen como Worth se habían animado y hacían diversas propuestas sobre indagaciones que podían poner en marcha, alguna de ellas ciertamente extravagante, aunque aprecié el entusiasmo que mostraban. En un momento álgido un agente entró en la sala

en la que nos encontrábamos sin llamar a la puerta.

—Han encontrado otra —informó, cabizbajo.

—¿Otra chica? —inquirí, aterrado.

—Sí. Otra joven de apenas 19 años...

—¿En la misma zona del lago?

—No, no... En Council Grove, en el condado de Morris. Pero el cadáver estaba abandonado con el cuerpo medio sumergido en la orilla del lago.

—¿Council Grove! —exclamé, como si fuera el último lugar del planeta conocido.

—Sí, es una pequeña ciudad ubicada a poco más de 90 millas de aquí —aclaró Jim.

—Gracias —le dije al agente, mientras buscaba rápidamente un teléfono en la agenda de mi Smartphone.

Bowen, entretanto, le hizo un gesto al agente, que había hecho caso omiso de mis palabras y se había quedado esperando las instrucciones de su superior para proceder en consecuencia. Cuando se marchó, pese a ver que yo trataba de contactar con alguien, Worth no pudo contenerse.

—Ahora ya no hay quien contenga la intervención de la policía estatal. El caso se nos va a ir de las manos...

Alcé la mano, como para solicitar un instante de silencio. Mark ya había contestado a mi llamada.

—¿Te has enterado de lo de Council Grove?

—No, ahora mismo estoy en el salón de la casa de Oskaloosa, trabajando en lo que ya sabes, ¿qué ha sucedido?

—Han encontrado a otra chica allí. Quiero que me mandes un breve informe en media hora, ¿podrás hacerlo?

—Ya estoy en ello.

Colgué y Ryan y Jim pudieron ver el dedo índice de mi mano derecha temblando sobre la superficie del *Gorilla Glass 3* de mi teléfono.

—Ethan, ¿qué está pensando?

—Jim, ¿tiene contactos en la policía del condado de Morris?

—No, aquello es diminuto. ¿Qué es lo que desea?

—Información. Anticiparme a los acontecimientos. Además, tengo una intuición y necesito corroborarla.

—¿Una corazonada? No tiene usted pinta de dejarse guiar por esa clase de cosas —manifestó Bowen, incómodo.

—Está de suerte, porque sí que tengo varios amigos en Topeka. Si me da veinte minutos le pongo al día —dijo Worth, haciendo caso omiso a las palabras de su colega Ryan. Quizá porque ya sabía qué me estaba rondando por la mente.

—Es intuición, sí, pero está basada en la experiencia y en la formación. No soy ningún adivino —repliqué finalmente, cuando Jim me dejó a solas con el ayudante del sheriff.

—Espero que no se haya molestado. Es que me ha extrañado en usted.

—En el fondo le agradezco la observación. No se preocupe. Ahora tenemos asuntos más importantes con los que entretenernos.

Bowen suspiró. Lo hizo de una forma suave y relajada, pero pensé que con los años acabaría lanzando bocanadas de aire, al igual que su jefe, el sheriff Stevens.

—Y, si me lo permite, ¿qué intuye?

—Quizá sea un tanto precipitado por mi parte, porque es infrecuente, pero creo que lo que ha sucedido en Council Grove es obra de un *copycat killer*. Posiblemente estemos ante un imitador que lo único que ha buscado es llamar la atención de la más miserable y terrible de las formas.

## — XXXVIII —

Al caer la tarde ya tenía sobre la mesa dos informes iniciales que me permitían, a priori, reafirmar mi creencia de que el crimen de Council Grove había sido obra de un asqueroso imitador. No sólo el cadáver había sido hallado en un emplazamiento diferente (que ya era significativo); además, aunque estaba sin ropa, había restos biológicos, posiblemente semen, y el cuerpo no había sido limpiado a conciencia. También resultaba cuando menos curioso que lo hubiera arrojado en la orilla del lago, no en una hondonada que era inundada por la lluvia. Por cierto, en esa zona no había caído una gota de agua en los últimos cuatro días.

—Jim, esto no concuerda en absoluto con el *modus operandi* al que nos enfrentamos aquí —manifesté, agitando en el aire varios folios en los que él y Mark habían volcado todo lo que habían podido averiguar en apenas una hora.

El detective Worth se acarició el rostro, que mostraba una descuidada barba, seguramente fruto de jornadas agotadoras en las que lo último que ocupaba a aquel buen hombre era vigilar su aspecto.

—Tiene razón. Pero ahora trate de convencer de eso a la prensa estatal y a la gente de Topeka. Están vinculando todos los crímenes.

—Y es normal. Les faltan datos, a los unos y a los otros. Vamos por delante de ellos. Algún fulano perturbado ha estado pendiente de las noticias estos días y ha querido llamar la atención de la peor de las maneras: cometiendo una atrocidad.

—Ethan, quizá sea el mismo sujeto, pero esta vez algo interrumpió su *labor* y no tuvo tiempo u oportunidad de hacer las cosas mejor.

Negué con la cabeza rotundamente. Era una posibilidad que me parecía



insostenible, y que además no deseaba contemplar.

—No, no, y no. Necesito más información del crimen de Council Grove, pero ya le adelanto que estamos ante un tipo desorganizado, muy distinto al que nos enfrentamos aquí. Nuestro hombre mejorará en cada nuevo crimen, si sigue actuando; por el contrario, si no cogen pronto al de allí casi se acabará delatando él solo. Alguien lo pillaré con las manos en la masa.

Nuestra charla fue interrumpida por el desagradable zumbido de mi Smartphone. Nada más ver el nombre de la persona que me telefoneaba en la pantalla sentí que me ahogaba.

—Peter...

—Ethan, me acaban de pasar una solicitud cursada desde Topeka. Me ha llegado a través de nuestra oficina en Kansas City, pues como sabe no tenemos ninguna en el estado de Kansas. Solicitan un especialista en crímenes violentos y asesinos en serie, ¿le suena?

El tono de voz de Wharton resultaba terriblemente nítido y contundente a través de la línea.

—Sí, nos hemos enterado esta tarde y ya estoy trabajando, pero aún no me he puesto en contacto con ellos. Es la primera noticia que tengo de que hayan pedido la colaboración del FBI.

—Pues mañana le ruego que se acerque a Topeka y revise toda la información relativa a ese nuevo asesinato. Por aquí ya están nerviosos, seguro que se hace cargo de la situación.

—Me hago cargo, señor. Pero no tiene nada que ver con los crímenes que investigamos aquí, en Jefferson.

—No le parece que es algo precipitado lanzarse a emitir juicios de valor sin tan siquiera haber estudiado el caso.

—Es que llevo ya un buen rato haciéndolo.

Un largo silencio se abrió tras mis palabras. Cada segundo sin escuchar la voz de mi jefe se me hizo eterno. Ambos, aunque todavía no había sido explicitado en la conversación, teníamos muy claro que se había desatado una tormenta, y de las buenas.

—Ya... Me imagino que extraoficialmente...

—Así es.

—Sabe que ya no va a tener sólo a la prensa estatal tocándole las narices,

¿verdad? Este asunto desde ya tiene trascendencia nacional.

—Estoy seguro, pero seguramente la prensa ha tenido mucho que ver en esta desgracia. No la culpo directamente, pero sí la tacho de irresponsable.

—Explíquese, por favor.

—Creo que nos hallamos ante un *copycat*.

—¿Está absolutamente seguro?

—Casi al 100%. El patrón difiere en aspectos fundamentales. Mañana cuando vaya a Topeka podré confirmarle esta hipótesis.

—Está bien. Ethan, está teniendo un poco de mala suerte con todo este asunto, asumámoslo, pero precisamente por eso debe andarse con más cuidado que nunca. Es usted un hombre inteligente, confío en su buen hacer.

—Peter...

—¿Sí?

—Necesito que pare los pies a la gente de Topeka. No quiero que se inmiscuyan en mi caso.

Sentí la respiración agitada de Wharton al otro lado del teléfono. Estaba convencido de que sus bufidos estarían poniendo a prueba la resistencia de los cristales de su despacho.

—¿*Su caso*? ¡Ha perdido usted completamente la cabeza! Le recuerdo que es usted un agente especial del FBI, de la Unidad de Análisis de la Conducta. Joder, somos un órgano consultivo, ¡no tenemos casos!

—Me he expresado mal...

—No, no, Ethan, sé muy bien lo que ha querido decir. Se cree el sheriff del condado, o algo parecido, y no lo es. Limítese a colaborar, no ponga en riesgo una carrera profesional que puede ser, se lo aseguro, magnífica. Reflexione. Mañana cuando regrese de Topeka espero su llamada.

Cuando colgué lo único que me mantenía unido a algo parecido a la esperanza era la mirada entre atónita y comprensiva de Jim.

—¿Lo ha escuchado todo? —pregunté, casi de forma retórica.

—Podría mentirle, pero creo que no serviría de mucho. Sí, era difícil no hacerlo.

—Ya ve, estoy metido en un buen lío.

—Saldremos de esta, ya lo verá.

Agradecí no sólo el uso del plural que había manejado Worth, también la

suave palmada en la espalda que acompañó a sus palabras.

—Jim, ¿qué cree usted?

—Pues algo parecido a lo que piensa su jefe. No trate de amoldar la realidad a sus deseos, Ethan. Considero que mañana debe de ir a Topeka con la mente limpia, y dejar que los informes, la autopsia y las fotografías le muestren a qué nos enfrentamos en realidad.

—Ya, comprendo...

—A mí la idea de un imitador me parece un poco peculiar. Es algo de lo que se habla en las series y en las películas, pero usted sabe mejor que yo que es bastante poco frecuente.

—Podría citarle, sólo en los Estados Unidos, más de una veintena de casos en los últimos años. Desde matanzas en colegios hasta asesinos en serie, y eso dejando a un lado los suicidios. Hay chalados por ahí que carecen de imaginación pero a los que no les faltan las ganas.

Mi verborrea trataba de embozar lo evidente: aunque había casos para aburrir, algunos tan sonados como los del *asesino del zodiaco*, estadísticamente suponían una menudencia. Además, los crímenes de Jefferson no habían tenido una repercusión en los medios de comunicación descomunal, algo imprescindible para precipitar la acción de los imitadores.

—Usted sabe bien lo que se hace. Sólo le aconsejo que actúe con cautela y que no se adelante a los acontecimientos.

—Tiene razón. Lo mejor es que sigamos trabajando. Me gustaría que mañana me acompañase a Topeka.

—Cuenta con ello.

Seguí analizando los datos que iban llegando a la oficina de Oskaloosa, y o yo estaba muy obcecado y había perdido completamente el juicio o todo apuntaba a que en efecto el asesinato de Council Grove era obra de un *copycat*. Por más que intentaba ser objetivo y alejarme de mi impresión inicial, no lograba que ninguna evidencia me apartase de ella. Si estaba equivocado, me iba a dar un golpe de campeonato, de los que dejan secuelas para el resto de la existencia.

Ya había anochecido cuando me monté en el *Spark*. Metí la mano debajo del asiento y pude palpar el sobre, comprobando que seguía en su lugar. Atravesé Oskaloosa a toda velocidad y seguí por la 59, en dirección a Valley

Falls. En lugar de atravesar el lago por la 92 decidí que lo mejor para despejarme era dar un largo rodeo conduciendo para alcanzar mi objetivo: Meriden. Tres cuartos de hora más tarde estaba aparcando junto al cementerio del pueblo, en Condray Street, un lugar apartado y poco frecuentado a esas horas y en el que el *Chevrolet* pasaría desapercibido. En cualquier caso, sabía que estaba jugando con fuego. Sin embargo una atracción irresistible me arrastraba, y casi sin saber cómo me hallaba en la parte de atrás de la residencia de Vera Taylor, con el corazón latiendo en mi pecho como si acabara de terminar un duro sprint corriendo. Pude ver nuevamente su bicicleta, abandonada, como si llevara aguardándome desde mi última visita, y la sensación de que no debía descartar a Vera de la lista de sospechosos regresó para martirizarme. Unos segundos más tarde estaba llamando a su puerta con los nudillos. Tuve que insistir varias veces.

—Vaya, mi agente favorito. Pareces un perro asustado, Ethan.

—¿Puedo pasar? —pregunté, sin querer replicar a su condescendiente comentario. Quizá estaba más en lo cierto de lo que yo imaginaba.

—Claro, aunque me gustaría que me avisaras antes de venir a mi casa, aunque sea para lamerte las heridas.

Entré en la vivienda de Taylor y el penetrante olor a incienso por primera vez me resultó agradable. Era denso y exagerado, como siempre, pero ahora lo asociaba a recuerdos gratos, y eso lo había cambiado todo. Desde algún lugar del salón unos altavoces reproducían *Goodnight Moon* de *Shivaree*, lo que terminó de sumergirme en un ambiente casi de ensueño en el que deseaba dejarme atrapar. La mirada violeta de Vera hizo el resto. Durante una hora me fusioné con los labios y con la piel de aquella mujer fascinante, a la que me unía algo casi salvaje; algo que yo sabía que no tenía nada que ver con el amor, pero que me subyugaba de una forma poderosa e irresistible. La pretendía con un anhelo que iba más allá de lo racional y que me resultaba tan insondable como placentero. Apenas nos hablábamos, y sin embargo nos comunicábamos a través de los ojos, como si ella fuera capaz de entrar en mi alma, como si mi alma necesitara que ella transitara por los espacios más oscuros y poco frecuentados de sus entrañas.

Abandoné Meriden escapando a hurtadillas, tal y como había llegado, con la esperanza de que absolutamente nadie me hubiera visto. Esta vez, más

calmado ya, regresé a Oskaloosa por la 92. Como siempre, la visión de lago, cuya superficie a esas horas se había vuelto enigmática y sombría, me reconfortó. Antes de entrar en la casa metí el sobre azul en una carpeta, y deseé que no hubiera nadie en el salón. Por fortuna así fue: había una nota en la que los chicos me decían que si me encontraba con ánimos estarían cenando y tomando algunas cervezas en la hamburguesería. Pero yo tenía poco tiempo que perder.

Rasgué el sobre y saqué un folio doblado que oculté bajo la almohada de mi cama, sin leer su contenido. Tenía muy claro lo que deseaba anticiparle a Clarice Brown, y no quería que un nombre mal garabateado en un papel pudiera perturbarme. Sabía que lo que estaba a punto de hacer era una insensatez más, que llegaba para sumarse a la concatenación de disparates que mi cerebro venía engendrando desde hacía días. Casi se podría decir que desde mi llegada al estado de Kansas.

Brevemente, y escrito a mano, le anticipaba dos cosas a Clarice, que era casi lo mismo que hacerlo directamente a la CBS: por un lado, le informaba de que Davies seguía en el calabozo por su seguridad, pero que estaba casi completamente descartado de ser el culpable de los homicidios de Clara Rose y de Donna Malick; por otro, le sugería que adelantase a su audiencia que el nuevo crimen acaecido en Council Grove era casi con total seguridad obra de un *copycat killer*. Terminaba mi misiva con una especie de súplica: rogándole que se deshiciese de ella, quemándola si era posible. Seguramente mi ingenuidad alcanzaba cotas jamás superadas anteriormente por ningún miembro del FBI, pero tal y como estaba la partida consideraba que no tenía más alternativas.

Antes de bajar las escaleras me cercioré de que ni Liz, ni Tom, ni Mark habían regresado. Luego salí al exterior, rodeé la casa y dejé el sobre azul en el lugar acordado. Imploré al cielo que en las poco más de dos horas que restaban para que la reportera pasase por allí a recogerlo nadie lo viese. Aunque no estaba firmado, tanto la letra como la información no dejaban lugar a las elucubraciones: sólo yo podía ser el autor de aquel mensaje.

Volví rápidamente a mi habitación, me di una ducha, me puse el pijama y me metí en la cama. Me pasé veinte minutos mirando el techo: sobre su pintura nacarada desfilaban ante mis pupilas las imágenes de un día ajetreado

y cargado de emociones. Estaba agotado y deseaba, sinceramente, encontrarme con mi madre y realizar con ella el viaje hasta Mariposa. No se lo debía a mi padre, se lo debía a ella. Mi respiración agitada se relajó cuando recordé el tacto y el olor de la piel de Vera Taylor. El fascinante contraste de sus ojos malvas con su media melena negra era algo que sabía ya en aquel instante iba a evocar durante lo que me quedara de vida.

Finalmente, cuando consideré que ya estaba lo suficientemente tranquilo como para asumir una verdad que en cualquier caso me iba a resultar cuando menos ingrata, me giré y saqué de debajo de la almohada el papel que hacía un rato había ocultado. Lo desdoblé lentamente y ante mí surgió un nombre, escrito con la letra elegante y consistente que sólo puede tener una periodista. Volví a doblarlo con parsimonia y a dejarlo en el mismo escondrijo. Esa serenidad era pura ficción, porque ya no pude pegar ojo en toda la noche.

## — XXXIX —

El viaje a Topeka no pudo resultar más desalentador. Todo el equipo allí formado, al que se suponía que nosotros debíamos integrarnos, estaba absolutamente convencido de que el nuevo crimen del condado de Morris estaba vinculado con los de Jefferson. Tener a mi lado al detective Worth fue como tomar cada dos horas un tranquilizante: me sosegaba y controlaba mis atisbos de reacción airada.

En cierto modo, tuve la impresión de estar de nuevo en Detroit, con decenas de detectives y cientos de policías descoordinados que se empeñaban en mantener su versión particular de los hechos, sin ser capaces de encontrar el nexo común que los conectaba a todos. Pero aquí era muy distinto: yo no trataba de asociar los homicidios, mas al contrario me empeñaba en trazar una gruesa línea entre lo ocurrido en Council Grove y lo acaecido en Perry Lake.

Para mi satisfacción, pero también para mi desesperación, cada evidencia y cada prueba que me ponían delante no hacía otra cosa que confirmar esa percepción que tan sólidamente se había forjado en mi interior casi desde el principio. Como buen psicólogo era consciente de que las personas somos capaces de amoldar la realidad a nuestro antojo, de modo que concuerde con nuestras ideas preconcebidas, sin atender a los estímulos o señales que puedan contrariarla. Pero tenía a Jim para corroborar que no me estaba dejando arrastrar por mi irrefrenable anhelo de mantener bien alejadas ambas investigaciones.

—La posición del cuerpo, el lugar en el que fue abandonada la víctima, la ausencia de cianuro en el cuerpo, los restos biológicos hallados sobre su vientre, la zona en la que fue captada la joven... ¡Son demasiadas

discrepancias con el *modus operandi* al que nos estamos enfrentado en Jefferson! —exclamé, revolviendo un puñado de fotografías e informes que nos habían dejado sobre una mesa para que pudiéramos analizarlos.

Worth me hizo un gesto para que bajase la voz y controlase mis emociones, aunque apenas podía lograrlo. Nos hallábamos en una sala atestada de agentes que nos observaban, no sin mostrar ciertos recelos. Además, mi actitud contrariada y mis modales algo rudos no habían generado precisamente lo que se dice simpatía.

—Está claro, Ethan. Pero estos tipos están ahora mismo sometidos a mucha presión, y están más obsesionados con pillar al culpable de todos los crímenes que en otra cosa. También debemos reconocer que no hay pocas coincidencias con los asesinatos de Donna y de Clara, por lo que no es ninguna locura que defiendan esa tesis.

—Pero mire estas fotografías, Jim —dije, mostrándole un par de instantáneas—. Hay evidencia de que esta chica opuso resistencia, y de que el cuerpo no fue lavado ni con agua y jabón, ¡ni con nada!

—Ya sabe que a mí me ha convencido... *hoy*. Pero ayer tenía mis dudas. No es descabellado pensar que un demente como el que acabó con *nuestras* chicas perdiera el control y actuara de forma precipitada en determinadas circunstancias. Incluso anoche llegué a considerar si no se trataría de una estratagema de un tipo tremendamente listo: cambia su patrón de conducta a sabiendas de que eso nos dejará completamente *fuera de juego*.

Aquella observación no era tan ingenua. Yo tenía la certeza de que nos las estábamos viendo con un sujeto de una inteligencia notable, y ampliar su radio de acción y cambiar su patrón de conducta, aunque muy improbable, entraba dentro de las hipótesis a valorar. No es habitual porque las motivaciones que llevan a una persona a matar suelen estar ceñidas dentro de unos estrechos márgenes, mucho más cuando nos referimos a asesinos en serie. Esto resulta de gran ayuda para los investigadores, porque aunque intentan perfeccionarse con cada nuevo crimen, al mismo tiempo dejan una serie de señales que para nuestros ojos refulgen como enormes estrellas en un firmamento con luna nueva.

El cadáver hallado en Council Grove ya había sido identificado: se trataba de una estudiante de 19 años, que residía en la ciudad de Emporia con sus



padres, y que se desplazaba cada mañana temprano a Lawrence, donde había iniciado sus estudios de Grado. Solía regresar a casa temprano por las tardes, y le gustaba coger su bicicleta y dar un largo y tranquilo paseo, normalmente por el arcén de la 50 hasta la pequeña población de Strong City, situada al oeste de Emporia, a unas veinte millas. De cuando en cuando se internaba en el apacible *Tallgrass Prairie National Preserve*, un lugar maravilloso pero poco frecuentado. Allí se encontró abandonada su bicicleta, en una lateral de la KS-177. La teoría que más consenso había suscitado era que fue raptada a la fuerza y llevada hasta algún punto apartado de Council Grove Lake, donde había sido asfixiada con ayuda de un almohadón, cojín o paño grueso, pues se habían encontrado fibras que así lo indicaban en las vías respiratorias. No había sido agredida sexualmente, pero sí era más que probable que su asesino se masturbara tras el crimen sobre el vientre desnudo de la víctima. Había arrastrado el cadáver desde un vehículo (del que se habían obtenido unas débiles marcas de neumáticos sobre la arena reseca que sugerían que se trataba de un modelo desfasado de Pick-up) hasta la orilla del lago, en una zona cercana al *Richey Cove South Recreation Area*. Ya se habían cursado órdenes y avisos a la ciudadanía, por si alguien había podido ver a la chica a lo largo de su trayecto, o, incluso mejor, a la joven montada en un vehículo estilo Pick-up.

—Me resulta muy difícil asumir que pueda haber una mente tan retorcida y al mismo tiempo tan cabal como para realizar un movimiento que, lo admito, a mí sería al primero que trastocaría. Pero me alegro de que me platee ese enfoque, porque yo jamás hubiera sido capaz de hacerlo.

El sonido algo estridente de mi Smartphone, que me sorprendió a mi tanto como a Worth, pues solía tenerlo en modo vibración, nos arrancó de la sesión de cavilaciones.

—Jefe, ¿ha visto el parte de noticias de la CBS?

—No, estoy en Topeka, liado con Jim y con un ejército de agentes.

—La reportera esa tan atractiva...

—Clarice Brown —completé, sin pensar, comprendiendo al momento que había cometido un imperdonable desliz.

—Vaya, ya veo que usted también se ha fijado en ella. Pues la cuestión es que acaba de decir por la televisión que Davies no es sospechoso, y que lo

tenemos retenido poco menos que para que ningún vecino le vuele los sesos.

—¡Mierda! —exclamé, tratando de infundir a mi exabrupto un tono dramático que seguramente resultó exagerado.

—Aún hay más. También comentan que el crimen de Council Grove nada tiene que ver, pese a las semejanzas, con los de Jefferson, y que es más que probable que la policía estatal de Kansas y el FBI se las estén viendo con un *copycat*. Al final vas a tener razón, jefe, y tenemos a un chivato metido en nuestro bando.

Aguanté la respiración, para evitar lanzar un bramido de inmensa alegría. Si Tom había picado el anzuelo, todo el mundo seguramente lo haría.

—Cuando regrese a Oskaloosa nos ocuparemos de este asunto. Voy a tratar de zanjar aquí algunos flecos; calculo que en menos de dos horas estaré por allí. Gracias por mantenerme informado.

—Un placer, jefe.

Le comenté a Worth mi conversación con Tom, para ver cómo reaccionaba él ante estos acontecimientos, que venían a poner un poco más patas arriba todo.

—Joder, Ethan, eso tiene que haberle llegado a la CBS a través de alguien muy bien informado. ¿Son todos sus chicos de fiar?

Me quedé de piedra cuando Jim me formuló la cuestión. Siempre había pensado que cualquier sospecha recaería en la gente de la oficina del sheriff, lo cual me producía un doble alivio: jamás podrían probarlo, al no ser cierto; y no me afectaba en gran medida, al tratarse de personas con las que no mantenía estrechos vínculos ni profesionales ni afectivos.

—¡Por supuesto! Quizá sólo se trate de una casualidad. Quizá hayan puesto micrófonos en algún lado, o sencillamente estén haciendo suposiciones y han tenido algo de suerte. Pero le puedo jurar que Liz, Mark y Tom son verdaderas tumbas en lo que respecta a cualquier caso bajo investigación.

Un sonido breve me advirtió que había recibido un mensaje en el teléfono. Se trataba de Peter Wharton, alguien con quien no había contado, y que ya me conocía mejor que mi propia madre. El texto era breve pero esclarecedor: «*¿Ha visto el informativo de la CBS? En cuanto tenga un minuto libre quiero una explicación detallada*».

El detective Worth tuvo que ser testigo de mi repentina lividez, y me estrechó el brazo con suavidad.

—¿Alguna mala noticia?

—Todavía no lo sé. No se preocupe. Vamos a terminar cuanto antes con esta gente y regresemos temprano a Oskaloosa.

Redacté un sucinto informe en el que poco más o menos describía al sujeto que debían buscar: alguien desaliñado, con antecedentes, problemas de adaptación, sin apenas formación, que todavía vivía con sus padres o, seguramente, con una madre viuda o divorciada, incapaz de mantener un trabajo estable pero que, al mismo tiempo, no ocasionaba problemas de ningún tipo en su entorno más inmediato. Era muy posible que en su casa se hallaran recortes de prensa relacionados tanto con el crimen de Council Grove como con los de Jefferson. La Pick-up era más que probable que no estuviera a su nombre, pero que la encontrarán aparcada como si tal cosa delante de la puerta de la vivienda. Si localizaban algún testigo sería clave, porque nos llevaría directamente al asesino. Su ADN sobre el vientre de la víctima ponía las cosas muy fáciles. Finalizaba mi disertación poniéndome en todo momento a disposición de la policía estatal, pero también señalando que los dos horrendos homicidios acaecidos en Jefferson en absoluto estaban relacionados con el del condado de Morris.

La tarde ya estaba cayendo sobre Kansas mientras Worth y yo recorríamos en el *Interceptor* la 24, dejando primero a nuestra derecha la salida hacia Grantville y después bordeando los lindes de Perry, justo antes de tomar la 59 en dirección a Oskaloosa. Pasar tan cerca de los pueblos en los que habían residido Clara y Donna me produjo cierta congoja. Sentía la responsabilidad de dar con la persona o personas que las habían matado sin miramientos. Sabía que ya estaba acariciando la verdad, que podía tenerla ya delante de mis ojos y que sólo faltaba un golpe de suerte para rematar como era debido la faena. Pero al mismo tiempo era consciente de que en este periplo había cometido no pocos errores, y que sólo el éxito sería capaz de extinguir hasta el último de los rescoldos de los numerosos incendios que había provocado. La victoria es tan extraordinaria, tiene tantos amigos, que hasta la mayor de las torpezas es disculpada y pasada por alto de inmediato. Lo importante es el resultado, lo de menos es el camino elegido para alcanzar

la cumbre; aunque haya sido necesario actuar como un necio en varias ocasiones con tal de llegar a esa ansiada cima. Una vez en ella los que te acompañan no desean mirar atrás: el paisaje es demasiado hermoso como para estropear el momento con bagatelas.

Jim me dejó en la casa de Oskaloosa. Le dije que no podríamos vernos a lo largo del día siguiente, aunque si surgía algo urgente me telefonara, porque por la mañana tenía un compromiso inexcusable en California. No me pidió más explicaciones. Era un hombre que sabía ser discreto en cualquier situación. Tenía muy claro que una vez concluido el caso lo echaría de menos.

Nada más entrar al salón me topé con Liz, que parecía llevar horas de pie delante de la puerta de entrada, esperando mi inminente regreso.

—¡No me jodas, Ethan, quiero una explicación de inmediato!

Miré a nuestro alrededor, deseando que no hubiera nadie más que pudiera haber escuchado su alarido.

—¿Dónde están Tom y Mark?

Liz se apartó un mechón de cabello del rostro con brusquedad y dio un paso hacia adelante, para estar más cerca de mi rostro.

—No te preocupes. Tom está por ahí con Bowen haciendo el trabajo sucio y Mark te está esperando en su habitación. Dice que tiene algo muy interesante que contarte.

—Genial... Ahora, si te tranquilizas, te ruego que me aclares qué clase de explicación quieres —manifesté, echándola con suavidad a un lado y tomando asiento en el sofá, como si tal cosa.

—A mí no me engañas. Te conozco bien, mejor de lo que imaginas. Necesito que me demuestres que no tienes nada que ver con todo lo que ha salido en las noticias de la CBS. ¡Parece salido de tu puño y letra!

—Liz, es una casualidad. O una filtración de alguien de la oficina del sheriff, vete a saber. ¿De verdad me crees capaz de poner en juego mi carrera con un despropósito semejante?

—Sí, Ethan, eres perfectamente capaz de eso y de mucho más. Te comportas como un niño en muchas ocasiones, pero nadie, ni siquiera Peter Wharton, te ha parado los pies hasta la fecha. Ya te lo advertí: espero que sepas lo que estás haciendo, y que todo este asunto acabe bien. Algo me dice

que si no es así estás acabado en el FBI.

—Por favor, no te pongas tan dramática.

—Eres un crío. Ojalá me equivoque, pero como no pillemos al asesino o asesinos tras los que andamos te vas a dar un baño de realidad que te va a dejar helado para el resto de tu vida.

Incapaz de seguir discutiendo con Liz, y sabedor que cuanto más durase el litigio más posibilidades tenía yo de meter la pata, me escabullí escaleras arriba en busca de la habitación de Mark.

—Aquí está mi genio —dije, animoso, sin llamar a la puerta, en busca de una sonrisa que aliviara la desazón que Liz me había dejado incrustada en la conciencia—. Me comentan que tienes un bombazo por ahí.

Mark apenas sonrió y me entregó con pulcritud una hoja en la que había impreso por ordenador un mapa del condado de Jefferson, con un punto rojo que destacaba sobre la tinta negra.

—He localizado el lugar desde el que realizaron el pedido de cianuro de potasio a la compañía china.

Me quedé unos segundos contemplando el mapa y el punto rojo, que parecía refulgir, como una baliza en medio del océano. Algunas suposiciones se me pasaron por la cabeza, pero todavía mi mente estaba demasiado ofuscada con la reciente discusión con Liz.

—Sinceramente, Mark, no sé adónde nos puede llevar esto. ¿Sabes de quién demonios se trata?

Mark me tendió una segunda hoja impresa. Esta vez el mapa estaba metido en un pequeño recuadro, y al lado podía verse una dirección y un nombre de mujer.

—Sí, eso es lo peor. Que ya sé de quién se trata —respondió, haciendo un aspaviento.

—¿Mary Francis Thorpe? Tiene nombre de agradable octogenaria incapaz de hacer daño a una mosca...

—Casi lo has clavado. Es una viuda de 71 años que vive sola desde hace 15 y que, por algunas fotografías que he visto de ella, lo peor que habrá hecho en toda su vida es pasarse el Día de Acción de Gracias con la sal del asado.

—¡Mierda! Tendremos que ir a visitarla igualmente.

—Eso había pensado. Me extraña mucho que una mujer así hiciera un pedido de cianuro de potasio a China usando un enmascarador de IP para acabar con una plaga de... ¿hormigas?

Dejé a Mark encogido de hombros y me metí en mi habitación con los dos folios que me había entregado. Después saqué el papel azul que aún conservaba oculto bajo mi almohada y me quedé mirando un rato el nombre que Clarice Brown había escrito en él con su impecable caligrafía. Parecía que las piezas del puzle empezaban a encajar, y que completarlo sólo iba ser cuestión de días.

## — XL —

Por la mañana temprano les expliqué a Liz, Mark y Tom la verdad: había reservado un vuelo directo de Kansas City a San Francisco, porque estaba obligado a ir a ver a mi madre a Los Baños. La versión oficial que iba a dar era que ella había sufrido un amago de infarto, pero la realidad era que sólo lo hacía porque llevaba demasiado tiempo esperando mi visita, y no podía demorarla más. Aceptaron mi explicación sin reproches de ninguna clase y Tom se ofreció voluntario para trasladarme en el *Spark* hasta el aeropuerto y luego, a última hora, traerme de vuelta a Oskaloosa.

Me llevé el Smartphone para estar localizable en todo momento y mi inseparable *Moleskine* para poder continuar trabajando durante los vuelos, que me permitirían algunas horas de cierto sosiego en las que reflexionar en profundidad.

Nada más aterrizar en San Francisco tomé un coche de alquiler y en apenas dos horas estaba frente a la puerta de mi madre, tocando el claxon, como cuando era un adolescente. Ella no tardó ni diez segundos en aparecer, impecablemente vestida y con una cesta de mimbre.

—Estás muy guapa, mamá, me alegro mucho de haber venido a verte.

—Gracias, hijo. Tú, sin embargo, estás muy delgado. Seguro que no comes nada. He traído unos sándwiches fríos para cuando llegemos a Mariposa. Te van a encantar: he preparado tus favoritos.

El solo hecho de ver a mi madre me emocionó, y mientras conducía a toda velocidad a Mariposa no pude evitar echarme a llorar, aunque había tratado de evitarlo.

—¿Qué te sucede, Ethan? No pasa nada, ya verás lo feliz que se va a poner papá cuando nos vea llegar juntos. Hoy es un día maravilloso, no tienes

que llorar.

—Lo sé, mamá, sé que hoy es un día fantástico. Lloro de alegría, nada más.

Y era cierto: hacía un día espléndido, con un sol radiante que iluminaba el cielo, de un color azul pálido casi mágico. Cuando llegamos a Mariposa no nos costó encontrar la lápida de mi padre: resplandecía y tenía flores sin marchitar a ambos lados. Dejé que mi madre murmurase algunas palabras, en voz muy baja. Creí que rezaba. Luego me animó con un gesto para que yo me dirigiese a mi padre. Era una situación incómoda, y yo sabía de sobra que mi padre ya no estaba con nosotros, y que jamás podría escuchar lo que le dijese. Recordé el móvil que le había pertenecido, y que seguía activo en mi domicilio en Washington. Ojalá todo hubiera sido tan sencillo como teclear su número y esperar a que su voz sonase al otro lado de la línea.

—Ya ves, papá —comencé, titubeante—, al fin estoy aquí, después de tanto tiempo. Siento no haberme arreglado, ya me conoces. Pero mamá está guapísima, como siempre. Pienso en ti todos los días: nada más levantarme, y también justo antes de cerrar los ojos para dormirme. Sueño que estás a mi lado, y que puedo abrazarte. Hoy al menos te tengo más cerca, y eso ya es suficiente. Hace unos días estuve en la Universidad de Kansas, viendo a unos chicos jugando al béisbol: te hubiera encantado. Quizá el año próximo regrese al estadio de los *Giants* a ver algún partido, sé que estarás a mi lado, animando y gritando como el mejor de los hinchas. No he visto ninguno como tú. Por cierto, que lo olvidaba, he vuelto a correr. Pensé que te gustaría saberlo. Sí, jamás debería de haberlo dejado. Me hace sentir más libre y más feliz. Me hace soportar mejor el hecho de que no estás aquí, con mamá y conmigo...

No pude seguir hablando, porque ante aquella lápida blanca e inerte por un segundo atisé la figura de mi padre, quizá debido al sol, a la emoción, o a una demencia fugaz. El caso es que creí verlo, y sentí ganas de abrazarlo y de tomarme unas *buds* bien frías en su compañía. Cuando me giré descubrí a mi madre temblando y con los ojos empañados por las lágrimas. La estreché entre mis brazos, la apreté contra mi cuerpo como hacía años que no lo hacía y besé su frente.

—Papá está sonriendo, Ethan. No lloremos, no estropeemos este



momento tan feliz para él.

Mi madre y yo comimos los sándwiches fríos y unas latas de refresco a las afueras de Mariposa. Apenas hablamos, pero estábamos bien así, en silencio, con una media sonrisa dibujada en el rostro. Fue ya de vuelta a Los Baños cuando me atosigó con su tema favorito.

—¿Sigues trabajando con Liz?

—Sí, mamá. Pero no hay nada ya con esa chica, lo sabes bien.

—¿Hay otra?

—No sé.

Mi equívoca respuesta despertó todos los resortes que mi madre mantenía alerta y al acecho.

—Vaya, eso es que hay otra. No me gusta. Ten cuidado con ella. Liz es la que te conviene.

—Mamá, no conoces a ninguna. No sé cómo te atreves a emitir juicios de valor con tanta seguridad.

—No me hace falta conocerlas. Lo veo en tus ojos, lo siento en tu voz. Esa nueva mujer es un peligro. Liz es una chica estupenda, de modo que no hagas ninguna tontería. Estás avisado por tu propia madre.

Me despedí de ella con el tiempo justo para regresar a San Francisco y tomar el avión de vuelta a Kansas City. Conduje todavía impresionado por sus últimas observaciones: hacía años que no se metía con ninguna mujer con la que pudiera estar relacionado.

Ya en el aeropuerto de San Francisco, mientras trataba de recuperarme de un día cargado de emociones y repasaba algunas anotaciones en mi *Moleskine*, recibí la llamada de Tom.

—¿Todo bien, jefe?

—Más o menos. Seguro que he pasado una jornada más apacible que vosotros.

—¿Llegas en el vuelo que tenías reservado?

—Sí, estoy a punto de cogerlo.

—Entonces salgo en un par de horas hacia Kansas City.

—¿Alguna novedad?

Un silencio largo y persistente me indicó que había algo más que una simple novedad.

—Sí. En realidad te llamaba por eso. ¿Quieres que te adelante algo o esperamos a comentarla en el coche de regreso a Oskaloosa?

—¡Vamos, Tom, escupe de una vez! —exclamé, cansado de esos juegos que tanto agradaban a mi colega y que a mí personalmente me sacaban de quicio.

—Han pillado al presunto asesino de Council Grove.

—¿En serio?

—Sí, estoy aquí en la oficina del sheriff, con Ryan y con Jim. Comentábamos que eres un poco arisco y todo eso que ya sabes, pero que también eres un puto genio.

—¡Habla ya, joder!

—Un chalado de 27 años. Vive con su madre, divorciada; desempleado, tartamudo, maltratado en la infancia, cociente intelectual bajo y sin los estudios de secundaria terminados. Tenía la habitación llena de recortes de periódicos con noticias relacionadas con los crímenes de Jefferson y, por supuesto, con lo poco que había salido de Morris.

Sentí que un calor agradable me recorría todo el cuerpo, desde la parte baja de las piernas hasta el cerebro. Era un ardor que se traducía en una sola palabra: alivio.

—¿Cómo lo han localizado?

—Al final te hicieron caso, y se dedicaron como locos a buscar testigos. Esta mañana ya tenían a tres que decían haber visto una ruinosa *Dodge Dakota* color rojo por los alrededores de Council Grove. Hicieron una batida y buscaron las registradas allí y en Strong City. Fue *coser y cantar*. En esta última la hallaron aparcada frente a una vivienda destrozada. El resto ya te lo puedes imaginar.

—Está bien, pero quiero un informe detallado esta noche encima de la mesilla de mi habitación.

—Vale, vale... Ni siquiera has dado un grito de alegría.

—¿Ha confesado?

—Todavía no. Le están asignando un abogado de oficio, porque se niega a declarar.

—Entonces no hay duda. ¿Y las pruebas de ADN?

—Las tendrán mañana a lo largo del día. Sólo te puedo adelantar que en

Topeka te han puesto ya un altar y que tenemos vía libre para seguir por nuestra cuenta aquí en Jefferson. Es lo que querías, ¿no?

—Ya no sé ni lo que quiero, Tom. Y tampoco tengo demasiado claro que nos vayan a dejar a nuestro aire así sin más.

—Bueno, jefe, feliz vuelo. Te espero en Kansas City.

Colgué con la eufórica sensación de acabar de hacer el *home run* más espectacular de todos los tiempos. Aquel tipo miserable era nuestro hombre, y el asunto de Council Grove estaba zanjado. Resultaba increíble lo sencillas que podían llegar a ser las cosas en ocasiones, y lo intrincadas que se volvían en otras.

Ya estaba en el avión, justo a punto de poner mi Smartphone en modo vuelo, pues nos dirigíamos hacia la pista de despegue, cuando una intensa vibración me alertó de que acababa de recibir un mensaje: «*Felicidades, Ethan. Has dejado impresionados a los tipos de Topeka. Sabía que no me defraudarías. Peter Wharton*».

## — XLI —

Mark entró con gesto triunfante en salón de la casa de Oskaloosa, donde estábamos desayunando Tom, Liz y yo, mientras veíamos las noticias de la CBS, que se habían hecho con la exclusiva de *Los crímenes azules*. Llevaba una carpeta entre las manos.

—Ya tengo el informe sobre las marcas de neumáticos que encontramos en el maizal.

—¿Han podido identificarlos? —pregunté, dando un respingo y derramando sobre el suelo buena parte de mi taza de café.

—Sí. Tenemos el fabricante y la clase exacta de neumático. Lo malo es que las huellas eran tan imperceptibles que no creo que nos sirvan para especificar unas ruedas con precisión; es decir, únicas: hacen falta más marcas de rodadura, zonas de desgaste, grietas en el caucho...

—Es igual. De momento quiero que compruebes si casan con alguno de los vehículos de los sospechosos.

—¿Me ciño a Duane, Vera y Davies, o incluyo a todos los demás de la lista que hizo Liz?

Tardé en responder a la pregunta que me acababa de formular Mark. Mi demora fue tan evidente que pronto los tres se quedaron mirándome, aguardando mi contestación. Una punzada en la boca del estómago me había impedido hablar durante algunos segundos.

—Incluye a todos.

Mark subió a su habitación a seguir trabajando y Tom se fue a la cocina a dejar allí los restos de su desayuno. Liz aprovechó el breve instante de intimidad para sentarse a mi lado.

—Tengo que felicitarte. Una vez más has dejado a todos con la boca

abierta. También a mí.

—No tiene demasiado mérito, y creo que lo sabes. Tenemos pendiente lo que nos trajo hasta aquí, y aún no hemos atrapado al culpable.

—Ya casi lo tienes —musitó Liz, que acompañó sus suaves palabra con una caricia en el rostro.

—¿Estás segura? —inquirí, casi como si me formulase la pregunta a mí mismo.

—Absolutamente. Sólo estás consolidando todas las evidencias, tratando de convertirlas en pruebas irrefutables que ningún jurado pueda tumbar. Pero lo tenemos, y noto en tu mirada que lo sabes.

Liz me conocía bien. Era una mujer sensacional, y no pude evitar recordar las palabras de mi madre. La caricia de sus suaves manos sobre mi cara había dejado un rastro de agradable calor que perduraba, que todo mi ser hacía lo indecible para que perdurase.

—No puedo equivocarme ahora. Tengo que tener todos los cabos bien atados antes de dar el paso definitivo.

—Te pido disculpas. Lo de Topeka me ha abierto los ojos, de verdad. Hiciste bien en dejar marchar a Duane Malick. Cuando le llegue la orden de arresto se vendrá abajo de inmediato, ante el cúmulo de evidencias que le vamos a poner delante.

Liz me dejó a solas. Mis manos temblaban, mis labios temblaban y mis párpados temblaban; todos ellos de manera involuntaria.

—Jefe, ya estoy listo. Me dijiste anoche que me reservase todo el día para ti, de modo que aquí me tienes.

—¿Has preparado tu kit de herramientas?

—Ya lo he metido en el maletero. Ahora mismo si quisieras podríamos asaltar el Banco de la Reserva Federal y nadie se enteraría de ello.

—Genial —dije, forzando una amarga sonrisa que no llegó a dibujarse por completo en mi rostro.

Diez minutos más tarde Tom y yo nos dirigíamos hacia la casa de la buena de Mary Francis Thorpe. La radio del pequeño *Spark* emitía a través de sus precarios altavoces *Karma Police*, de *Radiohead*. Debía de tratarse de una emisora de esas que repiten incansablemente gastados temas de los '80 y de los '90. Y yo lo único que escuchaba era, una y otra vez: *I lost myself, I lost*

*myself*... Ni si quiera la visión del lago, que tanto me solía agradar, pudo reparar mi desazón.

Mary Francis Thorpe era una anciana encantadora, que nos dejó husmear por su casa como si fuéramos unos sobrinos caprichosos venidos de muy lejos. Todavía se mantenía en buena forma, pese a sus 71 años, y se expresaba con una lucidez que me dejó atónito. Tom, con su verborrea y su porte de galán de película de los años cincuenta, hizo el resto.

—Tiene usted conexión a Internet, ¿verdad? —pregunté, como si tal cosa, mientras aceptaba una nueva generosa ración de tarta de zanahoria, que con cierto disimulo cedí a mi compañero.

—Sí, desde hace un par de años. Este pueblo es muy pequeño y tengo a los hijos y a los nietos desperdigados por Chicago, Philadelphia, Los Ángeles, Miami... Con Internet me entretengo y además puedo mantener videoconferencias con ellos. Lo cierto es que vienen muy poco a visitarme.

A la señora Thorpe no le habíamos contado toda la verdad. Le habíamos confesado que éramos del FBI, mostrándole convenientemente nuestras credenciales, pero no le habíamos dicho que estábamos allí investigando los crímenes de Clara Rose y Donna Malick; lo que nos había llevado a su domicilio era un estudio sobre el estilo de vida de las mujeres de su rango de edad que vivían solas. Una majadería, pero como ella tenía más ganas de hablar que de cuestionar nuestro trabajo nos dejó entrar en su hogar sin más.

—Y, disculpe mi curiosidad, ¿suele hacer compras en tiendas online?

—¿Compras? ¡No! Ni hablar, por Dios. Me encanta ir yo misma a hacer la compra. ¿Cómo puede la gente esperar que unos tomates verdes o unas manzanas sean de su agrado si ni siquiera pueden elegirlos?

—Tiene usted toda la razón —farfulló Tom, con la boca medio llena de tarta de zanahoria, mientras me guiñaba un ojo—, yo tampoco compro nada que no pueda ver y tocar antes con mis propias manos.

—¿Y cómo se conecta a La Red? —inquirí, sin prestar demasiada atención a los comentarios de mi colega.

—Bueno, no soy una experta, ¿sabe usted? Me dejaron ese aparato que tiene ahí detrás. Me dijo el técnico que bastaba con que encendiese el ordenador y todo iría de perlas. Y así ha sido hasta la fecha.

Mientras Tom seguía chismorreando con la señora Thorpe, me incorporé

y me acerqué a inspeccionar el dispositivo. Era un router inalámbrico de la compañía Cisco. Saqué mi Smartphone y activé la antena Wi-Fi. No me llevó más de tres minutos conectarme con el router y aprovechar su ancho de banda. Giré el aparato y comprobé que la clave de seguridad era la misma que venía de fábrica, lo que significaba que hasta el más torpe podía robarle la conexión a aquella encantadora mujer.

—Y, desde que se lo dejaron instalado, ¿nunca lo ha apagado?

—Esto, creo que no. ¿Debería hacerlo?

—No, tranquila, no se preocupe. Forma parte del estudio que estamos realizando.

Aguantamos media hora más, y luego aduje una excusa peregrina para escapar de aquel hogar tan acogedor, del que creo que Tom no se hubiera largado en todo el día.

—Esta buena señora no realizó el pedido de cianuro de potasio. Podemos solicitar una orden y requisar su computadora, pero sólo estaremos perdiendo el tiempo. Cualquiera pudo acercarse a la casa y conectarse sin mayor problema —dije, una vez ambos estábamos en el coche.

—¡Joder, jefe, estamos de nuevo en las mismas!

—No, de eso nada, Tom. Ahora es cuando de verdad te necesito.

—¿Ahora?

—Sí, ¿para qué diablos pensabas que te había pedido que te trajeses tu famoso *kit de asalto*?

—No sé, creía que era para poder analizar la conexión de Mary Francis.

—Eres la bomba: ya pronuncias su nombre como si formara parte de tu familia —manifesté, aunque ya había poco en ese sentido con lo que Tom pudiera sorprenderme—. En realidad lo que quiero es que hagamos un allanamiento de morada, y sé que para eso tú eres perfecto.

—¡Qué! ¿Te has vuelto completamente loco? ¿No sería mejor pedir una orden de registro al juez y hacer las cosas como Dios manda?

—Posiblemente. Si nos pillan, si de alguna manera nos descubren tarde o temprano, yo cargaré con toda la responsabilidad. Sabes que te lo digo en serio.

—¡Mierda! No es eso lo que me preocupa, jefe. Lo que me inquieta es que pongas en juego tu carrera y una investigación que tenemos tan bien

encauzada cometiendo un delito.

—Nadie tiene que enterarse.

—Entonces, ¿para qué narices jugarnos el tipo?

Aspiré una bocanada de aire. De inmediato pensé si no me estaría convirtiendo, contagiado por el ambiente, en una especie de trasunto del sheriff Stevens.

—Porque quiero estar absolutamente seguro de lo que hago antes de dar el paso definitivo.

Tom lazó un puñetazo al salpicadero y se quedó un rato contemplando los frondosos árboles que había plantados frente a la casa de la señora Thorpe.

—Llevo guantes de látex para los dos, pero sólo tengo un gorro, y tú tienes mucho pelo...

—No te preocupes por eso. Yo correré el riesgo de ir sin él —repliqué, aliviado, sabiendo que Tom ya había asumido que formaba parte de mi disparatado plan.

—Irás siempre detrás de mí. Darás las instrucciones, pero siempre seré yo el que dé el primer paso en cada momento.

—Tú mandas.

—¿Dónde tenemos que ir?

—Muy cerca de donde estamos. Apenas nos llevará un minuto —contesté, señalando la dirección que debía tomar con el vehículo. Mi dedo índice temblaba como el de un alcohólico que llevara días sin probar gota.

Aparcamos el *Chevrolet* a unas cien yardas de distancia de la casa, y accedimos a la entrada dando un largo rodeo, para evitar la carretera, aunque por ella no pasaba ningún vehículo. Tom invirtió sólo diez minutos en comprobar si había una alarma y en abrir la puerta con facilidad, sin dejar un solo rasguño.

—En estos pueblos la gente es increíble. Me resulta extraño que no les roben varias veces a la semana.

—Eres un Crack. Si nos expulsan por esto del FBI siempre podremos ganarnos la vida como *Buch & Sundance* —musité, animoso.

—Jefe, no estoy para bromas ahora. Además, esa historia, lamento recordarlo, no tiene precisamente un final feliz —replicó Tom, que había perdido todo atisbo de su habitual socarronería.



Pasamos al interior de la vivienda. Tom se quedó clavado junto a una escalera que conducía a la planta superior, haciendo gestos sin hablar para que yo no anduviese por el salón como por mi propia casa. No le presté atención. Seguí hacia la cocina y a través de una cristalera contemplé el patio trasero: de inmediato reconocí el huerto reseco, petrificado por el paso del tiempo. Había una belleza singular en aquella estampa que me conmocionó. Regresé hasta la entrada por un estrecho pasillo y le hice una señal a mi compañero.

—Intenta forzar esta puerta sin dañarla.

Tom se acercó hasta la puerta de una despensa que aprovechaba los bajos de la escalera. No tardó en abrirla, con sumo cuidado. Usó una diminuta pero potente linterna de bombillas led, de esas que suelen utilizar los SWAT y otros grupos especiales.

—¡No sé qué narices...!

Tom no llegó a terminar la exclamación, pues se había quedado paralizado. El haz de luz había alcanzado un frasco de plástico semitransparente que contenía unas extrañas y blanquecinas sales, con una etiqueta con multitud de símbolos inescrutables de escritura china, pero en la que se identificaban claramente un par de palabras en inglés: *Potassium Cyanide*.

—Vamos, Tom, sigue alumbrando el resto —dije, como si aquel descubrimiento no me hubiera afectado lo más mínimo.

La linterna fue revelando sucesivamente algunos montones de ropa, unos cuadernos, un marco blanco apoyado en una estantería que apenas sostenía un cristal roto, un minúsculo archivador con dos cajones, un ordenador portátil de 11 pulgadas, algunas bolsas de basura amontonadas en un rincón...

—Jefe, ¿cómo diablos has sabido que teníamos que hurgar precisamente aquí?

—Ya es suficiente, Tom. Será mejor que dejemos todo tal y como lo encontramos. Será mejor que nos larguemos de este lugar cuanto antes, no vayamos a cagarla precisamente ahora —dije, sin responder a su pregunta.

Regresamos a Oskaloosa en absoluto silencio. Tom, mientras conducía lentamente, como si fuera la primera vez que lo hacía en toda su vida,

chasqueaba la lengua, nervioso. Sabía que yo, a su lado, aunque tenía el rostro girado hacia la derecha, y por lo tanto no podía verme, lloraba sin freno. Surcábamos a velocidad de tortuga las apenas diez millas que separaban Albion de la oficina del sheriff del condado de Jefferson y mis ojos empañados apenas podían identificar aquel paisaje que se había injertado en mi piel a lo largo de semanas de investigación. Lloraba con la rabia de un niño, lloraba desconsoladamente, lloraba como no lo hacía desde la muerte de mi padre. Lloraba porque seguramente la verdad había estado delante de mi cara desde el primer día, pero alguna parte de mi ser se había obcecado en mantenerla subrepticamente velada. Porque para un agente especial de la Unidad de Análisis de la Conducta muchas veces la cuestión para encontrar al quién se reduce a responder primero por qué. Y probablemente el porqué de aquellos crímenes llevaba rondándome por la cabeza desde hacía demasiado tiempo. Lloraba herido y despedazado por la contundencia y la crudeza de la realidad.

Así de profundo era el insoportable dolor que doblegaba mi corazón, sometiéndolo al más indescriptible de los martirios. Así de terribles eran la tristeza y la amargura que me embargaban por completo.

## — XLII —

No quise intervenir directamente en nada. El sheriff Stevens se recuperó *milagrosamente* de las dolencias que lo habían mantenido apartado del caso y lideró todo el proceso de recabar órdenes judiciales, realizar registros y detener al sospechoso. Davies fue exonerado de cualquier cargo y resarcido por los daños morales y materiales sufridos. Me limité a realizar la labor consultiva que es la que en realidad tenemos encomendada los agentes especiales del FBI de la UAC. Así quedaría reflejado en todos los atestados e informes, aunque extraoficialmente a nadie, desde mi propio equipo hasta los mandamases más importantes del FBI, incluido desde luego Peter Wharton, les quedaba la menor duda de que había sido nuevamente yo, Ethan Bush, la promesa con más futuro de la *factoría* de Quántico, el que había resuelto los asesinatos de Clara Rose y de Donna Malick.

En los medios locales destacaban el papel de Stevens, Bowen y Worth, pese a la precariedad de recursos con los que contaban, por haber sido capaces de restituir la tranquilidad en el apacible condado de Jefferson. Sin embargo, en la CBS una atractiva periodista llamada Clarice Brown, que se había hecho con la exclusiva nacional del caso, trasladaba pomposamente todo el mérito de la resolución de *Los crímenes azules* a un extraordinario y joven agente del FBI que ya había demostrado su pericia anteriormente al ser determinante para atrapar a un asesino en serie que operaba en la ciudad de Detroit.

Las piezas fueron cayendo una detrás de otra, como sucede con un dominó: las marcas de neumático en el maizal coincidían con las del Lexus, así como las medidas de la zona aplastada; el pedido de cianuro de potasio había sido realizado desde el ordenador de 11 pulgadas; el coche había sido

visto por algunos vecinos de Perry el día de la desaparición de Donna, y por la propia Linda Jones, que había dejado a Clara cerca de su casa, aunque en su momento nadie le había dado la menor importancia a ese hecho, a fin de cuentas se trataba del inofensivo y desvalido padre de Sharon; el cuadro con el cristal roto era el mismo que habían hurtado de la vivienda de Vera Taylor; la ropa encontrada en la despensa de la casa de Albion se correspondía con la que llevaban puesta las víctimas la última vez que fueron vistas con vida; en el salón de esa misma casa se hallaron también cabellos de ambas jóvenes; y, por último, y no menos importante, el ADN del chicle encontrado en el maizal coincidía con un margen de error de uno entre cien millones con el del sospechoso.

Es complicado fijarte en la farola que tienes delante de la puerta de tu hogar; hasta que un día alguien te la señala, o sin querer te das de bruces con ella. Es en ese instante cuando descubres que existe, y que posiblemente lleve años acompañándote, pero tú habías sido incapaz de verla, porque se confundía con el paisaje cotidiano, pasando absolutamente desapercibida. Así sucede en incontables ocasiones: el asesino es una persona tan cercana, tan *inocente*, tan cotidiana e *inofensiva*, que sólo tras ser descubierto la comunidad comienza a atar cabos y a recordar momentos fugaces que quizá, y sólo quizá, ya suponían un indicio de lo que más tarde se revelaría. Son muchos los que precisan atención psicológica durante meses o años, y así creía que le iba a pasar a la desdichada de Linda Jones, porque se sienten culpables al no haber sido capaces de dar un testimonio temprano, o al haber pasado por alto un detalle en principio insignificante, pero que más tarde resultó crucial. Nadie debiera atormentarse por ello, porque tampoco nadie está preparado para colisionar con el horror camuflado entre los seres más afines e inmediatos.

Pero todo ese aluvión de pruebas robustas como el acero templado seguramente hubieran carecido de importancia: Patrick Nichols admitió los cargos de inmediato, nada más ser arrestado por el sheriff y su ayudante. No precisó de la asistencia de un abogado durante su juicio y se declaró culpable de todos los cargos que se presentaron contra él. Seguramente por eso la juez que se encargó de su causa fue benévola en la sentencia: veinte años de arresto en una prisión de mediana seguridad. La ausencia de antecedentes

previos y la profunda depresión en la que todo el mundo sabía estaba sumergido jugaron en su favor. Nadie protestó; a todo el mundo dejó satisfecho el dictamen, incluidas las familias de los dos jóvenes, que seguían sin comprender nada por mucho que un equipo de sicólogos tratase de explicarles la situación. En multitud de ocasiones, por no decir en todas, la barbarie no tiene un lugar en la razón del común de los mortales. Sólo llevado al límite el ser humano es capaz de reconocer cuán horrenda es la semilla del mal que habita nuestras entrañas, y que por fortuna casi nunca llega a germinar.

Yo regresé a Washington, donde volvieron a colmarme de felicitaciones y a mimarme como a un potro de carreras que descendiera de los más grandes campeones de todos los tiempos. Había vuelto a Quántico no con un éxito en el bolsillo, sino con dos: el crimen de Council Grove y los asesinatos de Perry Lake. Todo eso ya formaba parte de mi impecable y sobresaliente currículum, y no hacía otra cosa que reafirmar las esperanzas que había depositadas en mí. Sabía que durante algún tiempo me darían una tregua; disfrutaría de la plácida vida que supone ir de conferencia en conferencia y, entretanto, ampliar mi formación y especialización estudiando casos ya resueltos, en los que poco importa que te equivoques o no. Ya has demostrado que en la vida real eres efectivo como ningún otro.

Volví a reiniciar mi relación con Liz, sin tener demasiado claro si era la mujer de mi vida. De lo que no cabía la menor duda era de que yo la admiraba y de que ella me adoraba a mí; aunque no de una forma ciega y sin reproches: sabía ser dura y sincera conmigo cuando tocaba.

También fui capaz de hablar con mi madre con más asiduidad, algo que a ella le colmó de felicidad y que a mí me sirvió para mitigar en parte un sentimiento de culpa que arrastraba desde hacía años. Mi reconciliación con Liz también le abrió la puerta a una esperanza que ya era posiblemente la única alegría que podía albergarle el futuro: convertirse en abuela.

Echaba de menos, curiosamente, al sheriff Stevens, y sus profundas bocanadas de aire, y su sabiduría ganada a fuerza de convivir con la parte más siniestra de la sociedad desde hacía décadas. Añoraba al bueno de Jim Worth, y su fascinante sentido común, que tanto bien me había hecho a lo largo de mi estancia en el condado de Jefferson, y que en realidad había sido

clave en la resolución del caso, porque me había proporcionado algunas evidencias que pusieron mi mente en alerta. En realidad sin ellos, sin sus reflexiones, sin los análisis de Liz, sin las pesquisas de Bowen y Tom y sin el denodado esfuerzo de Mark, yo no era más que un pobre diablo al que había que dar la papilla bien tamizada para poder digerirla. Y lo que en Detroit no me había quedado del todo claro, que sin la ayuda de un equipo no eres absolutamente nadie, en Jefferson lo había asimilado por la fuerza de los hechos y de la humildad. Ahora que me había ganado la admiración de todos era cuando más tenía que tener claros estos detalles que pueden volverse en contra de uno, que pueden convertirte en un líder o en un miserable.

Pero mi vida no era precisamente un *cuento de hadas*. En lo más profundo de mi ser, en ese lugar que sólo visitamos cuando cerramos los ojos justo antes de internarnos en el misterioso universo de los sueños, había un vacío que sólo podía ser cubierto de una manera. Tenía muy claro qué camino debía transitar para poder encontrar la materia con la que rellenar adecuadamente ese hueco, pero era un senda peligrosa, llena de trampas y que, en el mejor de los casos, sólo serviría para calmar la ansiedad y el dolor de dos hombres desamparados y despedazados por el horror.

De cuando en cuando me despertaba sudando, y me encontraba con la mirada dulce y apacible de Liz, que sencillamente me explicaba: «*Has vuelto a tener una pesadilla. Tranquilo, pronto dejarán de hostigarte los recuerdos. Es normal que ahora te sientas un tanto abatido*». Yo asentía e intentaba volver a conciliar el sueño, pero me guardaba para mis adentros el contenido de aquellas fantasías que con despiadada crudeza creaba mi imaginación, liberada de cualquier atadura. En realidad soñaba con Patrick, soñaba con nuestros entrenamientos cerca del lago, o atravesando los caminos de tierra que rodeaban Oskaloosa. Lo veía sonriente, tendiéndome uno de sus bidones con una *pócima mágica* que restaurase mis fuerzas, y dándome sabios consejos. Y de repente Patrick ya no era el señor Nichols, se había convertido en mi padre. Y era el rostro de mi padre el que contemplaba, y era la voz de mi padre la que escuchaba. Y deseaba abrazar con todas mis fuerzas a ese hombre que sabía que no era mi progenitor, pero que se había convertido en lo más parecido a él que había conocido desde su temprana muerte; y no quería perderlo por nada del mundo, no deseaba separarme de él, como un

accidente terrible me había arrebatado a mi padre verdadero. Y me despertaba sudando porque comprendía que no podía estar anhelando a esa persona tan infame, tan cruel, tan ruin, tan despiadada que había sido capaz de acabar de forma inmisericorde con la vida de dos jóvenes que tenían todo el futuro por delante.

## — XLIII —

Había pasado ya demasiado tiempo, y sin embargo las pesadillas regresaban una y otra vez. Le había comentado a Liz que sólo había un modo de acabar con aquel suplicio, pero ella me había advertido que en su opinión dicha solución suponía una temeridad. Finalmente me atreví a plantearle la idea a mi superior, Peter Wharton.

—¿Está usted seguro, Ethan?

—Completamente, señor.

—No tendré problema en conseguirle los permisos; pero cursaré la petición como parte de un nuevo programa de análisis conductual, del que usted es precisamente el responsable. A fin de cuentas ese caso resultó sorprendente, en muchos aspectos.

—Me parece una idea estupenda. De hecho creo que para no ponerle en un aprieto incluso redactaré un informe. Considero que es una artimaña lo suficientemente interesante como para no aprovecharla en serio y darle forma.

—Ethan, jamás me ha defraudado. Sé que puede sentir cierto resentimiento porque en algún momento dudé de usted, pero le aseguro que lo hacía con la mejor de las intenciones.

—Lo sé, señor. Lo tengo muy presente.

—En tal caso: ándese con cuidado. Estoy aceptando su propuesta sólo por el afecto y la estima que le tengo, como una especie de deferencia hacia su excepcionalidad. Pero eso no aplaca un ápice mi preocupación. Tiene muy poco que ganar y mucho que perder...

—Le garantizo que se equivoca. Ahora mismo estoy tan extraviado que ya sólo puedo ganar.



Dos días después tomaba un vuelo de Washington a Kansas City. Durante el mismo recordé cómo había empezado todo: contemplando unas terribles instantáneas a lo largo de ese idéntico trayecto. Al fin ya estaba en paz con Donna Malick; le había hecho justicia, había encontrado al *salvaje* que había acabado con su vida. Sus inertes ojos dejarían de suplicarme.

En el aeropuerto me esperaba alguien a quien ya consideraba un amigo, un hombre al que no deseaba perder de vista en el futuro costase lo que costase. Tenía que encontrar la manera de que algún día formase parte de mi gente de confianza.

—Gracias por venir a recogerme, Jim.

El detective Worth dejó de lado los formalismos y me estrechó entre sus brazos. Sentir su cuerpo y su aliento me alivió de inmediato.

—No puede usted vivir sin mí, ¿eh? ¿Cómo no iba a venir a recogerle? El sheriff Stevens no se lo pensó ni un segundo, y me dio todo el día libre para que pudiera echarle una mano en lo que necesitase.

Nos montamos en la confortable furgoneta que me había recogido la primera vez que llegué a Kansas City, pero en esta ocasión nos dirigimos hacia el norte primero y luego de inmediato hacia el oeste, en lugar de hacerlo hacia el sur. Nuestro destino era la penitenciaría de Leavenworth, un elegante correccional de mediana seguridad ubicado en el condado del mismo nombre, muy cerca de Oskaloosa, pues lindaba con Jefferson.

—Disculpe la pregunta, Ethan, pero, ¿está seguro de querer ver a ese hombre?

—Ahora mismo sí, Jim. Quizá esté cometiendo un error, y lo lamente dentro de unas horas, o de unos años. Pero ahora mismo creo que es la única decisión que puedo adoptar. En ocasiones en la vida no puedes escoger entre lo bueno y lo mejor; toca elegir entre lo malo y lo menos malo.

—No soy quién para poner en cuestión sus decisiones, y ya me demostró sobradamente la valía que todos le suponíamos...

—Pero...

—Olvide los crímenes de Perry Lake. Olvide las semanas que pasó entre nosotros. Hágase un tipo fuerte y duro, porque sólo así llegará lejos en el FBI.

—Jim... ¿cree usted que uno puede elegir sus recuerdos?

Worth apartó durante un instante la vista de la carretera y me miró a los

ojos. Sentí en la expresión de su cara una mezcla de admiración y compasión hacia mi persona.

—Posiblemente no. Pero sí creo que uno puede elegir sus actos, y esta aventura que inicia es sin lugar a dudas un gran error.

Llegamos a la prisión y mostré mis credenciales y el permiso que me autorizaba a mantener una entrevista, con una limitación de dos horas, con uno de los presidiarios. Jim me dijo que él daría una vuelta por la ciudad, y que cuando fuese necesario le telefonease y se acercaría a recogerme. Esa noche cenaríamos juntos, antes de tomar mi vuelo de vuelta a Washington.

Me condujeron por un largo pasillo y me llevaron hasta una sala amplia en la que había varias mesas y sillas de plástico, de diseño relativamente actual, lo que contrastaba con la pomposidad del edificio principal. Allí ya me estaba esperando la persona con la que tanto tiempo había deseado hablar. Nos dejaron bastante intimidados: sólo estábamos acompañados por un guardia que prudentemente nos observaba desde un rincón.

—Hola Patrick —musité, tratando de contener la emoción que me sacudía las entrañas.

—¿Qué diablos está haciendo aquí, Ethan? Eche a correr antes de que se arrepienta, se lo ruego.

—Fui un cobarde en su momento, y eso me estaba pasando factura. Tenía que venir a verle, tenía que mantener una charla con usted.

—No le servirá de nada.

—Quizá así deje de soñar con usted.

—¿Sueña conmigo?

Sentí mis labios temblando, y traté de apretarlos para controlar ese movimiento involuntario e infantil.

—Sí, sueño con usted con frecuencia.

—Yo también lo hago. Al menos espero que no sufra tanto como yo.

—Sueño que volvemos a correr juntos, y que usted se transforma paulatinamente en mi padre. Luego me despierto gritando...

—En tal caso nos hemos vuelto locos los dos. En mi sueño no se transforma en mi hija, pero seguimos entrenando juntos, y yo lo quiero como a un hijo. Es usted, Ethan, pero al mismo tiempo es mi hijo. Lamento decirle que esta conversación es absurda y que no conduce a ninguna parte.

Apreté los puños y me dispuse a formularle la pregunta que llevaba meses aguardando una respuesta, seguramente una confirmación.

—¿Por qué mató a esas chicas?

Nichols aguantó mi mirada durante unos segundos, y después la apartó, como si fuese incapaz de sostenerla de manera indefinida.

—Lo sabe perfectamente. Creo que lo supo mucho tiempo antes de mi arresto.

Efectivamente tenía formada una idea muy clara de los motivos que habían llevado a ese hombre a cometer dos actos espeluznantes, pero necesitaba una ratificación.

—Hasta la fecha no le ha contado a nadie por qué lo hizo, aunque desde luego tengo una teoría. Quiero escucharlo de sus propios labios.

—No se lo he contado a nadie porque no sirve de nada. Sé bien que una explicación no calma el profundo dolor de unos padres. Merezco todo lo malo que pueda depararme el futuro.

—¿Por qué las mató?

—Porque ustedes no hacían nada para descubrir quién demonios envenenó a mi hija, dejándola abandonada como basura en un lodazal. Caso cerrado. Así de sencillo. Mi mujer se voló la tapa de los sesos desesperada. Pensé que sería una buena forma de reabrir la investigación, de atraer la atención de la prensa, del FBI... Ya lo había intentado todo anteriormente, y me habían dado de lado, me habían dejado por un imposible.

—Es usted un estúpido, y un desalmado.

—Adelante, desquítese, insúlteme o incluso deme una paliza. Estoy preparado para lo que venga.

—¿Acaso pensó que seríamos tan torpes como para no terminar dando con usted?

—¡No! Claro que no lo pensé. Sabía que tarde o temprano me pillarían, lo tenía muy claro desde el principio. Joder, Ethan, ¿de verdad cree que dejé todas las pruebas en la despensa de la casa de Albion por descuido?

—No, no creo que fuera así...

—Mi error fue pensar que no volverían a dejar el crimen de mi hija en el limbo. Creí que arrancarían por el principio, que relacionarían de inmediato los homicidios con el de Sharon y que seguirían la pista de su asesino. Una

vez resuelto, si no me habían descubierto antes, yo me hubiera entregado voluntariamente de inmediato.

Lancé un golpe sobre la mesa. El guardia se puso en alerta, pero logré calmarlo con un gesto, indicándole que la situación estaba bajo control.

—Tenía otras alternativas.

—No, le aseguro que ya había agotado todas las vías. Desde luego que podía quedarme quietecito y asumir la situación; desde luego que cometí unos actos terribles, deleznable; pero era ya la única manera de que ustedes volvieran a centrar su atención en lo que le hicieron a mi hija hace casi veinte años...

—Y ahora usted ha destrozado la vida de dos familias.

—¡Lo sé, lo sé, lo sé! ¿Cree que eso no me atormenta? Seguramente pensará que no, que carezco de sentimientos y que soy incapaz de ponerme en el lugar de ellos. ¡Pues se equivoca! Soy la persona más indicada para saber lo que estarán sufriendo por mi culpa. Pero yo hace mucho tiempo que dejé de ser yo. Hace muchos años que pasé a ser un despojo, y lo único que me mantiene con vida todavía es el deseo de saber quién mató a mi pequeña.

Patrick se echó a llorar. Dejé que lo hiciera hasta que se recompuso. De alguna manera percibí que él sentía que había perdido el derecho a darse pena de sí mismo.

—Le diría que sospeché de usted por primera vez cuando vi su bicicleta, pero eso no fue un dato relevante. Medio Jefferson tiene una por el estilo. En realidad centré mi atención en su persona cuando me dijo que no había visto las fotografías de Sharon en la hondonada, que no había ni tan siquiera ido a reconocerla al depósito.

—No comprendo...

—Cometió sólo unos pocos errores, Patrick, pero algunos fueron muy significativos. La posición en la que dejó los cuerpos de Clara y Donna difería de la que tenía su hija.

—¿Tan importante es eso?

—En ocasiones es de suma importancia. Yo supe nada más darme cuenta de ese detalle que los crímenes de Donna y de Clara habían sido obra de un sujeto distinto al que acabó con la vida de Sharon. Diecisiete años sin hacer nada para un asesino en serie es demasiado tiempo, pero si a eso sumamos

otras evidencias entonces todo resulta cristalino.

—Y sin embargo usted siguió viéndome.

—Yo seguí viéndole por la misma razón por la que ahora mismo estoy sentado aquí delante de usted: porque no quería asumir la verdad. Hay un dato que no salió en el juicio, porque no lo aporté al sumario, al igual que algunas otras pruebas y evidencias. Clarice Brown, de la CBS, me dejó un sobre con su nombre escrito, indicándome que usted había sido el responsable de despertar la atención de los medios —confesé, traicionando el pacto que me unía a la periodista y quizá poniendo en riesgo su seguridad.

—Fue una torpeza. Creí que jamás revelarían la fuente, y pensé que si no transmitía la información en persona no prestarían atención al asunto.

—Normalmente hubiera estado en lo cierto en ambas premisas, pero hay circunstancias que lo cambian todo. Pues, como le decía, la noche que leí su nombre seguí negándome a aceptar la realidad. Pero recordé el cuadro con las dos libélulas azules robado de la casa de Vera Taylor, ¿quién si no usted iba a desear esos dos insectos disecados?

—La dos libélulas... Llevé el cuerpo de Donna hasta la hondonada en mi propio coche, pero al volver a casa descubrí que las había perdido. Desde que se las sustraje a Vera las llevaba casi siempre encima, en algún bolsillo. Me hacía sentir más cerca de Sharon. Esa noche las perdí. Regresé hasta el lago con la bicicleta, pero ya estaba a punto de amanecer y no quise correr el riesgo de que alguien me descubriese merodeando por la zona.

—Las tengo yo. Están a buen recaudo...

—Sabe, Ethan, en el fondo debo admitir que me alegró que fuera usted el que me descubriese.

—No diga más sandeces.

Nichols parecía haber superado su leve crisis y se había venido un poco arriba. Me molestó esa actitud, teniendo en cuenta el asunto que tratábamos.

—Le estoy hablando muy en serio. ¿Cómo logró atar todos los cabos?

—¿De verdad quiere saberlo?

—Desde luego.

—Ya le he comentado que llevaba tiempo pensando en usted, aunque no hay más ciego que el que no quiere ver. La posición de los cuerpos, las libélulas, el sobre con su nombre que me pasó la reportera de la CBS... Pero

si no hubiera sido por mi colega Mark seguramente seguiría sin querer abrir los ojos. Pese a sus denodados esfuerzos, él fue capaz de localizar la dirección desde la que había sido realizado el pedido de Cianuro de Potasio a un proveedor chino. Cuando me facilitó la dirección de Mary Francis Thorpe, una anciana, que tenía su residencia en Albion, a escasas yardas de su antiguo hogar...

—Se hizo la luz.

—No, todavía quise darle una última oportunidad. Fui a visitar a esa buena mujer con Tom, otro compañero del FBI, capaz de entrar en una casa como el mejor de los ladrones. Cuando comprendí que era bastante sencillo aprovechar la conexión a La Red que tenía, nos enfilamos hacia su antigua casa. Recordaba que la primera vez que había estado en ella, para estudiar la habitación de Sharon, sólo había dos puertas cerradas con llave: la de la cocina, que daba al patio exterior, y la de la despensa que aprovechaba el hueco de la escalera. Fue algo que llamó mi atención. Pensé que allí tenía que estar todo, si es que había algo. Y para mi desdicha no estaba errado en mi intuición.

—Lo siento, Ethan. No merezco ni tan siquiera su visita. Ya le he advertido nada más verle: huya de mí, aléjese lo más posible de mí y siga con su vida, que estoy seguro va a estar plagada de éxitos y momentos felices.

—¡No! —exclamé, con la rabia de un niño que detesta la realidad que le rodea.

—Señor, ¿está seguro de que todo va bien? —inquirió desde una distancia prudencial el guardia.

—Sí, disculpe. Es un interrogatorio algo complejo y en ocasiones debo ser duro. Todo va según lo previsto. Ya estamos terminando.

El guarda se mantuvo en su sitio, pero su expresión me reveló que empezaba a sentirse incómodo. No tardaría en echarme de allí o en consultar a un superior.

—Mírese, Ethan, ¿acaso no es capaz de darse cuenta? —preguntó Patrick, que parecía ser el miembro tranquilo e intachable del FBI que trataba de razonar con un ser atroz.

—Estoy en deuda con usted —respondí, apenas conteniendo las lágrimas.

—¿En deuda? Ha perdido completamente el juicio...

—Es usted abominable, Patrick, y lo odio con toda el alma... Jamás podré perdonarle, de eso no le quepa la menor duda. Pero cuando sueño sólo veo lo bueno que hay en su interior: esa persona que llevaba años buscando, el sustituto ideal que podía ocupar el hueco que mi padre me dejó.

—Ethan, yo no...

—Lo sé, maldita sea, lo sé perfectamente. Pero me siento tan mal conmigo mismo tantas veces.

Nichols se pasó las manos por el rostro, masajeándolo, como si preparase su rostro para un duro combate de boxeo en el que tenía muy claro que sólo jugaría el papel de sparring.

—No estoy en condiciones de pedirle nada...

—¿Qué es lo que desea que haga por usted?

—Reabra el caso de Sharon, se lo suplico, Ethan. Descubra quién me arrebató a mi pobre hija.

Abandoné la penitenciaría abatido, y con la misma sensación de angustia y vacío con la que había llegado. Fui a telefonar a Jim, pero me encontré un mensaje de texto que me dejó petrificado. Era de Vera Taylor: «*Te echo de menos, agente*». Sentí que caía en el interior de un abismo insondable. Por fortuna descubrí que Worth ya me esperaba aparcado cerca de la entrada, y me regalaba una más que maravillosa sonrisa.

—¿Todo bien? —inquirió, al tiempo que me daba una agradable palmada en la espalda.

—No lo sé, la verdad.

—Se lo advertí...

—Hay muchas cosas de este caso que no le he contado a nadie, ni siquiera a mis colegas de Quántico.

—Joder, Ethan...

—Jim, ¿puedo confiar en usted?

—Sabe que sí. Nos conocemos poco, pero hemos vivido mucho juntos. Creo no haberle fallado hasta la fecha.

—Lo sé. La gente me felicita, se congratulan y me ponen como ejemplo de eficacia, ¿sabe?

Worth asintió, pero sus labios ladeados ya indicaban que presentía que mis siguientes palabras podían estropear lo que había sido una historia con

final feliz.

—Sí, Ethan. Se lo ha ganado a pulso, no se atormente por ello. Creo que le está dando demasiadas vueltas al asunto, y sinceramente no merece la pena. Aquí me tiene, pero piénseselo dos veces antes de contarme nada.

Esbocé una sonrisa y apreté con cariño el robusto brazo de Jim. Ese buen hombre sólo quería mi bien.

—Pues le voy a contar todo, mientras cenamos. Le voy a contar toda la verdad, incluyo la razón que me ha traído hasta este correccional. Creo que es la única forma de que llegue a comprenderme, y de que se preste a ayudarme en el futuro.

Worth abrió los ojos, estupefacto, y después negó con la cabeza, como indicando que yo no tenía remedio.

—¿Comprenderle? ¿Ayudarle? Se está equivocando de persona, no soy sicólogo como usted, ni psiquiatra.

Volví a sonreír, esta vez de verdad, satisfecho, por primera vez en muchos meses animado. Y consideré que no podía tener mejor compañía en ese instante que la de Jim.

—Lo que yo necesito no es un matasanos de la cabeza. Lo que yo ahora mismo preciso es un buen amigo y un detective soberbio, y por suerte lo tengo delante.

Worth no pudo contener la emoción, y me abrazó. Imaginé que pocas veces a lo largo de su carrera alguien le había alabado de una forma tan sincera y tan directa.

—Yo ya le he avisado de todas las maneras posibles, pero si a pesar de todo quiere seguir adelante: cuente conmigo, Ethan.

—Gracias. Sabe, Jim, le necesito para terminar de encajar las piezas de este terrible puzle. Vamos a reabrir el caso de Sharon Nichols... Vamos a cazar al miserable que acabó con la vida de la hija de Patrick.

**FIN**





ENRIQUE LASO (Badajoz, 1972) es diplomado en Márketing, licenciado en Administración de Empresas, máster en Dirección de Márketing en el ESIC y PDD por el IESE. A lo largo de los últimos veinte años ha ocupado puestos directivos en varias multinacionales. Desde hace siete colabora como asesor externo, fundamentalmente en temas relacionados con el márketing online y estratégico para decenas de grandes empresas. Ganador en su juventud de varios premios (de narrativa y poesía), es uno de los autores españoles pioneros en autopublicarse. Uno de sus títulos, *Desde el infierno*, ha sido adaptado recientemente al cine y la película se ha presentado en 2014 en el Festival de Sitges.